

Hate Mail

An illustration on a pink background featuring a woman on the left and a man on the right. The woman has long, wavy orange hair and is wearing a light blue, short-sleeved dress with white polka dots and red high-heeled sandals. She has her arms crossed and is holding a white envelope. The man has short brown hair and is wearing a blue and white vertically striped short-sleeved shirt, light blue jeans, and white sneakers. He is standing with his back to the viewer, looking over his shoulder at the woman. Numerous white envelopes are scattered throughout the scene, some floating in the air and others on the ground.

There's a
fine line
between
love and
hate

DONNA MARCHETTI

DONNA
MARCHETTI

Mail

2



HELL OF
BOOKS



Hate

HELL OF
BOOKS

DONNA
MARCHETTI

Mail

3

Hell of Books se complace en traer para ti esta traducción completamente gratis. Te pedimos encarecidamente que, si tienes este documento, tengas tantita vergüenza y te calles. No nos gustan las personas chismosas que van y le cuentan a la autora que sus trabajos se están leyendo en otros idiomas de manera no oficial. Si eres booktoker y recomiendas este libro, no menciones que lo encontraste en español y no compartas enlaces públicamente en dónde puedan descargarlo. Y no olvides dejar tus comentarios en tus redes sociales, reseñar en Goodreads y Amazon, recomendar a la autora y si puedes apoyarla comprando sus libros. Recuerda que así nos beneficiamos todos. Puedes continuar con tu lectura. 😊



Hate

HELL OF
BOOKS

DONNA
MARCHETTI

Mail

STAFF

Team
Hecate

HELL OF
BOOKS



Hate

CONTENIDO

STAFF	4
SINOPSIS	7
PLAYLIST	8
CAPÍTULO UNO	9
CAPÍTULO DOS	15
CAPÍTULO TRES	20
CAPÍTULO CUATRO	34
CAPÍTULO CINCO	43
CAPÍTULO SEIS	51
CAPÍTULO SIETE	57
CAPÍTULO OCHO	62
CAPÍTULO NUEVE	70
CAPÍTULO DIEZ	76
CAPÍTULO ONCE	82
CAPÍTULO DOCE	96
CAPÍTULO TRECE	104
CAPÍTULO CATORCE	109
CAPÍTULO QUINCE	117
CAPÍTULO DIECISÉIS	125
CAPÍTULO DIECISIETE	131
CAPÍTULO DIECIOCHO	135
CAPÍTULO DIECINUEVE	144
CAPÍTULO VEINTE	152
CAPÍTULO VEINTIUNO	164
CAPÍTULO VEINTIDÓS	172
CAPÍTULO VEINTITRÉS	178
CAPÍTULO VEINTICUATRO	183
CAPÍTULO VEINTICINCO	187
CAPÍTULO VEINTISÉIS	195
CAPÍTULO VEINTISIETE	204
CAPÍTULO VEINTIOCHO	211

CAPÍTULO VEINTINUEVE	216
CAPÍTULO TREINTA	220
CAPÍTULO TREINTA Y UNO	228
CAPÍTULO TREINTA Y DOS	234
CAPÍTULO TREINTA Y TRES	239
CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO	246
CAPÍTULO TREINTA Y CINCO	251
CAPÍTULO TREINTA Y SEIS	256
CAPÍTULO TREINTA Y SIETE	263
CAPÍTULO TREINTA Y OCHO	267
CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE	274
EPÍLOGO	275
DONNA MARCHETTI	277
ÚNETE A NUESTRA COMUNIDAD	278



SINOPSIS

Naomi y Luca son amigos por correspondencia desde quinto de primaria. Bueno, **MÁS BIEN RIVALES** acérrimos atrapados en una batalla épica de insultos y luchas verbales...

7

Pero lo que empieza como una hilarante cadena de cartas llenas de odio, **SE CONVIERTE POCO A POCO EN UNA AMISTAD** que abarca costas y años. Hasta que un día, años más tarde, las cartas cesan de repente.

Han pasado dos años desde la última vez que Naomi **TUVO NOTICIAS** de Luca. Dos años desde la carta que lo cambió todo.

Pero cuando **UNA NUEVA CARTA APARECE DE LA NADA** en su mesa de la emisora del noticiero local, Naomi está decidida a no dejar que Luca tenga la última palabra.



DONNA
MARCHETTI



PLAYLIST

Invisible string – Taylor Swift

Now I'm In It – HAIM

Mess It Up – Gracie Abrams

Late Night Talking – Harry Styles

Ghost of You – Mimi Webb

Feel Again – OneRepublic

Nonsense – Sabrina Carpenter

Get him back! – Olivia Rodrigo

Someone To You – BANNERS

I Wish You Would – Taylor Swift

Motivation – Normani

People Watching – Conan Gray

Die For You – The Weekend, Ariana Grande

Stuck In The Middle – Tai Verdes

Goodnight n go – Ariana Grande

Kiss Me – Sixpence None The Richer

Death By A Thousand Cuts – Taylor Swift

Complicated – Olivia O'Brien

Heaven – Niall Horan

Back To You – Selena Gomez

Paper Rings – Taylor Swift

What if – Colbie Caillat

This Love – Taylor Swift

8



HELL OF
BOOKS

CAPÍTULO UNO

LAS CHICAS BONITAS RECIBEN AMENAZAS DE MUERTE

Naomi

9

—Creo que este es un nuevo récord. Es solo tu segunda semana al aire y ya estás recibiendo cartas de fans.

Anne tiene esa manera de acercarse sigilosamente a la gente, así que cuando escucho su voz detrás de mí, me giro en mi silla, sorprendida. Creo que son sus zapatos. Son demasiado silenciosos, incluso sobre baldosas. Ella sonríe y agita una carta en su mano.

—No sabía que los meteorólogos recibían cartas de fans. ¿Debería preocuparme?

—Las guapas sí —dice Anne con un guiño—. Pero, como dije, dos semanas es un nuevo récord. Esperemos que tu nuevo fan no resulte ser un acosador.

Tomo la carta y le doy la vuelta al sobre blanco. Mi nombre y la dirección de la estación de noticias están escritos a mano. Anne me mira, sin molestarse en disimular su anticipación. Deslizo mi dedo debajo de la solapa y la abro, rompiendo todo el sobre por la mitad.

—Utiliza un abrecartas —dice Anne. Ella parece molesta.

—¿Quién necesita un abrecartas? Mis dedos funcionan bien.

—Te va a cortar el papel —dice.

No me importa. Me encojo de hombros.

—Siempre he abierto cartas como esta.

Meto la mano en el sobre roto y saco una sola hoja de papel de cuaderno doblado. La carta está escrita a mano. Breve, sencilla y al grano:

Querida Naomi,

Espero que te caiga un rayo y mueras en medio de tu próximo informe meteorológico. ¿No sería eso irónico?

—L



Hate

HELL OF
BOOKS

Suelto una carcajada antes de poder detenerme. Intento reprimirla, pero ahora que ha salido, no puedo dejar de temblar de risa. Anne frunce el ceño y luego agarra la carta para ver qué tiene de gracioso. Observo entre lágrimas cómo sus ojos se abren y su rostro se pone rojo.

—Dios mío —dice—. Lo siento mucho. No sabía qué era esto. ¿Estás bien? ¿Por qué te ríes?

Respiro profundamente para calmarme y luego recojo el sobre roto. Me decepciona ver que no hay dirección de remitente.

—¿De dónde viene esto?

Anne niega. Está claro que está confundida por mi reacción.

—Llegó por correo esta mañana. Sin dirección de remitente. ¿Sabes de quién es?

Asiento. Puedo sentir la sonrisa regresar a mis labios.

—No he sabido nada de esta persona en dos años.

Mi respuesta solo sirve para confundir más a Anne.

—¿Es una broma? ¿O tienes un acosador psicópata del que deberíamos saber?

—Es una larga historia. Es un poco difícil de explicar.

Anne toma una silla del escritorio de al lado y se sienta.

—Tengo tiempo.

Me levanto y recojo mis cosas. Ya terminé por hoy y esta no es una conversación que quiero que escuchen todos mis compañeros de trabajo.

—Estaba a punto de salir —digo. Anne parece decepcionada—. ¿Vienes a tomar un café conmigo? Te lo contaré todo.

Querido Luca,

Estoy muy emocionada de ser tu nueva amiga por correspondencia. Mi profesora dice que vives en California. Nunca antes había conocido a nadie que viviera en California. ¡Creo que es genial! ¿Vas a la playa todos los días? Siento que eso es lo que haría si viviera allí. Debes amarlo mucho.

Vivo en Oklahoma. Siempre quise vivir en un lugar cerca de la playa para poder ir cuando quisiera. No hay mucho que hacer en mi ciudad, a menos que cuente el ir al centro comercial o al río, que no es tan bonito como el océano.



¿Qué te gusta hacer en California? ¿Tienes alguna mascota? Tengo un hámster, pero realmente quiero un gato. Mi mamá dice que puedo tener un gato cuando sea un poco mayor, pero lo ha estado diciendo desde que tengo uso de razón. Ahora tengo diez años y me siento lo suficientemente mayor para cuidar de un gato. O un hurón. Si no puedo tener un gato, entonces quiero un hurón. ¿Qué pasa contigo? ¿Te gustan los hurones?

Con amor, Naomi Light

11

Estaba en quinto grado cuando le escribí mi primera carta a Luca. Mi profesora nos hizo elegir amigos por correspondencia al azar sacando nombres de un sombrero. Así fue como terminé escribiendo una carta a un niño llamado Luca Pichler que vivía en California. Estaba emocionada de hacer un nuevo amigo que vivía en otro estado. Nunca antes había tenido un amigo por correspondencia y no estaba segura de cómo se suponía que debía terminar la carta. Mi madre siempre me había hecho firmar todas mis cartas con “Con amor, Naomi”, así es como terminé esta. No fue hasta que lo escribí que me pregunté si era extraño escribirle “amor” a un chico que nunca había conocido. Antes solo había escrito cartas a mi familia.

Ya era demasiado tarde para reescribir la carta y no quería borrarla y parecer descuidada. La señora Goble caminaba por el pasillo hacia mi escritorio, recogiendo todas nuestras cartas en su camino. Metí la mía en el sobre y se la entregué.

Explicó que las cartas se enviarían por correo a la mañana siguiente y luego pasarían unos días antes de que nuestros amigos por correspondencia las recibieran. Luego pasarían unos días más antes de que tuviéramos noticias de nuestros nuevos amigos en California.

Recibimos las cartas de nuestros amigos por correspondencia dos semanas después. Estaba tan emocionada de recibir un correo dirigido a mí que no era de alguien de mi familia. Cuando abrí la carta, lo primero que noté fue que la letra de Luca Pichler era atroz. Me llevó el doble de tiempo leerla que si al menos hubiera intentado escribir con claridad.

Querida Naomi,

Suenas muy aburrida. Mi mamá dice que Oklahoma está en el medio del cinturón bíblico y que probablemente terminarás embarazada a los dieciséis años. Además, los hurones apestan. Si quieres una mascota de verdad, consigue un perro porque los gatos son aburridos. Pensándolo bien, tal vez un gato sería perfecto para ti después de todo.

¿Hay tornados en Oklahoma?

Con amor, Luca Pichler



El hecho de que tuve que esforzarme mucho para descifrar su terrible letra lo hizo aún más exasperante. Mi carta había sido tan bonita y alegre, y él respondió con... ¿gesto? Mi barbilla tembló. No podía permitir que la señora Goble me viera así. Doblé la carta y respiré hondo. Parpadeé para quitarme la humedad de los ojos. Luego desdoblé la carta y la leí de nuevo. Él la había terminado con “amor” tal como lo había hecho yo. Me pregunté si eso era algo que le había enseñado su propia madre o si simplemente me estaba copiando. Tal vez lo había puesto ahí para ser irónico después de escribir una carta tan odiosa. ¿Eran los niños de quinto grado en California capaces de ese tipo de ironía decidida? Lo dudé. Probablemente se estaba burlando de mí, tal como lo hizo con el resto de su carta.

Con cuidado arranqué una hoja de papel en blanco de mi cuaderno, tomé mi bolígrafo y le respondí.

Querido Luca,

Tu letra es terrible. Ni siquiera pude entender lo que escribiste en tu carta. Parece que dijiste que tienes cinco gatos y que lo que más te gusta hacer los fines de semana es limpiar sus cajas de arena. Eso parece un poco raro. Probablemente deberías dejar de beber tanta agua salada. Quizá sea bueno que viva lejos del océano después de todo.

Y sí, aquí tenemos tornados.

Con amor, Naomi

Su siguiente carta fue más fácil de entender. Estaba claro que se había tomado su tiempo, concentrándose en hacer su letra más ordenada. Eso se sintió como una victoria, incluso si esta fue más mala que la primera.

Querida Naomi,

Escribí esta más lentamente para que tu mente simple de Oklahoma pueda seguir el ritmo. Lamento saber que tus padres son hermano y hermana. He oído que el incesto puede causar muchos defectos de nacimiento, lo que explica por qué resultaste como lo hiciste.

Me alegra saber que hay tornados en Oklahoma. Si tenemos suerte, un tornado destruirá tu casa y evitará que tus padres críen más de tu especie.

Con amor, Luca

Me enfurecí cuando recibí esa segunda carta. No entendía cómo alguien podía ser tan malo y repugnante. Doblé la carta y la guardé en el cajón de mi escritorio, prometiendo no volver a escribirle nunca más. Había



pensado que tal vez simplemente había tenido un mal día la primera vez, pero ahora estaba claro que estaba haciendo esto porque era simplemente un ser humano terrible.

13

—Pero le respondiste, ¿verdad? —pregunta Anne—. Dijiste que habían pasado dos años desde que supiste de él. ¿Siguió escribiéndote todo ese tiempo sin una respuesta tuya?

—Le respondí.

—¿Tu maestra vio alguna vez sus cartas?

Me encojo de hombros.

—No. Ella siempre nos entregaba los sobres sin abrir. Creo que mientras ninguno de nosotros se quejara, ella simplemente asumió que todos nuestros amigos por correspondencia se estaban portando bien. También funcionó a mi favor, porque después de eso me volví bastante mala.

—¿Estabas realmente enojada o simplemente lo hiciste por su reacción?

Hago una pausa para pensar en ello. —Al principio estaba enojada. Sin embargo, creo que a medida que pasó el tiempo comencé a esperar con ansias sus cartas. Quería ver qué tan malo podía llegar a ser. Mi objetivo personal fue ser peor que él.

Anne mira la carta que está sobre la mesa entre nosotros.

—Parece que la pelota está en tu tejado ahora.

Tomo la carta y la miro, mis ojos recorriendo su letra familiar.

—Sin remitente. —le recuerdo—. ¿A dónde se supone que voy a mandarla?

—Prueba con su dirección de hace dos años. —sugiere.

—Lo hice. Probé hace un año y medio. No se pudo entregar. Por lo general, cuando uno de nosotros se mudaba, enviábamos la siguiente carta con la nueva dirección del remitente. Esta vez se mudó sin enviar una nueva carta.

Anne frunce los labios, pensando.

—Él te está desafiando —dice después de un minuto.

—¿Desafiándome?



—Para encontrarlo —aclara—. Si no envías una respuesta, él tendrá la última palabra, poniendo fin a una batalla por correo postal que lleva décadas. ¿Estás lista para dejarlo ganar?

Sacudo la cabeza.

—Diablos, no. Lo estoy rastreando.



CAPÍTULO DOS

HERMANOS Y HERMANAS

Luca

15

Había pensado que la idea de escribirle a un amigo por correspondencia era estúpida. No tenía nada que decirle a un niño en otro estado. Probablemente era el único niño de mi clase que no estaba entusiasmado con eso. Mientras el resto de la clase leía sus cartas y hablaba de lo que planeaban responder, yo me senté al fondo del aula, deseando poder estar en casa jugando videojuegos.

No es que esto fuera una tarea calificada. Probablemente la señora Martin ni siquiera leería nuestras cartas.

—Luca —dijo, llamando mi atención—. ¿Te gustaría compartir tu carta?

Negué.

—Realmente no.

Me dio una sonrisa comprensiva.

—Tal vez se la leas a Ben.

Mi amigo Ben estaba sentado en el escritorio junto al mío. Parecía tan emocionado como yo. Le deslicé la carta por encima del escritorio. La leyó y luego me la devolvió.

—Ella habla mucho sobre el océano —dijo.

—Lo sé. —Estuve de acuerdo.

—¿Qué le vas a responder?

—No sé. Esto es estúpido.

—Tú crees que todo es estúpido.

—Todo es una estupidez.

—Tienes que responderle —dijo Ben.

—¿Por qué?

—Porque si no lo haces, ella será la única niña de su clase que no recibirá una carta.



Puse los ojos en blanco y, con un suspiro, giré mi cuaderno a una página en blanco.

Miré la carta de Naomi una vez más y luego garabateé la mía. Cuando terminé, sonreí. Arranqué la hoja de papel de mi cuaderno y se la entregué a Ben.

—No puedes enviar eso —dijo—. Te meterás en muchos problemas.

—La señora Martin ni siquiera va a leerla —le susurré en respuesta.

—Eso es muy malo —dijo—. La vas a hacer llorar.

—¿Y? No la conozco.

Recogí mi carta, la doblé y la metí en el sobre que me había proporcionado nuestra profesora. Pensé que ese sería el final. Naomi Light pediría un nuevo amigo por correspondencia y no se esperaría que yo le escribiera a nadie.

Pero no fue el final. Dos semanas después, la señora Martin entregó nuestras nuevas cartas. Me sorprendió ver que Naomi me había escrito otra carta. Ben también pareció sorprendido. Esperó a que abriera la mía antes de abrir la suya.

—¿Qué dijo ella? —preguntó antes de que terminara de leer.

Su carta me hizo enojar.

—Ella ni siquiera entendió lo que escribí la última vez y está inventando cosas.

Abrí mi cuaderno y comencé a redactar mi respuesta. Estaba a mitad de mi primera frase cuando lo borré todo. Ella tenía razón. Mi letra estaba desordenada. La señora Martin siempre me pedía que escribiera con más cuidado, e incluso mi mamá me había dicho que tenía que trabajar en ello. Busqué una nueva hoja de papel y comencé de nuevo. Esta vez escribí lentamente, con cuidado de mantener todas mis letras separadas y legibles.

Se la mostré a Ben cuando terminé. Sus cejas se arquearon mientras la leía, y luego me frunció el ceño.

—Eso es asqueroso —dijo Ben—. ¿La gente en Oklahoma realmente hace eso? ¿Casarse con sus hermanos y hermanas?

Me encogí de hombros.

—Probablemente no. —Recogí la carta y la metí en el sobre.

—¿Por qué sigues siendo tan malo con ella? Probablemente estaba entusiasmada por tener un amigo por correspondencia.

Ben miró a los otros niños de nuestra clase y yo seguí su mirada. Todas las chicas tenían grandes sonrisas en sus rostros mientras leían las cartas que habían recibido, dándose ideas unas a otras sobre qué responder.



Sabía lo que estaba haciendo. Estaba tratando de hacerme ver a Naomi como una de ellas: una persona real, en lugar de simplemente un trozo de papel que llegaba por correo.

—No quiero tener que seguir escribiéndole a alguien todo el año. Si es ella quien decide no responder, entonces no será culpa mía y la señora Martin me dejará en paz.

Cerré el sobre y anoté el nombre de Naomi y la dirección de la escuela, y luego lo dejé en la canasta que la señora Martin había designado para nuestras cartas. Yo fui el primero en entregar el mío. Ella me sonrió.

—Eso fue rápido —dijo.

Me encogí de hombros y le di lo que pensé que era mi sonrisa más encantadora.

—Es muy fácil escribirle a mi amiga por correspondencia. No puedo esperar a recibir noticias tuyas.

Pasaron otras dos semanas antes de que nuestros amigos por correspondencia nos respondieran. La señora Martin caminó por el salón de clases repartiendo las cartas.

Cuando llegó a mi escritorio, se detuvo y hojeó el montón de cartas que tenía en la mano. Sacó una y se la entregó a Ben. Llegó al final de la pila y empezó de nuevo.

—Hmm —dijo cuando quedó claro que no había una carta para mí—. Lo siento, Luca. Parece que esta vez no hay una carta para ti. Podría haber sido separada de las demás. Eso sucede a veces. Probablemente la tengamos en uno o dos días.

—Oh. —Intenté parecer decepcionado, pero no tuve que esforzarme mucho. Me sorprendió descubrir que en realidad estaba un poco decepcionado. Mientras esperábamos las cartas, me encontré esperando que Naomi enviara otra carta sarcástica en respuesta a la mía, para poder responder con algo aún más malo.

Sabía que el objetivo de escribir cartas malas era conseguir que ella dejara de responderme, pero no me había dado cuenta de que sucedería tan rápido. Ahora yo era el único niño de la clase que no tenía una carta para leer.

Al día siguiente, me detuve en el escritorio de la señora Martin al final del recreo.

—¿Recibí una carta hoy? —pregunté.

Sacudió su cabeza.

—Lo siento, Luca. Nada aún. ¿Quizás mañana?



Pero al día siguiente tampoco había nada en el correo. O al día siguiente.

Ya había dejado de escuchar sobre Naomi cuando llegó la siguiente ronda de cartas por correo. Ni siquiera miré a la señora Martin mientras caminaba por la habitación repartiéndolas. Estaba haciendo una tarea cuando dejó caer un sobre en mi escritorio. La miré, sorprendido. Ella me guiñó un ojo y luego continuó por la habitación, repartiendo el resto de las cartas.

—Supongo que tu plan no funcionó muy bien —dijo Ben. Lo ignoré y abrí la carta.

Querido Luca,

No iba a responderte después de lo que me dijiste la última vez. No me gusta usar malas palabras, pero quiero que sepas que eres un idiota. Me da cuenta de que probablemente solo dijiste esas cosas desagradables para no tener que escribirme, así que decidí que el mejor castigo para ti es seguir escribiéndote.

Siento que debería hacerte saber que mis padres no son hermano y hermana. Creo que es un poco extraño que siquiera hayas pensado en eso. Debes tener algunas fantasías bastante desagradables. Espero que no tengas hermanos o hermanas, pero si los tienes, probablemente no querrán tocarte ni con un palo de tres metros. Tienes una personalidad fea y apuesto a que también lo eres por fuera.

Por cierto, ¿cómo es el clima en California en esta época del año?

Con amor, Naomi

Querida Naomi,

En realidad, no soy nada feo. Todas las chicas de mi clase piensan que soy sexy. Mi maestra sorprendió a dos de las niñas de mi clase pasándose notas y eso es lo que decía la nota. Entonces estás equivocada. Además, no tengo hermanos. Es realmente asqueroso que pienses que fantaseo con hermanos y hermanas. ¿Por qué pensaste siquiera en eso? ¿Es eso con lo que fantaseas? Tonta.

El clima es bastante agradable en esta época del año. Hoy hace casi ochenta grados. Creo que podría ir a la playa después de la escuela.

Con amor, Luca



Querido Luca,

Las chicas de tu clase están equivocadas, porque los chicos de quinto grado no son atractivos. Cuando las chicas de tu clase te llaman sexy, probablemente solo quieren decir que eres delgado. Mi prima mayor dice que los chicos no se ponen calientes hasta la secundaria. Pero supongo que cualquier cosa que te ayude a dormir por la noche.

Estoy tan celosa de tu clima. Hace mucho frío y está nublado aquí. Ojalá estuviera tumbada en la playa ahora mismo. ¿Estás realmente bronceado? Ojalá pudiera broncearme.

Con amor, Naomi

Querida Naomi

Deja de intentar ser mi amiga hablando del clima y del bronceado. No va a funcionar. Además, probablemente no deberías tumbarte en la playa, porque alguien podría confundirte con una ballena. Lo siguiente que sabrás es que habrá una multitud de personas a tu alrededor, tratando de ayudarte a empujarte de regreso al océano.

No me importa lo que diga tu prima sobre los chicos. Si ella es mayor que nosotros, entonces, por supuesto, no cree que los chicos de quinto grado sean atractivos. Además, no sólo soy flaco. Tengo abdominales.

Con amor, Luca

Cuando comenzaron las vacaciones de invierno, yo era uno de los únicos niños de mi clase que todavía recibía constantemente cartas de mi amiga por correspondencia. Incluso Ben se había aburrido de las cartas. Cuando todos regresamos a la escuela en enero, solo había una carta esperando nuestro regreso. Estaba dirigida a mí. Toda la clase se giró para mirarme cuando la señora Martin anunció que había recibido una carta de mi amigo por correspondencia. Era como si todos hubieran olvidado que nuestros amigos por correspondencia todavía existían.

Guardé el sobre en mi mochila para leerla más tarde sin audiencia. Cuando respondí, cambié la dirección del remitente a la de mi casa en lugar de la de la escuela.

No quería que nadie supiera que yo era el único que todavía le escribía a mi amiga por correspondencia.



CAPÍTULO TRES

LOS NOMBRES SON DIFÍCILES

Naomi

20

—Siento que hay más en la historia —dice Anne—. No termina simplemente con ustedes diciéndose cosas malas el uno al otro en quinto grado.

—Hay más. Mucho más. Te dije que era una larga historia.

—¿Conservaste alguna de las cartas?

Me encojo de hombros.

—Estoy segura de que las tengo en alguna parte.

Eso es una mentira. Sé exactamente dónde están todas. Están guardadas en una caja de zapatos en el estante superior de mi armario, organizadas cronológicamente. Incluso guardé las cartas sin abrir que me devolvieron después de que Luca se mudara.

—No puedo creer que nunca me hayas contado nada de esto antes —dice Anne—. ¿No se supone que debes contarle todo a tu mejor amiga?

—Te conocí justo después de que dejé de tener noticias tuyas —le recuerdo—. Supongo que nunca surgió.

La verdad es que nunca le conté a nadie sobre Luca. Mis padres solo lo supieron porque vieron las cartas yendo y viniendo. Mi compañera de cuarto de la universidad lo sabía porque me había visto escribiéndole varias veces, pero nunca hablamos mucho sobre eso y ella nunca leyó ninguna de las cartas.

Escucho que la puerta del café se abre detrás de mí y los ojos de Anne vagan hacia quienquiera que esté entrando. Aunque está distraída, no abandona el tema.

—¿Cómo vas a encontrarlo?

—Ni idea. ¿Búsqueda de registros públicos? Realmente no sé por dónde empezar.

—Tienes su nombre y apellido.

—Es cierto, pero no sé dónde vive ahora.



Hate

HELL OF
BOOKS

—Búscalo en Facebook.

Saco mi teléfono de mi bolso.

—Por supuesto —le digo—. ¿Por qué no pensé en eso?

Sus ojos se abren de par en par y luego frunce el ceño.

—¿Nunca lo buscaste antes? ¿No tenías curiosidad por saber cómo era?

—Por supuesto que lo he buscado antes, pero ha pasado mucho tiempo. Tenía una de esas fotos de perfil con otros cinco chicos a su lado, así que no podía estar segura de cuál era.

Los ojos de Anne pasan de nuevo a mi lado, hacia la caja registradora. Me giro para ver qué sigue mirando y reconozco a uno de mis vecinos pidiendo un café. No es de extrañar que esté mirando. Incluso de espaldas a nosotras, Jake Dubois es un tipo guapo. Tiene cabello oscuro y músculos que llenan muy bien su camisa. Sus mangas cortas abrazan sus bíceps mientras cruza el mostrador para pagar su café. Ambas contemplamos la vista por un momento más antes de volver a mirarlo y regresar mi atención a mi teléfono. Abro Facebook y escribo “Luca Pichler” en la barra de búsqueda. Aparecen varios nombres y fotos.

—¿Crees que es uno de ellos? —pregunta Anne, inclinándose sobre la mesa para mirar mi pantalla.

Me desplazo por la lista.

—Ninguno de estos tipos vive en Estados Unidos. No sé. Supongo que es posible que se haya mudado, pero no creo que sea uno de ellos. Tendré que buscar más.

Una figura se cierne sobre nuestra mesa. Anne mira primero a Jake, ocultando un grito de sorpresa.

—Hola —dice, con su rostro sonrojado. Estoy segura de que estoy tan roja como ella. Me pregunto si se dio cuenta de que lo estábamos mirando hace un minuto.

Le dice —Hola— a Anne y luego se vuelve hacia mí. Sus ojos azul hielo nunca dejan de sorprenderme cuando me mira. Son el tipo de ojos de los que es imposible apartar la mirada y, sin embargo, siento que si sigo mirando, de alguna manera él descubrirá mis secretos más oscuros.

—Creí reconocerte —dice—. ¿Ya terminaron de informar el clima del día?

—Wow. Dos grandes fans en un día —dice Anne—. Mírate.

Resoplo y me llevo el café a los labios antes de recordar que mi taza está vacía.

—Anne, él es mi vecino.



—Oh. —Ella deja escapar una risa nerviosa y mira hacia otro lado.

Se queda callado por un momento. Me doy cuenta de que está mirando mi teléfono, que todavía muestra una lista de todos los Luca Pichler del mundo. Cierro rápidamente la pantalla y él vuelve su atención a mí.

—Quería preguntarte si te gustaría cenar conmigo alguna vez. ¿Quizás este fin de semana?

Su pregunta me tomó por sorpresa. Me toma un segundo darme cuenta de que me está invitando a salir. Lo he visto por el edificio muchas veces, pero solo hemos interactuado dos veces. La primera vez fue cuando se mudó al edificio hace unos seis meses, y le mantuve la puerta abierta mientras él llevaba una caja adentro.

Él dijo:

—Gracias.

Y yo respondí:

—De nada.

La segunda vez fue hace apenas una semana. Estaba bajando las escaleras para revisar mi correo justo cuando él subía. Se detuvo justo frente a mí, impidiéndome salir de la escalera, y dijo:

—Oye, ¿no eres la chica del clima? ¿Naomi Light?

—Uh, sí, esa soy yo —respondí.

Le había echado un vistazo a la placa con su nombre en la bata médica que llevaba, pero no tuve la oportunidad de ver dónde trabajaba.

—Genial. —Fue todo lo que dijo antes de apartarse de mi camino y subir corriendo las escaleras. Lo he visto unas cuantas veces más, pero lo único que ofrecemos es un gesto cortés o una sonrisa, y a veces nos ignoramos por completo.

Ahora me doy cuenta de que ha pasado un momento y todavía no he respondido a su pregunta.

—Sí, uh, claro —tartamudeo, sonando tan nerviosa como él al hacer la pregunta.

—Genial —dice. Su mirada baja a mi taza vacía—. ¿Puedo invitarte otro café?

Esta ya es mi tercera taza hoy, pero me encuentro diciendo:

—Sí, claro. —Y luego me estremezco porque así es exactamente como respondí su última pregunta. Me obligo a salir de mi estupor—. En realidad, estaba a punto de irme.

—Entonces te traeré una taza para llevar.



Se da vuelta y regresa al mostrador. Lo miro por encima del hombro, mi corazón late rápido. Anne se aclara la garganta, pero evito mirarla. Por la forma en que todo mi cuerpo se ha calentado, puedo decir que mi rostro probablemente esté tan rojo como mi cabello. Cuando finalmente la miro, tiene una gran sonrisa en su rostro.

—Eso fue lo más incómodo y lo más emocionante que he presenciado en mi vida —dice.

—Entonces necesitas elevar tus estándares tanto para las cosas incómodas como para las emocionantes. —Me quito el cabello de mi rostro, tratando de refrescarme—. ¿Cuál es el problema?

—Naomi Light tiene una cita caliente este fin de semana —dice con voz cantarina, bailando en su asiento—. Y ni siquiera necesitaste una aplicación de citas para conocerlo. ¿Qué te vas a poner?

Pongo los ojos en blanco, luchando contra una sonrisa.

—Literalmente, todavía no he tenido tiempo de pensar en ello.

—Nunca me dijiste que tenías un vecino tan atractivo. Solo has hablado del que es ruidoso.

La hago callar y luego vuelvo a mirar por encima del hombro para asegurarme de que no pueda oírnos. Está pasando su tarjeta en la caja registradora. Me vuelvo hacia Anne.

—¿Por qué te describiría a todos mis vecinos?

—No es necesario describirlos todos, pero... —Hace una pausa y sus ojos vuelven a Jake—. Ciertamente vale la pena describir a ese.

Jake regresa a nuestra mesa con una nueva taza de café para mí. Anne y yo nos levantamos. Se acerca más a mí y me susurra:

—Tienes que decirme si encuentras la dirección de Luca Pichler. Quiero saber qué pasa después.

—Serás la primera persona a la que se lo contaré.

Anne se va justo cuando él regresa a la mesa. Le doy las gracias y luego salimos.

—Te acompañaré a casa. —Ofrece.

Me río y miro hacia nuestro edificio de apartamentos, que está justo al otro lado de la calle.

—¿Qué harías si dijera que no?

Piensa en ello.

—Probablemente esperar diez segundos y luego seguirte torpemente.

—Bien. Puedes acompañarme a casa.



La forma en que sonrío me hace algo. Lo he visto sonreír antes, pero cuando está dirigido a mí, mi ritmo cardíaco se acelera y creo que tal vez necesite que me carguen al otro lado de la calle. Me obligo a apartar la mirada de su rostro, porque es la única manera de sobrevivir este camino a casa. Mis ojos se posan en su brazo, y lo imagino cargándome, mi cabeza contra ese pecho musculoso... Está bien, tal vez no debería mirarlo en absoluto. Miro hacia la calle, esperando que el efecto que tiene en mí no sea demasiado obvio.

Esperamos a que se despeje el tráfico y luego cruzamos la calle. Sin siquiera mirarlo, soy muy consciente de cada paso que da, de lo lejos que está de mí en un momento dado y de cada vez que mira en mi dirección. Me las arreglo para llegar al otro lado sin tropezar con mis propios pies. Él mantiene la puerta abierta para mí. Cuando paso junto a él, puedo oler su colonia, o tal vez sea su gel de baño, mezclado con el aroma del café que sostiene. Lo aspiro durante el fugaz momento que paso junto a él por la puerta. Estoy a punto de dirigirme a las escaleras cuando noto que él está subiendo al ascensor. No me atrevo. La última vez que lo tomé, se rompió y quedé atrapada durante treinta minutos antes de que vinieran los bomberos y me rescataran. Según otros residentes, desde entonces lo arreglaron y la mayoría de las personas en mi edificio todavía lo usan, pero yo no me he arriesgado.

Me mira, con una ceja levantada, mientras me doy la vuelta desde la escalera hacia el ascensor. No voy a decirle que tengo miedo de tomar el ascensor, así que trato de actuar con calma. Presiona el botón y las puertas se abren. Respiro profundamente antes de seguirlo.

—¿Qué ocurre? —pregunta mientras presiona el botón de su piso.

—Nada. —Presiono el botón del tercer piso, ignorando el hecho de que puedo escuchar los latidos de mi propio corazón retumbando en mis oídos.

—¿Estás segura? Porque parece que le tienes miedo al ascensor.

—No. Para nada.

Su frente se arrugó.

—Estás blanca como un fantasma. ¿Tienes claustrofobia?

—Ese es simplemente mi tono de piel —digo, forzando una risa—. Muchas gracias.

—Vamos. Podemos subir las escaleras si es necesario. —Busca el botón, pero cuando lo presiona, el ascensor ya está comenzando a subir. Se sacude y luego deja de moverse a mitad de camino entre el vestíbulo y el segundo piso.

Dejé escapar un sonido involuntario que es una mezcla entre un jadeo y un chillido.

Me tapo la boca con la mano libre.



—Ups. —Vuelve a pulsar el botón, pero no parece funcionar.

—Es exactamente por eso que no quería tomar el ascensor. —me quejo—. Esto siempre me pasa a mí.

—¿Esto te ha pasado antes? —Sus ojos se abren de par en par—. Oh. Por eso tenías miedo. —Vuelve a mirar el panel de control—. Y simplemente empeoré las cosas, ¿no?

Me apoyo contra la pared y respiro profundamente. Lo dejo salir lentamente, calmándome. Saco mi teléfono del bolsillo para comprobar si hay señal, pero sé que no habrá ninguna. Estuve sin señal los treinta minutos que estuve atrapada aquí la última vez.

—Por favor, dime que tienes señal.

Mira su teléfono.

—No. Lo siento. —Examina el panel de control y luego presiona un botón. Se escucha un breve tono de marcar y luego reconozco la voz del guardia de seguridad que está sentado en el vestíbulo. Al menos arreglaron el botón de “ayuda” desde la última vez que estuve atrapada aquí.

—Hola Joel —dice—. Estamos atrapados en el ascensor.

—¿Está Naomi ahí contigo? —La voz de Joel suena ronca a través del altavoz—. Parece que tiene mala suerte con ese ascensor.

—Eso he oído.

—Pediré ayuda —dice Joel—. Aguanten.

La línea se desconecta, dejándonos solo a nosotros dos. El ascensor parece aún más silencioso ahora. Ojalá hubiera algo de música para romper el silencio.

Miro hacia el techo, preguntándome si puedo llegar al segundo piso si nuevo una losa del techo y subo a la parte superior del ascensor. No tuve esta opción la última vez porque no estaba atrapada aquí con alguien tan alto. Estoy segura de que podría subirme a sus hombros y...

—No va a funcionar —dice, interrumpiendo mis pensamientos. Le frunzo el ceño.

—¿Qué no va a funcionar?

Hace un gesto con su taza de café hacia el techo.

—No podrás abrir las puertas incluso si pudieras alcanzarlas.

Mi boca se abre.

—¿He dicho eso en voz alta?

Ríe.



—No. Pero prácticamente pude ver tu plan formándose con solo mirar tu rostro.

—Estoy segura de que podría abrir las puertas. Soy fuerte.

—Tal vez podrías, pero no es seguro. ¿Qué pasa si el ascensor empieza a moverse mientras estás ahí arriba?

Suspiro.

—Realmente no había pensado en eso.

—Simplemente esperemos por la ayuda.

Asiento. Sé que tiene razón, pero todavía me siento ansiosa. No sé por qué. No es que necesite estar en ningún lado.

—Al menos los dos tomamos café —dice.

—Y estamos juntos —agrego—. La última vez estuve aquí sola. Pensé que me iba a volver loca.

—¿Vas a estar bien? No vas a empezar a hiperventilar y gritar, ¿verdad?

Camino a lo largo de la pequeña caja en la que estamos.

—Estaré bien siempre y cuando nos saquen de aquí pronto.

—Estoy seguro de que es una solución sencilla. Todo lo que hice fue presionar un botón.

Puedo sentir el pánico arrastrándose. Respiro profundamente otra vez para estabilizarme.

—¿Qué hiciste la última vez que estuviste atrapada aquí?

Lo pienso por un momento.

—Pasé los primeros diez minutos intentando conseguir señal en mi teléfono. Luego golpeé la puerta con los puños pidiendo ayuda a gritos hasta que me dolió la garganta. Después de un tiempo, renuncié a salir de aquí y estaba tratando de decidir cuáles de mis extremidades necesitaría comer para sobrevivir cuando el departamento de bomberos finalmente abriera las puertas.

Su frente está arrugada por la preocupación, pero una sonrisa se dibuja en la comisura de su boca, como si no estuviera seguro de si está bien reírse de mi miseria.

—Fue una época oscura —agrego—. Apenas logré salir con vida.

—Eso suena duro —dice, todavía luchando contra una sonrisa—. Creo que te alegrará saber que no creo que ninguno de nosotros necesite recurrir al canibalismo hoy.



—Es fantástico que pienses eso, pero no estoy dispuesta a descartarlo todavía.

Resopla.

—Bueno. Recuérdate que nunca vaya a acampar contigo.

La idea de acampar con él me calienta. Me quito la camisa del estómago para refrescarme.

—Puedo soportar acampar. No hay ascensores en la naturaleza.

Su mirada baja y aterriza en mi estómago. Me doy cuenta de que la forma en que estoy sosteniendo mi camisa parece como si estuviera a punto de quitármela. La dejo ir, aclarándome la garganta mientras pongo la camisa en su lugar. Gira la cabeza y sus orejas se vuelven rosadas.

—No puedo creer que haya evitado el ascensor todo este tiempo solo para quedar atrapada en él otra vez.

—¿Realmente no has estado aquí desde entonces?

Sacudo la cabeza.

—Tomo las escaleras.

Mira el botón del tercer piso, que todavía está iluminado.

—¿Dos tramos de escaleras dos veces al día? ¿Nunca te cansas de eso?

Me encojo de hombros y hago un gesto a nuestro alrededor.

—Siento que me cansaría de esto mucho más rápido.

—Es cierto —dice—. He oído que soy bastante intolerable. —Le golpeo el brazo.

—Eso no es lo que quise decir.

Aparta su brazo, actuando como si lo hubiera lastimado.

—¡Ouch!

Me río.

—Eso no dolió.

—Sí, dolió. Eres más fuerte de lo que pareces. —Señala las puertas del ascensor—. Apuesto a que podrías abrirlas.

Pongo los ojos en blanco. Le entrego mi taza de café, luego me acerco a las puertas e intento abrirlas. Ya sé que no va a funcionar. Lo intenté la última vez.

—No —le digo, tomando mi café—. Supongo que necesito ir al gimnasio más a menudo.



—No. No necesitas ir al gimnasio. Simplemente sube las escaleras con las manos todos los días. Serás lo suficientemente fuerte en poco tiempo.

Casi escupo mi café.

—Eso sería algo digno de ver. —Miro la hora en mi teléfono—. Ugh. ¿Cuánto tiempo ha pasado?

Tomo otro sorbo de mi café, lo cual me arrepiento, porque tengo ganas de orinar, y no me hago ningún favor poniendo más líquido en mi cuerpo. Me bajo al suelo y me siento con las piernas cruzadas frente a mí. Se sienta a mi lado. Respiro profundamente. Su cercanía me hace olvidar cuánto odio el ascensor, aunque solo sea por un momento.

Noto que parece tranquilo, como si no estuviera ansioso por salir de aquí como yo.

—Entonces —dice. Me giro para mirarlo, esperando que continúe. La comisura de su boca se levanta. Aparto mi mirada de su boca para encontrarme con sus ojos, que están fijos en los míos. Me quedo sin aliento—. Te escuché a ti y a tu amiga hablar de mí.

Mi rostro se calienta al recordar todo lo que dijo Anne. Tengo miedo de saber cuánto escuchó, pero tengo que preguntar.

—¿Qué escuchaste exactamente?

Sonríe.

—Escuché que tienes un vecino ruidoso.

Ojalá pudiera esconderme. Si escuchó eso, entonces definitivamente escuchó todo lo demás.

—¿Puedo ver tu teléfono? —pide.

Se lo paso.

—¿Por qué?

—Para poder darte mi número.

Comienza a escribir su información de contacto. Miro por encima de su hombro. Se agrega a sí mismo como “Vecino Caliente”.

Pongo los ojos en blanco.

—Un poco engreído, ¿no?

Se encoge de hombros mientras me devuelve el teléfono.

—Simplemente acepto el título que me han dado.

Le envío un mensaje de texto y, para mi sorpresa, pasa a pesar de la pésima señal en este ascensor.

—Ahí. Ahora también tienes mi número.



Miro su rostro mientras el mensaje aparece en su pantalla. No intenta ocultar su sonrisa.

—¿Cómo vas a guardar mi número? ¿Chica rara del ascensor?

Se ríe.

—De ninguna manera.

Miro su pantalla mientras escribe “linda chica del clima” para guardar mi número en sus contactos. Siento una sonrisa tirando de las comisuras de mis labios incluso cuando mi rostro se pone rojo.

—Linda, ¿eh? —Me burlo de él—. ¿Cuántas otras chicas del clima conoces?

—Muchas. Te sorprenderías. Tuve que idear un sistema de numeración para todas las chicas del clima promedio en mi lista de contactos.

Me apoyo contra la pared.

—Estoy un poco decepcionada de no ser una de ellas. La chica del tiempo promedio número siete suena muy bien.

Sacude la cabeza y agita su teléfono.

—No. Este nombre te queda mejor.

El ascensor se sacude, sobresaltándome, y luego empieza a subir.

—Oh, gracias a Dios.

Ambos nos levantamos justo cuando se abren las puertas en el tercer piso. Salgo al pasillo. Coloca su mano en el marco de la puerta para evitar que se cierre.

—Deberíamos volver a hacer esto algún día —dice.

Miro hacia el ascensor y me estremezco.

—De ninguna manera. —Hace pucheros—. Te dejaré llevarme a cenar siempre y cuando no haya ascensores involucrados.

Sonríe.

—Trato.

Dentro de mi apartamento sigo buscando en Facebook a Luca Pichler. Intento limitar la búsqueda a todas las ciudades en las que sé que ha vivido, empezando por San Diego, de donde provinieron tanto su primera como su última carta antes de desaparecer. No hay resultados. Lo intento de nuevo



con la siguiente ciudad, y la siguiente, sin suerte. Parece que todos los Luca Pichler que surgieron en mi búsqueda inicial viven fuera de los Estados Unidos. Empiezo a revisar sus perfiles, sabiendo que es posible que se haya mudado fuera del país, pero ninguno de estos hombres parece prometedor.

Mi vecino de arriba está pisoteando. Escucho algo arrastrándose, ¿o tal vez rodando? antes de un fuerte estrépito al otro lado de la habitación. Agacho la cabeza como si el sonido estuviera en mi propio apartamento, y luego pongo los ojos en blanco, tanto hacia mí como hacia mi ruidoso vecino. Parece que quien vive allí arriba tiene un boliche en su apartamento. Pongo algo de música para ahogar el ruido.

A pesar de mi vecino ruidoso y el infame ascensor, este no es un mal lugar para vivir. Es uno de los edificios de apartamentos más bonitos de mi zona en Miami. No tenemos portero, pero tenemos a Joel, el guardia de seguridad. A veces, cuando está aburrido (lo que parece ser frecuente), le gusta mantener la puerta abierta a las personas que viven en el edificio. Ha trabajado aquí tanto tiempo que nos conoce a todos por nuestro nombre. Es uno de los pocos elementos que extrañaré cuando compre mi casa y me mude de este edificio.

Me preparo algo de almuerzo y, mientras como, suena mi teléfono. Lo agarro y reviso la pantalla, esperando ver un mensaje de Jake, pero no es él. Es Anne. Envió un enlace a una base de datos llamada PeopleFinder donde puedo buscar a Luca Pichler.

Anne: Tienes que pagar para tener acceso a su dirección y todo eso.

Hago clic en el enlace y escribo el nombre de Luca en la barra de búsqueda. Los resultados se completan con algunos hombres diferentes con el mismo nombre. La versión gratuita del sitio web solo muestra su edad y su ciudad. No estoy entusiasmada con los resultados que tengo hasta ahora. Uno de los hombres tiene alrededor de cincuenta y tantos años, otro tiene poco más de veinte y el último de la lista tiene cerca de ochenta años. O mi Luca Pichler no está en esta lista o alguien se equivocó en su edad. Decido pagar la membresía de todos modos. Siempre puedo cancelarlo después de obtener lo que necesito.

Se procesa el pago y se recarga la página, esta vez con la información completa. Resulta que el geriátrico Luca Pichler vive en una residencia de ancianos en Seattle. Luca Pichler, de unos cincuenta años, vive con su esposa, su familia política y seis hijos en Rhode Island. El joven Luca Pichler vive en una residencia para adultos con discapacidad. Suspiro. Nada de esto parece prometedor. Ahora me he quedado sin veinte dólares y mi identidad probablemente haya sido vendida al mejor postor.



Naomi: No hubo suerte. Si no hubiera recibido esa carta hoy, podría asumir que Luca está muerto.

Anne: Raro. Me pregunto si sus padres todavía viven en la casa de su infancia. ¿Aún tienes esa dirección?

Es una buena idea y estaba pensando en ella antes de que enviara el enlace de PeopleFinder. Entro a mi habitación y saco la caja de zapatos del armario. Las cartas más recientes están en la parte superior y las primeras en la parte inferior. Había escrito su remitente en el reverso de cada carta para saber siempre dónde enviar mi próxima carta, incluso si tiraba el sobre.

Usando mi teléfono, tomo una fotografía de la dirección de San Diego. Estoy a punto de guardar las cartas cuando tengo una idea. Las hojeo, deteniéndome en cada una que tiene una nueva dirección y tomo una foto. Los primeros ocho años de cartas son todas de la misma dirección de San Diego. Después de eso, sus cartas llegaron de todo el país. Se mudaba con frecuencia, pero siempre se aseguraba de que yo tuviera su nueva dirección, hasta hace dos años.

Sé que es poco probable que haya vuelto a vivir en alguna de estas antiguas direcciones, pero es un buen lugar para empezar. Alguien, en algún lugar, tiene que saber dónde está.



Ya he tomado dos tazas de café cuando Anne llega a la estación con la tercera. Estoy mirando datos satelitales y de radar para preparar mi informe meteorológico para el día cuando ella coloca la taza humeante a mi lado.

—Gracias.

Sin quitar los ojos de la pantalla, tomo la taza caliente y tomo un sorbo. Puedo oírla acercar una silla a mi lado y sentarse.

—¿No tienes trabajo que hacer? ¿O Patrick te ordenó que me vieras beber toda la taza?

—Tenía curiosidad por saber si habías localizado a tu penemy¹.

—¿Mi qué?

¹ Juego de palabras de Pen Enemy (Penemy), que es español significa Enemigo por Correspondencia.



—Tu penemy —repite—. ¿Entiendes? Como un amigo por correspondencia, pero que es tu enemigo. Enemigo por correspondencia. Penemy.

—Inteligente. —Todavía no la he mirado. Estoy concentrada en mi pantalla. Solo me quedan unos diez minutos más antes de tener que salir al aire—. Ya te dije que no pude encontrarlo en PeopleFinder. A menos que conduzca hasta San Diego, no estoy segura de cómo localizarlo.

—¿Ya te estás tomando un descanso, Anette?

Ambas volteamos y vemos a Patrick entrando tranquilamente en la habitación con una pila de papeles en las manos. Siempre lleva la misma pila de papeles por la estación cuando quiere parecer ocupado sin hacer nada productivo. Tampoco ha llamado nunca a Anne por su nombre real, pero supongo que “Anette” es lo suficientemente cercano como para que todos sepan con quién está hablando.

—Estaba trayéndole café a Naomi —dice.

—No sabía que para entregar café era necesario sentarse.

Vuelvo a mi computadora y pongo los ojos en blanco. Ella murmura una rápida disculpa y se marcha apresuradamente. Como de costumbre, sus zapatos no hacen ruido sobre el suelo alfombrado. Patrick la mira irse y luego se vuelve hacia mí.

—Quería decirte que estás haciendo un excelente trabajo, Naomi.

Es una de esas personas que pronuncia mi nombre como nigh-oh-me, a pesar de que lo he corregido innumerables veces. Ya ni siquiera me molesto, pero me pregunto si se da cuenta de que es la única persona en la estación que lo pronuncia así.

—Gracias, Patrick. Te lo agradezco.

—Tienes talento natural cuando estás al aire. —continúa—. Y tus gráficos son impresionantes. Tus predicciones también son acertadas. Realmente un gran trabajo. Emmanuel se habría sentido orgulloso.

—Oh. Gracias. ¿No sabías que estuve preparando los gráficos de Emmanuel durante los últimos dos años? De hecho, no miró ni un solo radar durante el último año y medio antes de jubilarse.

—¿Has estado aquí durante dos años? —dice Patrick—. Huh. No parece que haya sido hace mucho tiempo.

—Sí. Pasaron dos años en un instante.

Todo su rostro se pone rojo. Arruga las páginas que tiene en las manos. Le sonrío para tratar de aliviar algo de su vergüenza. Él sale de la habitación y, poco después, Anne regresa. Intento ahuyentarla.

—Te vas a meter en problemas —le advierto.



Pone los ojos en blanco.

—¿Qué va a hacer? ¿Despedirme?

—Probablemente.

Ríe.

—Háblame de San Diego.

Me toma un momento recordar de qué estábamos hablando antes de que Patrick interrumpiera.

—De ahí vinieron la primera y la última carta de Luca. Solo puedo imaginar que probablemente todavía esté allí.

—Él vio tu informe meteorológico.

—¿Y? Podría haber accedido a eso desde cualquier lugar. No siempre es necesario vivir en el mismo lugar para acceder a las estaciones locales.

—¿Qué vas a hacer?

—Voy a esperar a que me envíe otra carta. Quizás la próxima vez incluya su remitente.

—¿Qué pasa si no hay una próxima vez?

Aparte de la brecha de dos años, nunca pasé más de un mes sin saber nada de él. La única diferencia ahora es que no puedo responder. Me pregunto si fue intencional que no dejó su remitente. Tiene que ser. Quizás solo quiera meterse conmigo. O tal vez no quiere que su esposa sepa que me vuelve a escribir. Mi mejor suposición es que ella es la razón por la que no había sabido nada de él durante dos años. No la culpo si leyó la última carta que le envié, la última antes de que el servicio postal comenzara a devolvérmelas. Me habría sentido igual que ella si hubiera leído una carta como la que le envié. Nunca había considerado hasta después de que la envié, y él nunca respondió, que alguien que no fuera Luca pudiera leerla. Ninguna cantidad de correo devuelto podría arreglar las cosas. Pasé los últimos dos años sintiendo que faltaba una parte de mí. Ahora había vuelto, pero ¿lo era realmente? No enviaría simplemente una carta así después de dos años, sin remitente, si no tuviera la intención de hacer un seguimiento.

—Él enviará otra carta —digo—. Estoy segura de ello.



CAPÍTULO CUATRO

EL DILEMA DEL UÑERO

Luca

34

Mucho había cambiado en los tres años transcurridos entre el quinto grado y el final del octavo. Había besado a una chica por primera vez el verano anterior al sexto grado. Desde entonces he tenido siete novias. Mi mamá y mi papá trajeron un cachorro a casa cuando yo estaba en séptimo grado. Lo llamé Rocky y se convirtió en mi mejor amigo. Había pasado de ser un chico flaco de escuela primaria a lo que imaginaba que la prima mayor de Naomi llamaba “sexy de secundaria”. En quinto grado, me miré detenidamente en el espejo y determiné que Naomi podría tener razón. Estaba delgado y no había hecho nada para ganarme los abdominales de los que estaba tan orgulloso. Mi papá compró algunos equipos de gimnasio en casa ese verano, los instaló en el garaje y comenzamos a hacer ejercicio juntos.

Muchas cosas también habían permanecido igual. Ben y yo íbamos en bicicleta a la escuela todos los días y teníamos casi todas las clases juntos. Seguía viviendo en la misma casa, en la misma ciudad. A veces, cuando salía y olía el aire salado del océano, pensaba en Naomi y sonreía, sabiendo que estaba celosa del lugar donde yo vivía. Todavía le escribía cartas. Había tantas cosas que podría haberle dicho en los tres años que llevábamos escribiéndonos y, sin embargo, nada de lo que escribimos tuvo sustancia alguna.

Más bien, se había convertido en una competencia para ver quién podía superar al otro. No siempre fuimos malos. A veces me daba cuenta de que se estaba aburriendo de escribirme y su carta era lo menos interesante que había leído en mi vida. Cuando hacía eso, siempre le devolvía una carta que era igual de aburrida o, esperaba, más aburrida.

Querido Luca,

Me levanté esta mañana. Me cepillé los dientes. Fui a la escuela. Hice la tarea. Me he acostado. He comido entre horas.

Besos, Naomi



Querida Naomi,

Me olvidé de levantar la tapa del inodoro cuando oriné y salpiqué un poco en el asiento. No lo limpié.

Besos, Luca

35

Mis padres eran las únicas dos personas que sabían que todavía le escribía a Naomi. Mi mamá pensó que era dulce, pero eso se debe a que nunca leyó ninguna de las cartas. Mi papá nunca ofreció una opinión al respecto. Ben había preguntado por Naomi sólo una vez después de que empezamos a enviar las cartas a nuestras direcciones particulares en lugar de a las escuelas. Me encogí de hombros y fingí no recordar de qué estaba hablando.

Una mañana, de camino a la escuela, guardé la última carta de Naomi en mi mochila. Era la última semana de octavo grado. Mi mamá se había olvidado de revisar el correo el día anterior y, con curiosidad por saber si había recibido una carta, revisé el buzón al salir por la puerta. Ben estaba subiendo a su bicicleta cuando me vio deslizar el sobre sin abrir en mi mochila.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—Nada.

Cerré la cremallera de mi mochila, me la puse a la espalda y me subí a la bicicleta. Esa mañana, ambos estuvimos callados de camino a la escuela. Parecía que Ben siempre sabía cuándo yo no estaba de humor para hablar. Estaba cansado esa mañana. Había estado despierto toda la noche, tratando de ahogar el sonido de mis padres discutiendo poniendo música a todo volumen en mis auriculares. Había logrado ahogar sus voces, pero todavía podía sentir la vibración en las paredes de las puertas cerrándose mientras se abrían paso por la casa, peleando en todas las habitaciones menos en la mía.

Cuando estábamos a una cuadra de la escuela, comencé a pedalear más rápido para dejar atrás a Ben. Sin embargo, su bicicleta era mejor que la mía y me alcanzó rápidamente. Dejamos nuestras bicicletas en el portabicicletas frente a la entrada de la escuela y entramos.

—¿Es tu boleta de calificaciones? —preguntó Ben.

—¿Qué?

—Esa carta que pusiste en tu mochila.

Fruncí el ceño.

—Las boletas de calificaciones aún no han salido.



—¿Entonces qué es? ¿Por qué la escondes?

—No la escondo. Simplemente no es asunto tuyo.

—Es esa chica, ¿no?

Me volví para mirarlo.

—No. ¿Qué chica?

Puso los ojos en blanco.

—Tu amiga por correspondencia de la clase de la señora Martin. Nunca dejaste de escribirle, ¿verdad?

—¿Cómo recuerdas cosas así? Y no, no sigo escribiéndole.

Podía sentir mi rostro calentándose. No había pensado que fuera tan fácil de leer.

—Mierda —dijo—. Te pregunté el año pasado y fingiste que no sabías de qué estaba hablando. —Luego, en una imitación exagerada de mí, dijo—. Uh... uh... ¿quién?

—No sonaba así.

—Eres un mal mentiroso, Luca. Sé que todavía le estás escribiendo. ¿Es tu novia o algo así?

Mi rostro se puso aún más rojo.

—No. Ella no es mi novia. Simplemente no deja de escribirme cartas. Y también es molesta.

—¿En serio? ¿Por qué le escribes todavía?

La verdad era que no quería que Naomi tuviera la última palabra, pero tampoco quería que Ben supiera que yo era tan mezquino. Me encogí de hombros.

—Me da algo que hacer.

Dejamos de caminar cuando llegamos a nuestro salón de clases. Ben bloqueó la puerta.

—¿Qué dice su carta?

—No sé. Aún no la he abierto.

Levantó las cejas, incitándome a abrirla. Suspiré, me quité la mochila y saqué la carta. Abrí el sobre y se la leí en voz alta a Ben.

Querido Luca,

Espero que te despiertes mañana por la mañana con un pequeño uñero y que, cuando lo toques, se haga más grande y más doloroso. Espero que te moleste tanto que sigas hurgando en él, pero que no se desprenda y termines



arrancando un trozo de piel muy largo de tu dedo. Entonces espero que se infecte y la única solución sea amputarte toda la mano.

Eso realmente me alegraría el día.

Con amor, Naomi

37

Ben me miró fijamente con los ojos muy abiertos. Algunos otros estudiantes se habían reunido a nuestro alrededor, esperando entrar al salón de clases.

—Estás bloqueando la puerta. —Le recordé. Entró al salón y lo seguí hasta nuestros escritorios al final de la clase.

—¿Por qué diría eso? —preguntó una vez que ambos estábamos sentados—. Eso es... —Agarró su mano como si sintiera un uñero fantasma después de escucharme leer la carta de Naomi—. Eso es perturbador.

—Ella tiene habilidad con las palabras. —Guardé la carta en el sobre roto y la metí en mi mochila.

—¿Ella siempre escribe “Con amor, Naomi” al final?

—A veces. ¿Por qué?

—Parece un poco extraño terminar una carta con “amor” después de escribir algo así.

—Realmente nunca pensé en eso.

De hecho, lo había pensado cada vez que leía sus cartas. Normalmente copiaba todo lo que ella había usado para cerrar su última carta, pero a veces escribía algo diferente.

—¿Qué le vas a responder? —preguntó.

—No lo sé todavía. —Estaba demasiado cansado para pensar en algo creativo y no podía responder una carta como esa con algo aburrido.

—Luca. Ben. —Ambos miramos a nuestra profesora, quien ya había comenzado la lección mientras estábamos distraídos con la carta—. ¿Les importaría unirse al resto de nosotros?

Ben murmuró una disculpa y yo me enderecé en mi asiento. El resto del día escolar transcurrió sin incidentes. Íbamos a pasar el resto de la semana tomando nuestros exámenes estatales, por lo que la mayoría de los maestros nos hicieron repasar lo que habíamos aprendido durante el año.

Mientras regresaba a casa en bicicleta esa noche, mi mente vagaba hacia la carta de Naomi en mi mochila. Todavía no había decidido qué responder. Sentí que nada de lo que se me ocurría podía superar lo que ella escribió sobre el uñero. Culpé de mi falta de imaginación al estrés por los



próximos exámenes. Probablemente se me ocurriría algo mejor una vez que terminaran las clases.

Me sorprendió ver el auto de mi mamá en el camino de entrada cuando llegué a casa de la escuela ese día. Normalmente no regresaba a casa hasta pasadas las cinco. Estacioné mi bicicleta en el garaje y entré. La encontré sentada en la mesa de la cocina, leyendo un documento. El blanco de sus ojos estaba delineado de rojo.

—¿Qué ocurre?

Parecía sorprendida cuando me miró. No creo que me haya oído entrar. Mezcló las hojas de papel que tenía en la mano y las metió en un gran sobre amarillo.

—Nada, cariño. Todo está bien.

No estaba convencido.

—Parece que estabas llorando.

Forzó una sonrisa.

—Acababa de bostezar antes de que entraras. Debe haberme hecho llorar los ojos.

Tenía los ojos demasiado húmedos y rojos para ser por un bostezo, pero decidí dejarlo pasar. Me quité la mochila y la dejé caer al suelo.

—¿Tienes tarea? —preguntó.

Negué.

—Tenemos exámenes esta semana.

—Entonces ve a poner tu mochila en tu habitación.

Hice lo que ella me pidió. Cuando regresé a la cocina, el sobre que tenía sobre la mesa ya no estaba. Estaba de pie junto al fregadero, removiendo una taza de té.

—¿Que hay para cenar? —pregunté.

Se dio la vuelta y me sonrió.

—Vamos a pedir una pizza.

Fruncí el ceño.

—Pero no es viernes.

—Haremos una excepción —dijo—. Podemos elegir los ingredientes que quieras.

—¿Qué pasa con papá?

Por lo general, mi papá no me permitía elegir los ingredientes. Siempre era lo que él quería.



—Papá no vendrá a casa esta noche. —Se alejó de mí mientras lo decía.

—Oh. ¿Por qué no?

Se encogió de hombros, se obligó a mirarme y estiró los labios en una sonrisa forzada.

—Él tiene una cosa de trabajo. Puede que no vuelva a casa hasta dentro de unos días.

Entonces supe que algo estaba pasando. Mi papá nunca tuvo “cosas del trabajo” que le impidieran volver a casa. Eso y mi mamá estaba actuando raro. Nunca la había visto esforzarse tanto en hacer que pareciera que todo era normal cuando sus ojos rojos contaban una historia diferente. Tomó el teléfono inalámbrico y me lo entregó.

—¿Quieres pedir la pizza?

—Claro —dije, quitándole el teléfono. Ella comenzó a alejarse de mí. Me quedé mirando el teléfono que tenía en la mano durante un minuto y luego me volví hacia la espalda de mi madre que se alejaba—. ¿Mamá?

Se detuvo, se giró lentamente y me miró fijamente con el ceño preocupado. Quería presionarla para que fuera honesta conmigo, pero con ella mirándome así, no me atrevía a hacerlo.

—¿Puedo pedir una soda? —Pregunté en su lugar.

—Por supuesto cariño. Ordena lo que quieras. Esta noche es tu noche.



Mi papá tampoco volvió a casa la noche siguiente, ni tampoco la siguiente. Podría haber dejado que su ausencia me distrajera, pero en lugar de eso elegí distraerme estudiando y trabajando duro en mis exámenes. Escribir una respuesta a la carta de Naomi era la menor de mis preocupaciones. Casi me había olvidado de su carta hasta que estaba vaciando mi mochila después de graduarme de octavo grado. Me decepcionó ver que mi papá no había aparecido, pero supongo que no me sorprendió tanto. Sabía que algo estaba pasando. Solo deseaba que mi mamá me lo dijera.

Estaba sentado en mi cama cuando encontré la carta. Rocky estaba sentado a mis pies. Era un perro grande y ocupaba la mayor parte del espacio del suelo entre la cama y la pared. Saqué la carta del sobre y la releí. Pensar en algo malo para responder parecía inútil ahora. No tenía energía que desperdiciar en escribirle a Naomi. Estaba de un humor terrible. Me di cuenta de que era irónico que estas cartas hubieran comenzado porque yo



estaba de mal humor ese día en quinto grado, y ahora solo se me ocurría algo malo cuando estaba de buen humor.

En ese momento se escuchó un ligero golpe en mi puerta. Dejé la carta en mi mesita de noche y dije:

—Adelante.

La puerta se abrió con un chirrido. Me sorprendió ver a mi papá entrar a mi habitación. Por un momento, pensé que todos mis miedos y dudas habían sido infundados, y que él realmente había estado en una función laboral que lo mantenía fuera de casa durante los últimos días. Pensé que tal vez entraría a mi habitación para disculparse por perderse mi graduación y que ahora podríamos salir a cenar como familia. Había rechazado una invitación a una fiesta a la que Ben iba a asistir con la esperanza de que mi padre volviera a casa esa noche. Ahora me alegraba de haberlo hecho.

Pero entonces vi la expresión del rostro de mi papá. Tenía el ceño fruncido y los labios curvados hacia abajo. Metió las manos en los bolsillos. Cualquier palabra de saludo que tuve para él murió antes de que pudieran salir de mis labios.

Se sentó al final de mi cama y miró fijamente el suelo por un minuto. Rocky se estiró, se puso de pie y caminó hacia él, moviendo la cola, pero mi papá ignoró al perro. Lo observé, esperando que dijera lo que vino a decir. Pasó un tiempo antes de que finalmente hablara.

—Tu mamá dijo que debería hablar contigo.

—¿Acerca de?

—Sobre lo que está pasando.

Quería señalar que ni siquiera mi mamá me había hablado de lo que estaba pasando, pero tenía miedo de que si lo hacía él cambiara de opinión y tampoco me lo dijera. Suspiró y luego continuó.

—Tu mamá y yo nos vamos a divorciar. Quiero que sepas que esto no tiene nada que ver contigo. Tu mamá y yo... simplemente ya no podemos hacerlo funcionar. Pensamos que sería mejor si tomáramos caminos separados, así que conseguí un trabajo en Montana. Regresé a buscar mis cosas y me voy esta noche.

Luché contra el temblor que sentí en mi labio. Siempre me había dicho que los niños no deberían llorar y, aunque estaba enojado con él, no quería decepcionarlo.

—¿Qué hay de mí? —Le pregunté.

—Te quedarás aquí con tu mamá.

Pensé en eso por un momento.

—¿Por qué no puedo ir contigo?



—Tu mamá te necesita aquí.

—¿Vas a regresar?

Estuvo en silencio durante tanto tiempo que supe cuál era la respuesta antes de que volviera a hablar.

—No.

—¿Por qué no?

—Creo que sería mejor si hago una ruptura limpia. Las cosas con tu mamá son simplemente... No iba a volver para nada, pero necesitaba algunas de mis cosas. Sabes que no soy bueno para decir adiós.

Se me ocurrió que en el tiempo que había pasado desde que se sentó en mi cama, no me había mirado ni una sola vez. Todavía no me había mirado cuando se levantó de nuevo y salió de la habitación. Rocky lo siguió por el pasillo, moviendo la cola a pesar de que no le había hecho caso. Sentí celos del perro, tan felizmente inconsciente de lo indiferente que era mi padre. Cuando escuché el portazo, supe que todo había terminado. Mi madre había empacado su maleta para que no tuviera que estar aquí más de los pocos minutos que tomó decirme que ya no era parte de nuestra familia. Me encerré en mi habitación por el resto de la noche.

Yo estaba enojado. Principalmente con mi papá, pero también con mi mamá por permitirle irse así. Había tantas cosas crueles que podría haber dicho, pero sabía que ella también estaba sufriendo y no quería empeorar las cosas. No pude llamar a Ben porque estaba en una fiesta. De todos modos, no estaba seguro de querer decírselo. Miré la carta de Naomi en mi mesa de noche. Escribir sobre un niño parecía tan inmaduro, tan estúpido, tan intrascendente. Por otra parte, ninguna de nuestras cartas tuvo sustancia alguna. Llevábamos casi cuatro años escribiéndonos y todo era estúpido, mezquino y aburrido.

Me preguntaba si ella esperaba con ansias esas estúpidas cartas como yo. Me pregunté si le dolería si dejaba de responderle. Me pregunté si ella me consolara si me abriera a ella, o si solo se burlaría de mí por ser cualquier cosa menos malo o aburrido.

Querida Naomi,

Espero que en algún momento de tu vida haya alguien a quien ames y respetes más que a nadie, si no lo hay ya. Espero que creas que puedes contar con esta persona que siempre estará ahí y podrás contarle cualquier cosa. Y luego espero que algún día decida irse, y ni siquiera te dé la opción de ir con él. Y ni siquiera te mirará a los ojos cuando te diga que se va. No te dirá que te ama y ni siquiera te dirá adiós. Probablemente nunca te amó realmente, y está bien con no decir adiós porque todo fue un acto, y la culpa es tuya por creerlo.



Tienes muchos buenos recuerdos con él, pero él simplemente los echa a perder. Ahora no puedes recordar los buenos momentos sin recordar también la forma en que se fue, cómo ni siquiera te miró ni te dijo que te amaba, porque no era así. Porque eres una persona tan mierda que no mereces una verdadera despedida. Y te quedarás preguntándote, por el resto de tu vida, si las personas que dicen amarte realmente lo hacen, o si todo es mentira y algún día se irán como él lo hizo.

No te sorprendas si no te escribo otra carta. Esto es estúpido.

Adiós.

42

Querido Luca,

Esta debe ser la décima vez que dices que no volverás a escribirme, así que no te creo. Pero en caso de que no vuelva a saber de ti, quiero que sepas que si alguien alguna vez me hiciera esas cosas, sería porque es una persona de mierda y no me merece. No de la otra manera. Y si viera a alguien tratando así a uno de mis amigos, le daría una patada en las pelotas.

Con amor,

Naomi



CAPÍTULO CINCO

EN BUSCA DE MEJORES PLAYAS

Naomi

43

—¡Tenías razón!

Anne me sorprende una vez más, y puedo decir por la sonrisa en su rostro cuando me giro que ella lo sabe.

—Necesitas invertir en unos zapatos más ruidosos antes de provocarle a alguien un ataque cardíaco. ¿En qué tenía razón?

Arroja un sobre sin abrir sobre mi escritorio. Han pasado tres días desde que recibimos el primero.

—Dijiste que iba a enviar otra carta. Tenías razón.

—No esperaba que fuera tan pronto.

Recojo el sobre, decepcionada al ver que todavía no ha incluido la dirección del remitente. Lo abro.

Querida Naomi,

Me imagino lo molesta que estás porque no puedes responderme. Siempre tenías que tener la última palabra, ¿no? Tal vez si hubieras aceptado mi invitación, no estarías ahora preguntándote cómo responderme. Oh bueno. Tú te lo pierdes.

Con amor,

Luca

Anne lee la carta por encima de mi hombro. Ella levanta una ceja cuando llega al final.

—¿Con amor?

—Así finalizaba cada carta. Bueno, casi todas las cartas. Estoy bastante segura de que lo hizo para ser irónico.

—No finalizó así la última carta —dice—. Tal vez ya no esté intentando ser irónico. Quiero decir, ¿durante cuántos años le escribiste?



Hate

HELL OF
BOOKS

—Él está casado. —Me doy cuenta de que nunca antes lo había dicho en voz alta. Escucho las palabras salir de mi boca, pero suena como si alguien más las estuviera diciendo. Las dos palabras resuenan dentro de mi cabeza incluso mientras Anne continúa la conversación.

—Eso no le impidió escribirte.

—En realidad, creo que es exactamente por eso que dejó de escribirme.

—Tal vez se divorció.

No sé por qué la idea de que Luca esté soltero hace que mi corazón se acelere. Debe ser porque eso significa que puede volver a escribirme. Sonríe para que Anne no pueda ver mi confusión interior.

—¡Oh, sí! Suerte la mía.

Anne pone los ojos en blanco, todavía sonriendo.

—¿Qué quiere decir con aceptar su invitación?

—No estoy segura. Me había desafiado a verlo un par de veces a lo largo de los años, pero siempre era parte de alguna broma tonta. También me preguntó si podíamos ser amigos en Facebook y le dije que no. Quizás de eso esté hablando.

—Él se está burlando de ti. Creo que quiere que averigües su dirección y le respondas.

—¿Cómo se supone que voy a hacer eso? Debió saber que intentaría buscarlo después de recibir su última carta. Probablemente desactivó su Facebook antes de enviarlo.

—Prueba con la casa de su infancia. Todavía tienes esa dirección, ¿verdad?

Sacudo la cabeza.

—Eso no va a funcionar. Lo busqué en PeopleFinder. Ahora vive allí otra familia.

—Tal vez alguno de sus antiguos vecinos todavía viva cerca. Si alguien en su calle fuera cercano a su familia, podría saber cómo localizarlo.

—¿Qué se supone que haga? ¿Enviar una carta a cada casa de la calle y esperar a ver si alguien responde?

—Esa es una opción.

—Esa es la única opción. —La corrijo.

—Bien...

—¿Bien qué?

—Podrías presentarte en persona y preguntar.



Me río.

—Está en San Diego, Anne. Hay unos cuantos miles de kilómetros para llegar allá.

Frunce los labios.

—Siempre quise ir a San Diego.

Arrugo la frente.

—¿Por qué?

—Escuché que sus playas son mejores.

—¿En serio?

Se encoge de hombros.

—Solo quiero saber si es verdad.

—No voy a conducir hasta California para conseguir la dirección de un viejo amigo por correspondencia. Perdón, penemy.

Anne parece desconcertada.

—¿Conducir? ¿Quién dijo algo sobre conducir? Podríamos volar esta noche y regresar antes de que termine el fin de semana.

La idea de volar me pone nerviosa, pero no quiero decírselo a Anne.

—Eso suena caro.

—Apuesto a que no es tan caro. ¿Tienes algo mejor que hacer este fin de semana?

—Tengo una cita con mi vecino atractivo.

—Cierto. Me olvidé. ¿Adónde van?

Me encojo de hombros.

—No sé. No hemos hablado de eso.

—Ustedes viven en el mismo edificio.

Pienso en cómo estábamos atrapados juntos en el ascensor. Había pensado en enviarle un mensaje de texto esa tarde, pero me acobardé. Me pregunto si está esperando que yo dé el siguiente paso o si mi comportamiento en el ascensor lo asustó.

—¿Crees que debería cancelar? ¿Será extraño si la cita no va bien y todavía tenemos que vernos en el vestíbulo durante el próximo mes?

—En primer lugar, esa es una razón realmente estúpida para cancelar. Y segundo, comprarás una casa el próximo mes. No es como si fueras a encontrártelo siempre.



Me levanto y recojo mis pertenencias, lista para regresar a casa. Anne también terminó su turno, así que me sigue afuera.

—Probablemente deberías averiguar los detalles de tu cita —me dice cuando llegamos al estacionamiento.

—Sí, probablemente.

—O...

—¿O qué?

—¿O tal vez podrías posponerla para el próximo fin de semana?

—¿De verdad tienes tantas ganas de ir a San Diego?

—Será divertido. Además, necesito una excusa para salir y hacer algo este fin de semana. Lo único que tengo que esperar es conocer hombres con los que no tengo química solo porque ambos usamos Tinder. Me vendría bien un poco de tiempo de chicas.

Dejé escapar un suspiro. Pasé los últimos dos años tratando de sacar a Luca de mi mente, y ahora él está de vuelta, al frente y al centro. Nunca pensé que podría ser tan difícil olvidar a alguien que nunca había conocido en la vida real. Pero esa es la cuestión. Solo han sido palabras en papel. Sé que si lo localizo, nunca volverá a ser lo mismo. Quizás eso es lo que necesito.

Pienso en la cita a la que se supone que debo ir con Jake. Qué terrible momento.

Llego a mi auto y abro la puerta. Anne deja de caminar y espera en la parte trasera de mi auto, mirándome.

—Necesito averiguar la dirección de Luca —digo.

—Imagina lo sorprendido que estará cuando le envíes una carta. No creo que espere que vayas hasta San Diego para averiguarlo.

—Tienes razón. Si no lo descubro, seguirá enviando estas cartas a la estación de noticias, burlándose de mí.

—Probablemente piense que ya ganó después de deshacerse de su perfil de Facebook. ¿Vas a dejarlo ganar?

Sacudo la cabeza.

—Diablos, no. Vayamos a San Diego.

Anne no intenta ocultar su emoción.

—Te llamaré cuando llegue a casa. —Salta arriba y abajo como una niña pequeña a la que le acaban de decir que irá a Disney World.

Me río y me subo a mi auto mientras ella se dirige a su propio auto. Me encanta lo comprometida que está en tratar de encontrar a mi amigo por correspondencia.



Cuando entro a mi edificio, veo a Jake revisando su correo. Mira por encima del hombro cuando escucha la puerta principal, luego lo mira dos veces cuando me ve. Su boca se abre en una sonrisa, haciendo que mi corazón se acelere. Ha pasado mucho tiempo desde que alguien parecía tan feliz de verme. Su cabello oscuro está un poco desordenado. Tengo este extraño deseo de pasar mis dedos por él. Meto las manos en los bolsillos para evitar hacer algo vergonzoso.

Lleva otra camisa que abraza sus bíceps. Nunca había sentido tanta envidia de una camisa. Cierra su buzón y gira todo su cuerpo para mirarme. Empiezo a arrepentirme de haberme comprometido a ir a San Diego este fin de semana. Me pregunto si será demasiado tarde para cancelar, pero sé que Anne probablemente ya esté a la mitad de la reserva de boletos.

—Hola —digo mientras doy un paso hacia los buzones.

—Hola.

Mantiene contacto visual conmigo mientras doy un paso hacia él. Noto que un lado de su boca se levanta un poco más cuando sonrío. Sus ojos también parecen más azules, pero tal vez sea sólo la iluminación. Es difícil apartar la mirada de él. No creo haber conocido a un chico tan atractivo físicamente como este. Me doy cuenta de que llevamos varios segundos parados frente a los buzones, mirándonos fijamente sin decir una palabra. Me aclaro la garganta.

—Entonces, eh, sobre este fin de semana. —No me doy cuenta de lo difícil que va a ser hasta que me veo obligada a decirlo—. Surgió algo. ¿Puedo dejarlo para otro día?

—Oh. —Su sonrisa flaquea. Ambos lados de su boca ahora están al mismo nivel. La sonrisa sigue ahí, pero ya no es tan brillante—. Sí, por supuesto. Espero que todo esté bien.

—Todo está bien. Solo voy a hacer un viaje de última hora a San Diego. —Pongo los ojos en blanco en un intento de transmitir que el significado del viaje no es gran cosa—. Pero podemos salir el próximo fin de semana. O, quiero decir, cuando estés libre.

—El próximo fin de semana estaría bien. San Diego, ¿huh? ¿Es un viaje de trabajo?

—No exactamente. Bueno, en realidad, para nada. Voy con Anne. —No quiero que se sienta celoso diciéndole que estoy tratando de encontrar a otro chico, especialmente cuando pospongo nuestra cita por esto. Intento pensar en otra excusa—. Ella, uh, quiere ver cómo son las playas allá. Ella cree que las playas podrían ser mejores allí que en Miami.

Es una verdad a medias, pero aun así me siento mal por decirlo.

—Ah. Entonces es un viaje de investigación.

Me río.



—Podría decirse.

—He oído que la arena es más blanca aquí.

—No lo sé. Nunca he estado en la costa oeste. No puedo imaginar que tengan tantas algas en sus playas.

—Tendrás que hacerme saber cuál es el consenso.

—Lo haré. ¿Nos vemos después?

La comisura de su boca se inclina hacia arriba, completando su sonrisa torcida.

—Te acompañaré en las escaleras. ¿A menos que quieras acompañarme en el ascensor?

Me río.

—De ninguna manera.

Nos dirigimos hacia la escalera. No me doy cuenta hasta que llegamos a la mitad del primer tramo que olvidé revisar el correo.

—Debe ser horrible tener que subir y bajar escaleras cargando la compra —dice.

—Es mejor que la otra opción. ¿Qué pasaría si siempre me quedo atrapada en el ascensor y todos mis productos lácteos se echan a perder?

—Buen punto. Pero al menos si te quedaras atrapada con todas tus compras, tendrías algo para comer además de tu propio pie.

—De todos modos, no hago tantas compras. Soy sólo una persona. Puedo llevarlo todo en un solo viaje.

—Ah. Eres una de esas personas que lo consiguen todo en un solo viaje.

—No confío en nadie que no lo sea. —Me giro para mirarlo cuando llegamos al tercer piso—. Oh, no. Por favor, no me digas que te gusta hacer varios viajes. ¿Solo llevas una bolsa a la vez?

Frunce el ceño.

—¿Eso rompe el trato?

Asiento.

—Obviamente.

—Bueno, entonces estás de suerte, porque prácticamente inventé conseguirlo todo en un solo viaje. —Él ignora mis ojos en blanco—. Intenta llevar todas las compras para una familia de seis personas sin ninguna ayuda.

Levanto una ceja.



—Está bien, ahora solo estás presumiendo. Familia grande, ¿huh?

Sonríe.

—Sí. ¿Qué pasa contigo?

Sacudo la cabeza.

—Hija única. Siempre deseé tener hermanos.

—Puede ser caótico —dice—, pero no cambiaría nada.

Tengo la esperanza de poder conocer a su familia. Sé que esto es absurdo, porque ni siquiera hemos tenido nuestra primera cita todavía.

Mi celular comienza a sonar. Lo saco de mi bolso para ver quién llama.

—¿Necesitas tomar eso? —pregunta.

Suspiro.

—Es Anne. Está intentando planificar nuestro viaje.

Espero que me diga que cancele el viaje y pase todo el fin de semana con él. Quiero que me diga que me olvide de ese tipo que me escribía cartas y siga con mi vida. Incluso si él supiera todo esto, no estoy segura de que pudiera hacerlo. Necesito un cierre. No puedo dejar esto con Luca así.

—Diviértete —dice Jake—. Te veré cuando vuelvas.

Lo veo subir las escaleras y luego respondo la llamada de Anne, balanceando mi teléfono sobre mi hombro mientras abro la puerta del pasillo del tercer piso.

—Entonces, estoy buscando en internet y hay un vuelo sin escalas a San Diego que sale en cuatro horas por menos de trescientos dólares.

—Eso no está nada mal. —Por alguna razón siempre imaginé que los billetes de avión costaban miles de dólares.

—Es un precio bastante bueno —dice—. Llegaremos allí esta noche y podemos reservar una habitación doble, ¿a menos que quieras habitaciones separadas? y luego podrás buscar la calle de tu penemy a primera hora de la mañana. Si todo va bien, podremos pasar el resto del día en la playa y luego tomar un redeye y volver a casa.

—Bueno. ¿Qué es un redeye?

—¿Hablas en serio? ¿Todos esos años en la universidad y nunca aprendiste qué son los redeye?

—¿Es un avión? Nunca antes había volado, Anne.

Puedo oírla riéndose de mí al otro lado de la línea.

—Es un vuelo nocturno. Llegaremos a casa temprano el domingo por la mañana. Así no tendremos que pagar dos noches de hotel.



—Cuenta conmigo. ¿Cómo obtengo mi boleto? ¿Lo compro en el aeropuerto?

—¿En serio nunca has volado antes?

—Si sigues burlándote de mí, me echaré atrás.

—Bien. Pero no. Es decir, puedes comprar el boleto en el aeropuerto, pero es más rápido si lo haces online. Puedo enviarte un enlace.

Me sudan las manos cuando cuelgo el teléfono. Anne envía el enlace de inmediato y hago clic en él. No puedo creer que esté a punto de ir a un aeropuerto e intentar subirme a un avión. Ingresé mi información en el formulario y descubrí que es sorprendentemente fácil comprar un boleto. Me preocupa que tan pronto como presione el botón para confirmar mi pedido, sonará una alarma, la pantalla parpadeará en rojo y me negarán mi boleto. Tal vez mi apartamento incluso esté infestado de agentes de la TSA. Mi dedo se sitúa sobre el botón. Tengo palpitaciones. Cierro los ojos y toco la pantalla.

No pasa nada. No suena ninguna alarma y nadie irrumpe en mi apartamento. Abro los ojos y veo que mi dedo no tocó el botón. Lo toco de nuevo y espero, conteniendo la respiración, mientras la página se vuelve blanca y luego se recarga con la confirmación de mi compra. Exhalo profundamente y luego me recuerdo a mí misma que esta fue la parte fácil. Ahora tengo que pasar por el aeropuerto.



CAPÍTULO SEIS

OJOS DE HUSKY DEMONÍACOS

Naomi

51

Estoy en la acera afuera de mi edificio, con mi mochila colgada del hombro, esperando a que Anne me recoja. Una niña da volteretas delante de mí. Soy terrible adivinando edades, pero diría que esta niña probablemente tenga cinco o seis años. O tal vez diez.

Cuando hace una cuarta voltereta frente a mí, miro a mi alrededor y me pregunto dónde están sus padres. Nadie parece hacerse cargo de la joven acróbata de acera. Observo con una ceja levantada cómo deja de dar volteretas y se agacha junto a un arbusto que bordea la acera. Luego, como si supiera que la están observando, se levanta y se da vuelta, mirándome.

—¡Mira este!

No tengo más opción que mirar la mano extendida de la niña, que de repente está mucho más cerca de mi rostro de lo que me siento cómoda. En el dedo de la niña hay lo que parece un bigote falso. Frunzo el ceño, tratando de descubrir por qué la niña me muestra esto, cuando noto que el bigote se mueve.

—¿Qué es eso? —pregunto, desconcertada.

—Es una oruga.

—Oh. Es hermosa. —Es la oruga más peluda que he visto en mi vida. Ni siquiera sabía que las orugas podían ser tan peludas.

—¿Quieres sostenerla, Gnome?

Me toma un segundo darme cuenta de que la niña no me está llamando gnome, sino que está tratando de decir mi nombre.

—Tal vez deberías dejar esa cosa —sugiero—, podría ser venenosa.

—Eres tonta. Las orugas no son venenosas. —La niña coloca la otra mano delante de la oruga. Ambas observamos cómo la oruga pasa de una mano a la otra—. Esta se convertirá en una polilla.

—¿De verdad? —Miro a mi alrededor de nuevo. Anne debería estar aquí en cualquier momento y me temo que una vez que me haya ido, esta niña no tendrá la supervisión de ningún adulto—. ¿Dónde están tus padres?



—Mi mamá está limpiando el baño. Ella no sabe que estoy aquí.

—Deberías volver adentro antes de que ella se dé cuenta de que estás desaparecida y comience a preocuparse.

La niña hace una mueca.

—¿Puedo llevar la oruga adentro?

Pienso en eso por un momento.

—Será mejor que la devuelvas al arbusto donde la encontraste. De esa manera puede construir un capullo y convertirse en mariposa.

—Polilla —me corrige.

—Bien.

Anne toca la bocina mientras se acerca a la acera. La niña vuelve corriendo al arbusto para soltar a la oruga. Dejo mi mochila en el asiento trasero de Anne y luego observo desde el asiento del copiloto cómo la niña desaparece en el interior del edificio.

—¿De quién es esa niña?

—No tengo idea —le digo—. Ella vive en el edificio y cree que mi nombre es “Gnome”.

—¿Gnome? Tendré que recordar eso.

—Por favor, no lo hagas.

—¿Estás emocionada de volar por primera vez, Gnome?

—Estoy un poco nerviosa, Anette.

Anne se estremece.

—Bueno, está bien, lo siento. Olvida que alguna vez te llamé así. —Ambas nos quedamos en silencio por un momento mientras ella nos lleva al aeropuerto—. Pero no hay necesidad de estar nerviosa. ¿Sabes lo raro que es un accidente aéreo?

—Eso no es lo que me pone nerviosa. —Tan pronto como lo digo, me arrepiento. Tener miedo a un accidente aéreo es mucho más fácil de explicar que lo que realmente me hace repensar este viaje.

Anne me frunce el ceño.

—¿Por qué estás nerviosa entonces?

—Por nada. Es estúpido.

—Tú lo mencionaste.

—Dejémoslo. Estoy segura de que todo estará bien. —En realidad no creo lo que estoy diciendo, pero al menos tengo que fingir ser normal.

—Tienes miedo de marearte, ¿Verdad? —me pregunta—. ¿Te mareas?



—Sí, eso es. —Miento—. No puedo subirme a una montaña rusa sin vomitar.

—Estarás bien. Solía vomitar cada vez que volaba. Puedo enseñarte lo que hice para superarlo.

—Gracias. —Ahora tengo dos cosas de qué preocuparme. Ni siquiera había considerado que si lograba subir al avión, podría vomitar encima.

Llegamos al aeropuerto y Anne estaciona su auto en el estacionamiento. Respiro profundamente. Estoy más nerviosa ahora que cuando me subí a su auto por primera vez.

—Olvidé mi pasaporte —le digo—. Probablemente sea demasiado tarde para ir a buscarlo, ¿verdad? Deberíamos regresar.

Anne pone los ojos en blanco y me agarra del brazo, empujándome hacia el edificio.

—No necesitas pasaporte para volar a California.

Me siento ingrátida mientras dejo que me arrastre hacia las puertas correderas que se abren hacia el aeropuerto. Estoy sudando y al mismo tiempo tengo frío. Estoy segura de que si ella me mirara, se sorprendería de lo pálida que me he puesto. Mientras nos acercamos a la línea de seguridad, observo a los agentes de la TSA que tenemos delante. Cuando uno de ellos me mira a los ojos, miro hacia otro lado, esperando no llamar demasiado la atención.

Me inclino hacia Anne cuando llegamos a las máquinas de rayos X.

—¿Y si no me dejan pasar? —susurro.

Ella se ríe. Está claro que piensa que estoy bromeando.

—¿Tienen alguna razón para no dejarte pasar?

—No sé. Tal vez. No van a obligarme a quitarme la ropa, ¿verdad?

Ella escanea la fila delante de nosotras.

—No veo a nadie más desnudándose. Estoy bastante segura de que para eso están los escáneres corporales. Pero no me quejaré si ese tipo con el tatuaje en el bíceps me dice que necesita revisarme.

—¿Qué chico? —No recuerdo haber notado un tatuaje en ninguno de los agentes de la TSA.

—Camisa azul —dice.

—Él no es un agente de la TSA, Anne. Él es... —Observo mientras el chico del tatuaje despliega un cochecito y una mujer que lleva a un niño pequeño lo mete en él—. Es un pasajero. Y está casado.

—Aun así, no me quejaría.

Le golpeo el brazo con el codo.



—Eres terrible.

Estoy demasiado entretenida por el comentario inapropiado de Anne como para darme cuenta de que he llegado al principio de la fila. Paso por el escáner corporal y luego contengo la respiración cuando el agente de la TSA me dice que espere. Me doy cuenta de que todos mis miedos están a punto de hacerse realidad. Alguien me llevará aparte y me arrestará o me dirá que necesito...

—Está bien, ya puedes irte —dice el agente antes de que pueda terminar mi serie de pensamientos terroríficos. Me apresuro hacia la cinta transportadora y tomo mis cosas. Anne pasa por el escáner corporal un momento después y luego continuamos por el aeropuerto.

Paramos en uno de los restaurantes para comer algo y luego llegamos a nuestra puerta justo a tiempo para abordar el avión. Estamos sentadas en la parte trasera del avión.

Mi teléfono suena casi tan pronto como me siento. Miro la pantalla y me emociono cuando veo un nuevo mensaje de texto de Jake.

*Vecino Caliente: EL ascensor simplemente tembló mientras bajaba.
Me hizo pensar en ti.*

Sonríó. Me pregunto si está inventando esto solo como excusa para hablar conmigo.

Naomi: ¿Te quedaste atorado?

Vecino caliente: No. Solo tembló un poco.

Vecino Caliente: ¿Ya estás en el avión?

Naomi: Sí, ya estoy sentada. Acaban de anunciar que se supone que debemos apagar nuestros teléfonos.

—¿Cómo se lo tomó ojos de husky endemoniado cuando cancelaste?

La pregunta de Anne desvía mi atención de mi teléfono. Estoy tan confundida por la combinación de palabras que acaba de decir que suena como si estuviera hablando otro idioma. Frunzo el ceño y cuando ella no se repite ni intenta aclararse, me veo obligada a preguntar.

—¿Qué acabas de decir?

—Cuando cancelaste —repite.

—Escuché eso. Pero no tengo idea de lo que significa el resto de esa frase.



—Ojos de husky endemoniado —dice poniendo los ojos en blanco—. Ya sabes. ¿Tu vecino atractivo con ojos azules súper intensos con quien se suponía que tenías una cita en este momento?

—Oh. —Me encojo de hombros—. Se lo tomó bien.

—Le dijiste, ¿verdad?

—Por supuesto que lo hice. Simplemente estaba confundida por cómo lo llamaste.

—Vamos. ¿No crees que tiene los ojos de un husky endemoniado?

—Ahora que lo mencionas, supongo que puedo verlo. ¿Pero tiene que ser endemoniado? Eso lo hace parecer espeluznante.

—Si me dijeras su nombre, no tendría que llamarlo ojos de husky endemoniado.

—Su nombre es Jake.

Ella mira por encima de mi hombro mi teléfono. Cuando ve cómo tengo guardado su contacto, pone los ojos en blanco.

—¿En serio? Estoy segura de que un tipo con esa apariencia no necesita que le acaricien el ego.

—Sólo planeo divertirme un poco con él hasta que me vaya del edificio. Además, él fue quien guardó su número en mi teléfono de esta manera.

—Si vas a elegir un apodo, ojos de husky endemoniado suena mejor —dice.

—No me gusta la parte de endemoniado, ¿quizás solo ojos de husky? Ella frunce los labios y el ceño. Luego me arrebató el teléfono.

—Oye. ¿Qué estás haciendo?

Observo cómo ella cambia su nombre de *vecino caliente* a *ojos de husky*. Luego apaga mi teléfono antes de que pueda hacer algo al respecto. Me devuelve el teléfono y luego se gira hacia la ventana.

—Mira eso —dice—. Estamos en el aire.

—Oh. Wow. Tienes razón. —Lo sentí cuando el avión despegó, pero estaba demasiado distraída en mi conversación con Anne para decir algo al respecto.

—¿Ves? No es tan malo.

Observo las pequeñas casas y los autos debajo de nosotras por un momento, y luego busco debajo del asiento frente a mí y abro mi mochila. Saco una carpeta.

—¿Qué es eso? —pregunta Anne.



—Material de lectura para mantenernos entretenidas durante las próximas horas.

Abro la carpeta, revelando una pila de cartas que he elegido dejar que Anne lea.

Sus ojos se abren y toma la primera.

—¿Estas son de Luca? —pregunta.

—Estas son todas las cartas que me escribió en la escuela secundaria.

Ella lee la primera, frunce el ceño y luego suelta una carcajada que llama la atención de algunas personas frente a nosotras.

—¿Qué respondiste a esto? —me pregunta. Toma la página siguiente, decepcionada al ver que no es mi respuesta, sino otra carta de Luca.

—Él nunca me devolvió ninguna de las mías, así que todo lo que tengo son las de él. Pero las recuerdo como si las hubiera recibido ayer. Probablemente pueda decirte lo que le respondí.



CAPÍTULO SIETE

LA POBRE CIEGA

Luca

57

Lo que pasaba con Naomi era que no importaba lo malo que fuera o el mal humor que tuviera cuando le escribía, ella siempre me respondía. Y fui muy, muy malo. Durante un año después de que mi padre se fue, la usé como un saco de boxeo virtual. Nunca le conté lo que pasó porque no quería que ella se compadeciera de mí como todos los demás. Si me desahogaba con Ben o con mi novia, me ofrecían soluciones que nunca funcionaban o se disculpaban aunque no hubieran hecho nada malo. Pero cuando me desahogaba con Naomi en forma de una carta cruel (por lo general, algo que deseaba poder decirle a mi padre), ella respondía con algo igualmente cruel o inquietante y, a menudo, me hacía reír.

Estábamos en la secundaria cuando el tono de nuestras cartas empezó a cambiar. Atrás quedaron los inocentes insultos de niños sin experiencia de vida que respaldaran lo que decíamos. No estoy seguro de en qué momento cruzamos esa línea, o quién la cruzó primero, pero ninguno de nosotros retrocedió.

Querido Luca,

Se supone que debo estar trabajando en un ensayo en este momento, pero no puedo concentrarme porque mis primas están en mi habitación haciéndose cambios de imagen e intentando convencerme para que me haga uno. Courtney está depilando las cejas de Bella y Bella está gritando. Es muy difícil escribir sobre la guerra civil mientras esto sucede, pero me hace pensar en ti.

Me encantaría arrancar los vellos de tus piernas uno por uno con unas pinzas. Parece que sería realmente satisfactorio verte llorar de dolor. Entonces espero que te salga un vello encarnado cuando todo empiece a crecer de nuevo, y cuando lo hurgues, se infecte y termines perdiendo la pierna. Luego, cuando tu médico te coloque una prótesis, te quede unos centímetros más corta, lo que te provocaría una cojera terrible por el resto de tu vida.

Con amor, Naomi



Hate

HELL OF
BOOKS

Querida Naomi,

Mi mamá se depila las cejas y siempre habla de depilarse. No entiendo por qué las chicas pasan por tanto dolor. Sólo usa una navaja de afeitar o algo así. Deberías dejar que tus primas te hagan ese cambio de imagen. Estoy seguro de que realmente lo necesitas.

Quiero saber por qué estás tan obsesionada con el vello de mis piernas y la idea de que pierda una extremidad. ¿Es porque secretamente quieres venir a San Diego y cuidarme? Te dejaré depilarme las piernas si eso significa que te tengo de rodillas frente a mí.

Con amor, Luca

Querido Luca,

Es asqueroso que siempre tengas que hacer que todo sea sexual. Supongo que no me sorprende ya que nunca tienes sexo. Probablemente serás virgen hasta que tengas cincuenta años y una pobre mujer ciega en un asilo de ancianos te acaricie accidentalmente porque cree que eres su marido. Tienes suerte de que su marido también tenga una polla pequeña, por lo que ella ni siquiera notará la diferencia.

Con amor, Naomi

Querida Naomi,

Te equivocas. No soy virgen y, de hecho, he tenido muchas novias, así que no voy a terminar solo en un asilo de ancianos como tú. Probablemente serás esa mujer ciega que juega con la micropolla equivocada.

Además, no tengo una polla pequeña. ¿Puedo enviarte una foto la próxima vez si quieres comprobarlo por ti misma?

Con amor, Luca

Querido Luca,

Probablemente pasas por tantas novias porque eres muy malo en la cama. Solo porque tengas una gran polla no significa que seas bueno en la cama, y pasar por muchas novias no significa que no vayas a terminar solo. Además, paso de la foto de tu polla. No quiero que mi pobre buzón contraiga clamidia.

Con amor, Naomi

Al final de mi tercer año de secundaria, muchas de nuestras cartas se habían vuelto un poco coquetas. O tal vez solo imaginé que ella estaba coqueteando conmigo porque yo era un adolescente caliente. Ben había estado saliendo con Yvette desde el primer año y pasaba todo su tiempo con ella. Solo tuvimos una clase juntos en el tercer año, así que esa fue la única vez que realmente nos vimos. Entonces, ya no era como solía ser. Había hecho nuevos amigos en otras clases y comencé a sentirme como un marginado. Nunca se me había dado bien hacer nuevos amigos y supongo que siempre conté con Ben como mi mejor amigo.

A diferencia de Ben, cuyos objetivos de relación eran a largo plazo, yo no estaba interesado en salir con ninguna chica por más de una semana o dos. Había sido divertido durante algunos años, pero en el tercer año ya había salido con la mitad de las chicas de mi clase. La otra mitad no era atractiva o yo estaba fuera de su alcance porque ya había salido con su amiga. Terminé pasando la mayor parte del año solo. Fue fantástico para mi boleta de calificaciones, pero me sentía muy solo.

Al final de ese año, parecía que todos mis amigos se estaban uniendo a un sitio web llamado Facebook del que mi madre había sido parte durante años. Al principio me había mostrado reacio a unirme, pero me subí al tren y creé una cuenta. Mi foto de perfil era de Ben, yo y un par de sus amigos en la playa.

Fue una mezcla de aburrimiento, y un poco de soledad lo que una noche me hizo escribir "Naomi Light" en la barra de búsqueda. Le había estado escribiendo durante años y me preguntaba qué aspecto tendría. Dudé antes de presionar "enter". No estaba seguro de si realmente quería saber cómo era. En muchas de mis cartas había insinuado que ella era fea, pero no tenía idea de si realmente lo era. Tenía miedo de que si lo sabía, las cosas podrían cambiar. Cuando la imaginé dentro de mi cabeza, la imaginé siendo linda. Ésta era parte de la razón por la que era divertido coquetear con ella. ¿Todavía quería escribirle si supiera que parece un ogro?

Pulsé la tecla de todos modos y esperé a que se completaran los resultados de la búsqueda. Surgieron algunos resultados, en su mayoría mujeres mayores, pero había un ícono de lo que parecía una adolescente que vivía en la ciudad de Oklahoma. Hice clic en su perfil y me encontré conteniendo la respiración. Ésta no podía ser la chica a la que le había estado escribiendo cartas durante años. Verifiqué dos veces su perfil y confirmé que vivía en la ciudad de Oklahoma y que estaba en el mismo grado que yo. Luego hice clic en su foto de perfil para verla mejor.

Naomi tenía cabello rojo dorado y piel clara con algunas pecas claras en la nariz. Sus ojos eran azul oscuro, sus labios carnosos y rosados, y sus dientes eran perfectamente blancos y rectos. Tenía hoyuelos en cada mejilla



cuando sonreía. Hice clic para ver la siguiente foto. Llevaba un uniforme de atletismo. Estaba en forma, con piernas tonificadas, parada en medio de un grupo de otras chicas. Ella se destacó para mí como la más bonita. Sentí que mi boca se abría. Miré la siguiente foto y seguí haciendo clic para ver más. Quería ver todas las fotografías que se había hecho.

No podía creerlo en todo este tiempo, que le hubiera estado escribiendo. En comparación, hacía que la chica más atractiva de mi escuela secundaria pareciera un hongo. De repente deseé poder retirar todas las cosas malas que le había escrito.

60

Consideré enviarle una solicitud de amistad, pero entonces ella sabría que la había buscado. No estaba seguro de por qué no quería que ella supiera eso. En lugar de enviar una solicitud de amistad, tomé una hoja de papel y un bolígrafo.

Querida Naomi,

Finalmente creé una cuenta de Facebook. Estoy bastante seguro de que fui la última persona de mi clase en hacerlo. Es un poco extraño iniciar sesión y ver todos estos pensamientos aleatorios que mi mamá publica allí. Ella siempre es la primera persona en comentar todas mis fotos. A veces, cuando inicio sesión, recibo cincuenta notificaciones nuevas y, por un segundo, pienso que debo ser popular, pero cuando hago clic en el ícono, es solo mi mamá enviando spam a mi página con me gusta y comentarios. Creo que mi mamá podría ser mi única amiga verdadera. ¿No es un poco patético?

¿Crees que deberíamos ser amigos en Facebook? Quiero decir, suponiendo que tengas una cuenta allí. Déjame saber, te buscaré y te agregaré.

Con amor, Luca

Querido Luca

¿Qué te hace pensar que alguna vez querría ser tu amiga en Facebook? No te molestes en enviarme una solicitud de amistad. Ni siquiera me busques, ¿bien? Ah, y sé más amable con tu mamá.

Besos, Naomi

No era la respuesta que esperaba. Pensé que ella leería mi carta y luego, por curiosidad, entraría en Facebook y me buscaría. Ella inevitablemente vería que yo también estaba más bueno que cualquier chico



con el que fuera a la escuela y me enviaría una solicitud de amistad o, al menos, me diría que estaba bien enviarle una.

Su carta me desanimó tanto que la dejé a un lado y no le respondí durante un mes. Supongo que esperaba que mi falta de respuesta la hiciera cambiar de opinión, o tal vez me buscaría y se daría cuenta de lo que se estaba perdiendo. Pero eso no sucedió.



CAPÍTULO OCHO

CÓMO CONVERTIRSE EN UN ACOSADOR

Naomi

62

—¿Por qué no quisiste ser su amiga?

Anne acababa de terminar de leer todas las cartas que Luca me envió durante los primeros tres años de la escuela secundaria, mientras yo leía por encima de su hombro y contaba lo mejor que podía recordar lo que le había respondido.

Me encojo de hombros.

—No sé. Supongo que, mirándolo en retrospectiva, parece bastante frío de mi parte.

—¿No sentías curiosidad por saber cómo era?

Lo busqué después de que envió esa carta. Mentiría si dijera que no estuve un poco enamorada de Luca en algún momento, pero nunca se lo admitiría a Anne. Su página era privada, así que todo lo que pude ver fue su foto de perfil donde estaba con un grupo de chicos en una playa, todos con gafas de sol y cruzando los brazos sobre el pecho como si pensarán que eran una mierda sexy. Y lo eran, al menos yo en la secundaria pensaba que eran atractivos, pero eso no importaba.

—Tenía novio en el momento en que Luca envió esa carta. Realmente no me importaba cómo se veía. Y su perfil era privado de todos modos.

Dejo de lado el hecho de que visité su perfil muchas veces, tratando de descubrir qué chico de la foto era Luca, y esperando que cambiara su configuración para poder husmear un poco más sin que él lo supiera.

—Estás loca —dice—. Habría aceptado su solicitud de amistad.

Lo pienso por un momento, tratando de recordar mi razón por la que rechacé a Luca en ese entonces.

—Leíste sus cartas —le recuerdo—. Era malo y ofensivo, y no quería que dejara comentarios como ese en mi página de Facebook donde todos pudieran verlo.

También había algo en escribir una carta y ponerla en el buzón que disfrutaba, y tenía miedo de que si Luca y yo encontrábamos una manera de hablar fuera de esas cartas, todo terminaría. No estaba preparada para



ponerle fin a esa etapa. Supongo que todavía no estoy lista, ya que ahora estoy en un avión para encontrarlo después de no saber nada de él durante dos años.

—Supongo que eso es justo. Aún así, al menos lo habría agregado por un minuto solo para ver cómo se veía. De hecho, he acosado en Facebook a casi todas las personas a las que he enviado correos electrónicos en el trabajo.

—¿En serio? ¿Por qué?

—Me gusta ponerle rostro al nombre.

—Admito que ahora tengo curiosidad. ¿Crees que borró su página de Facebook sólo para que fuera más difícil encontrarlo?

Anne asiente.

—Y probablemente pagó para que eliminaran su información de PeopleFinder. Es eso o Luca Pichler no es su verdadero nombre.

—Tiene que ser su verdadero nombre. Ese es el nombre que me dio la escuela primaria cuando comenzamos el programa de amigos por correspondencia.

—Es cierto. Si ese es el caso, entonces realmente se esforzó en hacerse difícil de encontrar.

—Está bien —digo—. No necesitamos Facebook ni registros públicos para encontrarlo. Lo acecharemos a la antigua.

Ojalá hubiera pensado en hacer esto antes, pero pensé que había una razón detrás de que él me interrumpiera: su esposa. Probablemente hubiera sido un poco extraño si una mujer cualquiera (yo) apareciera en su puerta buscando a Luca. Por otra parte, tal vez él todavía esté con ella. Quizás todavía sea extraño. No tengo idea de en qué me estoy metiendo.

—Esto va a ser muy divertido —dice Anne. Vuelve a colocar las cartas en la carpeta y luego las guarda en mi mochila mientras esperamos que aterrice el avión. Aún quedan muchas más cartas por leer en el aeropuerto mañana por la noche.

—¿Qué pasa si esto es una mala idea? ¿Qué pasa si regresa a la casa de su infancia y cuando aparezca en su puerta, me arrestan por acosarlo? O peor. ¿Qué pasa si me rocían gas pimienta?

—Muy improbable —dice—. Además, apuesto a que tuvo que acechar un poco para descubrir dónde trabajas ahora.

Pienso en Luca pasando por todos los problemas que Anne y yo pasamos para encontrarlo. Me pregunto cuáles son sus motivaciones y por



qué finalmente tengo noticias tuyas después de dos años. ¿Por qué ahora? Se siente un poco como un latigazo cervical al ser olvidada durante tanto tiempo solo para volver a saber de él y aun así no poder responderle. Aunque supongo que “olvidada” puede que no sea la palabra correcta. Ambos nos habíamos mudado y me imaginé que él había seguido con su vida. Mientras tanto, él siempre estaba acechando en el fondo de mi mente de una forma u otra.

No parece justo que sea tan difícil encontrarlo ahora. Me imagino que probablemente fue un poco más fácil para él, ya que mi nombre y mi rostro aparecen en las noticias todas las mañanas.

Anne me hizo levantarme temprano para localizarlo, y ahora aquí estamos a las ocho de la mañana, paradas frente a la casa en la que creció. Es una casa de color azul pálido con contraventanas blancas. Hay un buzón en la esquina. Me pregunto si este es el mismo buzón que albergaba las innumerables cartas que envié a esta dirección a lo largo de los años.

—No puede ser tan difícil —digo—. Todo lo que tenía que hacer era buscar mi nombre y le aparecerían todos los informes meteorológicos que he hecho. No tendría que volar hasta Miami para darse cuenta de eso.

—Bueno, él no te está dando mucha opción más que hacerlo de esta manera.

—Estoy segura de que eso será bien recibido en el tribunal. No es mi culpa, señorita; ¡No me dejó más remedio que acosarlo!

Anne pone los ojos en blanco.

—Cálmate. Lo peor que puede pasar es que consiga una orden de restricción en tu contra. Y dudo que él siquiera lo haga. ¿Por qué haría todo lo posible para encontrarte y escribirte si iba a enloquecer y obtener una orden de restricción?

Sé que tiene razón, pero me estoy estancando. Respiro profundamente y observo la casa un momento más. Intento imaginarme a Luca cuando era un niño corriendo por la puerta principal y dirigiéndose al buzón para ver si había algo para él. Me pregunto si él estaba emocionado de revisar el correo como yo. Hubo momentos en los que me pregunté si realmente me odiaba. Algunas de sus cartas eran tan malas y tan personales que me pregunté por qué se molestaba siquiera en escribirme. A veces incluso me amenazó con no volver a escribirme, pero nunca cumplió esas amenazas.

Me pregunto si era sólo un niño enojado. Seguro que a veces lo parecía, pero tal vez simplemente disfrutaba metiéndose conmigo. Me lo imagino haciéndose mayor y todavía entrando por la puerta principal para revisar el correo, buscando mis cartas. Es difícil de imaginar ya que no sé cómo es. Lo imagino diferente cada vez que entra por la puerta. A veces tiene el cabello rubio, a veces castaño. A veces es alto y otras veces bajo.



—¿Tienes miedo? —Anne hace la pregunta en voz baja, sacándome de mi ensoñación.

—Un poco.

—Nadie te va a rociar con gas pimienta. Solo sube y toca. Probablemente los estés asustando con solo quedarte ahí y mirar su casa.

Suspiro y me obligo a subir las escaleras hasta el porche delantero. Toco el timbre y contengo la respiración.

Una mujer aparece al otro lado de la puerta. La abre y nos mira expectante.

—¿En qué puedo ayudarles?

—Hola —le contesto, luchando por encontrar mi voz—. Me preguntaba si sabe algo sobre la familia que vivió en esta casa antes que usted.

Ella se encoge de hombros.

—¿La familia Jones? ¿Eres del censo o algo así?

—No, yo solo... ¿Cuánto tiempo vivió aquí la familia Jones? ¿Había alguien llamado Luca? ¿Luca Pichler?

—Ni idea. No los conozco. A veces solo recibo su correo.

—¿Qué pasa con sus vecinos? ¿Sabe cuánto tiempo llevan viviendo aquí?

Suspira. Puedo decir que se está desesperando.

—No lo sé. Sólo llevo viviendo aquí un año. Realmente no hablo con los vecinos.

—Bueno. Gracias. Lamento molestarla.

La mujer desaparece dentro de la casa, dejando que la puerta se cierre detrás de ella. Anne y yo nos encogemos de hombros y luego salimos del porche y volvemos a la acera.

—Supuse que ella no sabría nada sobre él —digo—. No me ha escrito de esta dirección desde la secundaria.

—Tiene que haber un vecino que haya vivido aquí el tiempo suficiente para recordarlo a él o a su familia. —Sugiere Anne—. ¿Por dónde quieres empezar?

—Comencemos primero con los vecinos inmediatos.

Mientras avanzamos calle abajo, mi teléfono vibra con un nuevo mensaje de texto. Por un momento, me olvido del cambio de nombre que Anne hizo en mi teléfono y estoy confundida acerca de por qué recibo un mensaje de alguien llamado ojos de husky.



Ojos de Husky: ¿Cómo está San Diego? ¿Mejor que Miami?

Naomi: Es hermoso aquí. Puede que nunca vuelva.

Ojos de Husky: No puedes tomar una decisión tan importante como esa hasta que hayas tenido una cita conmigo.

Naomi: Debes estar muy seguro de ti mismo para pensar que una cita puede hacerme considerar una decisión tan importante.

Ojos de Husky: No será solo una cita.

66

Leí su mensaje nuevamente, tratando de descubrir cómo una frase tan simple puede hacer que todo mi cuerpo se sienta más cálido. Empiezo a sentirme mareada y me doy cuenta de que he estado conteniendo la respiración. No sé cómo se supone que debo responder a una declaración como esa. Dejo escapar el aliento y luego empiezo a escribir.

Naomi: ¿Oh? Alguien tiene mucha confianza. ¿Qué pasa si terminas odiándome?

Ojos de Husky: Eso no va a suceder.

Naomi: ¿Qué vas a hacer hoy?

Ojos de Husky: Simplemente estoy con mi familia, deseando estar caminando por la playa con esta chica del tiempo tan linda que conocí...

Me sobresalto cuando Anne me agarra del brazo y tira de mí hacia el otro lado de la acera.

—Aquí tierra a Naomi —dice—. ¿De verdad no viste ese poste telefónico?

—¿Qué? Oh. —Miro hacia atrás y me doy cuenta de que ella acaba de salvarme de chocar contra un poste de madera.

—¿Por qué estabas sonriendo? —pregunta, señalando mi teléfono. Luego sus ojos se estrechan con una sonrisa de complicidad—. Es ojos de husky, ¿verdad? ¿Te está enviando fotos sexys?

Me río.

—No. Quiero decir, sí, es él, pero no, no me está enviando fotos. —Mi teléfono vuelve a vibrar. Lo guardo en mi bolsillo sin mirarlo por si decide contradecirme—. Vamos. Vayamos a esa casa de allí.

La última casa en la esquina tiene arbustos demasiado grandes que hacen imposible tomar el camino hacia la puerta principal. Tenemos que rodear el seto para llegar al porche. No hemos tenido mucha suerte con las



casas que hemos recorrido en esta calle, pero al menos esta casa no parece tan meticulosamente mantenida como alguien que la renta, así que tengo la esperanza de que este inquilino haya vivido aquí por un tiempo.

No hay timbre, así que llamo a la puerta de madera de la entrada y espero. Un pequeño perro alegre ladra en algún lugar dentro de la casa. Un momento después, la puerta se abre y revela a una frágil mujer mayor con lentes que hacen que sus ojos parezcan enormes. El perro sigue ladrando desde una habitación trasera del interior de la casa.

—Buenos días, señora —le digo—. Espero no molestar.

—En absoluto —dice. Ella sonríe y muestra una dentadura postiza que parece demasiado grande para su pequeño rostro.

—Mi nombre es Naomi y ella es mi amiga Anne. Estamos tratando de encontrar a alguien que solía vivir en esta calle. ¿Esperaba que pudiera decirme cuánto tiempo ha vivido aquí?

—Soy Carol Bell —nos dice, estrechando nuestras manos—. Podría decirte cuánto tiempo he vivido aquí, pero no quiero revelar cuántos años tengo. —Ella me da una sonrisa descarada y un guiño—. He vivido aquí toda mi vida. Mi papá construyó esta casa, ¿sabes?

Anne me da un codazo y, cuando la miro, salta de emoción. Me vuelvo hacia Carol.

—Eso es increíble —le digo—. Es una casa hermosa. Apuesto a que le encanta vivir tan cerca del océano.

Carol asiente.

—No lo haría de otra manera.

Me giro y señalo la antigua casa de Luca.

—¿Ve esa casa azul ahí abajo en medio de la calle?

Se asoma por la puerta para ver hacia dónde estoy señalando.

—¿Recuerda usted a una familia que vivió allí hace varios años? El apellido era Pichler. Habrían vivido allí al menos ocho años, probablemente más. Tenían un hijo llamado Luca.

Ella tuerce los labios, pensando.

—Ah, sí —dice después de un momento—. Recuerdo a los Pichler. Una familia realmente agradable, pero lo pasaron mal. Me he preocupado por ese chico. ¿Lo conocen? ¿Cómo está?

Me pregunto qué quiere decir con que su familia lo estaba pasando mal. Parece un barrio agradable y Luca nunca se quejó en sus cartas de una infancia difícil.



—Luca era mi amigo por correspondencia y con el paso de los años nos perdimos la pista. Esperaba que pudiera contarme sobre él o su familia. Me encantaría poder escribirle de nuevo.

—Oh, eso es tan dulce —dice Carol. Ella frunce los labios y sus ojos recorren la calle hacia la casa azul. Cuando continúa, su tono ha cambiado—. Lydia y ese marido suyo siempre estaban peleando. No creo que él la haya golpeado nunca, pero hubo gritos que despertarían a todo el vecindario. Llamaron a la policía varias veces, pero ninguno de ellos fue arrestado. Entonces el señor Pichler se fue un día y nunca regresó. Probablemente fue lo mejor, pero creo que el niño se lo tomó bastante mal. Unos años más tarde, Lydia enfermó. No puedo imaginarme ser un niño y perder a mis padres antes de terminar la escuela.

Carol dice todo esto con indiferencia, como si eso fuera de conocimiento común ya que yo era la amiga por correspondencia de Luca. La miro fijamente, estupefacta, tratando de procesar lo que estaba diciendo. No sabía que el padre de Luca lo dejó ni que su madre se enfermó. Nunca mencionó nada de esto en sus cartas. Pero claro, tal vez lo hizo a su manera. Pienso en algunas cartas que fueron más duras que otras, las que fueron tan malas que ya no parecía un juego. No creo haber entendido el alcance de lo que estaba pasando en ese momento. Decido que cuando llegue a casa volveré a leer todas las cartas. Tiene que haber algo que me perdí.

—Eso tuvo que ser difícil —dice Anne.

—Entonces, su madre... Falleció —dice Carol.

—¿Qué pasó con Luca? —pregunta Anne. Le agradezco que haya hecho esa pregunta, porque estoy demasiado absorta en mis pensamientos sobre Luca como para pensar qué preguntar a continuación. Ni siquiera puedo imaginar por lo que pasó. Ahora estoy pensando en él bajo una luz completamente nueva. Siempre me había preguntado si era un niño enojado. Me preguntaba por qué siempre era tan malo. Nunca imaginé que había enfrentado tanto dolor y pérdida a una edad tan temprana. Me entristece no haberlo sabido. Ojalá hubiera podido leer entre líneas y decir algo que pudiera haberlo consolado. Pero tal vez eso hubiera arruinado lo que teníamos. Espero que tuviera alguien en quien pudiera confiar.

—Cuando me enteré del fallecimiento de Lydia, Luca ya se había ido. Nunca volví a saber de él, pero no esperaba hacerlo. Para él, yo era sólo la anciana que vivía calle abajo. —Carol se vuelve hacia mí—. ¿Esa también fue la última vez que supiste de él?

Sacudo la cabeza y trago un nudo en la garganta.

—Continuó escribiéndome durante años después de eso. Le estaba yendo muy bien la última vez que supe de él. Se iba a casar. —Fuerzo una sonrisa.

Los ojos de Carol se iluminan.



—Esa es una noticia maravillosa. Nunca dejé de preocuparme por ese chico. Me alegra mucho saber que está bien.

—Esperaba que supiera dónde vive ahora, pero supongo que no es así. ¿No conoce a nadie más en su familia, o a alguien que pueda saber cómo contactarlo?

Niega.

—Desafortunadamente, no. Era hijo único, al igual que Lydia y el señor Pichler. Hasta donde yo sé, el chico no tenía primos, tíos o tías. Nadie vino nunca a visitarlos. —Ella frunce los labios, pensando por un momento—. Él tenía un amigo que vivía a la vuelta de la esquina. Iban en bicicleta de un lado a otro por la calle, pero nunca estuve muy segura de qué casa venía el amigo. Estoy segura de que él también se ha ido hace mucho tiempo. Los jóvenes de hoy en día no se quedan en la misma casa para siempre.

Miro por encima del hombro hacia la calle y me imagino a Luca montando en bicicleta con un amigo. Me pregunto si era uno de los chicos de la foto de la playa que tenía como foto de perfil en Facebook. La imagen es interrumpida por las palabras de Carol, que todavía resuenan en mi cabeza. Luca creció en un hogar roto y luego también perdió a su madre. Mientras tanto, crecí dando por sentada la felicidad.

—No, no lo hacen. —Estoy de acuerdo—. Si me hubiera quedado en la casa de mi infancia, estaría viviendo en una casa rodante en ruinas en Oklahoma.

Mi familia no era rica, pero la idea de perder a cualquiera de mis padres nunca pasó por mi mente. Nunca tuve que preguntarme si mi padre volvería a casa. No parece justo que esta fuera la realidad de Luca.

—Necesitas encontrar un hombre que te construya una casa como mi papá hizo para mi mamá —dice Carol.

—Ese sí es el objetivo de la relación —dice Anne con una sonrisa. Está claro que ella no se da cuenta de lo mucho que estoy tratando de mantener la calma. Vine aquí buscando respuestas, pero no esperaba que las que encontré me conmovieran tanto.

Me aclaro la garganta.

—Eso probablemente sea bastante difícil de encontrar hoy en día —digo—. No es que necesite un hombre que me construya una casa. He trabajado duro los últimos años y he ahorrado para comprar mi propia casa sin ayuda de nadie excepto del banco.

—Me gustaría poder ayudarte —dice Carol.

—Lo ha hecho —le contesto, aunque siento que estoy de vuelta en el punto de partida. Al menos puedo descartar la casa de la infancia de Luca como un lugar para encontrarlo.



CAPÍTULO NUEVE

UN DÍA MÁS

Luca

70

Estaba en el último año de la escuela secundaria cuando a mi madre le diagnosticaron cáncer de páncreas. Parecía como si hubiera salido de la nada. Había estado hablando con un reclutador de la Infantería de Marina el día que mi mamá recibió la noticia. Esperó hasta que llegué a casa para contarme lo que dijo el médico. Fue un shock para ambos. Era más joven que la mayoría de las personas con la enfermedad.

—No he firmado nada todavía —dije—. No tengo que unirme a la Infantería de Marina. Me quedaré en casa y te cuidaré.

Ella sacudió su cabeza.

—No pongas tu vida en espera por mí.

Esa petición no tenía sentido para mí porque no lo vi cómo poner mi vida en espera por ella. Ella era mi madre y era todo lo que tenía. Ella se mantuvo fuerte y me cuidó cuando mi padre se fue. Me negué a abandonarla ahora que necesitaba que yo la cuidara.

—No me iré hasta que estés mejor.

Se acercó a la mesa del comedor y juntó sus manos sobre las mías. Cuando habló, su voz era suave pero segura.

—No voy a mejorar.

—No digas eso. Hoy en día, la gente sobrevive al cáncer todo el tiempo. Harás quimioterapia, ¿no?

—He discutido mis opciones con el médico —me dijo—. Estoy buscando una segunda opinión, pero Luca, no son buenas noticias. La gente no sobrevive al cáncer de páncreas. Incluso con quimioterapia, el pronóstico no es bueno.

Se me hizo un nudo en la garganta, lo que me hizo difícil hablar.

—¿Cuánto tiempo tienes? ¿Un año? ¿Dos?

Cerró los ojos y vi como un par de lágrimas se deslizaban por sus mejillas.



—Meses, probablemente. La quimioterapia podría hacerme sentir mejor y podría ayudarme a vivir un poco más, pero el médico no... el médico no... —Ella dejó de sollozar. Sostuve su mano con más fuerza. Cuando empezó de nuevo, su voz apenas era audible—. El médico dice que tendría suerte si pasara de abril.

La segunda opinión de mi madre confirmó el diagnóstico del primer médico. Estuve en negación esas primeras semanas después de recibir la noticia. No parecía estar lo suficientemente enferma como para estar muriendo. Tenía miedo de que si empezaba la quimioterapia, eso la cambiaría. Supongo que tenía miedo de que sus médicos estuvieran equivocados, que ella estuviera sana y que la quimioterapia solo la debilitara. Pero no pasó mucho tiempo antes de que el cáncer comenzara a mostrar su fea faceta.

Después de que falté varios días a la escuela para cuidarla, ella insistió en que no faltara ni un día más. Discutí con ella al respecto. Me quedaba poco tiempo con ella y no quería desperdiciarlo pasando la mayor parte del día lejos de ella. Sin embargo, la quimioterapia la hizo sentir un poco mejor y decidió sobrevivir al pronóstico del médico al menos un mes más. Me dijo que su único objetivo era vivir lo suficiente para verme graduarme de la escuela secundaria. Me dijo que si no iba a la escuela todos los días, le estaría quitando esa oportunidad. Después de eso dejé de discutir con ella.

Era difícil escribirle cartas crueles a Naomi mientras veía a mi madre debilitarse cada día. Cuando mi padre se fue, yo había usado mis cartas a Naomi como un pseudo saco de boxeo. Las cartas fueron mi forma de desahogar la ira que me había dejado. Pero cuando mi madre enfermó, cuando quedó claro que se estaba muriendo lentamente, no sentí la misma ira. Ella no estaba eligiendo dejarme. Me la estaban quitando en contra de su voluntad.

Cuando mi madre enfermó, las cartas de Naomi se convirtieron en una distracción muy necesaria.

Querida Naomi,

No vas a ingresar a ninguna de las universidades a las que te postulaste porque no eres tan inteligente como crees. Tus padres y tus profesores te han estado mintiendo todos estos años. Probablemente ni siquiera vayas a graduarte. El director te dejará llegar hasta el escenario, y cuando anuncien tu nombre, en lugar de felicitarte como todos los demás estudiantes, te dirán que reprobaste y que debes empezar de nuevo la escuela secundaria. Los cuatro años completos. Va a ser muy vergonzoso, pero no tan sorprendente para mí.

Con amor, Luca



Cuando no estaba en la escuela o actuaba como chef o chofer de mi madre, a veces me encontraba visitando la página de Facebook de Naomi. Revisé todas las fotos que había visto cientos de veces antes, así como las nuevas que aún no había visto. Publicaba algo nuevo casi todos los días. Me pregunté si ella sabía que sus pensamientos privados estaban disponibles para todo el mundo. Me preguntaba si ella sabía que yo podía leer todas esas cosas que ella no incluía en sus cartas. A veces, lo que escribía era divertido, a veces era una actualización sobre lo que planeaba hacer ese día y, a veces, se desahogaba sobre algo que alguien había hecho para lastimarla. Entre husmear en su página de Facebook y las cartas que me había estado enviando desde quinto grado, sentí que la conocía. Dudaba que sus amigos supieran cuán oscuro era su sentido del humor.

Me sentía un poco celoso cada vez que publicaba una foto de ella y algún chico. Supongo que era su novio porque algunas de sus actualizaciones eran sobre él. Me preguntaba si dejaría de escribirme si supiera cuánto tiempo pasaba mirando sus fotos y leyendo las cosas que escribía en su página de Facebook. A veces me acostaba imaginando que era yo abrazándola en esa foto que publicó.

Una mañana, antes de que mi madre se despertara, escribí el nombre de mi padre en la barra de búsqueda de Facebook, pero no pude encontrar un perfil de él. Intenté llamar a su antiguo número de teléfono, pero la llamada fue directamente al buzón de voz. Sabía que así sería. No es que fuera la primera vez que probaba su antiguo número.

No lo extrañaba. Había hecho su elección. Tiré mi teléfono sobre la cama y vi cómo rebotaba y golpeaba la pared antes de terminar en el suelo. No era justo que mi padre me dejara lidiar con esto solo. Odiaba que él estuviera en algún lugar pasando el mejor momento de su vida sin importarle lo que mi madre y yo estábamos enfrentando.

Levanté mi teléfono y vi que había una nueva grieta en la pantalla. Pateé el costado de mi cama y maldije. Estaba enojado con mi teléfono, con mi padre, y en ese momento, incluso estaba enojado con mi madre.

Estaba enojado conmigo mismo por siquiera tener ese último pensamiento. Estaba enojado con el cáncer, no con ella. Y estaba enojado porque deseaba que mi padre estuviera aquí y nos ayudara a superar esto. No lo necesitábamos. Solo deseaba que él llamara.

A finales de abril la salud de mi madre se había deteriorado aún más. Se suponía que no llegaría a mayo, pero se aferraba a la vida lo más fuerte que podía. Ella se mantuvo firme en cuanto a vivir lo suficiente para verme graduarme. Cuando cambió el calendario a mayo, sentimos que habíamos alcanzado un hito. Había superado su esperanza de vida, aunque sólo fuera por un día.



Y luego pasó otro día, y otro, y antes de que nos diéramos cuenta, estábamos llegando a finales de mayo. Ella no estaba mejorando. La mayoría de los días había una enfermera de cuidados paliativos en nuestra casa. Su trabajo era asegurarse de que mi madre estuviera cómoda. Cada día era simplemente otro día de supervivencia, otro día de preguntarse si éste sería el último.

La mañana de mi graduación, ella me abrazó con lágrimas en los ojos. Estaba tan débil que apenas sentí sus brazos alrededor de mí. Era la primera vez que lograba levantarse de la cama en varios días.

—Lo logramos —dijo—. Voy a ver graduarse a mi bebé.

Lágrimas picaron en mis ojos cuando dijo eso. Durante el último mes, a menudo me pregunté si lo único que la mantenía viva era el objetivo de llegar hasta el día de hoy. Ahora que estábamos aquí, no quería dejarla ir, pero tampoco quería que siguiera sufriendo sólo porque yo no estaba listo para decirle adiós.

—Lo logramos —repetí.

Ese día conduje hasta la escuela, pensando en todo lo que había sucedido en los últimos meses. A veces parecía como si hubieran pasado solo unos días.

La extensión de su vida por un mes más no fue tan emocionante para sus médicos. Habría sido una historia diferente si ella estuviera saltando de la cama todas las mañanas y bailando por la sala de estar camino a preparar una taza de café. Ella no fue un milagro médico de ninguna manera. Aunque apreciaba cada día extra que pasaba con ella, parecía que todos los demás estaban sorprendidos de que ella no hubiera fallecido mientras dormía.

Me encontré con Ben cuando ambos estábamos usando nuestras togas y birretes después del ensayo. Su novia se estaba tomando fotos con un grupo de chicas (con dos de las cuales había salido en el segundo año), así que lo tuve para mí solo durante unos minutos.

—¿Como está tu madre? —preguntó. Así fue como la mayoría de la gente inició conversaciones conmigo estos días. A veces deseaba que alguien preguntara sobre cualquier otra cosa. Habría agradecido la distracción. Pero hoy se sentía bien hablar de ella.

—Hoy está muy feliz —dije—. No ha mejorado, pero ha sobrevivido un mes más de lo que los médicos pensaban. Simplemente está contenta de haber sobrevivido lo suficiente para verme graduar de la escuela secundaria.

—Eso es genial —dijo Ben—. Sé lo mucho que eso significa para ustedes dos. ¿Sigues uniéndote a la Infantería de Marina o lo estás posponiendo?

—Empiezo el campamento de entrenamiento el próximo mes.

—¿No vas a posponerlo? ¿Qué hay de tu mamá?



—Se suponía que no iba a aguantar tanto tiempo.

—Pero ella lo hizo. ¿Qué pasa si logra sobrevivir un mes más?

No pensé que ella aguantaría un mes más, mucho menos una semana más, pero sabía que sonaría cruel si dijera eso. Necesitaba unirme al ejército para poder cumplir mis cuatro años para cobrar la factura de soldado y luego ir a la universidad. Si no tuviera este plan, no tendría nada.

—Estaré aquí en San Diego por si pasa algo.

La novia de Ben se apartó de su grupo de amigos y empezó a llamarlo. Él la saludó con la mano y luego se volvió hacia mí.

—Me tengo que ir. —Estuvo a punto de darse la vuelta, pero dudó—. Esta noche vamos a celebrar una fiesta de graduación en mi casa. Deberías venir.

—Está bien. Trataré.

Por mucho que extrañara tener una vida social fuera de la escuela, dudaba que pudiera asistir a esa fiesta. Los días de mi madre eran limitados y no me veía pasando la noche en ningún otro lugar que no fuera a su lado después de terminar de caminar por la fila.

La ceremonia de graduación se llevó a cabo en el estadio de fútbol. Tuvimos una promoción numerosa y el estadio estaba lleno. Mientras se anunciaban nuestros nombres, subimos al escenario uno por uno, donde estrechamos la mano del director y nos tomamos una foto con nuestros diplomas. Hubo una ronda de aplausos y algunas ovaciones cuando pronunciaron mi nombre. Escudriñé a la multitud, pero no tuve tiempo de mirar mucho antes de tener que regresar a mi asiento.

Cuando terminó la ceremonia y los otros estudiantes lanzaban sus togas al aire, tomaban fotografías y se reunían con sus familias, volví a buscar entre la multitud. Dudaba que mi madre tuviera fuerzas para caminar, así que busqué una silla de ruedas. De repente, el campo de fútbol estaba tan lleno que se volvió casi imposible encontrarla. Caminé dos veces a lo largo de toda la zona de asientos antes de empezar a preocuparme.

Y entonces la vi. No mi madre, sino la enfermera del centro de cuidados paliativos que había estado en nuestra casa esta mañana. Miré a su alrededor, sabiendo que mi madre no podía estar demasiado lejos. Me tomó más tiempo del debido reconocer la expresión del rostro de la enfermera.

—Lo siento, Luca.

—¿Dónde está ella? ¿Tuvo que ir al hospital?

La enfermera apretó los labios.

—Vamos al estacionamiento —dijo.



Capté la mirada de Ben mientras la seguía lejos del campo lleno de gente. Mantuvo contacto visual conmigo hasta que me alejé de él.

—Ha sucedido. ¿No es así? —Mi voz sonó plana, como si viniera de otra persona.

Los ojos de la enfermera estaban llenos de lágrimas cuando se volvió hacia mí. No me imaginaba que ir a la graduación de un estudiante de secundaria para informarle de la muerte de su madre fuera una parte habitual de su trabajo.

—Lo siento mucho —me dijo—. Sé lo mucho que deseaba estar aquí. Es de lo único que habló hoy. Si te sirve de consuelo, sus últimas palabras fueron sobre lo mucho que te amaba y lo mucho que esperaba verte caminar por la fila después de su siesta.

—¿Murió mientras dormía?

La enfermera asintió.

—Ella no sintió ningún dolor. Te lo juro.

—Debí haber estado allí.

—Sé lo difícil que es enterarte de esta manera, pero estabas justo donde se suponía que debías estar. Aquí era donde ella te quería. Si hubiera podido estar aquí, lo habría hecho, pero creo que se alegró antes de fallecer al saber que tú estabas aquí.

El entumecimiento que me produjo el impacto inicial de la noticia se estaba disipando. Podía sentir mi garganta oprimiéndose y mis ojos ardían por las lágrimas. La enfermera, sintiendo que estaba a punto de derrumbarme, dio un paso hacia mí y me rodeó con sus brazos en un fuerte abrazo. No me di cuenta de cuánto necesitaba ese abrazo hasta que sucedió. Lloré en su hombro, en su cabello, hasta que el estacionamiento comenzó a llenarse de otros estudiantes y sus familias. No se me ocurrió hasta más tarde que ni siquiera sabía el nombre de la enfermera.



CAPÍTULO DIEZ

LA MALA CARTA

Naomi

76

—No creo que debamos tenerlas en la playa.

Anne mira la botella de limonada con alcohol que tiene en la mano.

—Si no se suponía que tuviéramos estas, ¿por qué las venderían tan cerca de la playa?

Miro a mi alrededor. Estamos rodeadas de parejas descansando en la arena, familias jugando en las olas y niños construyendo castillos de arena.

—Nadie más está bebiendo.

Anne se encoge de hombros y luego toma un sorbo de su bebida.

—Estoy segura de que si no tuviéramos estas, alguien nos habría detenido después de las dos primeras.

—Puede que tengas razón. —Termino mi botella y luego tomo otra.

—Entonces —dice Anne—, ¿Vas a contarme sobre la foto que te envió ojos de husky? —Sacudo la cabeza, sonriendo.

—No me envió una foto.

—Aburrido. Deberías enviarle una.

—¿Una foto sexy? No me parece.

—Vamos —dice ella—. Puedes hacerlo con buen gusto. ¿No quieres asegurarte de que esté pensando en ti?

—Me ha estado enviando mensajes de texto todo el día. Estoy bastante segura de que ya está pensando en mí.

Antes de que pueda detenerla, se acerca y toma mi teléfono de la toalla.

—¡Hey! ¿Qué estás haciendo? —intento quitarle mi teléfono pero ella lo aleja de mí.

—Simplemente hacer lo que tienes demasiado miedo de hacer. —Lo inclina hacia mí y toma una foto—. Perfecto.



Hate

HELL OF
BOOKS

Ella me muestra la pantalla. Es una foto incómoda de mí usando un bikini y alcanzando el teléfono, con una expresión de sorpresa en mi rostro. Probablemente sea la peor foto que he visto jamás de mí misma.

—¿Debería enviar esto? —pregunta, agitando el teléfono fuera de mi alcance.

—De ninguna manera.

—¿Estás segura? Esto definitivamente hará que su mente se acelere.

—Lo único que se acelerará es su cuerpo mientras huye de mí. —Me levanto—. Toma una mejor.

Ella sonríe y sus ojos se iluminan. Se levanta y me indica que me pare frente al océano. Toma algunas fotos y luego me da mi teléfono. Elijo una y luego se la envío, junto con un mensaje de texto.

Naomi: Quizás tengas que venir a San Diego para llevarme a esa cita.

Ojos de Husky: Probablemente me puedas convencer.

Ojos de Husky: Te ves hermosa.

Su mensaje envía una ráfaga de calidez sobre mí que no tiene nada que ver con la temperatura del sol. Intento luchar contra la sonrisa que siento aparecer en mis labios, porque sé que Anne me está mirando. Me siento de nuevo en mi toalla, luego me recuesto y tomo el fresco sol de California. Hace mucho más fresco aquí que en Miami. Podría quedarme aquí el resto del día si Anne me lo permitiera. El pensamiento me hace recordar una de las primeras cartas que Luca me envió. Me imagino como una ballena rodeada de una multitud de personas que intentan empujarme de regreso al océano.

—¿Por qué estás sonriendo? —pregunta Anne, interrumpiendo el recuerdo—. La imagen funcionó, ¿no? Te dije que le gustaría.

—Sí. No sé qué haría sin ti.

Ella sonríe y luego se recuesta sobre su propia toalla.

—¿Qué puedo decir? Soy una excelente amiga.

Cierro los ojos, tomo el sol y el aire fresco y salado durante un rato. Este clima es casi suficiente para que me mude aquí.

—Deberíamos hacer esto más seguido, —le digo—. ¿Por qué tuvimos que viajar casi cinco mil kilómetros para beber juntas en la playa?

—Hagamos esto todos los sábados —dice—. No. Tacha eso. Vayamos todos los días.



—No sé si podré manejar tanto de ti.

Ella se sienta y me mira.

—No creo que puedas soportar tanto sol.

—Podría si Miami tuviera un clima como este.

—No realmente. Estás empezando a parecerte a una langosta.

—¿Huh? —Levanto la pierna en el aire para poder verla. Gimo cuando me doy cuenta de que tiene razón—. Oh vamos. Me puse protector solar.

—Eso fue hace mucho —me recuerda—. Y después te metiste al mar.

—Por favor, dime que son sólo mis piernas.

—Tu rostro también está un poco rosado, pero no tanto.

Meto la mano en mi bolso y agarro el protector solar. Empiezo a aplicarlo en mis piernas quemadas, aunque sé que el daño ya está hecho.

—Uno pensaría que un meteorólogo sabría que no debe quemarse con el sol —dice Anne.

Le tiro el bote de protector solar, pero ella lo esquiv.

—Uno pensaría que una asistente sería mejor ayudando —digo, burlándome de su tono.

—Culpa mía. No me di cuenta de que ponerte protector solar estaba en la descripción de mi trabajo.

—Esto es ahora.

—Probablemente deberíamos llegar pronto al departamento de Luca y luego cenar si queremos regresar al aeropuerto a tiempo.

—Tienes razón. Creo que ya me he quemado lo suficiente de todos modos.

Tomamos un taxi hasta la dirección de donde llegó la última carta de Luca antes de que desapareciera durante dos años. Las dos últimas cartas que envié a este edificio fueron rechazadas por quien vive allí ahora. Ya sé que Luca no está aquí, pero tengo que intentarlo de todos modos. Al igual que en la casa azul de la playa, cuando llamamos a la puerta del apartamento nos enteramos de que los inquilinos actuales no saben quién es. Para cuando llegamos al aeropuerto, cada una de nosotras hemos gastado un par de cientos de dólares y volado unos miles de millas sólo para descubrir que la arena es más oscura y el aire es un poco más fresco en San Diego.

Pasamos la seguridad del aeropuerto sin ningún contratiempo, pero Anne parece notar lo pálida que estoy esta vez.

—¿Qué ocurre? —me pregunta—. ¿Estás asustada otra vez? Lo hiciste muy bien en el vuelo hasta aquí. ¿Por qué estás asustada?



No es algo que pueda explicar fácilmente, especialmente cuando estamos tan cerca de los agentes de la TSA. La ignoro, pero no parece que vaya a dejarlo pasar. Cuando llegamos a nuestra puerta, abro mi mochila y saco las cartas de Luca. Lo dejamos al final del tercer año, así que todo lo que nos queda son las cartas del último año. Las hojeo, sabiendo que lo que estoy buscando está al final de la pila.

—¡Oye! —me regaña Anne, agarrando las cartas que me estoy saltando—. No las he leído todavía.

—Puedes leerlas después —le digo. Encuentro la carta que estoy buscando y la sostengo contra mi pecho para que ella no pueda leerla hasta que le explique lo que escribí primero.

—¿Qué es eso? —me pregunta.

—Las últimas cartas de aquí fueron del verano después de la secundaria antes de ir a la universidad. No había sabido nada de Luca durante aproximadamente un mes después de graduarme, y cuando me escribió, estaba en entrenamiento básico para la Infantería de Marina. Siempre nos escribíamos cartas crueles, pero realmente no lo pensé bien cuando le escribí. Estuvo mal. Muy mal.

Respiro profundamente y luego miro la carta que le estoy ocultando a Anne. La miro. Ella me está mirando, con el ceño fruncido, esperando que continúe.

—Le dije que me sorprendía que dejaran que alguien como él defendiera nuestro país, y que esperaba que el arma de alguien fallara en medio de un ejercicio de entrenamiento y le volara la cabeza. Luego le dije que probablemente le darían la medalla de honor a quien lo hiciera accidentalmente.

—Eso es oscuro —dice Anne—. Pero definitivamente él te escribió cosas peores.

Señala las cartas que leímos juntas camino a San Diego. Hay varias cartas en las que describe en detalle cómo esperaba que yo muriera. Mi carta no fue la primera amenaza de muerte que enviamos cualquiera de los dos.

Sin decir más, le entrego la carta que Luca escribió en respuesta.

Querida Naomi,

Apuesto a que no sabías que cada carta que me envías es leída por los instructores antes de que a mí me permitan leerla. Tienen que asegurarse de que ninguno de nosotros seamos espías o terroristas. Así que, leyeron tu carta y me interrogaron durante horas sobre por qué quieres que me vuelen la cabeza. En pocas palabras: el departamento de seguridad nacional se involucró y ahora estás en la lista de vigilancia de terroristas. Nunca podrás conseguir un trabajo en el gobierno y nunca podrás volar sin una revisión



completa de cavidades. Entonces, felicidades por arruinar toda tu vida con una carta. Apuesto a que no lo viste venir, ¿verdad?

Menos mal que ya ingresaste a la universidad, porque probablemente no te habrían dejado ingresar si hubieran visto esto en tu expediente. ¿Qué vas a estudiar? Supongo que es el clima, ya que parece que es de lo único que sabes hablar.

Con amor, Luca

80

Anne termina de leer la carta y luego me frunce el ceño.

—¿Por eso tenías miedo de volar?

Asiento. Nunca le he contado a nadie más acerca de esta carta. Pensé que cuantas menos personas supieran que el Departamento de Seguridad Nacional me estaba investigando, mejor.

—¿Pensaste que la TSA te iba a obligar a desnudarte y revisar tu trasero en busca de armas?

La miro fijamente, observando cómo las líneas de su ceño se desvanecen gradualmente y ella se echa a reír.

—No es gracioso.

—Sí, lo es —dice.

—No, no lo es. No sabes lo que es tener que tener cuidado con lo que digo por teléfono, sabiendo que probablemente el gobierno esté escuchando. Y tener que preguntarme constantemente si me van a interrogar y cuándo.

—Espera. ¿Es en serio?

La miro fijamente.

—No estás en la lista de los terroristas más buscados —dice.

La hago callar y miro a mi alrededor, esperando que no estemos llamando demasiado la atención.

—Eso no lo sabes.

—Naomi. —Ella respira profundamente como si estuviera reuniendo la paciencia—. La estación hizo una verificación completa de tus antecedentes antes de contratarte. Algo así habría surgido.

—Pero esta carta —digo, levantándola. La comisura de su boca se eleva y antes de que pueda continuar con lo que estoy a punto de decir, me doy cuenta de lo que está pasando—. Me estaba jodiendo. ¿No es así?

—Como todas las demás cartas —dice.

Miro la carta de nuevo, hojeándola con curiosa fascinación.



—Mierda —digo. Tiro la carta al suelo—. Todos estos años de escribirnos y superarnos uno a otro. Todos estos años y no me di cuenta de que él ya había ganado. No importaba lo mala que fuera porque nunca iba a ganar. No después de haber caído en esa estúpida mierda.

Puedo decir que Anne está conteniendo la risa. Pongo los ojos en blanco. Se inclina y recoge la carta, guardándola nuevamente en la pila dentro de la carpeta.

—Le podría haber pasado a cualquiera —dice. Su tono no es muy tranquilizador.

—Tuve un ataque de pánico en toda regla cuando compré el billete de avión. Nunca he volado porque tenía miedo de ir a la cárcel sólo por intentar subirme a un avión. He conducido miles de kilómetros sólo para evitar entrar en un aeropuerto. Y casi me desmayo varias veces al pasar por seguridad anoche y justo ahora.

—Sí. Él ganó, está bien. —Coincide Anne.

—Gracias.

—Pero vas a ganar la siguiente ronda.

—¿Cómo?

—Vas a desafiar todas las probabilidades y encontrar su dirección.

—¿Y si es él quien gana otra vez? —Pregunto—. ¿Qué pasa si todo su plan es enviarme a una búsqueda inútil, volando por todo el país buscándolo, sabiendo que no podré encontrarlo?

—Oh, ganarás esta —dice—. Él no sabe con quién está tratando.

—Ya volamos hasta San Diego y no estamos más cerca de encontrarlo —le recuerdo—. ¿Qué pasa si no puedo encontrarlo?

—Ganarás de todos modos, porque podrás emprender una aventura. Conmigo. —Añade con un guiño. Pongo los ojos en blanco—. Solo porque no lo encontramos aquí no significa que me rendiré. Vamos a encontrarlo, Gnome.



CAPÍTULO ONCE

LA VENGANZA DE LAS BALLENAS

Naomi

82

Todavía está oscuro afuera cuando el avión aterriza en Miami. Debo haberme quedado dormida un par de horas porque el vuelo a casa parece mucho más corto. Anne todavía está dormida, así que le doy un golpe en el hombro. Se despierta sobresaltada y luego usa su muñeca para limpiarse una gota de baba de la comisura de su boca.

—Aterrizamos —le digo.

Estamos nuevamente en la parte trasera del avión, así que tenemos que esperar a que todos los demás bajen antes de que sea nuestro turno.

—Deberíamos hacer otro viaje el próximo fin de semana —sugiere Anne mientras nos dirigimos a su auto—. ¿Dónde más vivió Luca?

—Se supone que el próximo fin de semana tendré una cita con Jake. —Le recuerdo.

—¿Quién?

—Jake.

Ella lanza una mirada extraña en mi dirección como si no entendiera de quién estoy hablando.

—Ojos de Husky —digo. Ella sonríe y me doy cuenta de que me hizo decir eso sólo para molestarme. Pongo los ojos en blanco.

—Puedes salir con él en la semana —dice—. No querrás esperar demasiado para responderle a Luca.

—Esperé dos años para responderme. Además, no quiero volver a cambiar mi cita con Jake. Tengo muchas ganas de salir con él.

—Tal vez haya algún lugar más cerca que San Diego —sugiere—. ¿Luca alguna vez estuvo destinado en Florida mientras estaba en el ejército?

—No, pero estuvo destinado en Georgia por un tiempo.

—Entonces volemós a Georgia. El próximo fin de semana. Puedes tener tu cita el viernes y luego volar el sábado por la mañana. Volveremos el mismo día.



Hate

HELL OF
BOOKS

—Hablas en serio acerca de todo este asunto de la aventura, ¿no?

—Claramente no tengo nada mejor que hacer.

—Necesitas tener sexo.

Suspira.

—Probablemente tengas razón.

—Tal vez pueda averiguar si tiene un lindo amigo con el que pueda emparejarte.

Llegamos a su auto y ella me sonríe por encima del techo.

—¿Ves? Por eso te tengo cerca, Gnome.

—No me llames así —le digo, pero ella ya está dentro del auto con la puerta cerrada.

Ella me lleva a casa con la radio encendida. Tengo hambre, pero también estoy lista para irme a la cama cuando ella detiene el auto en la acera frente a mi edificio.

—Oh chica —dice—. Él corre. Mira ese cuerpo.

Le frunzo el ceño y luego sigo su mirada hacia la acera frente a nosotras justo a tiempo para ver a un hombre semidesnudo corriendo hacia mi edificio. Al pasar bajo una farola, sus músculos brillan de sudor bajo la luz dorada. Me toma un segundo darme cuenta de que ambas estamos babeando por Jake, aunque Anne parece haberlo sabido desde el principio.

—Sin playera —murmura, como si hubiera perdido la capacidad de formar una oración completa.

—Oh Dios... —Parece que yo también me quedo sin palabras.

—Será mejor que vayas a alcanzarlo —dice, empujando mi brazo.

—No puedo dejar que me vea así. —Estoy segura de que todavía tengo arena en el cabello por haberme tumbado ayer en la playa.

Observo cómo se estira frente al edificio y luego recoge una camisa que debe haber dejado en las escaleras cuando empezó a correr. Se la pone.

—Quítatela —murmura Anne mientras él entra. Espero hasta que se pierde de vista antes de abrir la puerta del auto.

—Nos vemos mañana, Anne.

—Hasta luego, Gnome.

No respondo, esperando a que si la ignoro lo suficiente, dejará de usar ese apodo. Entré al edificio y saludé a Joel, que está sentado en el mostrador de seguridad como de costumbre. Él asiente y la piel desgastada alrededor de sus ojos se arruga cuando sonríe. Al girar, choco con un objeto inesperado que me hace perder el equilibrio. Antes de que pueda tocar el



suelo, mi caída es interrumpida por la persona con la que acabo de toparme. Me toma un momento darme cuenta de que es Jake. Me sonrío y parece divertido mientras me levanta.

—Gracias —tartamudeo.

Sus manos se sienten cálidas en mis brazos. A pesar del calor, su toque me pone la piel de gallina. Está tan cerca que tendría que inclinar la cabeza completamente hacia arriba sólo para ver su rostro. Estoy a la altura de su clavícula. Tengo miedo de que si lo miro a los ojos, él sabrá que estoy conteniendo la respiración, así que me encuentro mirando su pecho. Me tomo un momento para apreciar la forma en que su camisa abraza sus pectorales. Su pecho sube y luego baja con una respiración profunda. El tiempo se detiene por un momento. Puedo oír los latidos de su corazón, o tal vez sea el mío. Tamborilea en mis oídos, tan fuerte que en este momento es lo único que puedo escuchar.

Libera mis brazos lentamente. Cuando me suelta, siento la piel fría y desearía que todavía estuviera abrazándome. Inclino mi cabeza hacia arriba para mirarlo a los ojos. La forma en que me mira me hace preguntarme si acabo de decir eso en voz alta. Pienso en correr escaleras arriba para acabar con mi vergüenza, pero algo me retiene aquí en el vestíbulo con él.

—Gracias por atraparme —le digo, tratando de reírme. Lo rodeo, permitiendo que mi brazo roce el suyo mientras me dirijo a los buzones.

Él me sigue. Puedo sentirlo mirándome mientras abro mi buzón.

—¿Tuviste un buen viaje?

Por un segundo, creo que está hablando de lo que acaba de pasar hace un minuto. Me toma un momento recordar que acabo de llegar de San Diego y que eso es lo que me pregunta. Cuando lo miro, tiene esa sonrisa torcida que le queda tan bien.

—Sí. Lo siento. No estoy completamente despierta en este momento.

Mira el número de mi buzón y luego vuelve a mirarme.

—Eh —dice—. No sabía que vivías en el apartamento justo debajo del mío.

—¿Sí?

Señala su propio buzón. Es exactamente un piso encima del mío. Cierro mi buzón, luego me vuelvo hacia él, con la mano en la cadera. Pienso en todas las veces que los ruidos de arriba me han mantenido despierta hasta altas horas de la noche o me han distraído.

—Tengo tantas preguntas —le digo.

—¿Cómo cuáles?



—¿Qué diablos haces ahí arriba? ¿Tienes una bolera en tu sala de estar o algo así?

Se ríe.

—Sí claro. Viniendo de la chica que pone la música a todo volumen que suena como si estuviera en mi propio apartamento.

—Sólo hago eso para ahogar el sonido de todo ese ruido que estás haciendo allí.

—No puedo ser tan ruidoso.

—En serio. ¿Qué haces ahí arriba para hacer tanto ruido?

Se encoge de hombros.

—No se me ocurre nada que pudiera molestarte. Siempre pensé que era un vecino tranquilo.

—No es posible que pienses que eres silencioso. Es como si estuvieras corriendo dando vueltas encima de la boleta todas las noches. —Hago un gesto hacia la puerta principal—. ¿Correr afuera no es suficiente?

—Lo sabía —dice—. Me viste ahí afuera.

—¿Me viste en el auto?

—Podría haber notado que me estabas mirando.

La forma en que se apoya en el buzón y sonríe me hace olvidar por qué estábamos discutiendo. Casi lo perdono por ser tan ruidoso, pero decido que no puedo dejarlo pasar tan fácilmente.

Le doy un golpe en el pecho.

—Deja de cambiar de tema. Quiero saber qué haces arriba que haces tanto ruido.

—¿Qué tal si te lo cuento durante el desayuno?

Su invitación me toma por sorpresa. Mi corazón se acelera, martilleando en mi pecho. Quiero decir que sí, pero también quiero quitarme la arena del cabello y dormir unas horas.

—No puedo. Acabo de llegar a casa. Necesito alimentar mi, uh, mi planta.

Inclina la cabeza, su sonrisa todavía puesta en la comisura de sus labios.

—¿Eso es lo mejor que se te ocurre?

—Apenas pude dormir en el avión —digo—. Además, ayer estuve en la playa todo el día. Probablemente huelo muy mal. —Huelo rápidamente mi axila para aclarar mi punto, aunque, para mi sorpresa, descubro que en realidad no huelo tan mal.



—Acabo de correr tres millas —dice—. Si alguno de nosotros apesta, ese soy yo.

Después de haber chocado con él, puedo confirmar que tampoco apesta. Me quedo en silencio por un momento mientras trato de pensar en otra excusa. Mi estómago elige ese momento para gruñir.

Mira mi estómago y luego vuelve a mirarme a los ojos.

—¿Hambrienta?

—Bien —le digo, incapaz de luchar más contra mi sonrisa—. Pero primero necesito guardar mis cosas.

Espera en el vestíbulo mientras yo corro escaleras arriba para guardar mi mochila y mi correo en mi apartamento. Me doy un rápido rocío de perfume en caso de que esté ciego a mi propio olor. Cuando bajo, él está hablando con Joel. Se gira y me sonríe mientras salgo de la escalera. Sus ojos recorren mi cuerpo y vuelven a subir cuando me acerco. Contengo la respiración, mi corazón se acelera. No sé por qué se siente tan bien que me miren así cuando hace unos minutos maldecía su ruidosa existencia. Mi mente no debe estar funcionando correctamente. Culpo a todo el sol que recibí ayer.

Joel me mira con recelo. Me pregunto si desaprueba que salga con alguien que vive en el edificio.

—¿Has estado en el restaurante español de la calle? —pregunta Jake cuando lo alcanzo.

—Sí, es bueno. Vamos para allá.

Sostiene la puerta abierta para mí mientras paso. Mientras caminamos hacia el restaurante, noto que me está mirando. Giro la cabeza para ver qué está mirando. Sus ojos recorren mis hombros, bajan por mis brazos hasta mis manos.

—¿Por qué me miras así? —pregunto.

Se acerca y agarra mi brazo, sosteniéndolo frente a él para verlo mejor. Cuando su mano entra en contacto con la mía, me siento como un adicto que recibe su dosis. Respiro hondo, esperando que no pueda sentir mi pulso a través de mi muñeca.

—Estás rosada —dice, examinando mi brazo.

Me toma un segundo poder hablar. Me aclaro la garganta.

—Es posible que ayer haya tomado demasiado sol.

—Es fácil de hacer cuando el aire está más fresco. No se siente como si estuvieras ardiendo. —Baja mi brazo, pero no suelta mi mano. Sus dedos se entrelazan con los míos, haciéndome olvidar por un momento de qué estábamos hablando. Lo único en lo que puedo concentrarme es en el



contacto de su piel con la mía. Envía un pulso a través de mi cuerpo como si me hubiera golpeado una onda de electricidad.

—Debería haberlo sabido mejor —digo, volviendo a concentrarme en su rostro—. Tendré que maquillarme para cubrir esto.

—No estoy de acuerdo. Creo que el rosa te queda bien.

Me río.

—Gracias, pero no se ve bien ante la cámara. No quiero asustar a mis espectadores.

—Creo que tendrías que esforzarte mucho más si quisieras asustar a la gente.

Llegamos al restaurante. Suelta mi mano para mantener la puerta abierta para mí. Me encuentro deseando que las puertas fueran automáticas, o tener una excusa para agarrar su mano nuevamente una vez que hayamos cruzado la puerta. Una camarera nos recibe. Noto que sus ojos se mueven sobre su cuerpo, una sonrisa aturdida en su rostro. No la culpo por mirarlo. Lo miro para ver su reacción, pero sus ojos están puestos en mí. Su mano aterriza en mi espalda mientras la camarera nos lleva a un reservado en la parte trasera del restaurante. Es lo único en lo que puedo concentrarme durante los pocos segundos que me lleva llegar a nuestra mesa.

Somos las únicas dos personas aquí tan temprano. Se sienta frente a mí. La mesa es pequeña y su pierna choca con la mía debajo. Ninguno de los dos se aparta del camino. Él apoya su rodilla contra la mía. El contacto envía un cosquilleo que comienza donde se tocan nuestras rodillas y llega hasta la parte superior de mi muslo.

Lo observo mientras revisa el menú. He estado aquí suficientes veces como para saber lo que voy a pedir, pero de todos modos abro mi menú y pretendo revisarlo. La camarera regresa para tomar nuestro pedido. Ella le pregunta primero qué quiere, y cuando él le hace una pregunta sobre el menú, ella se ríe y se inclina, poniendo una mano en su hombro mientras señala el menú con la otra. Resistí la tentación de poner los ojos en blanco.

—Entonces —dice después de que la camarera se va—. ¿Averiguaste qué ciudad tiene mejores playas?

Tomo un sorbo de mi café mientras pienso en mi respuesta.

—Es complicado —decido—. La arena es más bonita aquí en Miami. También lo es el agua. Pero últimamente hay muchas algas en las playas de aquí, y no había tantas en San Diego. También es más fresco en San Diego, lo que, como puedes ver por mi quemadura solar, hace que sea más fácil permanecer al sol por más tiempo, pero el agua también estaba mucho más fría. Las olas eran mejores allí, así que supongo que si fuera surfista, elegiría San Diego.



—Es bueno saberlo. —Agrega un poco de crema a su café y luego toma un sorbo—. Todavía no he estado en ninguna de las playas de aquí.

—¿En serio? ¿Cuánto tiempo has vivido aquí?

Se encoge de hombros.

—Alrededor de seis meses.

—¿Cómo vas a vivir seis meses en Miami y no haber ido a la playa?

Toma un vaso de crema sin abrir y lo apila encima de otro.

—Paso la mayor parte del día en el agua —dice mientras apila una tercera taza encima—. Creo que lo último que quiero hacer cuando llego a casa es volver al agua.

Pienso en la bata que le he visto usar varias veces, lo que me hace preguntarme a qué se dedica. Supuse que era dentista o enfermero, pero ahora estoy aún más confundida.

—¿Por qué pasas todo el día en el agua? ¿Eres instructor de aeróbic acuático o simplemente eres adicto a los baños?

Resopla y luego se tapa la boca con la mano para evitar escupir el café.

—Soy un veterinario acuático —dice.

—¿Veterinario acuático? ¿Y eso que significa?

Sonríe. Coloca un cuarto vaso de crema encima de los otros tres y luego me mira.

—¿Cómo suena?

—Me imagino que haces cirugía submarina a perros y gatos.

Para mi sorpresa, no parece desanimarse por mis chistes tontos.

—Cerca. Me especialicé en biología marina antes de ir a la escuela de veterinaria. Trabajo en el acuario.

—Oh. Entonces, tortugas marinas y esas cosas.

—Sí. Pingüinos, morsas, delfines. También todo tipo de pescado.

—Ahora me siento como una idiota por burlarme de ti.

—No me siento ofendido —dice—. Entonces. Dime cómo es tener una carrera que alimenta las pequeñas conversaciones de millones de estadounidenses.

—Wow. Bien. Veo como es. Bueno, tu pequeña charla me costó cuatro años en la Universidad de Oklahoma.



—Oye, nunca dije que no fuera un trabajo importante. Entonces supongo que para eso fuiste a la universidad. ¿No te limitas a aparecer frente a la cámara y recitar las predicciones meteorológicas de otra persona?

Sacudo la cabeza. Tomo un paquete de gelatina y lo balanceo sobre su torre de crema.

—Estoy en la estación a las tres de la mañana todas las mañanas para terminar mis informes y gráficos a tiempo para salir al aire.

—Eso es temprano. —Coloca otro paquete de gelatina encima del mío.

—No tengo mucha vida teniendo en cuenta que normalmente estoy en la cama cuando todos los demás cenan.

—Al menos ves más parte del día que la mayoría de la gente. Siempre estás en esa cafetería de enfrente alrededor del mediodía. ¿Es entonces cuando sales del trabajo?

Asiento.

—Siempre te veo ahí también. ¿Tienes horarios extraños en el acuario o algo así?

—Tengo un par de horas libres para almorzar —dice—. Aprovecho ese tiempo para ir a casa y jugar con los gatitos.

Levanto ambas cejas. De repente estoy mucho más emocionada de lo que debería estar cualquier persona razonable.

—¿Tienes gatitos?

—Dos gatitos adoptados. —Saca su teléfono, toca la pantalla y luego lo levanta para mostrarme una foto de sus gatitos. Me inclino sobre la mesa para ver mejor. Él también se acerca para que miremos la foto juntos. Su rostro está tan cerca del mío que si inclinara mi barbilla en la dirección correcta, podría alcanzar sus labios. Mis ojos se posan en su boca. Tengo que volver a concentrarme en la foto de los gatitos antes de que se dé cuenta de que no estoy prestando atención.

—Eran salvajes —continúa—. Alguien los encontró en la calle y los entregó a la perrera. Me ofrecí como voluntario para cuidarlos y para que se acostumbren a la interacción humana. Ya están listos para sus nuevos hogares. Se supone que los llevaré a un evento de adopción el próximo fin de semana.

Parece un poco triste cuando habla de renunciar a los gatitos.

—No podría hacerlo —le digo—. Me encariñaría y me los quedaría. Se encoge de hombros.

—Apesta, pero alguien tiene que hacerlo. Además, tendré un nuevo animal de acogida una vez que los gatitos se hayan ido.



La camarera aparece en la mesa con nuestra comida, tirando la pila de crema y gelatina mientras deja los platos. Ella vuelve a tocarle el hombro y lo anima a que le avise si necesita algo. No puedo evitar notar que ella no parece tener la misma preocupación por mis necesidades. Él responde con el ceño fruncido y un “Claro”.

—¿Siempre supiste que querías ser meteoróloga? —pregunta después de vaciar la mayor parte de su plato.

Le doy un mordisco a la tostada mientras pienso en mi respuesta.

—Siempre me ha fascinado el clima. Y me encantaba ver a el meteorólogo en la televisión cuando era niña. Probablemente hablaba del clima más que la mayoría de los niños de mi edad en la escuela.

Eso era algo de lo que Luca a menudo se burlaba de mí en sus cartas. Nunca había considerado que era algo que podía convertir en una carrera hasta que Luca, burlonamente, sugirió que eso era lo que iba a estudiar cuando llegara a la universidad. Me parece irónico que intentara burlarse de mí y, en cambio, terminara ayudándome a tomar una de las mejores decisiones de mi vida.

—Creo que es fantástico que siempre supieras lo que querías hacer —me dice—. Yo no lo descubrí hasta los veintidós años.

—¿En serio? ¿Qué hiciste hasta entonces?

Abre un paquete de azúcar y lo mezcla con su café. Sus ojos azules se encuentran con los míos por un momento antes de regresar su atención a su café.

—Supongo que se podría decir que era una especie de oficial de policía.

—¿Algo así como? ¿Qué significa eso? ¿Eras guardia de seguridad? —Él sonríe y me dice todo lo que necesito saber—. Ay dios mío. Eras policía de centro comercial, ¿no? —Me río porque no me lo imagino en un trabajo así—. ¿Anduviste en un Segway² gritándoles a los niños en el área de comidas?

—Eso lo resume todo —dice—. No era exactamente la carrera de mis sueños.

—¿Por qué elegiste la biología marina?

—¿Aparte de básicamente cerrar los ojos y elegir a ciegas de una lista de especialidades? Siempre me han encantado los animales. Y me encantaba ir a SeaWorld cuando era niño. Supongo que nunca se me ocurrió que podría trabajar con delfines todos los días.

² Transporte motorizado de dos ruedas personal, a menudo utilizados por policías en pueblos y ciudades.



Lo miro por un momento, preguntándome cuál es el problema. Este hombre no puede ser tan perfecto. ¿Cría gatitos, cura delfines enfermos y tiene un cuerpo construido como el de un dios griego? Tiene que estar casado, o tal vez tenga una ex esposa loca. O tal vez perdió su polla en un terrible accidente cuando era niño. Quizás una ballena en SeaWorld saltó del agua y se la arrancó de un mordisco. Pero eso no tendría sentido con su elección de carrera actual. A menos que haya elegido este camino como un retorcido plan a largo plazo para vengarse de las ballenas.

—Supongo que ambos elegimos nuestras pasiones de la infancia —le digo—. ¿Por qué viniste a Miami? No podría haber sido por las playas.

Sonríe.

—Mi familia estaba aquí. Quería estar más cerca de ellos.

Ugh. ¿Y también es cercano a su familia? Quiero decirle que deje de ser tan perfecto. Me está haciendo quedar mal, especialmente porque mudarme a Miami me alejó de mis padres y primos.

—¿Cuáles son tus defectos? —Pregunto antes de que pueda detenerme—. Nadie es tan perfecto. O estás enmendando algo o simplemente estás tratando de impresionarme.

Su sonrisa flaquea.

—¿Quieres saber cuáles son mis defectos?

Levanto una ceja.

—Bueno. —Baja la voz—. Te los diré.

Me inclino un poco más para escucharlo mejor. Noto la barba incipiente en su rostro y mis ojos se dirigen a sus labios nuevamente. Me pregunto cómo sería besarlos, cómo se sentiría esa barba en mi rostro. Cuando lo miro de nuevo, noto que sus ojos también están en mi boca. Me mira a los ojos y siento una ráfaga de calidez invadirme. Sus labios se abren, y de alguna manera el resto del mundo se vuelve un poco más silencioso, y todo lo que puedo escuchar son los latidos de mi propio corazón mientras espero escuchar lo que va a decir. Me pregunto si él también puede oírlo.

Y continúa en un susurro:

—Me han dicho que soy un vecino muy ruidoso.

No puedo evitar reírme y soltar un suspiro que no sabía que estaba conteniendo.

—Lo eres. Y todavía quiero saber cómo te las arreglas para hacer tanto ruido ahí arriba.

—Realmente no sé de qué estás hablando. Quizás sean los gatitos. Les gusta correr por el apartamento.

—Dos gatitos no pueden hacer tanto ruido.



—Te sorprenderías —dice.

—Bueno. Voy a añadir “mentiroso” a tu lista de defectos, porque obviamente estás tratando de ocultar el hecho de que tienes una bolera ahí arriba.

Espero que aproveche esa oportunidad para invitarme a su apartamento, pero no lo hace. Sonríe.

—Bien. Cree lo que quieras.

El sol ya ha salido cuando terminamos de comer. Toma la cuenta antes de que yo tenga oportunidad y paga nuestra comida en la caja registradora. La misma camarera nos cobra. Lo miro mientras firma el recibo. Sus bíceps sobresalen de las mangas cortas de su camisa. Su camisa no es apretada, pero puedo ver la forma de sus músculos debajo. Mis ojos se posan en los suyos y me doy cuenta de que él me está mirando mientras yo lo observo. Mi rostro se sonroja. Me pregunto cuánto tiempo hace que terminó de firmar el recibo.

La camarera le entrega una copia del recibo, luego me mira y me guiña un ojo. Levanto una ceja, preguntándome de qué se trata. Lo noto frunciendo el ceño ante el recibo mientras se aleja del mostrador. Miro furtivamente y veo que ella escribió su número de teléfono en él. No estoy segura de si es apropiado reír. Lo contengo, fingiendo que no me doy cuenta para poder ver lo que hará. Sin decir palabra, arruga el recibo formando una bola y lo tira al cubo de basura junto a la puerta principal.

—¿Lista para irnos? —me pregunta.

Resisto la tentación de mirar a la camarera para ver su reacción. Supongo que ya ha tenido suficiente vergüenza por una mañana. Salimos y cruzamos la calle hacia nuestro edificio. Tan pronto como llegamos a la acera, dice:

—Espera. Naomi.

Por un momento, creo que está a punto de comentar lo que acaba de pasar hace un minuto. En lugar de eso, me agarra por los hombros y me aleja del borde de la acera para quedar entre la carretera y yo.

—Así. Esto es mejor.

Arrugo la frente.

—¿Disculpa?

Señala el camino con el pulgar mientras comienza a caminar de nuevo. Miro fijamente el camino, luego lo miro, confundida, antes de darme cuenta de lo que está haciendo. Doy unos pasos rápidos para alcanzarlo. Creo que es lindo que esté siguiendo una regla tan anticuada en la que el hombre bloquea el tráfico a la mujer. Aun así, no puedo evitarlo.

—¿De qué me estás protegiendo? —pregunto.



—¿De ser salpicada por un charco?

Miro el camino seco y luego lo miro a él. La comisura de su boca se arquea.

—Nunca se sabe cuándo un auto se saldrá de la carretera y caerá en la acera —dice.

—Oh. Ya veo. Y crees que eres lo suficientemente fuerte como para evitar que un auto en movimiento nos aplaste a los dos.

Frunce el ceño, pensando en mi respuesta.

—¿No crees que podría?

Me encojo de hombros y le lanzo otra mirada.

—Tal vez. Te sentiste muy duro cuando me topé contigo esta mañana.

Gira su cabeza en mi dirección, haciéndome darme cuenta de lo que acabo de decir. Mi rostro se calienta. Espero que mi quemadura de sol sea suficiente para disimular mi sonrojo.

—Oh Dios. Eso salió mal. —Me golpeo mi rostro con la mano—. Sólido. Quise decir que tu cuerpo estaba sólido cuando te toqué y... nada de esto está saliendo bien, ¿verdad?

Miro entre mis dedos y veo que se está riendo de mí. Quita mi mano de mi rostro.

—Deberías detenerte mientras estás por delante —dice.

—No siento que esté por delante.

Sonríe.

—Si alguno de nosotros debería estar avergonzado, soy yo. Acabas de acusarme de... —Mira su cintura y luego vuelve a mirarme.

—¿Podemos fingir que nunca dije eso?

—De ninguna manera. —Abre la puerta principal de nuestro edificio y me deja entrar primero.

Joel todavía está sentado en el mostrador de seguridad. Inclina su periódico hacia abajo cuando cruzamos la puerta. Su ceño se frunce levemente, pero no dice nada mientras continúa leyendo. Me dirijo hacia la escalera y Jake me sigue.

Llegamos al tercer piso. Dudo, mi mano en la puerta que se abre al pasillo. Todavía le queda un piso más por subir, pero se detiene a mi lado. Mira la escalera que continúa hasta el cuarto piso y luego vuelve a centrarse en mí. Se apoya contra la puerta para que no pueda abrirla. Mantengo mi mano en el pomo de la puerta. La escalera de alguna manera se siente más pequeña cuando él está parado justo frente a mí. No estoy segura de cómo



logró acercarse sin que yo me diera cuenta. Tal vez sea porque no puedo quitar los ojos de sus labios.

Parece indeciso, como si estuviera esperando algo, y me doy cuenta de que creo saber qué es. Está lo suficientemente cerca como para que todo lo que tengo que hacer sea ponerme de puntillas para alcanzarlo. Sostengo la parte posterior de su cuello, acercando su rostro un poco más al mío, y luego nuestros labios están juntos. Su boca es cálida. Me siento ingrátida y como si mi cuerpo fuera demasiado para que mis piernas lo sostuvieran al mismo tiempo. Sus manos aterrizan en mi espalda y bajan hasta mi cintura. Se acerca más hasta que puedo sentir el calor de su cuerpo, y luego me sostiene contra él, nuestros cuerpos presionados, como si de alguna manera supiera que tengo miedo de caerme. Su corazón late contra mi pecho. Me pregunto si él también puede sentir el mío.

Nuestros labios se separan por un momento para que pueda recuperar el aliento, y aun así, no deja de besarme. Sus labios trazan un sendero a lo largo de mi mejilla, hasta mi mandíbula. Su barba incipiente rasca mi rostro y me encuentro imaginando cómo se sentiría en otras partes de mi cuerpo. Giro la cabeza, buscando sus labios, y luego están sobre los míos otra vez. Le tiro el labio inferior con los dientes. Él aprieta su agarre a mi alrededor.

No quiero soltarlo. Podría vivir aquí mismo, envuelta en sus brazos, y probablemente morir feliz. Olvidé que estábamos parados en el hueco de la escalera hasta que escuché una puerta abrirse encima de nosotros y luego unos pasos bajando las escaleras. Separa sus labios de los míos y da un paso atrás. Me apoyo contra la pared, porque todavía no estoy segura de si mis piernas podrán sostenerme. Tiene esta manera de hacer que la gravedad se sienta mal.

Me mira, su pecho sube y baja pesadamente, ninguno de los dos se gira para mirar al vecino que pasa junto a nosotros en su camino hacia el vestíbulo.

—Probablemente quieras recuperar el sueño después de ese viaje en avión —dice con voz ronca.

Me siento un poco decepcionada de que no se haya invitado a entrar en mi apartamento o no haya intentado convencerme de que suba con él. Pero tiene razón. Necesito recuperarme de mi viaje a San Diego.

—Sí. —Estoy de acuerdo—. Probablemente necesites ir arriba a hacer mucho ruido. —Sonríe—. Intentaré mantener el volumen bajo para ti.

Se inclina y me da un beso más en los labios. Abro la puerta y me dirijo hacia mi apartamento. Puedo oírlo subir las escaleras hasta el cuarto piso.

Cuando Anne me dejó temprano, imaginé que me quedaría dormida tan pronto como mi cabeza tocara la almohada, pero ahora mi mente está



demasiado ocupada para conciliar el sueño fácilmente. Sigo pensando en sus ojos, su sonrisa torcida, la forma en que sus manos acariciaron mi cintura. Repito en mi mente nuestra cita para desayunar, las cosas que dijo, y siento una sonrisa aparecer en mis labios.

Cierro los ojos y trato de calmar mi cerebro, pero cuanto más lo intento, más pienso en él. Me concentro en los sonidos de mi apartamento: el zumbido del frigorífico de la habitación de al lado, el zumbido del aire acondicionado. No puedo dejar de pensar en la forma en que se sentían los labios de Jake contra los míos, y en cómo deseaba tanto que me hubiera invitado a su departamento, o que tuviera el coraje de invitarlo aquí.

Hace tiempo que no estoy con nadie y no estoy acostumbrada a ser yo quien tenga que pedirlo. De alguna manera eso me hace desearlo más. Deslizo mi mano debajo de las sábanas, me meto en mis pantalones cortos y entre mis piernas. Respiro hondo, con los ojos aún cerrados, y me imagino que él está en la habitación conmigo y es él quien me toca así.

Mojo las yemas de mis dedos, sintiendo lo mojada que ya estoy por ese beso en el hueco de la escalera. Todavía puedo sentir dónde sus manos tocaron mi cintura, pero ahora se están moviendo hacia abajo, bajando por mis caderas y ahuecando mi trasero, su mano deslizándose entre mis piernas y... *ooh*.

Abrí mis piernas un poco más para él, imaginando que su cabeza está ahí abajo y está cayendo sobre mí. Dejé escapar un pequeño gemido. Arquee la espalda, aumentando la presión. Tengo esta imagen de él tirado al final de mi cama, haciéndole cosas a mi cuerpo que me harían sonrojar si lo admitiera en voz alta.

Mi ritmo cardíaco se acelera a medida que subo más alto. Respiro profundamente y cierro los ojos con más fuerza, tratando de aferrarme a esta fantasía. Lo imagino sentado en el borde de mi cama y yo en su regazo, a horcajadas sobre él. Miro hacia abajo mientras le bajo la cremallera de los pantalones, y justo cuando estoy a punto de deslizarlo dentro de mí, vuelvo a mirar su rostro. Ya no es Jake, sino Luca, o al menos lo que imagino que podría parecer. Intento cambiar la imagen en mi cabeza, pero ya es demasiado tarde. Mi clítoris comienza a palpar y libero el aliento, alcanzando mi clímax hasta arriba y hacia abajo lentamente.

Me quedo ahí, respirando pesadamente mientras vuelvo a bajar. Todo mi cuerpo se siente bien aunque mi mente esté en conflicto.

Ha pasado un tiempo desde que permití que Luca entrara así en mis pensamientos. No estoy segura de qué hacer al respecto. Miro hacia el techo, sintiéndome extrañamente culpable por el hombre que besé en la escalera no hace mucho.

Presto atención a cualquier ruido proveniente del piso de arriba. Esta calmado. Cumplió su promesa.



CAPÍTULO DOCE

EL DILEMA DE LA CARNE DELI

Naomi

96

Estoy trabajando en mis gráficos cuando aparece una taza de café a mi lado. Miro a Anne, luego tomo la taza y le doy un sorbo. Toma una silla y se sienta.

—Cuidado —le advierto—. A Patty-boy no le gusta vernos mezclarnos, ¿recuerdas?

—¿Patty-boy? —Levanta una ceja—. Lo vi llevar su teléfono al baño y estoy bastante segura de que estaba jugando con él. Estaremos bien durante al menos diez minutos.

—Tengo trabajo que hacer.

—Pensé que tal vez podríamos planificar nuestro viaje a Georgia. ¿Hablaste con ojos de husky sobre tener una cita el viernes por la noche para poder ir el sábado?

La mención de Jake me hace sonreír cuando pienso en nuestra cita para desayunar ayer por la mañana. Luego mi rostro se sonroja al recordar la forma en que mis pensamientos vagaron después.

—¿Qué? —insiste Anne, observando mi cambio en mi expresión facial.

—Nada. Estoy ocupada. Podemos planificar el viaje más tarde.

—Tan pronto como mencioné a ojos de husky, te apareció una sonrisa tonta en tu rostro. Hablaste con él, ¿no?

Sonríó y vuelvo a mis gráficos.

—No lo sé. Tal vez.

Gime.

—No me dejes así. —Ella tamborilea sus dedos sobre el escritorio—. Suéltalo.

Me encojo de hombros y tomo otro sorbo de mi café.

—Es aburrido. No querrás oír hablar de eso.

Anne se inclina más cerca de mí y aprieta los puños sobre el escritorio.



Hate

HELL OF
BOOKS

—No me hagas esto, Gnome. Dime qué fue lo que pasó.

Dejo escapar un largo suspiro, luchando contra una sonrisa mientras pongo los ojos en blanco.

—Me vio cuando me dejaste ayer. Desayunamos.

Los ojos de Anne se abren y chilla.

—¡Lo sabía! —Luego baja la voz hasta convertirla en un susurro—. ¿Tuviste sexo con él?

Mi rostro comienza a calentarse ante la mera sugerencia. Al ver mi sonrojo, Anne se emociona aún más.

—Lo hiciste, ¿no?

—¡No! —le digo, haciéndola callar, porque ahora está haciendo mucho ruido y me preocupa que Patrick entre en cualquier momento.

—Cuéntamelo todo.

Frunzo los labios, decidiendo cuánto quiero decirle.

—Podríamos habernos besado en las escaleras después del desayuno.

Anne vuelve a chillar.

—¿Moviste la fiesta de la escalera al dormitorio? —Ella mueve las cejas.

—Lamentablemente no. Estuve tan cerca de invitarlo a mi departamento cuando me dijo que entrara y durmiera un poco. —Me burlo del puchero, fingiendo estar triste—. No creo que le guste.

—Tienes razón. A él no le gustas. Llevarte a desayunar y luego besarte es una gran señal de alerta. Debería haberse esforzado más en quitarte los pantalones.

Me río.

—No deberíamos hablar de esto en el trabajo. Alguien podría oírnos.

—He oído cosas mucho peores de parte de los presentadores —dice.

Me muero porque esta conversación termine porque tengo miedo de que Anne siga presionando para saber más. No dejaría que ella adivinara exactamente lo que tenía en mente cuando tuve mi mano entre mis piernas ayer. Probablemente lo diría en broma y luego mi rostro me delataría. Nunca escuchará el final de esto.

—Creo que acabo de escuchar la cadena del inodoro en el baño de hombres —digo—. Será mejor que vuelvas al trabajo.

—Estás mintiendo —dice—. Yo también la habría escuchado.

—Tengo trabajo que hacer, Anette.



—Hablando de trabajo, adivina lo que vi anoche.

—¿Qué? —Pregunto, contenta de que la conversación parezca desviarse de mi vida amorosa.

Saca su teléfono del bolsillo y me muestra su pantalla. Reconozco la aplicación de citas que usa todo el tiempo. Hojea algunas fotos de hombres solteros y luego se detiene en un rostro familiar.

Jadeo.

—Ese es...?

—Patrick. —Termina por mí. Sus labios están torcidos en una expresión que solo puedo describir como una mueca—. ¿Crees que esto significa que él también vio mi foto?

—Probablemente esté mirando tu foto ahora mismo. En el baño.

—Ugh. ¡No digas eso!

—Apuesto a que es por eso que tarda tanto allí —le digo. Anne frunce el ceño y luego abre mucho los ojos—. Probablemente se sienta allí deslizándolo hacia la derecha, y todas esas pobres chicas con las que coincide no tienen idea de que estaba cagando mientras lo hacía.

—Jesús, Naomi. Pensé que ibas en una dirección completamente diferente con eso. De cualquier manera, es asqueroso. No quiero pensar en eso.

Escucho la descarga del inodoro. Ambas nos giramos para mirar en dirección al baño. Anne me pone los ojos en blanco y luego se aleja tranquilamente. Vuelvo a mi escritorio para seguir preparando mi informe meteorológico y luego hago mi primera aparición al aire de la mañana. Anne está ocupada con su propio trabajo, así que no la vuelvo a ver hasta que hace su ronda repartiendo el correo. Cuando termino con mi última aparición, Anne está esperando en mi escritorio con un sobre sin abrir en la mano. Puedo decir por la expresión de su rostro que es otra carta de Luca.

—¿Envió otra?

—Él no está esperando que le respondas porque sabe que no puedes. —Me entrega el sobre cuando la alcanzo—. Ábrelo.

Abro el sobre, preparándome para lo que sea que contenga su carta de hoy.

Querida Naomi,

Quiero jugar un pequeño juego. Probablemente te esté matando el hecho de que no puedas responderme, ¿verdad? Me imagino lo mucho que lo deseas. Pero haré un trato. Quiero que digas la palabra "Bologna" en tu informe meteorológico de las cinco de la mañana. Si puedes hacer eso, te daré una



pista sobre dónde estoy ahora. Tal vez incluso incluya mi dirección de remitente en la próxima carta. Tal vez.

Con amor, Luca

Anne lee la carta por encima de mi hombro.

—¿Qué diablos es Bologna? —pregunta, pronunciando la palabra incorrectamente.

—Es un tipo de carne fría y se pronuncia como una tontería. ¿Nunca viste los comerciales de Oscar Mayer cuando eras niña?

Se encoge de hombros.

—Mis padres eran vegetarianos y no tuve televisión durante la mayor parte de mi infancia. Mi familia quería explorar al aire libre. —Ella pone los ojos en blanco.

Empiezo a cantar el jingle de los comerciales, pero ella me hace callar como si esto fuera más vergonzoso que hablar de sexo en el trabajo.

—No vas a hacerlo, ¿verdad? pregunta, volviendo su atención a la carta.

Lo pienso por un momento. Si me da su remitente, no tendré que gastar cientos de dólares viajando a todos los lugares de donde provienen sus cartas anteriores sólo para encontrar pistas sobre dónde podría estar ahora. Si pudiera responderle, tal vez podría sacarlo de mi cabeza.

—¿Por qué no? Seguramente facilitaría las cosas.

Frunce el ceño.

—¿Cómo vas a incluir Bologna en tu informe?

—Estoy segura de que puedo encontrar una manera.

—Esto es ridículo —dice—. Si haces lo que él dice, simplemente lo dejarás ganar.

—Él ya está ganando.

—No si vamos a Georgia este fin de semana y encontramos a alguien que lo conozca.

—¿Y si nadie lo conoce?

—Entonces seguimos buscando. Ni siquiera lo entretengas. Probablemente sólo quiere que lo digas para asegurarse de que recibes sus cartas. Que siga preguntándose.

—Probablemente tengas razón. —Con un suspiro, leo la carta nuevamente y luego la guardo en mi bolso—. Vamos a almorzar.



Almorzamos en un restaurante griego y luego planificamos la logística de nuestro viaje a Georgia. No necesitaremos hotel, porque volamos de ida y vuelta el mismo día. No deberíamos necesitar más que unas pocas horas para visitar la antigua dirección de Luca y entrevistar a sus vecinos.

—Esto es muy divertido —dice Anne mientras usamos nuestros teléfonos para comprar nuestros boletos de avión—. Luca va a estar esperando toda la semana a que digas bologna en televisión nacional. Mientras tanto, no tiene idea de que nos dirigimos a Georgia para localizarlo.

—Es un poco extraño que estés tan obsesionada con localizarlo.

—Dice la chica que está molesta porque no pudo acostarse con un chico que apenas conoce.

—Cuando lo dices así, sueno bastante patética.

—Lo eres.

Presiono mi mano contra mi pecho.

—Wow. No puedo creer que sea tu amiga.

—Espera. ¿Somos amigas? Pensé que solo éramos compañeras de trabajo.

Le tiro mi servilleta.

—No tengo que llevarte a estos viajes conmigo, ¿sabes?

—Es demasiado tarde. Los boletos de avión ya están comprados —me dice—. Te recogeré temprano el sábado por la mañana. Y no te atrevas a decir bologna en televisión nacional.

—Prometo que no lo haré.

Tomamos caminos separados después de salir del restaurante. Estaciono mi auto en el estacionamiento al lado de mi edificio y luego camino hacia el frente. Veo a la niña oruga sentada en la acera, usando crayones para colorear las páginas de un libro. Miro a mi alrededor, buscando a un adulto responsable. Una vez más, parece que esta niña está sola.

Me arrodillo para ver la obra de arte. Niña oruga me sonríe. Resulta que mi apodo es acertado, porque la niña está coloreando un libro lleno de imágenes de orugas.

—¿Qué clase de oruga es esa? —pregunto.

—Esta es una oruga monarca.

—¿Se va a convertir en una polilla?

Ella se ríe, haciéndome sentir tonta.

—No. Es una oruga monarca. Se convertirá en una mariposa monarca.



—Sabes mucho sobre las orugas.

—Cuando sea mayor seré entomóloga —dice.

—Wow. Eres mucho más inteligente que yo a tu edad. —Después de decirlo me doy cuenta de que no estoy exactamente segura de cuántos años tiene. No creo que pudiera decir una palabra así cuando estaba en el rango de edad en el que asumo que está esta niña.

—No te sientas mal —dice—. Sabes mucho sobre el clima y estás en la televisión. —Ella deja de colorear por un momento para mirarme—. ¿Crees que algún día podría aparecer en la televisión?

—Tal vez si trabajas muy duro estudiando tus insectos, tendrás tu propio programa de televisión donde podrás enseñarles a otras personas sobre ellos.

Ella sonríe más ampliamente, dejando al descubierto un par de dientes faltantes.

—¿Lo verías?

—Claro que sí. —Observo cómo la niña vuelve a colorear—. ¿Dónde está tu mamá? ¿Ella sabe que estás aquí sola?

—No estoy sola —dice—. Él me está mirando.

La forma en que lo dice me hace sentir inquieta. Miro por encima del hombro, preguntándome si hay alguien a quien extraña o si tiene un amigo imaginario. Siempre me han asustado los niños que tienen amigos imaginarios. Al no ver a nadie, me obligo a preguntar:

—¿Quién te está mirando?

Utiliza un crayón para señalar a través de una de las ventanas delanteras del edificio. Veo a Joel sentado detrás del mostrador de seguridad. Agita sus dedos hacia mí. Bueno. Me siento mejor ahora.

Me enderezo.

—Supongo que si estás bien aquí afuera, iré arriba. No hables con extraños, ¿de acuerdo?

Me dirijo hacia adentro.

—Jugando a ser niñera, ¿eh? —Le digo a Joel.

Se encoge de hombros y mete la mano en un gran frasco de pepinillos que está sobre su escritorio.

—Podría también. No es que tenga nada mejor que hacer.

No puedo evitar pensar que probablemente sea cierto. Al parecer, el hombre está en el mostrador de seguridad día y noche. Me siento un poco mal por él, pero imagino que gana mucho dinero con todas las horas extras que trabaja.



Cuando llego a mi apartamento, puedo escuchar los ruidos fuertes habituales provenientes del apartamento de arriba. Ahora que sé quién es, escucho con más atención. Suena como si algo pesado estuviera rodando por el suelo, seguido de varios pasos corriendo. Decido que estos sonidos no pueden ser de dos gatitos. Tiene que estar jugando conmigo o algo así.

Me dirijo a mi altavoz y pongo algo de música. Un minuto después, mi teléfono suena.

102

Ojos de Husky: ¿Puedes subir el volumen? Me cuesta un poco saber qué canción está sonando.

Naomi: Ahí tienes. ¿Así está mejor?

Ojos de Husky: Mucho mejor. Los gatitos aman a Britney Spears.

Suelto una carcajada.

Naomi: No es Britney Spears.

Ojos Husky: ¿En serio?

Naomi: Es Shakira.

Ojos de Husky: Oh. Pues a Los gatitos Les encanta Shakira.

Hay más golpes en el techo que puedo escuchar incluso por encima de la música.

Escucho por un momento, notando que parece moverse al ritmo.

Naomi: ¿Eres tú quien baila ahí arriba o Los gatitos simplemente tienen un ritmo excelente?

Los golpes cesan casi tan pronto como envío el mensaje. Entonces mi teléfono vuelve a sonar.

Ojos de Husky: ¿Puedes oír eso?

Naomi: Sí.

Ojos de Husky: Definitivamente fueron Los gatitos.



Me encuentro sonriendo a mi teléfono. Bajo la música, luego me acuesto en el sofá con mi teléfono, sintiéndome como si tuviera dieciséis años otra vez.

Naomi: ¿Qué estás haciendo? ¿Tienes tiempo de bajar?

Ojos de Husky: Tengo que volver al trabajo.

Naomi: Oh, está bien. ¿En otro momento?

103

Miro mi teléfono y veo aparecer una burbuja con tres puntos, indicando que está escribiendo un mensaje. La burbuja desaparece por un momento y luego reaparece. Contengo la respiración. Arriba está tranquilo. Me pregunto si ya se fue.

Dejé que mi pantalla se oscureciera. Me levanto y camino hacia la cocina por un vaso de agua, dejando mi teléfono en el sofá. Cuando lo escucho zumbiar desde el otro lado de la habitación, vuelvo a pasar para ver qué dice.

Ojos de Husky: Ven al acuario.



CAPÍTULO TRECE

UN POCO DE PESCADO

Naomi

104

Envío un mensaje de texto para informarle a Jake que estoy aquí, pero cuando cruzo las puertas principales del acuario, me doy cuenta de que no necesitaba enviarlo. Él ya me está esperando, apoyado contra una pared en la gran entrada.

Visitantes de todas las edades se encuentran dispersos entre nosotros, mirando folletos y eligiendo qué animales ver primero.

Sus ojos caen hacia su teléfono cuando mi mensaje llega a él. La comisura de su boca se curva hacia arriba, y luego sus ojos se levantan de su teléfono, y cuando se encuentran con los míos, su sonrisa se hace más amplia.

Da un paso hacia mí, sin parecer importarle la multitud de personas en el camino. De alguna manera, esquivo a niños y parejas sin quitarme los ojos de encima. Nos alcanzamos en el medio. Mi corazón late dentro de mi pecho. Se inclina como si fuera a besarme, pero en el último segundo parece recordar que está en el trabajo y que estamos rodeados de niños. Me apunta a la frente, pero sus labios aterrizan en mi ceja.

—Wow. Creo que nunca antes me habían saludado con un beso en la ceja —bromeo.

Sonríe y luego besa mi otra ceja.

—Sólo para igualar las cosas —dice.

Me toma de la mano y me lleva más allá de la fila donde venden los boletos.

—¿Estamos entrando a escondidas? —Le pregunto mientras ingresa un código para dejarnos pasar por una puerta etiquetada solo para personal autorizado.

Me hace callar.

—No se lo digas a nadie. Conozco a un chico.

Nos lleva por un pasillo.

—No voy a hacer que te despidan, ¿verdad? —pregunto.



Hate

HELL OF
BOOKS

—Probablemente no. —Llegamos a otra puerta. La abre y me guía con su mano en mi espalda baja. Hemos pasado la fila de boletos y la revisión de control—. ¿Qué quieres ver primero?

Me doy la vuelta y observo nuestro entorno. Hay tanques integrados en la mayoría de las paredes, llenos de peces de colores, corales y plantas acuáticas. Las luces del techo están bajas para que los tanques estén iluminados, arrojando un brillo en los pasillos y proporcionando luz a las partes más oscuras del acuario.

—¿Tienen nutrias?

—Por supuesto. —Toma mi mano nuevamente. Nos dirigimos por un pasillo curvo revestido a ambos lados con paredes de vidrio. Reduzco la velocidad para observar las diferentes especies de peces, algunos nadando en bancos y aparentemente sin darse cuenta de su audiencia. Otros nadan hasta el borde para observarnos con curiosidad, mientras que otros se escabullen y se esconden en cuanto nos ven.

Llegamos al recinto de las nutrias de río. Está configurado de manera diferente a las peceras. Hay superficies secas donde las nutrias pueden subir para descansar del baño. Dos nutrias flotan boca arriba en la superficie del agua. Una tercera nutria nada bajo el agua, entreteniéndolo a los niños que la miran desde el otro lado del cristal. Tenemos que bajar unas escaleras y dar la vuelta para ver bajo el agua.

—¿Solo tres nutrias? —pregunto. Parece un gran recinto para sólo tres animales.

—Las nutrias son parte de nuestro programa de rehabilitación. El joven que ves nadando llegó a nosotros hace sólo un par de meses. Fue encontrado en el patio trasero de alguien y no se pudo localizar a su madre, por lo que se supuso que estaba huérfano. Las personas que lo encontraron lo tuvieron como mascota durante unos meses antes de entregárnoslo, por lo que probablemente no será elegible para ser liberado.

—¿Sueles devolver animales a la naturaleza?

—Ese es el objetivo, pero no siempre resulta así. Tenemos que tener en cuenta la seguridad del animal. Si la nutria se vuelve demasiado mansa, como las tres que ves en esta exhibición, generalmente no pueden ser liberadas.

La idea de que ninguna de estas nutrias pueda volver a nadar en un río real me entristece.

—¿Entonces ninguna de estas nutrias podrá regresar a la naturaleza?

—No estas tres. Tenemos otras más en otro recinto al que no pueden acceder los visitantes. Las nutrias que tenemos allí no están acostumbradas a los humanos y debemos mantenerlas así para que puedan ser liberadas.



Lo miro mientras habla de los animales. Se concentra en el recinto, observando a la joven nutria nadar juguetonamente, antes de que sus ojos azules se levanten para encontrarse con los míos. Puedo ver el reflejo de la nutria bailando en sus ojos.

—¿Qué quieres ver a continuación? —me pregunta.

—¿Qué me recomiendas?

Me lleva a ver un pulpo y luego vemos las rayas, que son populares entre los niños. Otra pequeña multitud se reúne alrededor de la exhibición de medusas. Observamos durante un minuto y escuchamos cómo un guía turístico explica cómo se debe tratar una picadura de medusa.

Camino junto al tanque, observando a las criaturas que hay dentro. Estoy hipnotizada por la forma en que se mueven y por cómo un animal parecido a una masa tan extraña no sólo puede sobrevivir, sino también causar tanto dolor. El tanque rodea un pasillo curvo que me lleva a un área menos poblada del acuario. Me toma un minuto darme cuenta de que Jake ya no está a mi lado. Me doy la vuelta y lo veo mirándome desde unos metros detrás. Tiene las manos metidas en los bolsillos y la cabeza ligeramente inclinada. Sus labios se abren como si fuera a decir algo. Lo miro, esperando, pero luego su boca se cierra de nuevo. Su frente se arruga por sólo un segundo, y luego saca las manos de sus bolsillos y se acerca a mí hasta que está justo a mi lado.

—¿Qué pasa? —pregunto.

Sacude la cabeza y levanta una mano para frotarse la nuca. Espero un momento más, pensando que todavía podría decir lo que sea que tenga en mente, cuando mis ojos se posan en la señal del siguiente tanque.

—¿Salmón? —digo leyendo el nombre de la especie. —No sabía que había comida aquí.

Resopla y su labio se curva en una media sonrisa. Me golpea con el codo.

—Muy divertida.

—Oh, no. No me digas que estás en contra de comer mariscos.

Se estremece, haciéndome preocupar de haber cruzado la línea.

—No soy un gran fanático de los mariscos, pero prometo que no es por mi trabajo.

Paso mi mano por mi frente.

—Uf. Tuve miedo de haberte ofendido por un segundo. Supongo que es como preguntarle a un veterinario común si come perros y gatos.

Se ríe y así, casi me olvido que estaba esperando que dijera algo antes de interrumpir.



—No creo que sea lo mismo en absoluto —dice—. Estoy seguro de que los veterinarios de ganado todavía comen hamburguesas.

Sacudo la cabeza.

—No creo que pueda hacerlo. No podría pasar todo el día arreglando y curando a esos animales sólo para volver a casa y comérmelos.

Se apoya contra el tanque, se cruza de brazos y me mira.

—Entonces es bueno que seas meteoróloga y no veterinaria —dice.

—Tienes razón. No puedo volver a casa y comerme un huracán.

Sonríe y se aleja del tanque, dando un paso hacia mí.

—Realmente eres algo más, ¿lo sabías, Naomi?

Está tan cerca que tengo que estirar el cuello para verlo. Cuando lo hago, baja la barbilla y, un segundo después, sus labios están sobre los míos. Coloca sus manos alrededor de mi rostro antes de deslizar sus dedos en mi cabello. Mi corazón se acelera. Me pongo de puntillas para alcanzarlo mejor.

Por un momento, olvido que estamos en un lugar público donde cualquiera podría doblar la esquina y vernos. Se siente como si estuviéramos solos, solo nosotros y el ocasional chapoteo de agua en los tanques y el zumbido y burbujeo de los filtros. Hay algo en la forma en que sus dedos peinan mi cabello que me hace sentir como si me estuviera derritiendo. Recuerdo ese momento ayer en la escalera cuando estábamos solo nosotros dos. Si pudiera regresar, me esforzaría más para que él entrara conmigo. Tal vez entonces mis pensamientos no se habrían desviado hacia Luca cuando solo debería haber estado pensando en Jake. Agarro la parte de atrás de su camisa, acercándolo a mí, lo cual es un error, porque ahora que su cuerpo está al ras del mío, no estoy segura de poder soltarlo.

El sabor de sus labios sobre los míos es algo que quiero saborear. He estado deseando sentirlo, la forma en que sus labios encajan perfectamente contra los míos, desde que me soltó ayer por la mañana.

Profundiza el beso, probándome con un movimiento de su lengua. Antes de darme cuenta, estoy apoyada contra la pared del tanque de salmón. Deslizo mis manos debajo de su camisa, sintiendo la suave piel de su espalda, antes de pasarlas alrededor de su caja torácica para sentir su abdomen. Deja escapar un gruñido de sorpresa. Lo dejo ir, pero él toma mi mano y se la vuelve a poner.

—Eso me hizo cosquillas. —Me regaña contra mis labios.

—¿Te refieres a esto? —Deslizo mi mano sobre su caja torácica y él se sobresalta de nuevo.

—Sí, eso. —Esta vez, toma mi mano y la aleja de él.



—Fue valiente de tu parte confiar en mí lo suficiente como para decirme que tienes cosquillas. —Le advierto.

—¿Tú lo eres?

—¿Cosquillosa? Para nada.

Me mira por un segundo, con los ojos entrecerrados, luego extiende ambas manos y clava sus dedos en mi caja torácica. Grito y trato de huir, pero él me rodea con sus brazos y me abraza. Dejo de pelear una vez que me doy cuenta de que ya no intenta hacerme cosquillas. Me relajo en su abrazo.

—Está bien, hemos establecido que eres una mentirosa —dice.

—¿Qué tal si hacemos una tregua? —Le ofrezco—. No te haré cosquillas si tú no me haces cosquillas.

—Creo que puedo aceptar eso. —Se aleja lo suficiente para plantar otro beso en mis labios.

El efecto que tiene sobre mí es vertiginoso. No puedo dejar que se salga con la suya con un solo beso, así que atrapo sus labios justo cuando se aleja de nuevo. Cuando me alejo, él vuelve a sumergirse para dar otro, y luego es mi turno nuevamente, y cada nuevo beso es más largo y dulce que el anterior.

Su toque envía un pulso a través de mi cuerpo. Me encuentro calculando qué tan lejos está desde aquí hasta mi auto y preguntándome si puedo llevarlo hasta allí sin desvestirlo primero.

—Jesús, Naomi —susurra contra mis labios—. No puedo tener suficiente de ti. —Mi corazón late tan fuerte que puedo sentirlo vibrar en mis oídos.

—Oh, bien —digo, recuperando el aliento—. Después de ese beso en la ceja, tenía miedo de que estuvieras tratando de ponerme en la zona de amigos o algo así.

No lo digo en voz alta, pero también pienso en la forma en que me miró junto al tanque de salmón, cuando me hizo pensar que algo podría estar mal. Debo haber malinterpretado la expresión de su rostro.

—Ni en un millón de años —dice—. Pero probablemente deberíamos calmarnos antes de que me despidan.

—Bien. Y antes de que me arresten.

Levanta una ceja, haciéndome darme cuenta de que tal vez yo era la única que pensaba en desvestirse en medio del acuario.

—¿Por qué tú...?

—¿Tienen pingüinos aquí? —lo interrumpo—. Vamos a ver a los pingüinos.



CAPÍTULO CATORCE

COMPORTAMIENTO INAPROPIADO EN EL PASILLO

Naomi

109

Cuanto más nos acercamos al fin de semana, más emocionada está Anne por nuestro viaje del sábado. Me parece que está más emocionada que yo, lo cual es raro, y no paro de decírselo. No he vuelto a recibir ninguna carta de Luca. Tampoco he dicho “bologna” al aire como me pidió. El viernes empiezo a preguntarme si debería haber dicho la palabra. Después de recibir cartas tuyas con bastante frecuencia durante las semanas anteriores, me decepciona un poco que no haya enviado nada más. Tal vez el razonamiento de Anne para no hacer lo que dijo me haya salido el tiro por la culata. Probablemente piense que ahora no recibo sus cartas y no va a perder más tiempo enviándolas.

—¿Has vuelto a hablar con ojos de husky? —me pregunta Anne en la cafetería después del trabajo.

Sonrío, pensando en mi espontánea visita al acuario a principios de semana. Después de besarme con Jake delante de un público de salmones, pasamos la siguiente media hora mirando pingüinos, focas y morsas. Creo que nunca me lo había pasado tan bien en un acuario.

—Hemos estado mandándonos mensajes —le digo. Miro por encima del hombro hacia la puerta principal, esperando verlo entrar. Quiero verlo antes de que Anne y yo nos vayamos a Georgia, pero hasta ahora nuestros horarios han coincidido. Supongo que la cafetería a la hora de comer es el mejor momento para encontrarme con él.

—Te vas a hacer daño en el cuello girándolo así —dice Anne—. No necesitamos que lleves un collarín durante tu informe meteorológico. Además, estoy de frente a la puerta principal. ¿No crees que te avisaría si entrara?

Me doy la vuelta, sonriendo.

—Siempre estás pendiente de mí. ¿Qué haría yo sin ti?

—La verdad es que no lo sé —dice, soltando una bocanada de aire por los labios—. Si no fuera por mí, habrías dicho “bologna” en mitad de un reporte meteorológico.



Hate

HELL OF
BOOKS

—Lo consideraré —digo—. Pensé en hacerlo esta mañana. —Me aclaro la garganta, cambiando a mi voz de locutora—: Hoy hace calor como para freír bologna en la acera.

—¿Eso ibas a decir?

Asiento.

—No he sabido nada de él en toda la semana.

—Volverás a saber de él —dice—. ¿De verdad crees que es el final?

—Probablemente.

Pone los ojos en blanco.

—Te rindes con demasiada facilidad.

Después de comer, vuelvo a mi apartamento. Saludo a Joel y subo a recoger el correo. El piso de arriba está tranquilo cuando entro. Tiro el correo en la encimera de la cocina sin mirarlo y me dirijo al armario donde guardo la caja con las cartas de Luca. Hojeo las páginas y saco las que quiero que Anne lea mañana en el avión. Rebusco en el montón hasta encontrar las cartas que me escribió cuando estaba destinado en Georgia. Teníamos poco más de veinte años. Era mi último año en la Universidad de Oklahoma y el suyo en el ejército. Había cometido el error de decirme una vez que se había alistado en el ejército para poder ir gratis a la universidad cuando acabaran sus cuatro años. No se lo permití, lo llamé farsante y le dije que no era un héroe de verdad porque nunca había ido al extranjero. Estoy segura de que no le gustaron mis bromas, pero nunca le gustaron.

Antes de darme cuenta, he pasado un par de horas sentada en el suelo leyendo viejas cartas. Las tengo esparcidas a mi alrededor, agrupadas por épocas. Están las cartas del primer ciclo de secundaria, las del instituto y la universidad, y luego están las que nos escribimos cuando mi carrera acababa de empezar y Luca había dejado el ejército e iba a la universidad. Me he dado cuenta de que su letra ha evolucionado desde la primera carta que envió. Su primera carta era difícil de descifrar, pero después su letra se fue volviendo más clara y fácil de leer.

Querida Naomi,

De todas las personas que he conocido, las de Georgia son las más agradables. En cualquier otro lugar, cuando entro en una tienda al mismo tiempo que otra persona, lo más parecido a un saludo que recibo es un gruñido impaciente cuando se ven obligados por las expectativas de la sociedad a sostenerme la puerta abierta. Pero en Georgia no es así. Aquí, siempre sonríen amistosamente y me saludan con alegría, y a veces se adelantan para abrirme la puerta. Es como si todos los que conoces en Georgia fueran amigos por defecto.



Te invitaría a que lo comprobaras por ti misma, pero me imagino que incluso la gente amable de Georgia tiene sus normas, y sabrían que no deben sonreír a alguien como tú. De hecho, probablemente pondrías de mal humor a todo el estado y nadie de aquí volvería a sonreír.

Con amor, Luca

Querido Luca,

Me cuesta creer que alguien sea tan educado contigo. Debes de ser muy bueno fingiendo tu personalidad. Además, no conocerás la amabilidad hasta que hayas estado en Oklahoma. Aquí la gente es más amable que en ningún otro lugar del mundo.

Con amor, Naomi

Querida Naomi,

¿Es una invitación para ir a Oklahoma? Porque yo creo que es una invitación. En cualquier caso, los habitantes de Oklahoma sólo son amables entre ellos porque temen ser rechazados en la próxima reunión familiar. Y no estoy muy seguro de cómo puedes saber que son más amables que nadie en el mundo si nunca has salido del estado. He estado en todo el país y puedo garantizarte que la gente de Georgia es la más amable.

Con amor, Luca

Querido Luca,

¿Por qué tendría una razón para irme de Oklahoma cuando todos son tan amables aquí? Nunca has estado en mi estado, así que no creo que puedas hacer esa garantía. Supongo que tendremos que estar de acuerdo en que no estamos de acuerdo.

Con amor, Naomi

Querida Naomi,

Me niego a estar de acuerdo en estar en desacuerdo. De hecho, pienso discutir contigo sobre esto hasta que al menos abandones tu estado. Quizá entonces acepte que tienes un argumento válido. El mes que viene me voy a



Dallas unas semanas, así que no podré escribirte durante un tiempo. Estás en la Universidad de Oklahoma, ¿verdad? Creo que Dallas está a sólo tres horas.

Con amor, Luca

112

Miro fijamente su carta, intentando recordar lo que le respondí. No sé qué se me pasó por la cabeza cuando recibí aquella carta, porque hasta ahora, años después, no me he dado cuenta de que estaba intentando abrir la puerta a que nos conociéramos mientras él estaba en Texas. No volví a recibir otra carta suya hasta que regresó a Georgia y, para entonces, la conversación había tomado otro rumbo.

Rodeada de sus cartas, imagino cómo habrían sido las cosas si le hubiera sugerido que viniera a visitarme, o si me hubiera atrevido a ir a Dallas a pasar el fin de semana. Me pregunto si nos habríamos llevado bien en la vida real. Tal vez habría sido incómodo y, aunque lleváramos años escribiéndonos, habríamos descubierto que no teníamos nada que decirnos cuando no nos escondíamos detrás de un papel y un bolígrafo.

O tal vez habría sido como a veces me lo imaginaba. Nos habríamos dicho cosas feas como en nuestras cartas, pero yo sabría que él no las decía en serio. Hubo momentos en los que pensé que encontrarme con él arruinaría lo que compartíamos en nuestras cartas. Durante los dos años que pasé sin saber nada de él, la idea de que lo que teníamos pudiera cambiar dejó de importarme. Si lo que teníamos estaba llegando a su fin a pesar de todo, tal vez conocerlo en persona podría haberlo salvado. Tal vez lo habría hecho mejor.

Se me hace un nudo en la garganta al pensar en lo que podría haber sido. Me siento tonta por llorar algo que nunca existió, pero volver a leer estas cartas me recuerda que podría haber existido, y que mi reticencia al cambio era lo único que se interponía en el camino.

Recojo todas las cartas de Georgia que había guardado y las vuelvo a meter en la caja. Ya no me parece bien enseñárselas a Anne.

Mi teléfono suena con una notificación. Acaban de dejar en el mostrador de seguridad de la planta baja un pedido de comida que había olvidado. Me pongo los zapatos y bajo corriendo a recogerlo. Al salir de la escalera, una familia me llama la atención desde la ventana. Doy dos vueltas de campana. No, no es una familia. Es la niña oruga y una mujer que supongo que es su madre. A su lado está Jake. Me detengo a observarlos un momento. Niña Oruga sostiene una especie de insecto y se lo enseña a Jake. Estoy segura de que es otra oruga peluda, pero desde esta distancia no puedo ver lo que es. Jake sostiene una bolsa de plástico en una mano. La niña le da el bicho y él lo toma con la otra mano y se ríe. El sonido de sus voces y risas se amortigua a través de la ventana, pero aun así me hace



sonreír. Dice algo que hace reír también a la niña. Se da la vuelta y le enseña el bicho a la mujer. Ella retrocede un paso, chillando. Él le dice algo que no puedo oír desde el interior del edificio y entonces ella se ríe.

Me llama la atención cómo los tres parecen que podrían ser una familia, ahí de pie y riendo juntos. Sé que no debería sentir celos, pero los siento. Los observo un minuto más. Me pregunto si alguna vez habrá invitado a esta mujer a cenar o si la habrá llevado a un desayuno espontáneo. Me pregunto si habrá ido al acuario. Es guapa. No lo culparía. Pero no se centra en ella. Está hablando con la niña y, de vez en cuando, los dos intercambian algunas palabras. Ella le sonríe y se aparta el cabello de los ojos. Seguro que está coladísima por él. Puede que no estén saliendo, pero una cosa es segura: este tipo podría tener a la mujer que quisiera.

Finalmente se aparta de ellas y se dirige a la puerta principal. Al darme cuenta de que está a punto de atraparme espiándolo, me entra el pánico. Pulso el botón para abrir el ascensor, luego me agacho rápidamente dentro y pulso el botón de “cerrar puertas” varias veces hasta que coopera. Tengo suerte de que Joel no esté en su mesa para ver cómo me pongo en ridículo. Espero, conteniendo la respiración, y entonces me doy cuenta de mi error. Él no tiene miedo de tomar el ascensor como yo. Tampoco he pulsado el botón de mi planta, así que el ascensor está aquí en la primera planta, esperando a que la siguiente persona abra la puerta. Justo cuando me doy cuenta, las puertas se abren. Jake enarca las cejas al verme.

Luego sonrío.

—Mírate subiendo al ascensor.

Bien, supongo que no sospecha que lo espío. Necesito salir de aquí, pero me está bloqueando el paso. Me aparto el cuello de la camisa. Siento como si me ahogara.

—Sólo intento vencer mis miedos.

Se pone a mi lado y pulsa el botón de su piso. Estoy demasiado asustada para apreciar lo cerca que está de mí o lo bien que huele. Miro la bolsa que lleva en la mano. Es su propia bolsa de comida para llevar, lo que me recuerda a la mía. Cuando las puertas empiezan a cerrarse, saco la mano para detenerlas.

—De hecho, ya me bajo. Me acaban de entregar la comida.

Salgo del ascensor y me dirijo al mostrador de seguridad, donde me espera mi bolsa de comida. Cuando me doy la vuelta, veo que me está abriendo las puertas. Pienso en volver a entrar, pero no me atrevo. Hago un gesto hacia la escalera.

—Yo voy por aquí.

Pone los ojos en blanco, con una sonrisa en la comisura de los labios.

—Una carrera.



Suelta la puerta del ascensor, que se cierra y me deja sola en el vestíbulo. Respiro hondo, suelto el aire y me dirijo a las escaleras. Me regaño mientras subo a mi planta. Debería haber tomado el ascensor y haber vencido el miedo como dije que iba a hacer. No habría sido tan malo quedarme atrapada ahí adentro con él otra vez. Además, los dos tenemos comida para llevar, así que no es como si hubiéramos pasado hambre mientras esperábamos a que los bomberos vinieran a rescatarnos.

El olor de la comida me llega a la nariz y me hace rugir el estómago. El ascensor se abre justo cuando salgo de la escalera.

—Parece que es un empate —dice.

—Te he dado ventaja. He subido las escaleras muy despacio.

—Uh-huh. Claro. —Hace un gesto hacia mi bolsa—. ¿Comiendo sola? Sonrío.

—¿Quieres acompañarme? —No quiero que vea el desastre que he dejado en el salón, así que me bajo al suelo. Saco la caja de plástico con comida de la bolsa de papel y la pongo delante de mí—. ¿Picnic?

La comisura de sus labios se levanta un poco.

—Mi casa es un desastre —le explico—. Estoy haciendo las maletas para otro viaje con Anne. No puedo dejar que veas mi sala en el estado en que está.

—No me importaría —dice. Se baja al suelo para sentarse frente a mí. Abre su propio recipiente de comida para llevar. Miro su comida. Tiene comida china. Huele tan bien que me hace arrepentirme de haber elegido comida italiana.

—Me ha sorprendido no verte hoy en la cafetería —le digo.

—¿Estuviste allí?

Asiento.

—Por supuesto —dice—. El único día que me salto el almuerzo.

—¿Por qué te has saltado el almuerzo?

—Tuve que operar de urgencia a una morsa —dice.

—¿Una morsa? ¿De verdad? Pobrecita. ¿Qué le pasó?

—Su aleta se lesionó en un accidente en un zoo. El zoo no tenía personal veterinario adecuado ni dinero suficiente para pagar sus cuidados, así que nos la cedieron a nosotros. Pero se pondrá bien. Ya está mejor.

—Vaya. Eres un verdadero héroe para la comunidad de las morsas.

—Gracias. Quizá puedas venir otra vez al acuario a verla.

Sonrío.



—Me encantaría.

—¿Adónde vas con Anne?

Me toma desprevenida el brusco cambio de tema. Tengo la boca llena de pasta, así que tardo un minuto en contestar.

—Volamos a Georgia.

Frunce el ceño.

—¿Ah, sí? ¿Por qué a Georgia? No me digas que también quieres comparar sus playas. —Su tono no suena tan burlón como esperaba. No consigo entenderlo. Casi parece molesto. Me encojo de hombros, recordando que debe de haber tenido un día estresante con la morsa.

—No estaremos cerca de la playa. —Me planteo explicar el motivo del viaje, pero no encuentro las palabras adecuadas—. Es sólo un viaje de chicas. Anne siempre ha querido ir a Albany.

—Albany no es tan especial. —Su tono sigue siendo plano y sin gracia.

—¿Has estado allí?

Se encoge de hombros.

—Lo he oído.

—Supongo que Anne y yo tendremos que verlo por nosotras mismas. ¿Qué vas a hacer mañana?

—Tengo que llevar a los gatitos al evento de adopción —dice—. Iba a invitarte, pero parece que te vas a divertir más que yo.

—Oh. Lo siento. —Supongo que ahora tiene sentido por qué se comporta así.

—No pasa nada. Sólo pensé que si no estabas haciendo otra cosa, tal vez querrías venir.

Hago girar el tenedor en mi plato, tomando un hilo de pasta.

—¿Te entristece que se vayan?

Asiente.

—Un poco. Me alegro de que tengan un nuevo hogar.

El ascensor se abre y sale una de mis vecinas. Se sorprende al vernos sentados en el suelo. Lanza un suspiro exagerado, sacude la cabeza y entra en su piso sin decir nada. Miro a Jake a tiempo para ver una expresión divertida en su rostro. Casi resoplo la comida que tengo en la boca.

—Parece que nunca ha visto a dos personas haciendo un picnic en el pasillo —dice. Tiene un brillo en los ojos que me dice que su mal humor está llegando a su fin o, al menos, que está intentando superarlo.



—¿Crees que llamará a Joel para echarnos? No recuerdo haber visto nada sobre comer en el pasillo en mi contrato de alquiler.

Se ríe.

—Creo que estaremos bien. —Toma otro bocado de comida y pregunta—: ¿A qué hora tienes que levantarte mañana?

—Anne me recoge a las cuatro, lo que suena temprano, pero para mí significa que puedo dormir un poco más.

—Suelo levantarme a las cuatro para salir a correr. ¿Quizá te vea cuando salgas?

No sé por qué olvidé que se había levantado temprano y que volvía de correr cuando Anne y yo regresamos de San Diego el fin de semana pasado. Supongo que no soy la única madrugadora del edificio. Me pregunto si eso significa que volveré a verlo sin camisa. Le miro el pecho, le quito la camisa con la mente e intento recordar qué aspecto tiene debajo. La imagen que obtengo es la de su cuerpo teñido de dorado bajo la luz de la calle, como una estatua. La iluminación no es la adecuada para este pasillo.

Cuando subo la mirada hasta sus ojos, me doy cuenta de que me está observando. Me ruborizo. Me pregunto si es consciente de los pensamientos que me pasan por la cabeza sobre su cuerpo perfecto. Entonces recuerdo que está esperando una respuesta.

—Sí, claro.

—Sigo queriendo invitarte a cenar —dice—. ¿Cuándo volverás a la ciudad?

Su pregunta hace que me dé un vuelco el corazón.

—Es sólo una excursión de un día. Volveremos mañana por la noche.

—Perfecto. Entonces te llevaré el domingo. No hagas planes.

—Es una cita —le digo.



CAPÍTULO QUINCE

PENNY PICKLES

Naomi

117

Por la mañana, me levanto, preparo una cafetera y me dirijo a mi habitación para vestirme. Como sólo es una excursión de un día, no tengo que llevar nada más que el bolso. Sé que a Anne le decepcionará que no lleve cartas, pero después de leerlas anoche, ya no me parece bien. Hubo un cambio de tono del instituto a la edad adulta que creo que no entendí del todo hasta que releí las cartas. Tal vez quería creer que sólo éramos malos el uno con el otro, pero ahora siento que había algo más, y que debería quedar entre nosotros.

Casi he terminado de arreglarme cuando recibo un mensaje de Anne. Está de camino y me trae un vaso de café. Ni siquiera estamos en el trabajo, y aun así me suministra más cafeína de la que necesito.

A las cuatro llaman a mi puerta. Recojo mi bolso, me miro el cabello en el espejo y abro la puerta. Jake me está esperando. Lleva una camisa y unos pantalones cortos de correr parecidos a los que llevaba el fin de semana pasado cuando salimos a desayunar. Sus párpados parecen pesados, como si acabara de levantarse de la cama, y su cabello desordenado lo confirma. Necesito mucha fuerza de voluntad para no alargar la mano y peinarle el cabello.

—Pensé que llegaba tarde —dice.

—No. Anne llegará en cualquier momento. Estaba a punto de bajar.

Cierro la puerta de mi apartamento y nos dirigimos a las escaleras. Él las sube más rápido que yo, pero no me importa, porque así puedo apreciar cómo los músculos de su espalda rellenan su camisa. Y sus pantalones cortos... Empiezo a pensar que hace demasiado tiempo que no tengo sexo. Mientras pienso en eso, me doy cuenta de que suena como algo que Anne me diría. Se me debe estar pegando.

Llegamos a la puerta principal y me la abre. Su mano me roza la parte baja de la espalda cuando atravieso el umbral. El contacto me sorprende, pero no me importa. Cierra la puerta y se pone a mi lado. Anne aún no ha llegado, así que tenemos tiempo. Es diferente estar aquí afuera a estas horas de la mañana, cuando no tengo prisa por llegar a ninguna parte. El cielo



Hate

HELL OF
BOOKS

aún está oscuro y la ciudad está tranquila. El sonido habitual del tráfico es sustituido por el paso ocasional de algún auto.

—¿Sueles correr sin camisa? —pregunto rompiendo el silencio.

Mi pregunta lo tomó desprevenido. Frunce el ceño y luego esboza una sonrisa.

—Normalmente, sí. Hace demasiado calor para llevar camisa.

—Oh, por eso.

Levanta una ceja.

—¿Qué pensabas?

—Pensé que quizá formaba parte de tu danza de apareamiento. — Muevo los brazos y el cuerpo en una pobre imitación de un pájaro macho seduciendo a una hembra.

Se ríe y me agarra de los brazos para evitar que me ponga en ridículo.

—Sí. Me has atrapado —bromea—. Estoy por aquí corriendo sin camisa, esperando que alguna chica me siga a casa.

—¿Funciona?

Sus ojos me miran y una sonrisa se dibuja en la comisura de sus labios.

—Bueno, la semana pasada la chica a la que había echado el ojo se cruzó conmigo. —Su mirada se desvía hacia la puerta principal de nuestro edificio antes de volver a mí—. Justo ahí, en el vestíbulo.

Me encojo de hombros, fingiendo no saber de qué está hablando.

—Espero que tengas su número.

Antes de que pueda responder, el auto de Anne se detiene en la acera. No puedo verla a través de las ventanillas oscuras, pero sé que nos está mirando.

—Es ella. —Me giro para despedirme de él. Está mucho más cerca de mí que hace un minuto, lo que me obliga a estirar el cuello para mirarlo a los ojos. Cuando lo hago, me toma el rostro con las manos y sus labios se encuentran con los míos. Me toma desprevenida. No es sólo un beso en los labios. Su boca se detiene en la mía y siento como si me hiciera una promesa. Una promesa de qué, no estoy segura, pero estoy dispuesta a aceptarla. Me olvido de que estamos delante de nuestro edificio y de que hay un público que nos observa desde el auto. Profundiza el beso y me separa los labios con un movimiento de la lengua. Sus manos bajan de mi rostro a mi espalda y atraen mi cuerpo contra el suyo. Con nuestros cuerpos juntos, nuestros corazones latén al mismo ritmo y siento que me derrito dentro de él. Mis manos se posan en sus costados. Agarro puñados de su camisa sin



pensarlo. Hacen falta todas mis fuerzas para no saltar y rodearlo con los brazos y las piernas.

Me fuerzo a apartarme porque sé que, si no lo hago, perderé el vuelo. Su pecho sube y baja rápidamente con cada respiración. Hay algo diferente en sus ojos azules. Su mirada gélida ha sido sustituida por el azul ardiente de una llama.

—Debería irme antes de que Anne empiece a tocar el claxon y monte una escena.

—Nos vemos mañana —dice. Su voz es un rumor suave y profundo que me hace desear no tener que esperar hasta mañana para volver a verlo. Quiero darle un último beso en los labios, pero tengo miedo de no llegar al aeropuerto. Siento sus ojos en mi espalda mientras subo al auto de Anne. Me mira fijamente, con la boca y los ojos más abiertos que nunca.

—¿No podías haberme enviado un mensaje sobre la situación de ojos de husky? ¿Qué demonios, Gnome?

Pisa el acelerador y nos lleva por la calle demasiado rápido. Me abrocho el cinturón, asegurándome de que está bien apretado.

—Ya te hablé del acuario —le recuerdo—. ¿Se supone que tengo que ponerte al día cada vez que me besa?

—Podrías haberme dicho que empezaste a acostarte con él.

Me río.

—No lo he hecho.

Gime.

—¿En serio? ¿Por qué haces esperar al pobre?

Me lo pienso un momento.

—No lo estoy haciendo esperar. Todavía no ha intentado quitarme la ropa. Es todo un caballero. —Sonríe—. Me gusta.

—¿Qué ha pasado con lo de divertirme un poco con él hasta que te vayas del edificio?

Me encojo de hombros.

—No estoy tan segura de que eso sea todo lo que quiero ahora.

Llegamos al aeropuerto. Cuando pasamos por el control de seguridad, me siento tonta por haber tenido tanto miedo de hacer esto el fin de semana pasado. Aún no puedo creer que Luca me convenciera de que estaba en la lista de terroristas.

—¿Nos has traído material de lectura? —pregunta Anne una vez que estamos sentadas en el avión.

—Lo siento. Se me olvidó.



—¿En serio?

—Iba a traer las cartas que envió mientras estuvo destinado en Georgia, pero... se me olvidaron.

—Ugh. Apestas.

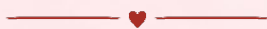
—No es un vuelo largo. Sobrevivirás.

—No creo que lo haga.

Mete la mano en el bolsillo del respaldo del asiento de delante y saca una revista. Hojea unas páginas, suspira y vuelve a guardarla en el bolsillo.

—¿Cuál es el plan? —pregunta—. ¿Lo mismo que hicimos en San Diego?

—Llamaremos a todos los timbres de su calle hasta que nos contesten.



—¿Naomi? Creo que tenemos un problema.

Llevamos unos quince minutos en la carretera después de recoger un auto de alquiler en Albany. El anuncio de Anne me hace fijar mi atención en la carretera que tenemos delante y luego en las indicaciones de la pantalla del GPS. No necesito preguntar para saber cuál es el problema. Más adelante hay una verja en la que hombres con uniforme militar paran los autos y comprueban las identificaciones antes de dejar pasar a la gente. Parece que es la única forma de llegar a la dirección que figura en las cartas de Luca sobre Georgia.

—¿Qué hacemos? —pregunta Anne.

—No lo sé. Simplemente conduce hasta la puerta y pregunta.

—¿Quieres que conduzca hasta allí? —Su voz es aguda, como si le hubiera pedido que se tirara por un acantilado.

—Es una base de Marines, Anne. No te van a detener por pedir indicaciones.

Anne aprieta los nudillos sobre el volante, baja la ventanilla y nos conduce hasta la puerta. Uno de los hombres se acerca a la ventanilla.

—Hola —le dice Anne—. ¿Necesitamos una identificación militar para entrar en la base?

—¿Tiene un pase de visitante? —pregunta el hombre.

—No. ¿Cómo consigo uno?

—Tiene que concertar una cita en el centro de visitantes para que le aprueben el pase. ¿Ha venido a ver a un familiar?



—No exactamente.

Me inclino sobre Anne para poder ver al hombre a través de la ventana.

—Buscamos a un viejo amigo. No sabía que su dirección estaba en esta base. Sólo queríamos saber si alguno de sus compañeros aún lo conoce.

El hombre echa un vistazo a la fila de autos que tenemos detrás y luego me mira con impaciencia.

—¿A quién buscan?

—A Luca Pichler. ¿Lo conoce?

Se rasca la cabeza.

—No puedo decir que sí. —Vuelve a mirar a la fila que tenemos detrás y llama a otro de los hombres—. Hola, Gibson. ¿Conoces a alguien llamado Luca Pichler?

El hombre al que se dirige como Gibson niega, pero está claro que ha llamado la atención de un marine mayor que estaba cerca.

—¿Pichler? —dice el marine.

—¿Lo conoces, Gunny?

—Conozco a Pickles. —El hombre al que se dirige Gunny se acerca al auto—. ¿Eres amiga de Pickles?

Tiene el acento sureño más marcado que he oído nunca. Anne me mira, con el ceño fruncido. Asiento.

—Sí. ¿Luca Pichler? ¿Puedo preguntarle por él?

Señala un pequeño estacionamiento y dice:

—Adelante, estaciona. Nos vemos allí.

Anne entra en el estacionamiento y, un momento después, el marine está junto al auto. Salimos las dos y nos tiende la mano.

—Maxwell —se presenta.

—Yo soy Naomi. Ella es Anne —le digo—. Esto probablemente va a sonar un poco raro, pero estamos tratando de localizar a Luca. Solía ser, eh, amiga suya, pero perdí el contacto con él hace un tiempo.

—Pickles ya no está aquí —dice Maxwell—. Salió después de sus cuatro años. Lo último que supe es que se mudó a Texas con Hayes.

—¿Hayes?

—Penny Hayes —dice Maxwell—. Aunque supongo que ahora es Penelope Pichler. Esa chica siempre quiso ese nombre con doble P. Quería ser Penny Pickles.



De repente me doy cuenta de los latidos de mi corazón. Se siente pesado. Temo que en cualquier momento este tipo decida que ya ha dicho suficiente y no nos dé más información, pero ahora mismo parece un libro abierto. Decido tentar a la suerte.

—¿Te mantuviste en contacto con ellos?

—Sí. Me invitaron a su boda, pero no pude ir. Soy amigo suyo en Facebook. ¿Intentaste encontrarlo allí?

—Lo intenté, pero no pude encontrarlo. ¿Te importaría enseñármelo?

Saca el teléfono del bolsillo y pulsa la pantalla varias veces. Frunce el ceño.

—Oh —dice—. Parece que ya no lo tengo aquí.

—Debe haber desactivado su cuenta. —Porque no quiere que lo encuentre todavía, pero no se lo digo—. ¿Cuándo se casó? La última vez que hablé con él me dijo que se había comprometido.

Suelta una bocanada de aire.

—Vaya, probablemente hace un año. Habría estado allí si no me hubieran desplegado en ese momento.

—¿Conocías a Penny también? ¿Vivía aquí con él?

Frunce el ceño.

—No. Servimos con Hayes. Eran una de esas cosas que van y vienen. Ni siquiera sabía que habían vuelto hasta que recibí la invitación de boda.

—Así que ahora viven en Texas. ¿Alguna posibilidad de que sepas dónde?

Se encoge de hombros.

—Dallas, creo.

Miro a Anne. Tiene los labios apretados, pero me doy cuenta de que intenta ocultar la sonrisa. Esto es más de lo que podríamos haber esperado averiguar en este viaje.

—Gracias —digo, volviéndome hacia Maxwell—. Esto es realmente útil.

—No hay problema —dice—. Puedes dar la vuelta por ahí y salir.

Volvemos al auto. Anne nos lleva calle abajo y detiene el auto en el estacionamiento de un centro comercial.

—¿Te ha escrito Luca alguna vez desde Texas? —pregunta.

—No —digo, intentando recordar lo que leí anoche en las cartas—. Fue a Dallas una vez, pero nunca tuvo una dirección allí. Debió de mudarse allí después de la última carta que le escribí.



—Esto es grande —dice ella—. ¿Sabías el nombre de su esposa antes? Búscala en esa base de datos.

Abro mi teléfono e inicio sesión en PeopleFinder, donde busqué a Luca antes. Escribo “Penelope Pichler” y espero a que se carguen los resultados. Nada parece prometedor. Quizá no se cambió el nombre. O quizá nunca se casaron. No sé por qué espero esto último. Escribo “Penelope Hayes” y esta vez el sitio web muestra una dirección en Dallas, Texas.

—La he encontrado —digo. El corazón me late con fuerza. Lo escucho retumbar en mis oídos. No puedo creer que haya encontrado a Luca.

—Esa es su dirección —dice Anne, mirando por encima de mi hombro—. Tiene que ser. Joder, Gnome, lo hemos conseguido.

—¿Y ahora qué?

—¿Qué quieres decir? Ahora puedes volver a escribirle y darle una sorpresa.

—¿Pero y si ya no vive allí? —Pienso en las cartas que envié hace dos años y que me devolvieron. No sé si podré soportar que eso vuelva a ocurrir.

—Ya has oído a ese marine. Vive con ella en Texas.

—No podemos saberlo con seguridad. Su nombre no aparece aquí.

—Están casados. Por supuesto que vive con ella.

Me cuesta creer que sigan casados, sobre todo porque ella se apellida Hayes, cuando según Maxwell, ella realmente quería llevar el apellido de Luca. Tampoco quiero que Luca esté casado. No puedo explicar por qué me siento así.

—Quizá deberíamos comprobarlo primero —digo.

—¿Comprobar? ¿Cómo?

Con manos temblorosas, marco el número de teléfono de Penelope Hayes. Suena un par de veces y luego salta el buzón de voz, pero está claro que es un número obsoleto porque la grabación de voz es de un hombre que se hace llamar Bruce. Cuelgo y me quedo mirando el teléfono un segundo antes de volverme para mirar a Anne.

—Tenemos que volar a Dallas.

—¿Estás loca? ¿Y entonces qué? ¿Aparecer en su puerta? Creía que tenías miedo de que te echaran gas pimienta.

—Yo sólo... no lo sé. Tengo el presentimiento de que aún no hemos terminado.

—Que haya sido fácil no significa que tenga que estar mal —dice Anne—. Tómame esto como una victoria. Escríbele.

Sacudo la cabeza.



DONNA
MARCHETTI

Mail

—No puedo. Necesito saberlo. No voy a enviar otra carta sólo para que me la devuelvan.

124



Hate

HELL OF
BOOKS

CAPÍTULO DIECISÉIS

ESCÓNDETE

Luca

125

Probablemente era bastante patético que no pudiera sacarme a Naomi Light de la cabeza. Durante mi tiempo en el Cuerpo de Marines, solo salí con un puñado de chicas. Ninguna de ellas fue una relación seria. Nunca les di la oportunidad de serlo. Estaba demasiado enamorado de una chica que nunca había conocido. Ni siquiera la conocía, pero la tenía en un pedestal, y ninguna de las otras chicas con las que salí estuvo cerca de superarla.

Cuando apareció Penny, no creí que nuestra relación fuera a llegar lejos mucho más que las demás. Supongo que no me di cuenta de lo mucho que le gustaba. Sabía que yo no estaba disponible emocionalmente, pero no sabía por qué. El sexo era bueno, pero supongo que al final no fue suficiente. Rompió conmigo varias veces, siempre llorando y preguntándome por qué no podía actuar como si me importara. Luego, unos meses más tarde, volvía, disculpándose y diciéndome que estaba bien con sólo tener una relación física. El ciclo se repitió varias veces, incluso cuando ambos habíamos dejado el ejército.

Me siguió de vuelta a San Diego. Fue entonces cuando nuestra relación intermitente se volvió más intermitente. Fuimos a la misma universidad y acabamos viviendo juntos. Conocí a su familia y me acogieron como a uno más. Llevaba tanto tiempo solo que me sentí bien al tener a gente que se preocupaba por mí. Sus padres me trataron como a un hijo. Sus hermanas me trataban como a un hermano. Sentí que volvía a formar parte de una familia.

Todo fue bien durante un tiempo. No fui el mejor novio para ella, pero se quedó. Ella no sabía de mis cartas a Naomi. Se me daba bastante bien guardar secretos, al menos durante un tiempo. A veces se quejaba y me regañaba, pero en general aprendimos a llevarnos bien.

Y un día, de la nada, empezó a planear nuestra boda. Yo ni siquiera se lo había propuesto, pero de repente llevaba un gran anillo de diamantes y se lo enseñaba a todas sus amigas. No tenía ni idea de dónde había salido ese maldito anillo hasta que vi la factura de mi tarjeta de crédito.



Hate

HELL OF
BOOKS

Pensé en enfrentarme a ella. Pensé en obligarla a devolver el anillo y decirle que se fuera. Sinceramente, me daba mucho miedo que estuviera haciendo esto. También me asustaba ponerle fin. Me preguntaba si esto era lo mejor que iba a conseguir. Tenía una mujer hermosa que quería ser mi esposa. El sexo seguía siendo bueno y, en general, nos llevábamos bien. A veces me preguntaba si la única razón por la que nuestra relación era mala era porque yo tenía miedo de comprometerme con ella. Tal vez este era el empujón que necesitaba.

Las cosas no iban a ninguna parte con Naomi. Me había aferrado a esa fantasía durante demasiado tiempo. Ella había dejado claro varias veces que no quería conocerme. Le gustaba escribir cartas mezquinas, pero no me quería, y yo perdía el tiempo creyendo que algún día lo haría. Nunca le había hablado mucho de mis relaciones, pero decidí hablarle de Penny.

Querida Naomi,

Creo que podría estar comprometido. Mi novia se compró un anillo con mi tarjeta de crédito y ahora está planeando nuestra boda. No estoy muy seguro de cómo ha ocurrido, ya que nunca se lo propuse. ¿Qué crees que debería hacer? ¿Puedo ir a esconderme contigo o debo ser un hombre y casarme con ella?

Con amor, Luca

Supongo que esperaba que Naomi supiera la respuesta. Me diría que dejara a Penny o que estaba siendo estúpido y que me casara con ella porque me merecía una vida de miseria. Nunca esperé que no me contestara. Esperé semanas, luego meses, sin saber nada de ella. Cuanto más esperaba, más se acercaba la fecha de la boda que Penny había planeado para nosotros. Pasaron seis meses y ya era demasiado tarde para argumentar que no estábamos realmente comprometidos. Ya había reservado el lugar de la boda, contratado a un ministro y encontrado el vestido de novia de sus sueños.

También encontró una casa en Texas para que viviéramos juntos. Ella quería estar cerca de su familia, y como yo no conocía a nadie en San Diego, excepto a Ben, tenía sentido que nos mudáramos a Texas. Su padre pagó el anticipo de la casa por nosotros, y luego nos pusimos a empaquetar cajas y muebles en un camión de mudanzas.

Cuando llegamos a Dallas, habían pasado seis meses desde que le envié la carta a Naomi. No esperaba que me contestara, pero no quería perder el contacto con ella. Le envié una nueva carta para decirle que seguía adelante con la boda y para que tuviera mi nueva dirección.



Sabía que nunca me había prometido nada, y que nunca me había enviado más que cartas groseras, inquietantes o divertidas, pero me dolía no haber tenido noticias tuyas todavía.

Llevábamos un mes en la nueva casa cuando se desató el infierno. Penny había estado explorando todos los armarios de la casa. Cuando le pregunté qué hacía, me dijo que buscaba un lugar donde esconder su vestido de novia. Así fue como encontró mi caja de cartas. Estaba sentado en el salón cuando entró con mi caja. Lo siguiente que supe es que estaba sentada en un montón de cientos de cartas.

—¿Qué demonios es esto? —gritó.

—¿Qué aspecto tiene? Son cartas.

—De Naomi —dijo, pronunciando el nombre como si fuera veneno—. ¿Por qué las tienes?

—Ella era mi amiga por correspondencia en la escuela primaria —dije—. Relájate.

Al parecer, “relájate” no era la palabra adecuada, porque la hizo gritar hasta que sentí que me iban a estallar los tímpanos.

—¿Qué carajo, Penny?

—Estas cartas son de este año, Luca. ¿Cómo vas a decirme que son de la escuela primaria? ¿Por qué nunca me has hablado de ella antes?

—No hay nada que contar —dije—. ¿Has leído siquiera estas cartas?

—Me estás engañando con ella.

—Bien. Entonces definitivamente no leíste las cartas.

Tomó un par de cartas y leyó sólo el cierre.

—¡Con amor, Naomi! Con amor, Naomi. Amor, amor, amor!

—Entonces, ¿qué?

—Así que se lo dirás a ella, pero yo prácticamente tengo que rogarte que me lo digas a mí.

—Me gustaría señalar que fue ella la que escribió “amor”. No yo.

—¿Ah, sí? Entonces, ¿qué es esto? —Se sacó otra carta del bolsillo y me la lanzó. La tomé y la miré, confuso. Tardé un momento en darme cuenta de que era la última carta que le había enviado a Naomi, la que había enviado hace un mes con mi nueva dirección. Penny debió de interceptarla—. Con amor, Luca —leyó en voz alta—. ¿Cómo puedes decirle eso a ella, pero no a mí?

Quise argumentar que era sólo la forma en que siempre habíamos cerrado nuestras cartas, pero eso ya no parecía tan importante.

—¿Desde cuándo tienes esa carta? —le pregunté.



Miró la carta que tenía en la mano y luego volvió a mirarme. Algo brilló en sus ojos. Nunca la había visto tan enfadada.

—No se trata de eso, Luca. —Pronunció cada palabra con cuidado, agitando la carta como quien empuña un cuchillo—. Supongo que tenemos que agradecer a la oficina de correos por devolver esto hoy. Ni siquiera deberías escribirle a ella. Nos vamos a casar en dos meses, por el amor de Dios.

—Nunca acepté casarme contigo —dije.

—¿Me tomas el pelo? —Levantó la mano y me puso el dedo anular en el rostro—. ¿Y esto?

—Te lo has comprado tú —le dije.

—Llevamos meses planeando esta boda —dijo—. El lugar ya está pagado. Tengo mi vestido. No puedes echarte atrás ahora.

—Si te calmaras, podríamos hablar de...

—Es por ella, ¿no? Por eso de repente no quieres casarte conmigo.

—¿Por ella? Hace meses que no sé nada de ella.

—Deja de mentirme. Pensé que había puesto fin a esto hace meses, pero ahora es obvio que nunca dejaste de escribirle. ¿Dónde guardas el resto de las cartas?

—No te estoy mintiendo. ¿Y qué quieres decir con que le pusiste fin?

—Estás lleno de mierda. Vi lo que te escribió sobre nuestra boda. Por eso intentas echarte atrás ahora.

Tuve una sensación de hundimiento en el pecho. Pensé en la carta que le envié a Naomi la que ella nunca contestó.

—¿De qué estás hablando?

—Le dijiste que nos íbamos a casar.

—Se lo dije. Nunca me contestó.

Penny sonrió en ese momento, pero no era una sonrisa feliz, ni siquiera amistosa. Era demoníaca. Era espeluznante como el infierno. Sacó otra carta del bolsillo trasero. Me levanté, dejando las otras cartas en el suelo, y se la tomé. Era una carta de Naomi que nunca había visto antes. Estaba fechada siete meses atrás, solo unos días después de que le contara lo del compromiso.

Querido Luca,

Creo que deberías dejar a esa pobre chica antes de que cometa el error de casarse contigo y se dé cuenta de la basura que eres. Escóndete conmigo si lo necesitas. Ya sabes dónde vivo.



Con amor, Naomi

—Ven a esconderte conmigo —recitó Penny apretando los dientes. Siguió regañándome por tener las cartas, pero yo ya no la escuchaba. Estaba enfadadísimo, y lo único que veía era rojo.

—¿Me ocultaste esto? —le pregunté.

—Debería haberla quemado —dijo—. Debería haberlas quemado todas. De hecho. —Salió de la habitación y se dirigió a la cocina. La seguí. Abrió un par de cajones y luego, al encontrar un encendedor de velas, sonrió aún más y lo levantó—. Es hora de despedirse de Naomi.

Le arrebaté el encendedor de la mano antes de que pudiera hacer alguna estupidez con él. Lo tiré al suelo y lo rompí con el zapato. Luego volví furioso al salón y empecé a recoger todas las cartas que ella había tirado al sofá y al suelo que lo rodeaba. Las metí todas en la caja, sin importarme que ya no estuvieran en orden. Podría arreglarlo más tarde. Sólo necesitaba salir de aquí. Necesitaba alejarme de ella.

—La boda se cancela, Penny.

—No puedes cancelarla —dijo—. Me debes la mitad de todo.

—Nunca acepté casarme contigo. Hiciste todos estos planes sin mi consentimiento.

Se burló.

—Ya. Como si no supieras que nos íbamos a casar. Supongo que te convenía vivir gratis en esta casa, ¿no? Mientras tanto me dejabas seguir pensando que teníamos un futuro juntos. Estás enfermo, Luca.

Terminé de recoger todas las cartas y me volví hacia ella. Tenía los ojos enrojecidos y las mejillas llenas de lágrimas. Aunque estaba enfadado con ella y nada de este compromiso había sido idea mía, sabía que no podía dejarla sin una despedida adecuada y una explicación. No quería ser como mi padre. Respiré hondo para calmarme y le tendí la mano derecha. Ella la tomó vacilante con la izquierda.

—Siento no haberte dicho antes que no quería casarme. Me tomaste desprevenido cuando empezaste a planear nuestra boda. Si te soy sincero, te seguí la corriente porque no sabía qué más hacer. Esto es lo que hace la gente cuando llega a cierto punto en su relación, ¿no? Casarse, formar una familia. Pensé que sólo tenía miedo de comprometerme. Que sólo me estabas dando el empujón que necesitaba para hacer lo que se esperaba de mí. Lo que la sociedad esperaba de mí. Siento no haberme dado cuenta de que estaba cometiendo un error. No fue sólo mi vida la que se vio afectada por mi falta de acción. La tuya también. Nunca fue mi intención hacerte daño. Sólo creo que la persona con la que me case debe ser alguien de quien esté enamorado. Y siento que no seas tú.



DONNA
MARCHETTI

Mail

Con su mano izquierda en la mía, le quité el anillo del dedo. Gritó de asombro. Me metí el anillo en el bolsillo y tomé la caja de cartas.

—Voy a hacer las maletas —le dije—. Me llevo el auto, la ropa y las cartas. Puedes quedarte con todo lo demás.

130



Hate

HELL OF
BOOKS

CAPÍTULO DIECISIETE

LA ROMPEHOGARES

Naomi

131

—No puedo creer que me convencieras para volar a Dallas.

Anne y yo estamos delante de una casa que probablemente costaría un par de millones en Miami. Es una propiedad preciosa, y sin duda una mejora con respecto a la pequeña casa azul de playa en la que Luca empezó. La casa se yergue orgullosa en un vecindario estereotipado en el que todas las demás casas son igual de magníficas y tienen un césped meticulosamente recortado.

Ahora que estamos aquí, me da miedo acercarme a la puerta. Supongo que temo que Luca la abra, y entonces sabré que sigue casado.

—Vamos —dice Anne. Me toma del brazo y me lleva por el césped hasta la puerta principal. Antes de que pueda echarme atrás, llama al timbre.

Un momento después, una mujer abre la puerta. Tiene más o menos nuestra edad, los ojos oscuros y el cabello negro. Sonríe.

—Hola, ¿en qué puedo ayudarles?

Anne me da un codazo en las costillas.

—Tú debes de ser Penelope —le digo.

Ella sigue sonriendo.

—Sí, soy Penelope. ¿Puedo ayudarles? —repite.

—Estamos buscando a Luca Pichler. ¿Está por aquí?

En cuanto menciono su nombre, Penelope deja de sonreír.

—¿Estás de broma? ¿Estás buscando a Luca?

—Me han dicho que vive aquí. ¿No eres tú su esposa?

Hace ademán de poner los ojos en blanco, pero la sonrisa vuelve a su rostro y suelta una risita.

—¿Por qué no entras? —ofrece—. Te prepararé una taza de té.

Intercambio una mirada con Anne. Ella asiente. Las dos sabemos que si queremos respuestas, tendremos que seguirle el juego. Entramos en un



gran vestíbulo. Una escalera con barandilla de caoba rodea un lado de la sala con suelo de mármol. Una araña de cristal cuelga sobre nosotros. No me gustaría estar aquí en caso de terremoto.

Seguimos a Penelope por la siguiente sala hasta la cocina. Cada habitación es más elegante que la anterior. Nos sirve un vaso de té helado. A mí me da un poco de miedo beberme el mío, pero Anne le da un sorbo al suyo y parece estar bien. Hay algo en Penelope que me pone nerviosa. No sé qué es.

—¡Luca! —grita, sobresaltándome. Luego, más fuerte—: ¡Luca! Tienes visita. Luca.

Se me hiela la piel, pero sudo como si estuviera en un sauna. Estaba tan convencida de que Luca no estaría aquí que no me había parado a pensar en lo que haría si estuviera. No quiero ni imaginarme lo que pensará cuando baje las escaleras y me encuentre en su cocina con su esposa.

Todas esperamos un largo momento. La casa está en silencio. Me sorprende que, incluso en una casa tan grande como ésta, no haya oído a Penelope. Espero que vuelva a gritar su nombre, pero no lo hace. En lugar de eso, se vuelve hacia mí y hacia Anne con esa sonrisa de mirada enloquecida de nuevo en su rostro.

—Ah, es verdad. Luca ya no vive aquí —dice Penelope. Vuelve a poner los ojos en blanco y se ríe.

Anne arquea una ceja. Se aparta el vaso de los labios, mirándolo como si acabara de darse cuenta de que esta mujer podría estar tan loca como para envenenar a dos completas desconocidas.

—Ese cabrón tramposo sólo vivió aquí un mes antes de que lo echara —continúa Penelope—. ¿Quién eres tú y qué quieres de él?

Miro a Anne. Me arrepiento de haber entrado. Por la expresión de su rostro, sé que siente lo mismo. Me vuelvo hacia Penelope. Intento pensar en cómo explicarle quién soy y por qué busco a su ex esposo. O ex prometido. No sé muy bien en qué momento rompieron. Antes de que pueda decirle mi nombre, Anne me pone la mano en el hombro y me detiene.

—Somos cazarrecompensas —dice Anne—. El señor Pichler cometió un delito y luego desapareció. Estamos intentando seguir sus pasos.

Me impresiona lo rápido que se le ha ocurrido. Penelope sonríe como si disfrutara sabiendo que van a detener a Luca. Luego se encoge de hombros.

—Probablemente tendrían más suerte en San Diego. Lo último que supe es que estaba con Ben Toole. O mejor aún, busca a Naomi Light. Es la zorra con la que me engañaba.

Me quedo helada. Por un momento, creo que sabe quién soy y que me está poniendo a prueba. Pero no me mira a los ojos y me doy cuenta de que



está realmente disgustada por lo que cree que hizo Luca. Consigo mantener la compostura.

—Vaya —digo—. Parece un auténtico pedazo de mierda.

—Lo es —asiente—. Entonces, ¿qué hizo para que vayan tras él? Siempre supe que se metería en problemas.

Estoy a punto de inventarme un delito cuando Anne dice:

—No podemos hablar de eso. Nuestro trabajo es atraparlo y hablar de sus delitos podría comprometer la investigación.

—De acuerdo. Por supuesto —dice Penelope—. Estoy segura de que tendrá lo que se merece.

Me mira de arriba a abajo, y luego su mirada se desvía hacia Anne. Es como si nos estuviera evaluando. Levanta una ceja.

—No parecen cazarrecompensas.

—Hay cazarrecompensas de todas las formas y tamaños —responde Anne—. Ella es muy buena localizándolos, y yo soy el músculo.

Me giro para mirar a Anne. Ella y yo tenemos el mismo tamaño. Dudo que alguien nos mire a cualquiera de las dos y piense que podemos derribar a un hombre adulto. Cuando vuelvo a mirar a Penelope, me doy cuenta de que está pensando lo mismo. Sus ojos se entrecierran, pasando de mí a Anne y de nuevo a mí.

—Tengo el cinturón negro desde los diecisiete años —dice Anne—. Soy más fuerte de lo que parezco.

—Deberíamos irnos —digo. Estoy deseando salir de este lugar antes de que Penelope se dé cuenta de quién soy y me encierre en su sótano—. Gracias por el té.

Penelope mira mi vaso lleno. Sonríe, pero no le llega a los ojos.

—Claro.

Cuando llegamos a la puerta principal, nos da a cada una una tarjeta de visita.

—Llámenme cuando lo encuentren —dice—. Le debe a mi padre cien de los grandes por la boda que tuvimos que cancelar.

—Lo haré —digo, tomando la tarjeta de visita.

No sé por qué me alivia tanto saber que nunca celebraron la boda. Me alegro de que Luca no haya tenido que pasar por un largo divorcio con esa mujer. Aun así, me pregunto qué vio en ella en primer lugar y cómo estuvo tan cerca de casarse con ella. Sólo he estado con ella unos minutos y ya me aterroriza.



Anne me toma del brazo mientras volvemos a toda prisa por el césped hasta el auto de alquiler. Ninguna de las dos dice una palabra hasta que estamos a salvo dentro del auto.

—Está bien. Ha sido una locura —dice Anne.

—Me lo dices a mí. ¿Te imaginas si hubiera supuesto que seguía allí y hubiera intentado enviarle una carta? Probablemente me perseguiría y me mataría mientras duermo.

—Ella cree que Luca la engañó contigo. ¿Se escribían cartas sexys o algo así? ¿Por eso no trajiste más cartas para que las leyera?

—No. Nunca. Siempre fuimos malos el uno con el otro.

Pienso en la carta que escribió cuando vivía en Georgia antes de irse a Dallas. Me pregunto si entonces estaba con Penelope, o si fue en Dallas donde la conoció. Si se lo cuento ahora a Anne, nunca creerá que dejé las cartas en casa por accidente. Me pregunto si Penelope sabía que él quería conocerme. Quizá había visto alguna de las cartas y supuso que era yo cuando él llegó a casa oliendo a otra mujer. O tal vez él le habló de mí. Me cuesta imaginarlo.

—Tenemos que encontrar a Ben Toole —digo.

—Dijo que había vuelto a San Diego.

Saco mi teléfono y busco a Ben Toole en PeopleFinder. Aparece su nombre y su ciudad, pero el resto de la información sobre él está suprimida. Me pregunto si Luca y él están juntos en esto.

—No hay dirección ni número de teléfono —digo—. Se lo habrán quitado.

Anne se inclina sobre mi hombro para mirar.

—Supongo que tendremos que volver a San Diego el próximo fin de semana.

No sé ni por dónde empezar con una información tan mínima sobre Ben Toole. Sé menos de él que de Luca, y San Diego ya fue un callejón sin salida una vez. Tiene que haber una forma mejor de encontrar a alguien.

Miro el reloj del auto. Se está haciendo tarde. Por mucho que quiera encontrar a Luca, este día ha sido agotador y sólo quiero irme a casa. Si queremos llegar a Miami por la mañana, tenemos que ir al aeropuerto ahora.

—Sí. El próximo fin de semana —digo con un suspiro.



CAPÍTULO DIECIOCHO

LA REGLA DE LA PRIMERA CITA

Naomi

135

Es domingo a media tarde cuando Jake llama a mi puerta. No lo esperaba hasta más tarde, pero aquí está, apoyado en el marco de la puerta.

—Llegas pronto —le digo.

—¿Lo hago? —Se mira la muñeca, aunque no lleva reloj. Frunce el ceño, fingiendo sorpresa por la hora—. Quería encontrarte antes de cenar por si se te había olvidado que vas a salir conmigo. ¿He llegado a tiempo?

—Solo son las tres. Aún no he comido.

—Pensé que podríamos ir en una hora.

—¿No son las cuatro un poco temprano para cenar?

—Dijiste que estás en la cama a la hora en que la mayoría de la gente cena, así que supuse que eso significa que comes antes que los demás.

Se me dibuja una sonrisa en los labios. ¿Quién iba a decir que este chico era tan considerado? No he tenido muchas citas desde que empecé a trabajar de madrugada en el canal de noticias, pero los pocos chicos con los que he salido no parecían pensar que hubiera nada malo en invitarme a salir a las ocho de la noche.

—¿Dónde vamos a comer? —pregunto.

—He reservado en ese japonés de la playa.

Levanto una ceja.

—¿En serio? Nunca he estado allí. He oído que es muy bonito. —Y caro.

—Eso espero. Quiero que nuestra primera cita sea especial.

—¿Primera cita? —Resoplo—. Más bien la tercera. O incluso cuarta.

La comisura de sus labios se levanta.

—Aún no hemos tenido una cita.

Frunzo el ceño, resistiéndome a sonreír.

—¿Qué fue entonces el domingo pasado?



Hate

HELL OF
BOOKS

—Solo fue un desayuno. No fue una cita.

—Fue una cita para desayunar.

—Fue un desayuno.

—Hubiera sido sólo un desayuno si no hubieras insistido en pagar por mí.

—No me digas que también pensaste que el pasillo era una cita. Espera, si esa es la segunda cita, ¿entonces cuándo fue la tercera? —Está claro que esto le divierte.

—Fue una cita de picnic. —Le golpeo en el pecho—. Y fue la tercera. La segunda fue en el acuario.

Me agarra la mano, apartándola de su pecho, pero no me suelta.

—Bien. ¿Cómo fue eso una cita? Me visitaste en el trabajo y ni siquiera te compré nada.

—Se convirtió en una cita cuando nos besamos bajo el romántico resplandor de la pecera de salmón. ¿Y por qué una cita tiene que implicar dinero?

—Naomi. Aún no hemos tenido una cita.

—Bueno, nos hemos besado mucho para ser dos personas que nunca han tenido una cita.

Su mirada baja hasta mis labios, luego sube lentamente hasta encontrarse de nuevo con mis ojos.

—Eso no suele ocurrir. Nunca beso a una chica hasta después de la primera cita. Puede que incluso en la segunda.

Me cuesta creerlo. Mi mirada se dirige a su boca. Se ha afeitado hace poco. La semana pasada me pareció que estaba guapo con la barba incipiente, pero tiene el tipo de rostro que queda igual de bien con la barba incipiente o bien afeitado.

—Entonces —le digo.

—Entonces —repite. Sigue tomándose la mano. Sus dedos se entrelazan con los míos.

Me aclaro la garganta y muevo los dedos contra los suyos.

—¿Alguna vez has besado a alguien justo antes de una primera cita?

—No puedo decir que lo haya hecho.

—Oh. Supongo que tendremos que esperar hasta...

Atraviesa mi puerta, cortándose el paso, y antes de que me dé cuenta, sus labios están sobre los míos y mi espalda está contra la pared. Su lengua se desliza contra la mía y se me escapa un ruido. No sé si es un jadeo o un



gemido. Quizá un poco de las dos cosas. Siento sus manos en mis caderas, acercándose a su cuerpo. Mis manos están en su cabello, acercando su rostro, manteniendo sus labios pegados a los míos.

Nuestro último beso fue sólo una probadita que me dejó con ganas de más, pero no sabía lo que me esperaba. De todos los besos que me han dado, este es el mejor con diferencia. Su boca encaja con la mía como si lleváramos años haciéndolo. Ya sabe lo que me gusta. Es sensual, pero no sólo alimentado por la lujuria. Esto es algo más. Esto es algo a lo que quiero aferrarme.

137

Baja las manos hacia mi culo y me levanta para que mis piernas rodeen su cintura. Es casi insoportable, tenerlo tan cerca de mí, nuestras cinturas apretadas. Empuja contra mí y puedo sentirlo, todo él. Aprieto las caderas contra las suyas, suplicándole un poco más. No parece que haya nada que pueda impedir que pasemos al siguiente nivel.

—¿Podemos saltarnos la cena? —Respiro, mis manos ahora agarrando la parte delantera de su camisa—. Podemos quedarnos aquí.

Sonríe, volviéndome un poco loca.

—Por mucho que me guste cómo suena eso, he hecho una reserva para nosotros.

—Oh. Cierto. ¿A qué hora es la reserva?

—A las cuatro.

No es hasta que dice la hora que recuerdo que ya me lo había dicho. Su beso parece haberme hecho perder la memoria a corto plazo.

—Puedo darte algo de tiempo para que te prepares.

—No necesito tanto tiempo. —Vuelvo a levantar la barbilla. Sus labios se encuentran con los míos en el centro. Hay un calor donde nuestros cuerpos se unen, un bulto que me dice que lo desea tanto como yo. Me muevo contra él, pero la ropa nos estorba. Nunca me había molestado tanto la ropa. Quiero quitármela, eliminar todas estas barreras entre nosotros.

—¿Tienes alguna regla contra el sexo antes de la primera cita? —Le pregunto.

Exhala lentamente, como si intentara contenerse. Por un momento, creo que va a volver a alejarse de mí, pero no lo hace.

—Cuando se trata de ti, no tengo reglas.

—Es bueno saberlo. —Tiro de su labio con los dientes. Gruñe y me da un beso burlón en los labios. Le devuelvo el beso y vuelve a juntar sus labios con los míos, abriéndolos con los suyos para poder saborearme. Me olvido de que estoy sujeta contra la pared. Me siento ingravida, como flotando, y lo único de lo que soy consciente es del contacto de sus labios con los míos,



del sabor de su boca. Es el tipo de beso que puede hacer que una chica olvide cómo se llama, aunque sólo sea por un segundo.

—¿Quieres? —pregunto, recordándole mi pregunta.

—Es muy difícil decirte que no.

—¿Quieres decirme que no?

—No. Ése es el problema.

—¿Voy demasiado rápido? —Bajo las manos entre nosotros y juego con su cremallera sobre la bragueta distendida.

Inhala bruscamente, empujando su cintura contra la mía de nuevo, y por un momento, pienso que esto va a suceder. Antes de que pueda desabrocharle la bragueta, una voz procedente del pasillo nos sobresalta.

—Saben, hay niños que viven en este edificio.

Me suelta y mis piernas se deslizan por su cuerpo hasta que vuelvo a estar de pie por mí misma. Los dos nos volvemos hacia mi puerta -que olvidé que habíamos dejado abierta- y vemos a la misma mujer que se burló de nosotros cuando comíamos en el pasillo el otro día.

Se me calienta el rostro. Estoy segura de que tengo la piel roja. Alargo la mano y cierro la puerta, pero sé que ya se ha arruinado el ambiente.

—Quizá deberíamos esperar —dice.

Mi mirada se posa en sus pantalones, donde su cuerpo parece protestar por sus palabras.

—Claro.

—No es que no quiera. Sí quiero. Créeme.

—No tienes por qué darme explicaciones —le aseguro.

Estamos de pie en mi pasillo, uno frente al otro. Su pecho sube y baja con cada nueva respiración. Una sonrisa se dibuja en sus labios.

—Quizá quieras arreglarte el cabello antes de irnos —dice.

Resoplo una carcajada, la tensión se ha roto. Levanto la mano, me toco el cabello y lo miro. El cabello se le está cayendo por donde yo lo agarraba.

—Tú también —le digo.

Se le tuerce la boca, se inclina y me besa.

—Prepárate —dice—. Ahora vuelvo.



Hace años que no voy a un restaurante hibachi. No desde que me fui de Oklahoma. Su mano se posa en la parte baja de mi espalda cuando nos acercamos al edificio. Su tacto es cálido. No me quita la mano de encima mientras cruzamos la puerta. La camarera levanta la vista de su puesto.

—Tenemos una reserva a nombre de...

—¡Naomi Light! —dice la camarera, interrumpiéndolo al reconocerm—. ¡La chica del tiempo! Te veo en las noticias todas las mañanas. —Se le ilumina todo el rostro como si fuera una celebridad o algo así.

Me río torpemente.

—Cuando vi tu nombre en la lista de reservas, pensé que tenía que ser una broma —continúa. Toma un par de menús—. Puedes venir por aquí.

Una vez sentados, me inclino y le susurro:

—¿Usaste mi nombre para la reserva?

Se encoge de hombros.

—Les di nuestros dos nombres. Supongo que el tuyo es el único que reconoció.

El chef llega a nuestra mesa y empieza a prepararnos la comida. Hace un espectáculo, juega con fuego y hace malabares con huevos. Jake pide filete y yo, pollo y gambas. Una vez que nos sirven la comida y el chef se va, me giro para mirarlo.

—Olvidé preguntarte cómo fue el evento de adopción. ¿Consiguieron los gatitos un nuevo hogar?

Menea la cabeza.

—Nadie los quería. Parece que me los quedará una semana más.

—¿En serio? Me sorprende. ¿Quién no querría adoptar un par de gatitos que saben jugar a los bolos?

Se encoge de hombros.

—Hay otro evento de adopción este fin de semana. Nadie los adoptó porque quiero que vayan juntos, y no mucha gente quiere adoptar dos gatos al mismo tiempo. Pero están unidos y no me gustaría separarlos.

Ambos pasamos unos minutos comiendo y disfrutando de nuestra comida. Estoy a punto de meterme una gamba en la boca cuando me doy cuenta de que me está mirando.

—Lo siento mucho —digo, dejando caer de nuevo la gamba en el plato—. ¿Me tapo el rostro con una servilleta mientras como esto?

Se ríe.

—Te dije que no me ofende el marisco. Pero si comieras delfín...



Frunzo el ceño.

—¿La gente hace eso?

—En algunas partes del mundo —dice encogiéndose de hombros.

—¿Quieres probar uno? —Vuelvo a tomar las gambas con el tenedor y se las tiendo. Se encoge de hombros y niega. Pongo los ojos en blanco—. Creía que no te ofendía el marisco.

—El marisco en general, no. ¿Pero las gambas? Básicamente son grillos de mar. No, gracias.

Giro el tenedor para mirar las gambas y las vuelvo a dejar caer en el plato.

—Ahora no puedo comerlo. Muchas gracias.

Se ríe.

—Lo siento.

—Sentirlo no es suficiente —digo, cruzando los brazos sobre el pecho—. Acabas de arruinarme la cena.

Me toma el tenedor y se lleva las gambas a la boca.

—Vamos. Cómetelas. Seguro que los grillos no son tan malos para ti.

Aparto el tenedor.

—No estás ayudando. —Intento parecer enfadada, pero me cuesta reprimir la risa cuando me aprieta la gamba contra los labios.

—En algunas partes del mundo, los grillos son un manjar —dice.

—Eso es muy tranquilizador. —Le arrebató el tenedor de la mano y me como la gamba, intentando no compararla con un bicho mientras mastico.

—No me puedo creer que te hayas comido eso.

Le tiro la servilleta.

—No volveré a cenar contigo.

Se ríe.

—Eso ya lo veremos.

Pongo los ojos en blanco, aun luchando contra una sonrisa.

—Háblame de tu familia. ¿Cuántos hermanos tienes?

—Tres. Dos hermanas gemelas y un hermano.

—Vaya. ¿Gemelas? Siempre quise tener una hermana gemela. ¿Alguna vez se vistieron igual y te engañaron a ti o a tus padres mientras crecías?



Sonríe.

—A veces. Son idénticas, pero si las conoces de verdad, puedes notar sus diferencias fácilmente.

—Estoy tan celosa de que hayas crecido con una gran familia. Supongo que estás muy unido a tu familia.

Se toma un momento para masticar la comida antes de responder.

—Se podría decir que sí. Veo a mi padre todos los días. Me reúno con mi hermano y mis hermanas un par de veces al mes. Tenemos una cena familiar una vez al mes. Es bastante caótico con todos los niños, primos, familia extendida. La mayoría de ellos tienen pases anuales para el acuario, así que vienen a menudo.

—Eso suena divertido. Yo crecí con mis primos, así que sé lo caótico que puede ser. ¿Tienes sobrinas o sobrinos? ¿O hijos propios? —Levanto la vista de mi plato al hacer la pregunta. Espero haber sido sutil en mi curiosidad.

Sus cejas se levantan como si le sorprendiera que le preguntara eso.

—¿Yo? No.

—¿Nunca te has casado?

Sacude la cabeza. Una sonrisa se dibuja en la comisura de sus labios.

—¿Y tú?

—No. Tampoco tengo hijos.

—Pero se te dan bien los niños.

—¿Por qué dices eso? —le pregunto.

—Te he visto afuera con Caitlin unas cuantas veces.

Frunzo el ceño.

—¿Con quién?

—Caitlin —repite—. Es una niña divertida. Le encantan los bichos.

—¡Oh! ¿Niña oruga? ¿Así se llama?

Levanta una ceja.

—¿La apodaste niña oruga?

—Siempre está recogiendo orugas y coloreando en un libro de orugas —digo encogiéndome de hombros—. Supongo que debería haberle preguntado cómo se llama.

Nos lleva de vuelta a nuestro edificio después de cenar. Mi mano choca con la suya al salir del estacionamiento. La toma con la suya y la sostiene el resto del camino. Justo cuando llegamos a la puerta principal, me toma



de la mano y me acerca a él, dándome un beso rápido y haciendo que mi corazón lata un poco más deprisa. Le sonrío mientras cruzamos juntos la puerta. Mis ojos se posan en Joel, en el mostrador de seguridad. No puedo evitar fijarme en su mirada crítica, que baja de nuestros rostros a nuestras manos. Me pregunto si Jake se habrá dado cuenta de que a nuestro guardia de seguridad parece molestarle que salgamos juntos.

—¿Joel nunca está de descanso? —le pregunto cuando llegamos a la escalera.

—No tiene mucha vida fuera del trabajo.

—Aún así. Parecen muchas horas de trabajo para un hombre de su edad. Son muchas horas para cualquiera, en realidad.

—Le deben gustar las horas extras.

Cuando llegamos a mi piso, me sigue hasta la puerta.

—Normalmente esta sería la parte de la cita en la que nos damos nuestro primer beso —dice.

—Más o menos ya lo hemos hecho.

La comisura de sus labios se inclina hacia arriba. Sus ojos pasan de los míos a mis labios. Mi cuerpo se calienta al recordar cómo entró en mi apartamento y me empujó contra la pared. Cómo se apoderó de mi boca con la suya, cómo sentía su cuerpo apretado contra el mío, cómo se me aceleró el corazón cuando vi a través de sus pantalones lo excitado que estaba. Aún siento el dolor de querer más. Nadie me había excitado así en mucho tiempo. Probablemente intentaría ir demasiado rápido si me besara así ahora.

Sus dedos rozan mi brazo y me ponen la piel de gallina. Estoy a punto de preguntarle si quiere entrar, pero antes de que pueda, inclina la cabeza y me besa. No lo hace con la misma intensidad que antes, pero sus labios, cálidos contra los míos, me dejan con ganas de más.

—Buenas noches, Naomi —dice cuando se separa. Se me caen los hombros, las dos palabras me parecen lo más decepcionante que he oído nunca.

—Buenas noches. —Mi voz sale como un susurro que incluso yo apenas puedo oír.

Me dejo llevar. No me doy cuenta de lo nerviosa que estoy hasta que me apoyo al otro lado de la puerta, recuperando el aliento. Hacía mucho tiempo que nadie me aceleraba el corazón como él. No estoy segura de que nadie más lo haya hecho. Aun así, no puedo evitar pensar en la forma en que mis pensamientos se han desviado hacia Luca últimamente, incluso más ahora que sé que nunca se casó. No sé por qué permito que un tipo al que nunca he conocido tenga tanto control sobre mis pensamientos. Siento que está fuera de mi control. Con este pensamiento en mente, probablemente sea mejor que Jake no entre. Por mucho que lo desee, sé que



DONNA
MARCHETTI

Mail

tengo que encontrar la forma de sacarme a Luca de la cabeza antes de seguir adelante con Jake.

143



Hate

HELL OF
BOOKS

CAPÍTULO DIECINUEVE

VESTIDO PARA IMPRESIONAR

Naomi

144

Me despierto en algún momento de la noche sintiendo sed. Me levanto y voy de puntillas a la cocina, aunque vivo sola. Supongo que no quiero hacer demasiado ruido en el techo de mi vecino de abajo. Enciendo la luz de la cocina y me sirvo un vaso de agua. Mientras bebo un sorbo, mis ojos se desvían hacia la pila de correo que dejé sobre la encimera el viernes. Me había distraído con las cartas de Luca, y luego con la cita con Jake para hacer un picnic en el pasillo, y nunca llegué a echarle un vistazo.

Ahora lo reviso, tirando el correo basura a la papelera y poniendo las facturas en un montón aparte. Cuando llego al último sobre, me detengo. A la luz del salón, veo que no tiene remitente. Mi nombre y mi dirección están escritos a mano. Reconozco la letra. Llevo casi veinte años observando la evolución de esta letra. Es sorprendente ver una carta de Luca con la dirección de mi casa y no la del canal de noticias. Esto significa que sabe dónde vivo. Me pregunto qué más sabe de mí.

Abro el sobre y saco la carta. Es más larga que las que suele enviar.

Querida Naomi,

Esperé hasta ahora para escribirte de nuevo porque esperaba que recibieras mi carta tarde y por eso no dijiste la palabra mágica en tu informe meteorológico. Pero esta semana no la has dicho en absoluto, y tengo que admitir que estoy bastante decepcionado. ¿Es porque no puedes desviarte de tu guión, o has perdido el interés en contestarme? Supongo que hace dos años que no sabes nada de mí, así que puede que las cartas ya no te diviertan tanto como antes. Tal vez incluso te moleste que te escriba ahora.

¿Recuerdas cuando te pregunté si podíamos ser amigos en Facebook? Creo que los dos estábamos en primero de instituto. Nunca te dije que ya te había buscado antes de preguntar. Pensaba enviarte una solicitud de amistad, pero no sabía cómo reaccionarías, por eso te pregunté primero. Me parecías la chica más guapa del mundo. Quería conocerte fuera de estas cartas, pero fuiste tan mezquina al no querer ser mi amiga. De todas las cartas mezquinas que enviaste, esa fue la primera que realmente me hirió.



La segunda vez que me hiciste daño fue cuando te invité a mi graduación del campamento militar y no apareciste. Probablemente pensaste que era una broma, pero no lo era. Quería que estuvieras allí. Supongo que no sabías que yo era la única persona allí que no tenía familia. No te lo dije porque no quería que sintieras pena por mí. Quería que vinieras porque querías estar allí. Incluso después de que me rechazaras en el instituto, esperaba que cambiaras de opinión y quisieras conocerme en persona.

Siempre me pregunté si me habías buscado en Facebook. Aún me pregunto si alguna vez piensas en mí cuando no estás leyendo mis cartas o pensando qué responderme. Me pregunto si he tenido tanto impacto en tu vida como tú en la mía.

Probablemente pienses que estoy loco, o quizás pienses que soy espeluznante por decir todo esto. Joder. Ahora que estoy releendo esta carta, definitivamente es espeluznante, ¿verdad? Aunque no puede ser tan espeluznante como otras cartas que he enviado. Ni siquiera he escrito nada malo.

Supongo que no puedo terminar una carta así, así que aquí va: Espero que accidentalmente lleves un atuendo del mismo color que la pantalla verde que tienes detrás durante tu próximo informe meteorológico, y parezca que no eres más que una cabeza decapitada flotando por la pantalla. Algo así mejoraría mucho tu aburrido programa.

Con amor, Luca

Intento asimilar todo lo que acabo de leer y vuelvo a leer la carta. Recuerdo cuando me invitó a su graduación del campo de entrenamiento. Aún conservo esa carta. También recuerdo que pensé que era una broma cruel, ya que me había hecho creer que no sería capaz de subirme a un avión. Por un momento deseé que Luca realmente quisiera que fuera a su graduación. Podría haber ido si hubiera pensado que hablaba en serio.

Y ahora esto. Miro la carta y me pregunto qué debo hacer con ella. Me he esforzado mucho por localizarlo, pero después de leer esta carta, sé que no será lo mismo cuando encuentre su dirección. Se supone que ser más inteligente que él es un momento de triunfo para mí. No debería sentirme como... como sea que me sienta.

Vuelvo a la cama y miro el techo. Tengo un par de horas más antes de levantarme, pero sé que no podré volver a dormir.



—Alguien ha tenido sexo —dice Anne mientras me pone un vaso de café delante.

Doy vueltas en la silla, sorprendida.

—¿Qué? No, no lo he hecho.

Se le borra la sonrisa del rostro. Abre mucho los ojos y vuelve a sonreír.

—Espera, ¿en serio? Estaba hablando de Patrick. Está de muy buen humor esta mañana. Pero esto es mucho más interesante. —Acerca una silla—. Cuéntamelo todo. Era ojos de husky, ¿verdad?

Pongo los ojos en blanco.

—No pasó nada. Sólo salimos.

Ella entrecierra los ojos.

—La expresión de tu rostro me dijo todo lo que necesitaba saber.

Lo que pasa con Anne es que puede ver a través de mí, pero no sabe que no es Jake quien me tiene a la defensiva esta mañana.

Me encojo de hombros.

—Nos enrollamos. Ya está.

—Vamos. Dime la verdad —me incita—. ¿Fue tan bueno como me imagino?

Me río, sorbiendo el café.

—Deja de imaginarme acostándome con él. Es un poco raro. —Tomo una servilleta para limpiar el café que se ha derramado sobre mi abrigo de lana.

Anne frunce el ceño, mirándome.

—¿A qué viene ese abrigo tan largo? No me digas que hoy va a caer una ventisca.

—Esta estación está demasiado climatizada. Siempre me congelo por la mañana.

Me mira escéptica, luego se encoge de hombros.

—Volvamos a ojos de husky. Quiero detalles, Gnome. Ahora mismo estoy viviendo a través de ti. ¿Cuántas veces?

Mi rostro se pone rojo.

—Basta, Anne. Alguien te va a oír.

—¿Una vez? ¿Dos veces? ¿Estuviste despierta toda la noche? ¿Tuviste sexo en la ducha?



Se frota las manos, esperando a que le cuente los detalles más jugosos. Desafortunadamente, no hay ninguno para compartir. Al menos no los que ella busca.

Tomo un bolígrafo del escritorio y se lo lanzo.

—Voy a cancelar nuestro próximo viaje a San Diego si no lo dejas.

Se ríe, esquivando el bolígrafo.

—Bien. De acuerdo. No te pediré detalles. Pero...

Suspiro, preparándome.

—¿Pero qué?

—¿Sigues pensando que es cosa de una sola vez, o vas a ir en serio con él?

Me lo pienso un momento. Quería divertirme, pero ahora no veo que sea cosa de una sola vez.

—Te estás pensando esta pregunta mucho más de lo que pensaba —dice Anne.

—Sí. Quiero ir en serio con él.

—¿Estás segura de que ir tan rápido fue una buena idea? ¿Y si piensa que el sexo es todo lo que quieres?

Me paso la mano por el rostro. No he tomado suficiente café para esto.

—Por millonésima vez, Anne, no tuve sexo con él.

Por supuesto, Patrick elige ese momento para entrar en la habitación. Su rostro se pone rojo, pero elige con elegancia fingir que no ha oído nada de lo que estábamos hablando. Anne y yo intercambiamos una mirada antes de que se levante de la silla y se vaya. Me recuerda que ya casi es hora de salir al aire.

—Subiré a tiempo —le digo—. Sólo tengo que terminar una última cosa.

Me deja sola para que me prepare. Estoy nerviosa por el reportaje de hoy. La conversación con Anne ha sido una buena distracción, pero ahora que estoy sola empiezo a sudar. No puedo creer que esté a punto de hacer lo que tengo planeado. Cuando sólo falta un minuto para que empiece a trabajar, me levanto y dejo caer el abrigo de lana sobre la silla. Debajo llevo un vestido verde de manga larga y cuello alto. Estoy a punto de romper la regla de moda más importante para los meteorólogos en directo.

Me pongo delante de la pantalla y hago mi informe como si no pasara nada, pero escucho el rumor de las voces al otro lado de las cámaras. Sólo puedo imaginar cómo se ve esto. Y sólo puedo esperar que Luca esté mirando.



Cuando termino mi informe y la cámara se apaga, Patrick irrumpe en el escenario y se agarra a la tela de mi jersey de cuello alto.

—¿Qué demonios, Naomi? ¿En qué estabas pensando al ponerte este color?

—¿Huh? —Miro mi vestido, fingiendo no saber cuál es el problema—. Oh, Dios. ¿De verdad me acabo de poner esto?

—Ven a mi oficina —dice—. Tenemos que hablar.

Mientras lo sigo a su oficina, nos cruzamos con Anne en el pasillo. Me lanza una mirada interrogante. Me encojo de hombros sin decir palabra. Patrick cierra la puerta cuando llegamos a su oficina.

—¿Cuál fue la primera regla que aceptaste cuando firmaste para ocupar el puesto de Emmanuel?

Me muerdo el labio. La regla a la que se refiere es una de las que siempre se han reído, y pronunciada más en broma que otra cosa, porque ninguno de nosotros podía creer que alguien fuera tan estúpido como para vestirse como un trozo de brócoli delante de una pantalla verde. Y sin embargo, aquí estoy, con el aspecto de una verdura verde gigante.

—No te vistas de verde. —Lo digo en voz tan baja que Patrick no me oye. Se lleva una mano a la oreja y se inclina hacia mí, un gesto que me hace poner los ojos en blanco—. No te vistas de verde —repito más alto.

—Y sin embargo estás... —Señala mi atuendo.

—De verde.

—Oh, no. No sólo llevas algo verde, Naomi. Todo tu cuerpo está cubierto de verde. ¿Sabes qué aspecto tenías ahí fuera? Parecías una cabeza flotante rebotando alrededor de un mapa meteorológico con un par de manos agitándose por debajo. Si hay algo opuesto al jinete sin cabeza, eso es lo que eras. ¿Qué demonios te pasa?

—Lo siento —digo—. Tuve un fin de semana largo. Me levanté tarde y me vestí a oscuras esta mañana. No me di cuenta de lo que llevaba puesto. Por favor, no me despidas.

Suspira pesadamente como si tuviera que pensarse mucho si mantenerme. Demasiado para él estar de buen humor como dijo Anne.

—Estás sobre hielo delgado, Naomi. Tienes suerte de que las audiencias hayan subido desde que entraste a tiempo completo. Ahora ve a cambiarte de ropa antes de salir de nuevo. Busca algo en objetos perdidos o algo así.

—Gracias, señor Facey.



Hace un ruido parecido a un gruñido. Salgo de su oficina lo más rápido que puedo. Anne me espera en el pasillo. Me acompaña hasta mi mesa.

—¿Me vas a decir en qué estabas pensando? —me pregunta.

—Sólo si cambias de ropa conmigo.

—Es curioso. Iba a sugerir eso después.

Nos dirigimos al baño y cerramos la puerta. En cuanto nos quedamos solas, las dos nos echamos a reír. Una vez calmadas, nos desnudamos y nos ponemos la ropa la una a la otra. Tengo suerte de que Anne tenga más o menos mi misma talla. Contaba con que esta mañana estaría dispuesta a cambiarse de ropa conmigo. Si hubiera traído un cambio, esta maniobra podría haber parecido premeditada.

—Él te dijo que hicieras esto, ¿no? —dice Anne cuando terminamos de vestirnos.

—¿Huh?

—No te hagas la tonta. Ibas a decir bologna hasta que te convencí de que no lo hicieras. ¿Cuándo recibiste otra carta suya?

Suspiro, dándome cuenta de que no vale la pena mentirle.

—Recibí una carta suya el fin de semana.

—¿Y te dijo que te vistieras de verde? No puedo creer que hayas hecho esto, Naomi. Una cosa es llevar una falda verde o un pantalón verde, pero esto era todo tu cuerpo. —Señala la forma del viejo vestido de dama de honor que llevo ahora—. La única parte de ti que se veía era la cabeza y las manos.

—Él no me dijo que lo hiciera.

—No es posible que esperes que crea que no lo hiciste por él. ¿Prometió volver a darte su dirección?

—No me prometió nada. Y no me dijo que lo hiciera. No exactamente.

—¿Qué quieres decir?

Respiro hondo, intentando decidir qué parte de la carta puedo contarle.

—Sabe dónde vivo, Anne.

—Supongo que sí, ya que la carta no llegó aquí.

—Hemos estado recorriendo todo el país buscándolo, gastando todo tipo de dinero en vuelos y hoteles y comida de aeropuerto, mientras tanto él sabe dónde trabajo y dónde vivo, y yo ni siquiera puedo responderle. Sé que para ti todo esto es una aventura, pero ¿sabes lo frustrante que es para mí? Tenía que comunicarme con él de alguna manera.



—¿Haciendo el ridículo en directo? Si ibas a hacer una estupidez, deberías haber dicho que afuera hacía un calor de bologna.

—Eso no es lo que iba a... —Sacudo la cabeza, volviendo al tema—. Me dijo que si accidentalmente me ponía algo verde en directo, mejoraría mucho mi aburrido programa.

—¿En serio? ¿Eso es todo lo que hace falta para que tu carrera vaya en picado? Tendrás suerte si después de esto no eres el hazmerreír de todos los meteorólogos.

—¿Sabes qué? No me arrepiento. Patrick no me despidió. Mi carrera está bien. Estoy segura de que no había mucha gente viéndolo.

Anne me sigue fuera del baño.

—¿Por qué no me dijiste antes lo de la carta? ¿Planeabas hacer esto todo el fin de semana?

La hago callar porque no quiero que nadie más escuche y sepa que esto estaba planeado.

—Fue una idea de última hora.

—No me lo puedo creer. ¿Cuándo leíste la carta? Acabamos de pasar todo el fin de semana juntas, y el objetivo del viaje era encontrar a Luca. ¿Cómo pudiste olvidarte de mencionar que habías recibido otra carta suya?

—No la leí hasta anoche. Llegó en el correo del viernes, pero no me di cuenta hasta ayer.

—¿Qué decía?

Dudo.

—Nada. Era igual que las demás cartas.

—¿Qué pasa con las cartas que se suponía que ibas a llevar a Georgia? ¿Tiene algo que ver con que las olvidaras convenientemente?

Es molesto lo buena que es leyéndome. Empiezo a pensar que sería una buena detective. O tal vez una buena quiromante. Me pregunto si un detective quiromántico existe.

—¿Podemos dejarlo por ahora? —pregunto—. Seguro que tienes trabajo que hacer.

—Bien. ¿Me lo cuentas luego en la cafetería?

—No puedo. Tengo... planes.

En realidad no tengo planes, pero espero que si evito el tema el tiempo suficiente, ella lo olvide.

Consigo mantenerme alejada de Anne durante el resto de la mañana. No me trae ningún correo. No me sorprende. Tengo la sensación de que, a partir de ahora, Luca enviará sus cartas a mi apartamento. Después del



trabajo, vuelvo a casa y miro el correo. Efectivamente, hay una nueva carta en el fondo de mi buzón. Espero a estar arriba para abrirla. Debe de haberla enviado durante el fin de semana para que llegue hoy.

Una vez adentro, dejo mis cosas y abro el sobre.

Querida Naomi,

Gran trabajo con el informe del tiempo de esta mañana. ¿Es raro que me excitara ver tu cabeza flotando por la pantalla sin cuerpo? No puedo creer que hayas hecho eso. Supongo que esto significa que mi última carta no te asustó.

Recibí una llamada de un viejo amigo el otro día. Si vas a Georgia otra vez, saluda a Maxwell de mi parte. ¿Quién diría que irías tan lejos para encontrarme? Yo también debo gustarte, o algo así.

Con amor, Luca

No puedo decidir si mi cuerpo está caliente o frío. Por supuesto que ese marine que conocimos en Georgia llamaría a Luca para decirle que lo estábamos buscando. Me molesta que el hombre no me diera el número de Luca si lo tuvo todo el tiempo. Pero el objetivo de intentar encontrarlo así era que fuera una sorpresa cuando encontrara su dirección y le escribiera. Ahora sabe lo que estoy haciendo, y lo que es peor: se siente halagado de que me esfuerce tanto por encontrarlo.

Al igual que su última carta, vuelvo a leerla, analizando detenidamente cada línea. Tardo un minuto en darme cuenta de que debe de haberla escrito hoy. Me pregunto cómo es posible que su carta haya llegado de San Diego a Miami en menos de un día.

Entonces caigo en la cuenta de que ya no está en San Diego.



CAPÍTULO VEINTE

LA METEORÓLOGA SIN CUERPO

Naomi

152

Al darme cuenta de que Luca podría estar mucho más cerca de lo que pensaba, se me pone la piel de gallina. Ahora más que nunca, desearía poder responderle. No sé qué le diría si pudiera. Quizá le pregunte si quiere quedar para tomar un café, sólo para ver cómo es en la vida real. Hay muchas cosas que quiero preguntarle, cómo por qué no siguió adelante con lo de casarse, y cómo acabó aquí en Miami -si es aquí donde está realmente- y si decía en serio algo de lo que decía en la carta que leí anoche.

Sobre todo, quiero saber por qué desapareció de la faz de la tierra durante dos años. ¿Adónde fue y por qué dejaron de importarle nuestras cartas?

Mi teléfono suena, desviando mi atención de la carta. Miro la pantalla y veo que me está llamando Anne.

—¿Qué pasa?

—Tengo tu vestido.

—Podemos intercambiarnos la ropa mañana por la mañana —le digo. Jugueteo con la carta en la mano, hojeándola como si hubiera algo que se me hubiera pasado por alto la primera vez.

—Bien. ¿Ya has visto en Internet?

Vuelvo a centrarme en mi conversación con Anne.

—¿Qué quieres decir?

—Tu segmento de esta mañana se está haciendo viral. La meteoróloga sin cuerpo es un éxito.

Gruño.

—¿Hablas en serio?

—En realidad no está tan mal. A la gente le encanta. No me sorprendería que empezaras a recibir cartas de fans después de esto. Correo de fans de verdad. No sólo cartas de odio de tu penemigo.

—Genial. Justo lo que necesito.



—Tú te hiciste esto, así que no quiero oírte quejarte. Te enviaré un enlace al vídeo.

Cuelgo el teléfono y, un momento después, Anne me envía el enlace. Hago clic en él y lo veo, estremeciéndome al principio, pero luego resoplo de risa cuanto más tiempo permanezco en pantalla. No sé cómo Patrick ha podido mantener la compostura mientras me regañaba. Realmente parezco una cabeza flotando por la pantalla con dos manitas aleteando como pálidos pájaros apuntando a todos mis gráficos. Me desplazo hacia abajo para leer los comentarios, y me sorprende la cantidad que ya hay.

Paso unos minutos leyendo hasta que llaman a mi puerta. Pienso que probablemente sea Anne, que se presenta con mi vestido para ver si he mentido al decir que tenía planes, dejo el teléfono y la carta en la encimera de la cocina y me dirijo a la puerta. Cuando la abro, me sorprende encontrar a Jake al otro lado.

Tiene una sonrisa en el rostro que se amplía cuando me ve. El corazón me da un vuelco. No sabía lo bien que se podía sentir que un hombre me mirara así.

—Sabes, medio esperaba ver sólo una cabeza flotante cuando abrieras la puerta.

—Oh Dios. ¿Viste el vídeo?

—¿Ver el vídeo? —repite—. Lo estaba viendo en directo.

—¿Me viste en directo?

—Todas las mañanas —dice—. Es mi programa favorito de la tele. Pongo los ojos en blanco.

—Lo dudo.

—¿Te importa si entro? —pregunta.

—Claro que no. —Abro más la puerta y retrocedo para que pueda pasar.

Llegamos al salón y nos detenemos junto a la isla que separa esta estancia de la cocina. Miro la carta de Luca al otro lado de la cocina.

—Llevo toda la mañana pensando en ti —dice, atrayendo de nuevo mi atención hacia él.

Sonrío, pero por dentro me siento desgarrada. No tiene ni idea de que el truco de la pantalla verde fue premeditado para llamar la atención de otro hombre.

—Llevo toda la mañana pensando en el tiempo.

—Sexy —dice.

—Caliente sería más exacto.



—Touché.

Mira mi encimera. Le llama la atención un papelito. Se acerca y lo toma.

—¿Qué es esto? —pregunta.

Me acerco a él para ver qué tiene.

—Sólo una tarjeta de visita.

—Penelope Hayes —lee—. Entrenadora personal. —Levanta una ceja y me mira.

Me encojo de hombros.

—La conocí el sábado.

Le da la vuelta a la tarjeta y lee el reverso.

—¿Fuiste hasta Dallas, Texas?

—Fue una idea de última hora. A Anne le encantan las aventuras.

Deja caer la tarjeta de visita sobre la encimera.

—¿Algún otro viaje espontáneo próximamente, o puedo hacer planes contigo este fin de semana?

Me muerdo el labio.

—Anne quiere volver a San Diego.

—¿No recogiste tantas conchas marinas como querías la primera vez? Sonrío.

—Algo así.

—¿Están reservados los vuelos?

—Todavía no.

—Entonces posponlo. Quédate conmigo.

—Este será el último viaje por un tiempo. Y sólo estaremos fuera un día.

La comisura de sus labios se levanta.

—¿Y si se cancela el vuelo de vuelta?

—Me abriré paso hasta la cabina y pilotaré el avión yo misma.

—Vaya. ¿Secuestrarías un avión por mí?

—Por supuesto. De todas formas, ¿no tienes un evento de adopción este fin de semana?

Se apoya en la encimera.

—Sí, pero solo el sábado por la mañana. Estoy libre toda la tarde.



—Quizá puedas aprovechar todo ese tiempo libre para ir a la playa.

—Estaba pensando que podríamos ir a la playa ahora mismo.

Levanto una ceja.

—¿Ahora? Creía que tenías que volver al trabajo.

—He decidido tomarme el resto de la tarde libre —dice.

—¿De verdad? Pero, ¿quién salvará a las morsas si tú no estás?

—Las morsas estarán bien. Tendré mi teléfono cerca. ¿Qué te parece?
¿Quieres ir a la playa?

Sonrío.

—Sí. Deja que me ponga el bañador.

Me dirijo hacia mi dormitorio, pero me detengo al recordar la carta que está al otro lado de la cocina. Me doy la vuelta, la tomo y meto la carta doblada en el bolsillo trasero de los pantalones que Anne me ha prestado. Tengo que acordarme de preguntarle a Anne dónde compró estos pantalones. Nunca encuentro ninguno que tenga bolsillos.

Me espera en el salón mientras me cambio. Me pongo una camisa de tirantes blanca suelta y unos pantalones cortos sobre el bañador, y luego tomo un bote de crema solar.

—¿Necesitas cambiarte? —le pregunto cuando vuelvo al salón.

Niega.

—Ya llevo puesto el bañador.

Miro sus piernas. No se me había ocurrido antes que no iba vestido como alguien que vuelve al trabajo. Mi mirada se detiene un momento en sus musculosas pantorrillas. Lo he visto correr medio desnudo, pero aún puedo apreciar lo bien que le sienta un bañador.

Vamos en su auto a la playa. No va mucha gente a la playa un lunes, así que no es difícil encontrar estacionamiento.

Cuando llegamos a la arena, saco el bote de crema solar de mi bolso y se lo ofrezco.

—No, gracias —dice mientras se quita la camisa—. Yo no me quemo.

Tiene un bonito bronceado dorado, pero he visto a hombres más morenos quemarse. Levanto una ceja.

—Estaré bien —me asegura.

Me echo una buena cantidad de crema solar en la mano y se la aplico en el pecho. Se mira el pecho y luego me mira a mí, con los ojos entrecerrados.



—Ahora te pondrás bien. —Empiezo a frotarle el pecho y los hombros con la crema. Su piel está caliente bajo mis manos. Respira hondo, con los ojos fijos en mí. Le sonrío y vuelvo a concentrarme en mis manos mientras le paso el protector solar por los brazos.

—Vaya —digo, notando sus músculos—. ¿Haces ejercicio o te los haces operando animales?

—Es todo el aeróbic acuático que hago —dice con una sonrisa burlona.

Lo hago darse la vuelta para tocarle la espalda. Cuando termino, toma el bote de crema solar. Lo miro, preguntándome qué va a hacer con él.

—¿Con la camisa puesta o no? —me pregunta.

—¿Huh?

Me señala la camisa.

—Te toca a ti. No quiero que parezcas una fresa en la televisión nacional.

Sonrío y me quito la camisa por la cabeza. La tiro a la arena junto a la suya. Cuando vuelvo a mirarlo, tiene las mejillas sonrosadas. Se aclara la garganta y aparta la mirada de mí.

—¿Y bien? —le pregunto.

Ladea la cabeza hacia mí, con una sonrisa en la comisura de los labios. No puedo evitar reírme de lo lindo que es cuando se pone nervioso.

Se echa un poco de crema solar en la mano y empieza a untarme los hombros, extendiéndola por los brazos. Cuando termina con los brazos, se echa otro puñado de crema y me mira la cintura. Levanta los ojos para mirarme.

—¿Te parece bien? —pregunta.

Podría asustarlo si supiera lo mucho que deseo que me toque. Asiento, manteniendo la calma.

—Adelante.

Primero me pasa las manos por la caja torácica y luego me aplica la crema por el abdomen y las caderas. Se me pone la piel de gallina. Mi vientre se tensa y contengo la respiración. Con él tan cerca de mí y tocándome así, empiezo a desear que no hubiéramos salido de mi apartamento. Sé que no podré resistirme a hacer algo inapropiado en la playa si sigue así, así que me sirvo la crema solar y empiezo a aplicármela en el pecho mientras él me toca la espalda.

—No puedo creer que por fin estés en la playa después de seis meses viviendo aquí —le digo. Sus manos acarician mi espalda y cierro los ojos un momento, respirando el aire salado del océano.



—Yo tampoco.

Cuando termina de acariciarme la espalda, me doy la vuelta para mirarlo.

—¿Eres de esas personas a las que les gusta nadar hasta más allá de las olas, o tienes miedo a los tiburones?

Levanta una ceja y me doy cuenta de lo estúpida que es mi pregunta.

—Vaya —digo—. Soy una idiota. Acabo de preguntarle a un veterinario de acuario si le dan miedo los tiburones.

Se ríe.

—Oye, no es para tanto. Creo que todo el mundo debería tener un miedo sano a cualquier animal salvaje. Quiero decir, solo porque informes del tiempo no significa que vayas a salir corriendo agitando una hoja de papel de aluminio durante una tormenta.

—Oh, no. Sabes que el aluminio no atrae los rayos, ¿verdad?

Frunce el ceño.

—¿No?

Me da risa.

—No. No los atrae.

—Maldita sea. Todo lo que me enseñaron de niño sobre los rayos es mentira.

Me quito las sandalias para sentir la arena entre los dedos de los pies. Inmediatamente me arrepiento. La arena está muy caliente y siento como si mis pies se estuvieran friendo en una sartén de arena caliente. Grito, rebotando de un pie a otro, pero no sirve de nada para aliviar el ardor.

Sus cejas se levantan.

—¿Qué te pasa?

—¡La arena! Mis pies.

Sin más rodeos, me toma en brazos y me lleva como a una damisela en apuros por encima de una montaña de algas crujientes que las olas han arrastrado hasta la playa. Al otro lado de las algas, la arena es suave, húmeda y fresca. Me deja en el suelo y suspiro aliviada. Mi alivio dura poco cuando me doy cuenta de que se está riendo de mí. Intento empujarle el brazo, pero me esquivo.

—No sé por qué pensaba que podía andar descalza por esa arena. Ya debería saberlo.

—Tenías razón sobre las algas —dice, mirando hacia el montículo que hemos cruzado—. Hay muchas.



—No solía ser así, por lo que he oído. Siempre pensé que las playas de aquí debían ser bonitas, pero hay tantas algas que es difícil disfrutar de las playas de arena blanca como se supone que se debe.

—Quizá deberías mudarte a San Diego.

—¿En serio? ¿Es tu forma de deshacerte de mí?

—Maldita sea. Te has dado cuenta de mi plan.

Le doy un codazo en las costillas.

—Si estuviera intentando deshacerme de ti, no habría llamado a tu puerta y te habría invitado a venir a la playa conmigo.

—Hmm. Ahí me has atrapado.

—Venga. Vamos a nadar —dice.

Lo sigo hasta el agua. No soy buena nadadora, así que no me meto más allá de las rodillas, pero él me toma de la mano y tira de mí hasta que apenas siento la arena en los dedos de los pies.

—¿Cómo sabes que no hay tiburones? —le pregunto.

—Podría haberlos, pero estaremos a salvo. Los tiburones prefieren a las pelirrojas. El color les recuerda a la sangre.

—¿Qué? ¡Soy pelirroja!

Me agarra un mechón de mi cabello y lo examina.

—Joder. Lo eres. Pero no te preocupes. Mientras los tiburones se distraen contigo, nadaré hasta la orilla y buscaré ayuda.

—Muchas gracias. —Me agarro a él, rodeando su cintura con las piernas y sus hombros con los brazos—. Si me agarran a mí, también te agarrarán a ti.

En ese momento, una ola nos salpica a los dos, haciéndolo perder el equilibrio y sumergiéndonos un momento. Cuando salimos, tengo la boca y la nariz llenas de agua salada y me arden los ojos. Escupo el agua y jadeo en busca de aire. Siento que sus brazos me rodean, su piel cálida contra el agua fría del océano. Un momento después, vuelvo a sentir la arena bajo mis pies. Nos ha llevado nadando de vuelta a la playa. Me dirijo a mi camisa y la uso para secarme los ojos. Cuando ya no me arden los ojos y puedo volver a mirarlo, veo que se está riendo de mí.

—Por eso no me sumerjo más allá de las rodillas —le digo.

—¿Qué? ¿No puedes soportar un poco de agua salada en los ojos?

—No. Me quemó. ¿Cómo estás?

Se encoge de hombros.



—Solía nadar en el océano todo el tiempo. Me acostumbré al agua salada.

—¿En serio? Creía que habías dicho que nunca habías estado en la playa.

—Prácticamente crecí en la playa —dice—. Sólo que no en esta playa.

—Oh. Y yo que pensaba que te estaba quitando la virginidad playera. Se ríe.

—Ni por asomo.

Me siento en la arena, lo bastante cerca del agua para que las olas me salpiquen los pies. Él se sienta a mi lado.

—Me sorprende no haberte asustado todavía —le digo.

Sonríe.

—¿Por qué ibas a asustarme?

—Puedo enumerar un montón de razones. —Empiezo a contar con los dedos—. Mi fobia a los ascensores, aparecer en televisión en directo sin cuerpo, mis chistes de mal gusto sobre el marisco...

—A mí me parecen un montón de rarezas adorables. Si intentabas asustarme, lo has hecho fatal. Necesito más de ti.

Extiendo los brazos a los lados, señalando mi cuerpo.

—Me has atrapado.

—No quiero solo tu cuerpo. —Se acerca un poco más a mí, lo que acelera mi pulso y calienta mi cuerpo. Se inclina y roza suavemente sus labios con los míos—. Te quiero toda.

—¿Mi cabeza también?

Sonríe, mostrando sus dientes blancos.

—Sí. Tu cabeza también. Pero preferiblemente con tu cuerpo pegado.

Por alguna razón esa afirmación me hace pensar en la carta de Luca, sacándome momentáneamente de este momento. Me tomo un segundo para recuperarme y recordar con quién estoy y dónde estoy. Es la primera vez que pienso en Luca desde que Jake apareció en mi puerta. Tiene la manía de mantener mi mente en el presente, donde debería estar... excepto ahora, cuando Luca se cuela de nuevo en mis pensamientos, sin ser invitado.

—No te preocupes. Espero evitar que me decapiten —le digo.

—Es bueno saberlo. —Me besa de nuevo, otro ligero y dulce picotazo en los labios.

—¿Le dices lo mismo a alguna otra mujer?



Se aparta y me mira, dejándome pensando por un momento si he dicho algo equivocado. Luego se ríe.

—Voy a suponer que te refieres a la parte de “te deseo” de lo que he dicho, porque el tema de las decapitaciones no suele salir en las conversaciones. Pero no. No salgo con nadie más, si es eso lo que preguntas. ¿Tu lo haces?

Niego, pero vuelvo a pensar en las dos últimas cartas de Luca. Me sorprende sentirme un poco culpable. No debería sentirme así. No le he prometido nada a Luca. Ni siquiera puedo responderle.

—Entonces, ¿estamos de acuerdo? —dice tímidamente.

Me pregunto si es su forma de pedirme que seamos exclusivos. No puedo negarme, porque he sido yo quien ha sacado el tema. De todas formas, no quiero negarme. Abro la boca para decir:

—Sí —pero me detengo porque se me ocurre una idea—. Sé cómo podemos hacerlo oficial.

Enarca una ceja.

—¿Cómo?

—Tienes que escribir nuestros nombres en la arena. Dentro de un corazón.

Se lo piensa un momento. Mira la arena húmeda sobre la que estamos sentados y dice:

—Haré uno aún mejor. Date la vuelta.

—¿Qué?

—Date la vuelta. Quiero que sea una sorpresa.

Me levanto y me doy la vuelta, dándole la espalda a él y al océano.

—¿Qué clase de sorpresa? —Le pregunto.

—Ya lo verás.

—Oh, Dios. No me vas a proponer matrimonio, ¿verdad? Quiero decir, me gustas y todo eso, pero aún no conozco a tus padres.

Puedo oír la risa en su voz cuando responde.

—Si estamos hablando de asustar a alguien, esa sería la forma de hacerlo.

—Eso o aparecer decapitada en televisión en directo —ofrezco.

—No creo que haya nada que puedas hacer para asustarme, Naomi.

—¿Y si me pongo a orinar? Aquí mismo. De pie. A través de mi ropa interior.



—Asumiría que te picó una medusa y no me di cuenta.

—¿Y si te dijera que soy un robot?

—Entonces diría que quien te construyó hizo un trabajo excelente.

Puedo oír su mano raspando la arena mientras escribe nuestros nombres en ella.

—¿Y si te dijera que odio a los niños?

—Entonces yo también los odio.

—¿Y si te dijera que quiero un bebé ahora mismo?

—Diría “empecemos a intentarlo”, pero si eres un robot, quizá tengamos que adoptar.

Resoplo, conteniendo una carcajada. Nunca había conocido a nadie como él. Empiezo a preguntarme dónde ha estado este tipo toda mi vida. Pienso en el último chico con el que tuve una cita, que no parecía creer que nada de lo que yo decía tuviera gracia. Luego pienso en Luca y en todas las ridículas cartas que nos enviamos a lo largo de los años. Me pregunto cómo será en la vida real. Me pregunto si nos llevaríamos así. Aparto esos pensamientos. No debería estar pensando en Luca cuando me lo estoy pasando tan bien con Jake.

—¿Ya puedo darme la vuelta?

—Casi. Solo un segundo. —Le escucho dar los últimos toques y luego alisar la arena con la mano—. Bien. Date la vuelta.

Hago lo que me dice. Me sorprende ver que no ha escrito nuestros nombres, sino que ha dibujado en la arena lo que parece un terrible retrato nuestro. Ha dibujado dos grandes rostros sonrientes: una con el cabello hecho de crujientes algas rojas y la otra supongo que es él. Debajo de su rostro ha dibujado un cuerpo de palitos. Alrededor de ambas hay dibujado un gran corazón, con varios corazones más pequeños rellenando el espacio sobrante.

—No has terminado —digo señalando a la que se supone que soy yo—. No me diste un cuerpo.

—Está terminado —dice—. Estoy seguro de que cualquiera que se encuentre con esto sabrá exactamente quién se supone que es.

—¿Quién diría que eras tan buen artista? —le digo—. Deberías haber ido a la escuela de arte.

—Sí, pero entonces ¿quién salvaría a las morsas?

—Seguro que podrías hacerles un bonito dibujo.

Una ola nos salpica los pies y, cuando se adentra en el océano, se lleva mi cabello de alga y sólo deja un leve rastro de su dibujo.



Alargo la mano y le toco el hombro, que tiene un ligero tono rosado.

—Oh, no. Parece que ha dejado una mancha. Creía que habías dicho que no te quemabas.

Se mira el hombro, parece sorprendido.

—Es la primera vez.

—Quizá deberíamos irnos a casa —sugiero—. A menos que quieras quedarte y construir un castillo de arena.

—Por muy divertido que suene, probablemente debería irme a casa. Les prometí a los gatitos que los llevaría a jugar a los bolos.

Me calzo las sandalias para volver a caminar por la arena caliente hacia el estacionamiento.

—No puedo decepcionar a los gatitos. Hace tiempo que no escucho ruidos arriba. Pensé que tal vez habías renunciado a los bolos.

—He estado tratando de mantenerlo en silencio para ti.

—Qué considerado.

Me toma de la mano y la sostiene el resto del camino hasta el auto. Cuando volvemos al edificio, Joel está en la recepción.

—Buenas tardes, Joel.

Responde con un “hola” medio gruñón y el ceño fruncido. Mi sonrisa vacila un poco. No sé si me lo estoy imaginando, pero últimamente no parece contento de verme. Me vuelvo hacia Jake y veo que le devuelve el ceño a Joel. Por fin se ha dado cuenta de la actitud del viejo hacia nosotros. Me pregunto si va a decir algo, pero no lo hace.

—¿Necesitas revisar tu correo? —le pregunto.

Su ceño se frunce y me sonrío.

—No. Lo he recibido antes.

Cuando llegamos a mi piso, hace una pausa y tengo la sensación de que está esperando algo.

—Hoy me lo he pasado bien —le digo.

Se inclina y acerca sus labios a los míos. Se aparta despacio, con los ojos puestos en mi boca.

—Yo también. —Mira hacia la puerta de mi apartamento y vuelve a mirarme—. ¿Puedo entrar?

Aunque me moría por oírle hacer esa pregunta, me siento indecisa. Quiero concentrarme en él cuando estemos juntos, pero no puedo hacerlo si mis pensamientos se desvían una y otra vez hacia Luca y sus cartas.



—Quizá deberíamos ir despacio. —Me mata oír esas palabras salir de mi propia boca—. ¿Te parece bien?

Sonríe.

—Claro que sí.

Me besa una vez más y se va por el pasillo hacia las escaleras. Entro sola en mi apartamento. Recojo la tarjeta de visita de Penelope Hayes de la encimera de la cocina, la miro un momento y la tiro a la basura.

Algo rueda por el suelo por encima de mí, haciendo retumbar el techo. Me imagino a Jake ahí arriba, jugando con los gatitos, y sonrío.



CAPÍTULO VEINTIUNO

CORREOS DE FANS

Naomi

164

—Eres una genia.

Son las primeras palabras que me dice Patrick Facey cuando me ve el martes por la mañana. Tiene el rostro sonrojado y los ojos más brillantes que nunca. Da un poco de miedo. No sabía que el hombre pudiera parecer tan eufórico.

—¿Puedes ponerlo por escrito? —Le pregunto—. Porque ayer estuviste a punto de despedirme.

—Nuestra emisora nunca ha sido tan popular —dice—. Ayer conseguimos más de mil seguidores nuevos en nuestra página de Facebook, y siguen llegando más. A todo el mundo le encantó tu cabeza flotante.

—Bien. Aceptaré un aumento, si insistes.

—Muy graciosa. En realidad quería hablar contigo sobre ampliar el tiempo que estás en emisión. No tendrías que quedarte hasta más tarde, pero los espectadores verían más de ti y de tu brillante personalidad.

Sé que no es idea suya. Anoche leí los comentarios en las redes sociales del canal de noticias, donde los comentaristas rogaban al canal que los dejara ver más de mí.

Me reclino en la silla y cruzo las piernas, fingiendo que me lo estoy pensando.

—¿De cuánto tiempo más de emisión estamos hablando?

Se encoge de hombros.

—Quizá uno o dos minutos por segmento. Podrías bromear con los presentadores. Las he oído hablar a ti y a Anette. Sé que puedes ser graciosa cuando quieres, y creo que nuestros espectadores también quieren ver eso.

—Uno o dos minutos más requerirían más planificación por mi parte. También me daría menos tiempo para planificar. Parece más trabajo. ¿Qué gano yo?

—Tendrías más exposición. Todo Miami te estaría observando.



—Tienes razón. Más exposición podría ser algo bueno. Tal vez incluso consiga otra oferta de trabajo con un sueldo más alto, y me lleve a todos tus nuevos espectadores conmigo a otra emisora.

Aprieta los labios y su cabeza semicalva se pone más roja.

—Estoy seguro de que podemos llegar a un acuerdo que nos haga felices a los dos. ¿Qué te parece, un aumento del cinco por ciento?

Miro al techo, fingiendo que es la primera vez que lo pienso. Luego lo miro a los ojos y le digo:

—Más bien un veinte por ciento.

—¿Veinte por ciento? ¿En serio?

—Veinte por ciento —repito, manteniendo el tono uniforme. Levanto una ceja.

—Bien. Bien. Veré qué puedo hacer.

Sale de la habitación y yo vuelvo a girar la silla hacia el escritorio. Segundos después, Anne entra en la habitación con mi vestido verde colgado de un brazo y un café para mí en la otra mano.

—¿Qué le pasa a Patty-boy? Parecía muy nervioso.

—Quiere que pase más tiempo en emisión para que nuestros nuevos fans sigan viéndonos. Le dije que lo haría por un aumento. Creo que no le gustó lo mucho que le pedí.

Pone la taza de café a mi lado y luego coloca el vestido junto a ella.

—No te subieron mucho el sueldo cuando entraste a tiempo completo. Seguro que sin Emmanuel pueden permitirse lo que hayas pedido.

—Eso suponiendo que Patty no se subiera el sueldo a sí mismo y a los presentadores cuando Emmanuel se fue.

—Cierto. —Echa un vistazo a la bolsa en la que traje su ropa—. ¿Esto es mío?

—Siento no haberla lavado.

—No pasa nada. Tampoco lavé tu vestido. La etiqueta decía que sólo se podía lavar en seco. Eso, y que no esperaba que gastaras todas tus monedas en lavar una carga tan pequeña.

—Eso es lo que espero de la casa que voy a comprar. Una lavadora y una secadora. Bueno, al menos los enganches.

—Sí. Eso es imprescindible. Consigue una lavadora y una secadora, y estaré en tu casa una vez a la semana para lavar la ropa.

—Tal vez me olvide convenientemente de darte mi dirección.

—No pasa nada. Te seguiré a casa.



—Acosadora.

Anne toma la bolsa con su ropa y me deja concentrarme. Salgo al aire con ropa normal y me pregunto si alguno de nuestros televidentes se sentirá decepcionado porque ya no soy sólo una cabeza flotante. Quizá Patrick convierta el vestido verde en mi nuevo uniforme.

Termino mi último informe del día y vuelvo a mi mesa. Me sorprende ver a Anne de pie junto a un ramo de flores con un montón de papeles en la mano.

—¿Son para mí? —Hago ademán de juntar las manos—. Oh, Anette. No deberías haberlo hecho.

—Tú también recibiste un montón de correos de fans. Y no de tu penemy. Tienes correos de fans de verdad.

—¿Ya? Sólo ha pasado un día.

—Eso es lo mágico de Internet —dice—. Nos permite usar el correo electrónico. Creo que eres la única persona que conozco que aún utiliza el correo postal para algo que no sea pagar las facturas del médico.

Me entrega la pila de papeles.

—¿Imprimiste los correos? —le pregunto—. ¿Por qué no me los reenviaste?

—Pensé que sería más divertido leerlos así.

Leo el primer correo, cuyo contenido es el mismo que el de los comentarios sobre mi video del tiempo sin cuerpo. Se lo devuelvo a Anne y vuelvo mi atención a las flores.

—¿Quién las ha enviado? —Me inclino y respiro profundamente, disfrutando de su fragancia. Hacía mucho tiempo que nadie me enviaba flores. Me pregunto si serán de Jake.

Saco el pequeño sobre blanco, lo abro y saco la tarjeta. Reconozco la letra.

—Luca —digo en voz alta antes de empezar a leer.

Querida Naomi,

Un millón de bichos microscópicos viven dentro de estas flores, y cuando las hueles, todos los bichos serán absorbidos por tus fosas nasales y te comerán el cartilago hasta que ya no tengas nariz.

Xoxo,

Luca

—¿Te envió flores? Interesante.

—También me ha dicho que voy a perder la nariz.

Le doy la nota. Ella la lee y se ríe. Luego le da la vuelta y frunce el ceño.

—¿Qué? —le pregunto.



Me devuelve la tarjeta.

—Es de una floristería local.

—¿Y?

—Y es su letra, ¿no?

La examino detenidamente. Su letra fue lo primero en lo que me fijé cuando saqué la tarjeta del sobre.

—Supongo que es posible que llamara y el florista tuviera la misma letra que él.

Incluso mientras lo digo, sé que no es probable. Recuerdo la carta que envié ayer y que recibí el mismo día. No quiero contárselo a Anne, porque entonces querrá saber qué decía la carta. Probablemente no tenga importancia. Por la expresión de su rostro, sé que me ha calado.

—¿Qué sabes tú que yo no sepa? —pregunta—. ¿Te envió otra carta?

Me molesta lo difícil que es ocultarle un secreto.

—No creo que esté en San Diego.

—¿Crees que está en Miami?

—No lo sé. Envié una carta ayer. Es imposible que haya llegado desde San Diego en un día. Mencionó mi cabeza flotante. No podía saber de antemano que yo iba a hacer eso.

—No puedo creer que no dijeras nada antes. ¿Cuándo ibas a contármelo?

—Te lo digo ahora.

Ella entrecierra los ojos, sus labios se curvan en una sonrisa sospechosa.

—¿Qué escondes?

—Nada. —Se me calienta el rostro. Bebo un trago de agua con la esperanza de que disuelva mi rubor.

—Te ha enviado flores. Eso ya es algo.

—Sólo las envió como parte de una broma. ¿No leíste la nota?

Toca uno de los pétalos.

—Es un arreglo precioso. No puede haber sido barato. Es una broma un poco cara, ¿no crees?

—Sería propio de él hacer una broma así.

Incluso cuando las palabras salen de mi boca, no estoy segura de creerlas. Me imagino a Luca entrando en una floristería y eligiendo un ramo para mí. Me pregunto si ha elegido el primero que ha visto o si se lo ha pensado mejor. Por mucho que quiera negarlo, me pregunto si Anne tiene razón. Me preocupa que Luca busque algo más que escribir cartas.



—¿Conservaste el sobre en el que envió la carta? —pregunta Anne—. Quizá el remitente muestre desde dónde fue enviada.

—No guardo los sobres. Lo tiré y luego saqué la basura. No voy a buscarlo en el contenedor.

Anne suspira pesadamente como si la incomodara.

—Quédate con el siguiente. Quizá si averiguamos de dónde vienen, no tengamos que volver a San Diego este fin de semana.

—Bien, porque todos estos viajes están empezando a hacer mella en mi cuenta bancaria. Eso, y Jake me quiere para él solo este fin de semana.

—Apuesto a que sí. —Ella mueve las cejas—. ¿Quieres ir a comer?



Joel está en el mostrador de seguridad cuando llego después de comer. Sonríe cuando entro por la puerta.

—Buenas tardes, Naomi.

Me sorprende el saludo amistoso. Siento que las últimas veces que lo he visto ha sido frío conmigo.

—Hola Joel. ¿Cómo estás?

—De maravilla. —Hace un gesto con la cabeza hacia los buzones, donde el cartero los está llenando—. Has llegado justo a tiempo. Hoy llega mucho correo.

—Perfecto.

Abro mi buzón y saco un montón de cartas. Lo hojeo: facturas, correo basura y más facturas. Cuando llego al final de la pila y veo mi nombre y mi dirección escritos con esa letra tan familiar, siento una gran emoción. Entonces recuerdo lo que dijo Anne. Me vuelvo hacia el cartero, que ya está terminando, y le enseño el sobre más reciente de Luca.

—¿Puede decirme desde dónde se habría enviado esta carta?

Se inclina para mirar el sobre, frunce el ceño y me lo quita de las manos. Le da la vuelta, se encoge de hombros y me lo devuelve.

—No pasó por la oficina de correos —dice—. No lleva remitente. Ni siquiera hay sello.

—¿Qué? —Le doy la vuelta y me doy cuenta de que tiene razón—. Pero estaba en mi buzón. ¿Cómo es posible? ¿Quizá porque no tiene remitente?

Sacude la cabeza.



—Lo habrían retenido en Correos y te habrían avisado de que tienes que pagar el franqueo para recibirlo. Alguien debió de ponerlo en tu buzón.

Me quedo mirando el sobre un momento. Soy consciente de que el cartero me observa durante unos segundos antes de darse la vuelta y salir del edificio. Sólo se me ocurre una explicación: Luca ha estado en mi edificio. O quizá se lo ha dejado otra persona. Sea como sea, tiene que estar en Miami.

—¿Pasa algo, Naomi?

Miro a Joel, recordando que no estoy sola. Entonces se me ocurre una idea.

—Estás aquí casi todo el día, ¿verdad?

—Más o menos.

—¿Has visto entrar en el edificio a alguien que no viva aquí? ¿Quizá alguien merodeando por los buzones?

—No se me ocurre nadie fuera de lo normal —dice. Su mirada se dirige a la pila de cartas que tengo en las manos—. ¿Puedes describir su aspecto?

Sacudo la cabeza.

—No tengo ni idea. —Me doy cuenta de lo ridícula que debo sonar—. ¿Podrías vigilar a alguien que no viva aquí y pueda estar metiendo cosas en los buzones? No quiero meterlos en problemas. Sólo quiero saber quién es.

Sonríe.

—Ese es mi trabajo.

—De acuerdo. Gracias.

Subo las escaleras y, cuando entro, dejo las flores en la mesa de la cocina y abro el sobre.

Querida Naomi,

¿Mencioné que lamento no haberte escrito en dos años? Porque lo siento. Cuando encontré la última carta que me enviaste, ya te habías mudado y todas las cartas que te envié me fueron devueltas a patadas. Supongo que tal vez pasó lo mismo cuando me escribiste. Es sólo una suposición por mi parte. Tal vez no intentaste escribirme de nuevo. Espero que lo hicieras.

Todavía tengo la última carta que me enviaste. Mi ex la interceptó y me la escondió durante siete meses. Supongo que no le gustó que me dijeras que no me casara con ella y que podía ir a esconderme contigo. Ojalá hubiera recibido esa carta mucho antes. No me habría quedado con ella tanto tiempo y habría aceptado tu oferta.

Hablando de esa oferta, ¿todavía es válida? Porque me gustaría ir a esconderme contigo, si me aceptas. Sólo dilo y soy tuyo.

Con amor, Luca



No sé por qué mis rodillas se sienten tan débiles. No entiendo por qué después de todos estos años sus palabras me hacen sentir así. Recuerdo la última carta que le envié hace dos años. Me había preparado para lo que le diría cuando, inevitablemente, se burlara de mí por haberlo invitado a venir a esconderse conmigo. En el momento en que la escribí, lo había dicho en serio. Tal vez no esperaba que aceptara mi oferta, pero cuando la escribí me sentía sola y tal vez un poco aventurera.

Quería cambiar de aires, así que empecé a buscar trabajo en otras ciudades. Mi novio de entonces no quería desarraigar su vida para mudarse conmigo, así que tomamos la decisión mutua de romper. Era lógico. No llevábamos mucho tiempo saliendo. Unos días después recibí la carta del compromiso de Luca. La temporada de rupturas estaba en el aire, y no parecía que él quisiera casarse. Quizá una parte egoísta de mí temía que dejara de escribirme cuando sentara cabeza. Ese temor pareció confirmarse cuando dejé de tener noticias suyas durante los dos años siguientes.

Durante un tiempo, me pregunté si aparecería en mi puerta después de haberle enviado la última carta. Pero luego me mudé a Miami, y sabía que eso no sucedería a menos que él tuviera mi nueva dirección. Pero la siguiente carta que envié fue devuelta, y también la siguiente. Tardé más de lo que me gustaría admitir en aceptar que Luca se había casado y que ya no le interesaba escribirme.

Ojalá pudiera escribirle ahora. Ojalá no tuviera que utilizar mis partes meteorológicos como una forma ridícula de enviarle mensajes. Miro el sobre roto y sin sello y se me ocurre una idea.

Le he dado demasiadas vueltas.

Busco un cuaderno y un bolígrafo en mi habitación, vuelvo a la mesa de la cocina y empiezo a escribir.

Querido Luca,

¿Cuánto tiempo llevas en Miami? Sé que estuviste en mi edificio. No sé si debería asustarme o alegrarme de poder escribirte por fin. Tal vez querías que me diera cuenta para que no volviera a Georgia y molestara a tus viejos amigos. ¿Por eso no te molestaste en poner un sello en el sobre?

Intenté enviarte mi nueva dirección cuando me mudé aquí, pero ya debías de haberte mudado porque me devolvieron la carta. Tenía la esperanza de que aparecieras por mi puerta algún día. De hecho, todavía espero que lo hagas.

Con amor, Naomi

Doblo la carta y la meto en un sobre. Me tiemblan las manos cuando lo cierro. La miro un momento, intentando decidir si realmente quiero que la lea. Tengo miedo de que aparezca. No sé por qué me asusta. ¿Qué es lo peor que puede



pasar? Ha tenido mi dirección durante años y nunca apareció para asesinarme. Pero no es eso lo que temo. En realidad no sé de qué tengo miedo.

Escribo su nombre en el sobre. Nada más, ninguna dirección. Me pongo los zapatos y bajo las escaleras. Paso junto a Joel y meto el sobre en la estantería que hay encima de los buzones, donde Luca podrá verlo si vuelve a entrar en el edificio.

Joel me mira con el ceño fruncido cuando me doy la vuelta.

—¿Qué es eso?

—Un cebo —le digo—. Avísame si ves quién lo toma.

Responde con un gruñido. Vuelvo a subir.



CAPÍTULO VEINTIDÓS

PIENSA EN MÍ

Naomi

172

Esta noche sueño con Luca. Empieza de forma bastante inocente. Salgo de mi piso y él está ahí, de pie en la acera, de cara a la calle. No sé cómo sé que es él, pero lo sé. Lo llamo por su nombre y se da la vuelta, pero antes de que pueda verle el rostro, ya estoy en otra parte. Estoy en mi apartamento y él está aquí. Está oscuro, así que no puedo verlo. Es evasivo. En un momento, está a mi lado, y al siguiente, lo alcanzo, pero es como intentar agarrar humo. Mis manos resbalan a través de él y entonces está al otro lado de mí, riéndose. Caigo al suelo y, de repente, sus piernas se enredan con las mías. Intento tocarlo, pero se mueve y lo único que siento es una manta. Mi suelo está cubierto de mantas.

Sus manos se deslizan por mi cuerpo y me susurra al oído que le excita ver mi cabeza flotando en las noticias. Vuelvo a tomarlo y, aunque está tan cerca de mí, lo único que siento es la tela de la manta. Se ríe de mí y me pregunta por qué no he intentado encontrarlo antes. Empiezo a frustrarme. Solo quiero tocarlo, saber que es real, pero cuanto más lo intento, más me enredo con las mantas, hasta que ya no puedo sentirlo.

Me despierto sobresaltada cuando escucho que llaman a mi puerta. Tengo las cortinas oscuras puestas, así que parece que es medianoche, pero cuando miro el reloj de la mesita, veo que son solo las siete de la tarde. Llevo una hora en la cama. Gimo. Mi primer instinto es gritar a través de la puerta a quienquiera que haya interrumpido mi sueño. He estado tan cerca de encontrar a Luca. Siento todo el cuerpo enrojecido. No sé qué habría hecho si hubiera podido llegar hasta él en mi sueño. Me siento tensa, como si estuviera a punto de descubrir algo importante. Siento un cálido dolor entre las piernas y me doy cuenta de que sé lo que es. Lo quería aquí, en mi cama, conmigo. Estaba a punto de tener un sueño erótico. Con Luca.

Quienquiera que perturbara mi sueño lo hizo justo a tiempo, aunque no estoy segura de que saber esto sea mejor. Me tapo el rostro, pero cuando cierro los ojos, lo único que veo son las imágenes de mi sueño. Siento calor en todo el cuerpo y una fina capa de sudor me cubre la piel. Por mucho que no quiera pensar en lo que acaba de pasar dentro de mi cabeza, sé por qué ha sucedido. Es por todo el tiempo que he pasado con Jake -las caricias, el coqueteo, pero sin ir más allá-, combinado con las cartas de Luca, que insinúan que él quiere más. Mi cuerpo vuelve a estar confuso e intenta engañar a mi mente para que tenga pensamientos que no debería tener.



Mientras mi mente empieza a despertar, me pregunto quién podría estar en mi puerta. Empiezo a pensar en una lista de posibilidades. Quizá haya un incendio en el edificio y no haya saltado la alarma. Tal vez hay una emergencia que sólo un meteorólogo puede ayudar a resolver. Seguro que si es una emergencia, volverán a llamar. A lo mejor es alguien que no vive en el edificio, que no sabe que ya estoy en la cama.

Me siento con la espalda recta y se me cae la manta. Pienso en la carta que dejé para Luca encima de los buzones. ¿Podría ser él? ¿Ha vuelto ya sólo para comprobar si le he dejado una carta?

Enciendo todas las luces de mi apartamento de camino a la puerta principal. Pienso en pasar por el baño para asegurarme de que estoy presentable, pero decido no hacerlo y me conformo con arreglarme el cabello frente al espejo del pasillo. Respiro hondo antes de abrir la puerta.

No sé por qué me sorprende tanto encontrar a Jake al otro lado. Debería haber sabido que sería él. Inmediatamente me siento culpable por lo que estaba soñando hace un minuto.

—Siento llegar tan tarde —dice—. He tenido un mal día y... necesitaba verte.

Abro la puerta un poco más y lo dejo pasar. Se detiene al final del pasillo y echa un vistazo a la habitación. Saber que ha tenido un mal día me hace sentir aún más culpable por mi sueño, como si de alguna manera hubiera contribuido a que su día fuera una mierda, aunque él no podía saber lo que pasaba por mi cabeza. Me pregunto si Joel mencionó que dejé una nota para otro hombre en el vestíbulo.

—¿Por qué tuviste un mal día? —le pregunto. Me apoyo en la pared del pasillo frente a él.

Levanta la mano y se frota la nuca.

—Cosas de familia —dice con un suspiro.

Ya había mencionado antes que tiene una gran familia. Siempre me ha dado envidia la gente con hermanos, pero supongo que no está exenta de dificultades.

—Siento oír eso. ¿Quieres hablar de ello?

Niega. Cuando vuelve a hablar, su voz sale en un susurro tan bajo que apenas puedo escucharlo.

—Sólo quiero vivir como si no pasara nada durante un poco más de tiempo.

Puede que no sepa qué le pasa, pero creo que sé cómo podría ayudarlo a sentirse mejor. Justo cuando lo pienso, sus ojos recorren mi cuerpo y recuerdo la última vez que ambos estuvimos en este pasillo. La chispa que se despertó en mi sueño sobre Luca se vuelve a encender. Quizá sea esto lo que necesito para poner fin a ese sueño y a esos pensamientos inoportunos sobre Luca.

Me acerco a él y dejo que mis manos se apoyen en su cintura. Respira hondo, como si incluso un contacto tan leve como este le provocara algo. Me pongo de puntillas para alcanzarlo mejor. Inclina el cuello hacia abajo y nuestros labios se



encuentran en algún punto intermedio. Es suave y dulce, pero no dura mucho. Sus brazos me rodean y sus manos se mueven de mi caja torácica a mi cintura, de ahí a mis caderas y más abajo. No estoy segura de cuándo me acerca a la pared, pero lo siguiente que recuerdo es mi espalda contra ella y su cuerpo contra el mío. Esta vez no se detiene. Siento su peso empujándome, encajando perfectamente entre mis muslos. Cuando balancea sus caderas contra las mías, noto su forma.

Me agacho y lo toco a través de sus pantalones de chándal.

—¿Qué ha pasado con lo de ir despacio?

—He cambiado de opinión. ¿Te parece bien?

Asiente y exhala un “Sí” apenas audible.

—Tomo la píldora —le digo—. ¿Estás limpio?

Asiente.

—Me he hecho la prueba.

—Yo también. —Le bajo la cremallera y...—. Oh, vaya. Eso es...

Quiero decir que es grande, pero por su sonrisa de suficiencia me doy cuenta de que él ya lo sabe. Lo tomo con la mano y lo acaricio. Su piel es suave y caliente, y está tan duro que sólo de pensar en lo que podría hacerme me recorre el cuerpo y baja entre las piernas.

—Me gusta —murmura. Me aprieta el rostro contra el cabello. Noto su aliento caliente en mi cuello.

Su mano desciende por mi cadera hasta que sus dedos se introducen bajo mi cintura, pero se detiene ahí. Le tomo la mano y la guío un poco más hasta que él baja solo el resto del recorrido y llega a ese punto tan sensible que tengo entre las piernas. Introduce los dedos y mi cuerpo responde con un estremecimiento. Lo hace de nuevo, y esta vez jadeo.

—Quítate esto —dice, tirando de mi camisa con la otra mano.

Lo suelto para quitarme la camisa, pero mi acción se retrasa cuando me penetra más profundamente, haciéndome gritar y aferrarme a sus hombros involuntariamente. Lo intento de nuevo, pero me veo obligada a soltarlo cuando vuelve a hacerlo.

—No puedo quitármela si sigues... —Le muerdo el hombro para no gritar demasiado.

Me suelta y me quita la camisa por la cabeza, luego se quita la suya y las deja caer al suelo. Me levanta y me sujeta contra la pared, con el medio pegado al suyo. Le rodeo la cintura con las piernas. Me besa desde la oreja hasta el pecho, pasando por la mandíbula y el cuello. Se concentra en mis pechos durante un minuto, prestándoles la misma atención. Le agarro el cabello con los dedos y, cuando se lleva el pezón a la boca, aprieto y lo rodeo con las piernas. Él sigue, su lengua recorre mi pezón hasta que apenas puedo aguantar más. Nunca había estado tan cerca del orgasmo. No sabía que fuera posible.



Incapaz de aguantar más, me separo de su boca. Me mira con una mirada primitiva.

—Te necesito —le digo—. Ahora mismo. —Calculo mentalmente la distancia hasta el dormitorio. Está demasiado lejos—. Llévame al sofá.

Me rodea por la cintura y me lleva al sofá. Cuando llegamos, me tumba boca arriba y me baja el pijama. Me quita las bragas. Cuando me ve completamente desnuda, suelta un suspiro.

—¿Estás segura? —me pregunta.

—Sí. Ven aquí. —Me siento y lo arrastro al sofá conmigo.

Se mete entre mis piernas hasta que noto su punta en el centro. No me penetra de inmediato. Se queda ahí un momento, con sus labios en mi cuello, en mi oreja, bajando por mi mejilla hasta mi boca. Sus dientes tiran de mi labio inferior.

Le rodeo la espalda con las piernas, tirando de él para que entre en mí. Se contiene y creo que me voy a volver loca de lo cerca que estamos.

—Por favor —le susurro al oído. Se acerca lo suficiente para hacerme suplicar—. Más.

Se toma su tiempo y, con cada centímetro que me da, me acerca a un límite en el que nunca había estado. Nadie me había provocado como él. Cuando está dentro de mí, ya estoy a mitad de camino. Aprieto los hombros con los dedos, noto sus músculos mientras se balancea contra mí.

Me entierra el rostro en el cuello, su aliento me calienta la piel. Cuando me hace el amor, no parece que sea la primera vez. Se mueve como si supiera exactamente lo que me gusta. No estoy segura de saber lo que me gusta hasta que estamos allí, y él se sumerge en mí, llevándome cada vez más alto hasta que no puedo aguantar más. No se detiene cuando llego al clímax. Con cada vaivén de sus caderas contra las mías, me lleva a un nivel completamente nuevo que nunca antes había sentido. Pierdo todo el control y aún no tengo suficiente. Mis brazos se tensan alrededor de sus hombros, mis piernas lo acercan mientras mi cuerpo palpita alrededor del suyo. Grito, sin importarme que mis vecinos puedan oírme. Lo único que importa en este momento es él, lo bien que me siento y que podría vivir en este momento el resto de mi vida.

Justo cuando la sensación empieza a disminuir, él une sus labios a los míos y me penetra más profundamente, provocando una última oleada de placer en todo mi cuerpo.

Nos quedamos tumbados un momento, él encima de mí y yo con las piernas enroscadas en su espalda. Los dos respiramos con dificultad, relajándonos lentamente. Se separa de mí e inclina el cuerpo para colocarse entre el borde del sofá y yo.

Cuando me recupero un poco, suspiro, pero más bien me río. Él sonríe, divertido por mi reacción.



—Ha estado bien —le digo, sin importarme alimentar su ego—. Jodidamente bien.

Nos miramos un momento. Incluso en la penumbra del salón, el azul de sus ojos es penetrante. No creo que pueda cansarme de mirarlo a los ojos.

Mi mirada se desvía hacia la mesita donde dejé el ramo de flores. Justo cuando me pregunto si se habrá fijado en ellas, sigue mi mirada por encima del hombro y las mira. Espero a que me pregunte de quién son, pero no lo hace.

—Perdona si te he despertado —dice, volviendo a centrar su atención en mí.

—No me quejo. Aunque tengo que decir que no parecía que lo sintieras hace un minuto.

Sacude la cabeza.

—Me has atrapado. Supongo que no lo siento tanto.

—Pero tengo que volver a la cama. Siéntete libre de quedarte si no te importa verme dormir.

—¿Tienes una silla en la que pueda sentarme a los pies de tu cama?

Suelto una carcajada.

—Sí tengo, pero preferiría que me miraras desde la otra almohada. Así es un poco menos espeluznante.

—Bien —dice—. Porque aún no he terminado contigo.

Me sigue hasta el dormitorio, pero me impide apagar la luz.

—Me gusta verte —dice—. Toda tú.

Antes estábamos tan cerca que no pude apreciar bien la vista. Ya lo había visto dos veces sin camisa, en la playa y cuando Anne y yo lo vimos corriendo la mañana que volvimos de San Diego. Aun así, verlo así en mi habitación hace que se me corte la respiración. Deslizo los dedos por su pecho firme y bajo por su abdomen esculpido. Sus ojos se oscurecen con mi contacto.

—¿Eres de verdad? —le pregunto, haciéndolo sonreír.

—Podría decir lo mismo de ti. —Me acaricia el pecho y baja la mano hasta la cadera, recorriendo mis curvas con las yemas de los dedos—. Mírate.

Cuando por fin llegamos a la cama, se toma su tiempo conmigo, pero no se burla de mí como la primera vez. Esta vez explora mi cuerpo con las manos y con la boca, besando cada centímetro de mí hasta que me retuerzo y le pido más. Me separa las piernas y me penetra, dándome lo que quiero.

Es más lento y dulce que la primera vez, pero no menos apasionado. Cuando termina, me rodea con sus brazos. Apoyo la cabeza en su pecho y cierro los ojos. Siento el rítmico latido de su corazón, un latido constante que hace que el resto del mundo parezca un poco más tranquilo. Nunca me he dormido fácilmente rodeada por los brazos de otra persona, pero ahora sí.



Esta vez sueño con ojos azules, aviones y cartas sin respuesta.

Me despierto un rato después, cuando él se levanta para apagar la luz. Aún no es medianoche, así que no tengo que levantarme hasta dentro de unas horas. Por un momento pienso que se va, pero entonces noto que el colchón se mueve y las mantas se desplazan cuando vuelve a meterse en mi cama. Me rodea la cintura con los brazos y apoya la cabeza en mi pecho.

En la oscuridad, lo respiro. Paso la mano por la suave piel de su espalda y su firme brazo. Me recorre la parte posterior del muslo con las yemas de los dedos, provocándome un delicioso cosquilleo entre las piernas. Debería dormir un poco antes de ir a trabajar por la mañana, pero la forma en que me toca me inquieta. Lo deseo. Hasta ahora no sabía cuánto lo necesitaba.

Se acerca un poco más y me da un codazo con el muslo. Abro las piernas para él. Su mano serpentea entre mis piernas y me toca, primero con suaves caricias y luego con masajes más profundos, como si supiera exactamente qué hacer para llevarme al clímax. Vuelvo a tomarlo, pero en la oscuridad sólo consigo agarrar un puñado de la manta. Intento apartar la manta, pero ahora está enrollada alrededor de él y lo único que consigo es enredarnos más. Me siento como si hubiera vuelto al sueño que tenía antes de que viniera, solo que ahora es mucho más real. Me está tocando, pero no puedo alcanzarlo porque la manta me estorba. Deja escapar un par de respiraciones rápidas, divertido y riéndose de que no pueda quitarme la manta. Sigue tocándome, sin molestarse en ayudarme a liberarme. Jadeo, subiendo cada vez más alto, y estoy a punto de volcarme cuando el nombre de Luca se me escapa de la boca. Sale en un gemido susurrado, tan distorsionado que ni yo misma lo entiendo del todo. Pero lo escucho. Es el único sonido en esta habitación silenciosa, y sé que él también lo oye, porque sus dedos dejan de moverse. *Mierda.*

Por un momento me quedo tumbada en la oscuridad. Aún siento su cuerpo pegado al mío y su mano sigue apoyada entre mis piernas, pero no se mueve. Empieza a moverse, y estoy a punto de disculparme e intentar explicarme hasta que me doy cuenta de que se está revolcando encima de mí. No me habrá entendido. Seguramente pensó que era un gemido raro. Me quita la manta de encima y lo siguiente que sé es que me está abriendo más las piernas y está dentro de mí. Se mueve despacio, no como alguien que se enfada porque lo han llamado mal. Me devuelve a donde estaba cuando me tocaba. Cuando llego al clímax, le muerdo el hombro, temerosa de lo que pueda salir de mi boca.

Acaba poco después y se queda encima de mí, con su cuerpo inmovilizando el mío contra la cama. En la oscuridad, no puedo verle el rostro, pero noto su aliento y sé que me está mirando. Nuestros pechos suben y bajan a la vez con cada fuerte respiración. Espero a que me pregunte quién es Luca, o al menos qué le he dicho, pero no lo hace. Finalmente se da la vuelta y se queda dormido a mi lado.



CAPÍTULO VEINTITRÉS

ES UN PROBLEMA

Naomi

178

Querida Naomi,

He estado en Miami por un tiempo. Imagínate mi sorpresa cuando me enteré de que tú también vives aquí. Qué pequeño es el mundo. Me alegro de que por fin hayas descubierto cómo responderme. Estaba a punto de rendirme y poner mi dirección del remitente en la próxima carta. Supongo que ahora no tengo que hacerlo.

¿Es un reto o una invitación? Porque si es una invitación, quiero que lo dejes claro. Quiero que me digas que me quieres.

Con amor, Luca

Querido Luca,

Perdona si te he engañado. Probablemente debería mencionar que estoy saliendo con alguien. No era mi intención coquetear contigo, y creo que deberías dejar de intentar coquetear conmigo.

Con amor, Naomi

Querida Naomi,

Apuesto a que no está tan bueno como yo. ¿Puedo enviarte una foto si quieres comparar?

Besos, Luca

Querido Luca,

Veo que sigues siendo tan engreído como siempre. ¿Eres así de perverso en la vida real, o sólo cuando te escondes detrás de un bolígrafo y un papel?

Con amor, Naomi

Querida Naomi,



Sólo quería decir una inocente foto de mi rostro. ¿Pensaste que quería decir una foto de una polla? ¡Venga ya! Ya no estamos en el instituto. Bromas aparte, ¿sabe tu novio lo de nuestras cartas? Porque aprendí por las malas que pueden destruir una relación. Creo que cualquiera que las lea sabrá que estoy enamorado de ti.

Con amor, Luca

Querido Luca,

¿Cómo puedes decir que estás enamorado de mí cuando ni siquiera nos conocemos? Si eso es lo que crees que sientes, deberías habérmelo dicho mucho antes. Ahora es demasiado tarde.

Con amor, Naomi

Querida Naomi,

No es demasiado tarde.

Con amor, Luca



Las cartas llegan más a menudo ahora que sé cómo contestarle. El viernes por la mañana sigo pensando en la última carta que metió al buzón. No sé qué contestarle. Da igual lo mezquina o despectiva que sea. Sigue contestándome y no puedo dejar de pensar en él.

—Encontré algo interesante cuando estaba lavando la ropa.

Creía que ya no iba a dejar que Anne me diera un susto de muerte, pero cuando escucho su voz, grito y casi me caigo de la silla. Me doy la vuelta y la fulmino con la mirada.

—Se acabó. Te voy a comprar un par de tacones de aguja con tacón de metal —le digo—. Tus zapatos son demasiado silenciosos.

—Soy una serpiente astuta —me dice—. Pero tú eres aún más escurridiza.

—¿De qué estás hablando?

—De esto.

Me lanza una hoja de cuaderno arrugada. Flota hacia mi regazo, pero me esquivo por completo y cae al suelo. La recojo y la enderezo.

—Mierda.



Olvidé sacar esta carta del bolsillo de Anne antes de devolverle la ropa. Recuerdo que la metí a escondidas cuando Jake se presentó en mi apartamento el día que fuimos a la playa.

—Esto está a la altura de todos los mensajes espeluznantes que recibo en mis aplicaciones de citas. ¿Lo excitó ver tu reportaje? ¿No pensaste que valía la pena mencionar este pequeño acontecimiento? ¿Qué hay de todas las otras cartas que ha estado enviando a tu casa? ¿Qué más te está diciendo?

Doblo la carta y la meto debajo del teclado.

—No es asunto tuyo.

—Viajé a tres estados diferentes contigo buscando a este tipo. Me dejaste leer todas las cartas que te envió en el instituto. ¿Desde cuándo no es asunto mío?

Gruño.

—Desde que se convirtió en un problema.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué está pasando?

Suspiro, intentando decidir cuánto quiero contarle.

—Le he estado escribiendo.

Sus ojos se abren de par en par.

—¿Te ha dado su dirección? ¿Dónde vive?

—No tengo ni idea. Me di cuenta de que sus cartas a mi apartamento no tenían remitente. Está en algún lugar de Miami.

—Bien. ¿Cómo le contestas entonces?

—Dejo las cartas en mi edificio. Él las toma y me responde.

Tiene los ojos tan abiertos que temo que se le salgan de las órbitas.

—¿Estás de broma? ¿Ha estado en tu edificio? Joder, Gnomo. ¿Cuánto tiempo has estado guardando este pequeño secreto?

—Eso ni siquiera es lo peor. —Cierro los ojos. No puedo creer que le esté contando esto, pero también me siento bien al desahogarme. No tengo a nadie más en quien confiar.

—Continúa —me insiste.

—No puedo dejar de pensar en él.

Frunce los labios.

—¿Pensar en él de qué manera?

Me encojo, preparándome para su reacción a lo que estoy a punto de decir.

—Tuve un sueño erótico. O, no realmente un sueño sexual, pero casi.



—¿Con Luca? —Su voz es tan alta y fuerte que estoy segura de que todo el mundo en el edificio puede oírla.

—Eso no es todo. Jake vino justo después y nosotros, ya sabes...

—Tuvieron sexo —dice, completando los espacios en blanco.

—Dije su nombre.

Frunce el ceño.

—¿El nombre de quién?

—Dije el nombre de Luca en medio de un gemido. No sé qué me pasó. No es que estuviera pensando en él. Me siento fatal por ello.

—Ouch. Eso tuvo que herir su ego.

—No creo que me entendiera. Gracias a Dios. —Exhalo un suspiro.

Ella me mira seria.

—Entonces, ¿ya no crees que sea sólo una aventura divertida? ¿Con Jake?

Sacudo la cabeza.

—No lo sé. Es algo más que eso. Siento algo por él, pero ¿por qué no puedo dejar de pensar en Luca?

—Porque tú también sientes algo por Luca —sugiere Anne.

Suelto una carcajada desesperada.

—No puedo sentir algo por dos chicos al mismo tiempo.

—¿Qué vas a hacer entonces? Si sigues saliendo con Jake y escribiendo a Luca, vas a seguir diciendo su nombre en momentos inapropiados.

Suspiro. Sé que tiene razón. Yo misma lo he pensado. Pero después de no saber nada de él durante dos años, y ahora que por fin puedo responderle, no me atrevo a dejarlo ir todavía.

—No puedo quitarme la sensación de que me estoy perdiendo algo. Le escribo a Luca desde quinto grado. De alguna manera, ambos terminamos en Miami. Nunca he creído en el destino, pero ¿y si es esto? ¿Y si es el universo diciéndome que debo darle una oportunidad?

Espero que me diga que estoy haciendo el ridículo y que debería dejar las cosas como están. Nunca he conocido a Luca y no sé cómo es en realidad. Además, ya he admitido que me estoy enamorando de Jake. A diferencia de Luca, que sólo ha sido palabras sobre el papel, Jake es real, está aquí y lo conozco.

—Creo que el destino y las almas gemelas y todo eso son una mierda —dice—. Pero vamos, Naomi. Llevas escribiéndote con Luca más tiempo del que la mayoría de la gente está casada. No me malinterpretes. No te estoy diciendo que dejes a Jake. Pero dale una oportunidad a Luca. Conócelo.



—Estabas comparando su carta con la de los chicos espeluznantes de tu bandeja de entrada, ¿y ahora dices que debería conocerlo?

Se encoge de hombros.

—Siempre te lo preguntarás si no lo haces. ¿Y quién sabe? Quizá te guste más que Jake.

—No lo sé. Me siento mal. Ya le dije que no estaba viendo a nadie más. Básicamente acordamos ser exclusivos. Y no voy a romper con él sólo para descubrir que Luca es un asqueroso en la vida real. Además, realmente me gusta. No he sentido una conexión así con nadie en... bueno, nunca.

—Entonces dile a Luca que quieres conocerlo platónicamente. Incluso te acompañaré si necesitas una tercera rueda. Pero tienes que elegir entre ellos, Gnomo. No puedes acostarte con uno mientras piensas en el otro. Eso no está bien.

Escuchamos un carraspeo detrás de nosotras. Giro la silla y veo a Patrick de pie, con el rostro más rojo que nunca.

—Desde luego, me metí en la parte equivocada de esa conversación —dice—. Anette. Vuelve al trabajo.

—Sí, jefe —dice ella con un saludo fingido. Se inclina hacia mí y me susurra—: *Elige entre ellos* —antes de seguir a Patrick fuera de la habitación.



CAPÍTULO VEINTICUATRO

VEN A MIAMI

Luca

183

Cuando me fui de Dallas, no sabía adónde ir. Acabé volviendo a San Diego. Todo lo que tenía era mi ropa, mis necesidades básicas y una caja llena de cartas de Naomi. La mayoría de mis muebles se habían vendido antes de la mudanza, y el resto los dejé atrás porque no tenía ganas de pelearme con Penny por ellos. Pude recuperar mi antiguo trabajo. Solo había estado fuera un mes y aún no me habían sustituido. Alguien más se había mudado a mi apartamento, así que acabé viviendo en la habitación libre de Ben e Yvette.

No era la situación ideal. Ben e Yvette se habían casado justo después de la universidad y habían tenido su primer hijo nueve meses después. Cuando me mudé, acababan de tener el tercero. Había muchos gritos y llantos, juguetes por toda la casa y parecía que todo el mundo tenía prisa por llegar a alguna parte. Era un caos.

No estaba triste por la ruptura con Penny, pero todo el mundo parecía pensar que debería estarlo. Era más un alivio que otra cosa. Debería haber terminado mucho antes.

Volví a escribir a Naomi en cuanto me instalé en mi nuevo hogar temporal. Me senté a la mesa de la cocina durante uno de los raros momentos en que los tres niños y su madre dormían la siesta al mismo tiempo. Ben entró en la habitación e hizo una doble toma cuando me vio sentado allí con un bolígrafo y un papel.

—No me digas que sigues escribiendo a esa chica de quinto.

No tuve que levantarle la vista para darme cuenta de que estaba bromeando. Me di cuenta por el tono de su voz.

—Naomi Light —dije.

—Espera. ¿Es en serio? ¿Todavía le escribes?

—Nunca dejé de hacerlo.

—¿Sigue escribiendo mierdas perturbadoras sobre uñeros y perder dedos?

Me encogí de hombros.

—A veces.

—Eres muy raro. No puedo creer que aún le escribas. —Se sentó frente a mí—. ¿Qué pensaba Penny de eso?



Hate

HELL OF
BOOKS

—Ella no era una fan. Me escondió la última carta de Naomi. Es un poco la razón por la que todo estalló cuando lo hizo.

—¿Alguna vez conociste a Naomi en persona?

Sacudí la cabeza.

—Tal vez algún día.

—Creo que es una locura que hayas estado escribiéndole durante tanto tiempo y nunca la hayas conocido. ¿Todavía sigues su página de Facebook?

—Lo intenté. Puso todo en privado. Ya ni siquiera puedo ver sus fotos.

—Probablemente sabía que las mirabas y quería que dejaras de hacerlo.

El recién nacido comenzó a llorar en la otra habitación en ese momento. Ben se fue a ver al bebé y yo terminé de escribir la carta. La eché al correo y esperé. Y esperé. Pasaron unas semanas y me devolvieron la carta. No se podía entregar. Se había mudado.

Guardé la carta durante un mes antes de volver a intentarlo. Envié la siguiente a la última dirección en la que había vivido de adolescente antes de ir a la universidad. Esperaba que sus padres aún vivieran allí y pudieran hacerle llegar la carta. La respuesta llegó un mes más tarde.

Intenté buscarla de nuevo en Facebook, pero su página seguía siendo privada. No había pistas sobre dónde vivía o dónde trabajaba. Ni siquiera tenía la opción de enviarle un mensaje o una solicitud de amistad. No quería renunciar a encontrarla, pero empezaba a perder la esperanza. Quizá era demasiado tarde. Tardé demasiado en contestarle y nuestra larga historia de cartas malintencionadas había llegado a su fin.

Pensé que tal vez era lo mejor. Había colocado a aquella chica en un pedestal tan alto que ninguna otra persona con la que había salido estaba a su altura. Si no hubiera estado comparando a todo el mundo con lo que fantaseaba que podría ser Naomi, ya estaría felizmente casado.

Entonces, un día, recibí una nueva carta por correo. Mi nombre y la dirección de Ben estaban escritos con una letra tan descuidada que habría sabido que no era de Naomi aunque no hubiera incluido el remitente. Me quedé mirando el sobre durante un rato antes de guardarlo, sin abrir, en mi mesita de noche.

Al principio no estaba seguro de cómo mi padre había conseguido mi dirección. Habían pasado más de diez años desde que nos abandonó a mi madre y a mí. No había sabido nada de él desde entonces. Me había dicho cuando se fue que se mudaba a Montana, pero nunca me había dado una dirección para escribirle, y nunca se molestó en escribirme o siquiera llamarme. Me había vuelto insensible a su abandono. Había cosas más importantes de las que preocuparse.

No quería leer su carta y sentirme obligado a perdonarlo por todos los años que había estado ausente. No quería leerla y descubrir que ahora era pobre y que esperaba que yo fuera lo bastante rico como para prestarle dinero. No quería abrir el sobre y encontrarme con una invitación de mal gusto a una boda a la que no iría ni en un millón de años. No quería enterarme de que tenía un cáncer terminal y de



que intentaba reconciliarse conmigo antes de morir. Me enfurecía que pensara que podía volver a mi vida sólo escribiéndome una carta.

La dejé sin abrir en el cajón de mi mesita de noche durante unos meses. Pensé en quemarla o romperla y tirarla sin leerla, pero decidí guardarla. Quizá algún día estaría preparado para leerla.

Llevaba diez meses viviendo con Ben e Yvette cuando me enteré de cómo había encontrado mi padre mi dirección. Penny la había encontrado de la misma manera. Empezó a llamar a casa de Ben y a dejarle mensajes acosadores en el contestador. Debía de haberse dado cuenta de que había bloqueado su número y por eso no le devolvía las llamadas ni los mensajes. Desesperada por localizarme, me había buscado en una base de datos en línea en la que figuraba la dirección de Ben como mi residencia, junto con el número de teléfono particular de Ben.

Pagué a todas las bases de datos que encontré para que eliminaran mi información, y luego desactivé también mi cuenta de Facebook. No quería correr el riesgo de que me encontrara allí incluso después de haberla bloqueado. Ben pudo bloquear su número, pero poco después empezó a enviarme cartas y postales vulgares a su dirección. Yvette me dijo que escribiera “rechazada” en todas las cartas que recibía, y al final dejaron de hacerlo. Sólo me quedaba esperar que volviera a buscarme y, al ver que mi nombre ya no figuraba en esa dirección, supusiera que me había mudado.

Antes de que Penny empezara a acosarnos, ya tenía la sensación de que me estaba cansando de ser bienvenido. Ben e Yvette nunca se quejaron de que estuviera allí y nunca me pidieron que me fuera. Pagaba el alquiler de mi habitación y cuidaba de los niños un par de veces al mes para que ellos pudieran tener una cita por la noche. Aun así, sabía que probablemente querían que su casa volviera a la normalidad. Decidí buscar un apartamento y empecé a recoger mi habitación para estar preparado cuando llegara el momento.

Cuando abrí el cajón de mi mesita de noche, recordé la carta que había escondido allí hacía varios meses. Ya no me sentía tan acalorado como la primera vez que la recibí. La tomé y me quedé mirándola un momento. Por primera vez desde que recibí la carta, sentí curiosidad por saber qué era tan importante para que, después de tantos años, por fin me escribiera. Deslicé el dedo bajo la solapa y abrí el sobre.

Querido Luca,

Sé que ninguna palabra será suficiente para que me perdones por haberte abandonado cuando eras un niño. En muchos sentidos, yo también era un niño, pero sé que eso no es excusa. Pasaron cosas entre tu madre y yo que tú no podías entender en aquel momento. No sé si alguna vez te contó lo que pasó, pero si lo hizo, probablemente no te contó toda la historia. No la culparía si no lo hubiera hecho.

Si pudiera cambiar las cosas, habría luchado más por llevarte conmigo cuando me fui. La única razón por la que no lo hice fue porque sabía que era una buena madre, aunque no fuera una buena esposa. Probablemente no quieras oír esto sobre ella. Sé que está mal decir cosas malas sobre personas que han fallecido, así que lo dejaré así. Tuvo suerte de que la cuidaras cuando enfermó.



No puedo volver atrás en el tiempo y arreglar las cosas. No estuve ahí para ti, y lo lamento cada día. Espero que algún día podamos arreglarlo y volver a formar parte de nuestras vidas, pero lo entenderé si es demasiado tarde.

Te he enviado muchas cartas a lo largo de los años. No sé si eso hace alguna diferencia, pero egoístamente espero que sí. Ha sido difícil localizarte con todas las mudanzas que has hecho. Sólo puedo esperar que esta carta te llegue. Tengo muchas más cosas que decirte, pero no hay mucho que pueda decir en una carta cuando temo que sea devuelta como todas las demás.

Si esta carta llega a tus manos, espero que me des otra oportunidad de ser tu padre.

Con mucho cariño, Joel Pichler



CAPÍTULO VEINTICINCO

LA PRESENTACIÓN DEL SEÑOR PICKLES

Naomi

187

Llego al final de la escalera al mismo tiempo que se abren las puertas del ascensor y salen la niña Oruga y su madre. Supongo que debería empezar a llamarla Caitlin ahora que sé su verdadero nombre. Caitlin lleva un bote de pepinillos en la mano y su madre un libro para colorear de orugas pegado al pecho. Reduzco la velocidad para dejar que se crucen en mi camino hacia el mostrador de seguridad donde está sentado Joel. El hombre tiene que hacer horas extras asesinas con todas las horas que pasa sentado en ese mostrador.

—¡Pepinillos para el señor Pickles! —anuncia Caitlin mientras desliza el bote sobre su escritorio.

Los miro mientras paso junto a ellos en dirección a los buzones. Cuando escucho su apodo para Joel, mi mente se remonta a mi viaje a Georgia. Recuerdo el apodo de Maxwell para Luca y cómo había dicho que su ex prometida quería ser Penny Pickles.

La carta que dejé para Luca ya no está, pero no hay ninguna nueva en mi buzón. Miro por la ventana para ver si Anne ya ha salido, pero no está. Veo de reojo a Caitlin, a su madre y a Joel. Intento que no se note que los estoy escuchando.

—Eres la mejor —le dice Joel a Caitlin mientras acepta el bote de pepinillos.

—No, tú eres el mejor —dice la madre de Caitlin. Suena un poco sin aliento. El niño debe agotarla—. Bajaré en una hora. Muchas gracias por cuidarla.

—Es un placer —dice Joel. Abre la tapa y saca un pepinillo. Caitlin lo mira con los ojos muy abiertos y, cuando le da un mordisco crujiente, suelta una risita.

La madre le da el libro para colorear a Caitlin y se dirige de nuevo al ascensor. Caitlin corre hacia la puerta principal, mientras Joel la persigue:

—¡Quédate junto a la ventana donde pueda verte!

Una vez que somos las dos únicas personas en el vestíbulo, me acerco a Joel. Termina el pepinillo que está comiendo, cierra el bote y me sonríe.

—¿Ese es tu pago por cuidarla? —Hago un gesto hacia el bote.

Su sonrisa se amplía.

—Parece que sí.



Hate

HELL OF
BOOKS

Fuerzo una carcajada que espero que suene natural.

—¿Por qué pepinillos?

Se encoge de hombros.

—¿Quién sabe? Creo que la señora Bayer compra en la tienda de excedentes. Debe de haber comprado demasiados botes.

—Oh —digo, dándome cuenta de que debo estar dándole demasiadas vueltas al apodo—. Pensé que tal vez tenía algo que ver por como ella te llamaba.

—¿Cómo?

—Ella te llamaba señor Pickles —le recuerdo.

—¿Lo hizo?

Hay algo en su forma de hacer la pregunta que me hace dudar. Lo dice con un aire de despreocupación que me hace pensar que espera que deje el tema. Tal vez esté interpretando demasiado.

Esbozo una sonrisa.

—Sí.

—Oh. Bueno, huh. Los niños a veces dicen las cosas más divertidas.

Miro por encima del hombro hacia los buzones.

—Anoche dejé otra carta encima de los buzones. No viste por casualidad quién la tomó, ¿verdad?

Se encoge de hombros.

—Lo siento. No vi nada allí esta mañana.

—¿Y no has visto a nadie extraño entrando en el edificio?

—Nadie que haya estado merodeando por los buzones.

La puerta principal se abre de golpe antes de que pueda preguntar nada más, y Caitlin asoma la cabeza.

—¡Gnomo! Tu amiga está aquí.

Miro por la ventana y veo el auto de Anne estacionado en la acera. Salgo y subo. Tiene la música tan alta que no escucho mis propios pensamientos. Apago la radio.

—No he recibido ninguna carta nueva de Luca.

—¿Escribiste lo que hablamos?

—Sí.

Ayer, después del trabajo, Anne y yo habíamos parado a comer en la cafetería y habíamos repasado cómo debía enfocar el encuentro con Luca en persona. La



carta fue directa y concisa. Le dije que quería reunirme con él en un lugar público y que no quería que esperara nada más de mí.

—La carta no estaba esta mañana —continúo—. Así que ha estado en el edificio en algún momento entre entonces y ahora.

—Pero nada nuevo de él.

—No. —Me muerdo el labio, considerando si debo sacar a colación cualquier otra cosa que me ronde por la cabeza—. Oye, ¿recuerdas cuando fuimos a Georgia y conocimos a ese tipo que conocía a Luca?

—Maxwell. Era guapo.

—Claro que lo pensarías. ¿Recuerdas cómo llamaba a Luca?

Ella tuerce el labio mientras lo piensa.

—Pickles, ¿verdad? Porque su apellido es Pichler.

—Así es como Caitlin llama a Joel. Pickles. Bueno, señor Pickles, pero aún así.

—¿Quién? ¿Y quién?

—Caitlin es el nombre de la niña Oruga. Y Joel es el guardia de seguridad. Ya te he hablado de él.

—¿Crees que Joel podría ser Luca?

—No. No tiene la edad adecuada. Pero está en ese escritorio casi todo el día, y no parece darse cuenta de quién viene y se lleva mis cartas y mete cosas en mi buzón.

—Quizá Luca sea el cartero.

Me río.

—Lo dudo. Mi edificio ha estado en su ruta desde mucho antes de que me mudara aquí.

—Yo no le daría demasiada importancia al apodo. Te llama Gnomo.

—Sí, pero suena bastante parecido a Naomi.

Nos lleva a la tienda de animales donde se celebra el acto de adopción. La Sociedad Protectora de Animales tiene varios corrales delante de la tienda. Los perros más adoptables están en estos corrales, saludando con entusiasmo a las personas que se agrupan a su alrededor. Pasamos por delante de un corral con unos ocho cachorros marrones y blancos que no parecen tener más de dos meses. Los cachorros jóvenes son los que más atención reciben.

Entramos y nos dirigimos a la parte trasera de la tienda, donde hay varias jaulas alineadas con gatos y gatitos de todas las edades. Veo a Jake junto a una jaula. Dentro hay un gatito atigrado naranja y otro casi blanco con manchas grises y naranjas en la espalda. Está hablando con otro de los voluntarios. Cuando me ve, sonrío y me presta toda su atención.



—Has venido —dice.

—¿Son estos los gatitos? —Asomo el dedo por los barrotes de la jaula. Los dos gatitos se acercan a olisquearme.

—Estos son los famosos gatitos de los bolos —confirma. Señala al naranja—. Ese es Roland. El calicó es Phoebe.

Anne se acerca y le tiende la mano.

—Creo que no nos han presentado bien. Soy Anne.

Él se acerca a la jaula para estrecharle la mano.

—Encantado de conocerte por fin, Anne.

—¿Y tú eres?

Se ríe y le suelta la mano.

—Muy graciosa.

Frunzo el ceño y le digo:

—¿Por qué estás tan rara?

Jake vuelve a centrar su atención en los gatitos.

—¿Alguien ha visto a los gatitos hoy? —le pregunto.

—Un par de personas han pasado y jugado con ellos por la jaula, pero nadie ha rellenado una solicitud para ellos.

—Son tan lindos. ¿Cómo podría alguien dejarlos pasar?

Se encoge de hombros.

—¿Quieres jugar con ellos?

—¿Puedo?

Nos lleva a Anne y a mí a una pequeña sala diseñada para que las familias conozcan a los animales en adopción. Un momento después nos trae a los gatitos. Anne y yo nos sentamos en el suelo mientras los dos gatitos rebotan por la habitación luchando entre sí.

Nos da una caja llena de juguetes y se sienta a mi lado. Anne escoge un palo de plástico con un juguete de plumas en la punta, que cuelga sobre los gatitos. Ambos se lanzan al mismo tiempo sobre el juguete, chocan entre sí y lo pierden por completo.

Me río.

—¿Qué edad tienen?

—Cuatro meses —dice.

En ese momento, el gatito naranja salta a mi regazo y estira las patas hacia arriba, dándome manotazos en el cabello.



—Debe de pensar que mi trenza es un juguete —le digo. Muevo la trenza y el gatito vuelve a golpearla, pero esta vez no la suelta. El gatito se echa hacia atrás y me tira de la cabeza hacia abajo.

—Oh. Ouch.

—Tiene la garra clavada —dice Jake. Se inclina sobre mí mientras levanta al gatito y desenreda con cuidado la pequeña garra de mi trenza.

Desde este ángulo, todo lo que puedo ver es su barbilla y su garganta. Tiene la mandíbula moteada de barba corta. Veo cómo su nuez de Adán sube y baja una vez. Sé cómo se siente la piel de su cuello contra mis labios, entre mis dientes. Si no tuviera un gatito atascado en el cabello, o a Anne mirándonos, quizá lo empujaría al suelo y me divertiría un poco con él.

Cuando se aparta, sus ojos se cruzan con los míos durante un segundo y, en ese breve instante, se estrechan lo suficiente para hacerme creer que sabe exactamente lo que estoy pensando. No puedo evitar preguntarme si realmente soy tan fácil de leer o si él tiene los mismos pensamientos en la cabeza.

Vuelve a dejar a Roland en el suelo, pero el gatito vuelve a mi regazo, esta vez acomodándose en vez de jugar con mi cabello.

—Le gustas —dice, dándome un codazo en el brazo.

—¿Estás celoso? —Muevo las cejas.

Sonríe.

—Un poco.

El gatito calicó se abalanza desde unos metros y derriba a Roland de mi regazo. Observo, divertida, cómo los gatitos luchan durante un minuto. Luego, tan rápido como empezaron, la sesión de juegos termina y los dos gatitos empiezan a lamerse la cara, ronroneando.

—¿Hacen esto todo el tiempo? —pregunto, señalando a los gatitos, cuyas caras están ahora mojadas con la saliva del otro.

—Ah, sí. Cuando no están luchando, se enrollan entre ellos. Es un poco raro teniendo en cuenta que son hermanos.

Me río, sobresaltando a los gatitos, que me miran fijamente y luego vuelven a luchar entre ellos.

—No puedo creer que me hayas ocultado estos gatitos todo este tiempo —le digo.

—A juzgar por la expresión de tu rostro ahora mismo, fue la decisión correcta. Probablemente los habrías secuestrado y nunca habríamos llegado a este evento de adopción.

Tiene razón. Ahora no puedo imaginarme volviendo a casa sin estos dos gatitos.

—¿Sería una locura si los adoptara? —pregunto.



Anne frunce el ceño y mueve la cabeza en mi dirección.

—¿Has tenido alguna vez un gato? —me interrumpe.

—No. Siempre he querido uno.

—No tienes que sentirte culpable de hacerlo sólo porque nadie más los ha adoptado —dice Jake—. No es por eso por lo que quería que vinieras.

Me acerco a Phoebe y lo acaricio mientras me golpea los cordones. Agarra uno con la boca y tira, desatándome los zapatos.

—No me siento obligada. Llevo tiempo pensando en tener una mascota. Y siempre he querido un gato, desde que era pequeña. ¿De verdad creías que podías meterme en una habitación con estos dos y que no me enamorara de ellos?

Levanto la vista y lo miro a los ojos mientras lo digo. No es hasta que noto que frunce ligeramente el ceño cuando me pregunto si mi forma de expresarme es un poco rara para alguien con quien acabo de empezar a salir. Probablemente no debería haber dicho que quiero a un par de gatitos que acabo de conocer antes de decirle esas tres palabras. La habitación se queda tan en silencio por un momento que me hace cuestionarme todo, y me pregunto si debería dar marcha atrás o si eso sólo haría las cosas más raras.

Antes de que tenga la oportunidad de avergonzarme a mí misma o de empeorar la situación, su ceño se frunce y la comisura de sus labios se inclina hacia arriba en esa forma torcida que tanto me gusta.

—Si de verdad quieres adoptarlos, haré que alguien consiga el papeleo.



Cuando llego a casa, soy la orgullosa propietaria de dos gatitos, un transportín, una caja de arena, una bolsa de comida para gatitos y muchos más juguetes de los que estos gatitos pueden usar. Anne me ayuda a llevarlo todo adentro. Me detiene cuando ve que me dirijo a la escalera.

—¿Perdona? ¿Gnomo? ¿No crees que el ascensor sería más fácil?

Me doy la vuelta y la miro. Lleva en la mano la mayoría de los artículos que acabo de comprar. Tiene los brazos llenos. Yo sólo tengo el transportín con los dos gatitos dentro. Recuerdo la última vez que tomé el ascensor y me quedé atrapada. No quiero volver a tomarlo, pero tampoco quiero que Anne tropiece y se caiga por las escaleras con los brazos llenos de mis cosas.

—Toma tú el ascensor. Me gusta el ejercicio.

Llegamos a mi piso al mismo tiempo.

—Qué rara eres —dice cuando llegamos a mi puerta—. ¿Escribió Luca una carta traumatizante sobre ascensores cuando eras niña?



—No. Una vez me quedé atrapada allí. Bueno, dos veces. No he vuelto a subir.

Desbloqueo la puerta y ella me sigue adentro.

—¿Dónde quieres esto? —me pregunta.

—Déjalo donde quieras. Encontraré un sitio para cada cosa.

Dejo el transportín del gato en el suelo, pero aún no lo abro. Todavía tengo que tomar algunas cosas del auto de Anne, pero antes quiero hacer una cosa. Tomo mi cuaderno y mi bolígrafo y me dirijo a la encimera de la cocina.

—¿Qué haces? —me pregunta Anne cuando me ve empezar a escribir.

—Estoy escribiendo una carta a Luca.

—¿Ahora mismo?

Se apresura a mirar por encima de mi hombro.

—En la primera carta que le escribí, le dije que quería un gato. Me dijo que los gatos eran aburridos. Supongo que le hará gracia saber que acabo de adoptar dos.

Termino de escribir la carta y la meto en un sobre.

—La caja de arena y la arena están todavía en mi auto —dice Anne—. Puedo bajar a traerlos.

—Te acompaño. —Ofrezco—. Tengo que dejar esta carta de todos modos. Luego puedo ayudarte a traerlo todo.

Dejo a los gatitos en el transportín para que no se metan en líos y vuelvo al pasillo. Me dirijo de nuevo hacia la escalera.

—¿Hablas en serio? —me dice—. El ascensor no se va a romper.

La ignoro y bajo por la escalera. No me doy cuenta de que Anne está detrás de mí hasta que empieza a hablar. Por alguna razón no hace ruido, aunque esté bajando los escalones justo detrás de mí.

—¿Por eso tienes unas pantorrillas de infarto? —me pregunta—. Subir dos tramos de escaleras al menos dos veces al día parece un entrenamiento.

—Estoy acostumbrada. Estoy segura de que es más rápido que el ascensor.

Llegamos al vestíbulo. Paso junto a Joel y dejo el sobre encima de los buzones como suelo hacer. Anne ya está fuera intentando hacer malabarismos con la gran caja de arena que compré con una caja de arena pesada. Corro a ayudarla.

Cuando entramos en casa, saco a los gatitos del transportín. Jugamos con ellos unos minutos antes de que Anne salga. Los gatitos miran con curiosidad cómo coloco su nueva caja de arena. Es una de esas cajas que se limpian solas. Anne me convenció de comprarla porque no entendía por qué alguien querría arrodillarse sobre una caja abierta y hacer el trabajo sucio por sí mismo. La idea me recuerda



las primeras cartas que nos escribimos Luca y yo en quinto grado. Sonrío al recordarlo. Aquellas dos primeras cartas tuyas me habían disgustado mucho.

Pienso en la carta que he dejado encima de los buzones hace unos minutos. Me pregunto qué pensará de este giro de los acontecimientos. Probablemente me dirá que siempre estuve destinada a ser una loca de los gatos. Me vuelvo a poner los zapatos y bajo las escaleras. Sé que es imposible que haya entrado en el edificio en el poco tiempo que ha pasado desde que dejé la carta, pero hoy aún no he visto el correo y no me vendrá mal ver si ha estado aquí.

Salgo del hueco de la escalera y llego a la mitad del vestíbulo cuando me detengo en seco. Joel está de pie junto a los buzones, sosteniendo el sobre que acabo de dejar para Luca.

—¿Qué haces? Devuélvelo.

No se mueve. Pasa la mirada del sobre en la mano a los buzones.

—¿Joel?

—Yo... —Sus hombros se hunden y suspira.

—¿Has estado tomando todas las cartas que pongo ahí?

Intento encontrarle sentido, pero no puedo. Joel es demasiado mayor para ser Luca. Pero si es él quien se lleva mis cartas, ¿quién me responde? Y entonces me doy cuenta. Siento que me han quitado la alfombra de encima. La habitación empieza a dar vueltas cuando me doy cuenta de que Luca no ha estado en mi edificio como yo pensaba.

—Lo conoces. —Quiero formularlo como una pregunta, pero sale como una afirmación. Por la expresión de su rostro, me doy cuenta de que tengo razón—. ¿Dónde está? ¿De qué lo conoces?

Sacude la cabeza, recuperándose del shock inicial de haber sido atrapado. Tengo muchas preguntas, sobre todo por qué el guardia de seguridad de mi edificio hace de intermediario entre Luca y yo.

—¿Te pagó para hacer esto? —le pregunto.

Joel se aclara la garganta.

—No. No me ha pagado.

—¿De qué lo conoces? —le repito.

De nuevo vacila. Desvía la mirada, prefiriendo mirar el sobre a mirarme a los ojos.

—Es mi hijo —dice.



CAPÍTULO VEINTISÉIS

LOS FAMOSOS GATITOS DE LOS BOLOS

Naomi

195

—¿Eres el padre de Luca?

En lugar de confirmar, Joel se mete el sobre en el bolsillo trasero y me rodea en su camino de vuelta al mostrador de seguridad.

—Entonces... ¿qué? ¿Le has estado entregando todas mis cartas?

Me mira durante una fracción de segundo antes de volver a su escritorio. Organiza una pila de papeles que ya estaba perfectamente recta.

—¿Has leído alguna? —le pregunto—. ¿Dónde está?

Hace caso omiso de mis preguntas, y esta vez ni siquiera se molesta en mirarme. Abre un cajón, moviendo el contenido como si buscara algo. Lo observo, esperando a que me responda, aunque está claro que no piensa hacerlo. Supongo que por eso me mira con desaprobación cada vez que me ve salir con Jake. Apoya a su hijo y Jake se interpone en su camino.

—No sé qué te habrá contado Luca de mí, pero no es asunto tuyo con quién salgo. Estoy saliendo con Jake y es bastante serio. Puedes decírselo a Luca. Me da igual.

Deja de rebuscar en el cajón y me mira. Siempre he pensado que se me daba bastante bien leer a la gente, pero no puedo descifrar la mirada que me dirige ahora. Murmura algo sobre hacer la ronda, se aleja de su escritorio y desaparece en el ascensor. Todavía estoy asimilándolo cuando vuelvo a subir.

El apodo que Caitlin le puso ahora tiene mucho más sentido. Sabía que había algo más. Tengo tantas preguntas que quiero hacer. Quiero saber cómo descubrió Joel que soy la persona a la que su hijo ha estado escribiendo todos estos años. ¿Vino Luca a visitarlo aquí y a verme? Aún no sé si Luca vive aquí o si sólo está de visita. Quizá por eso no me ha dado una dirección.

Los gatitos están inspeccionando su nuevo hogar cuando escucho un golpecito en la puerta. La abro y dejo entrar a Jake. Han pasado un par de horas desde que me enteré de que Joel es el padre de Luca. Ahora me siento un poco más tranquila, pero agradezco la distracción de que Jake se acerque.

En cuanto la puerta se cierra tras él, me aprisiona contra la pared usando sólo su cuerpo, sin manos. El repentino movimiento me deja sin aliento. Su



Hate

HELL OF
BOOKS

cercanía me produce una oleada de calor. Sus labios se ciernen sobre los míos, provocándome. Levanto un poco la barbilla. Mi labio roza suavemente el suyo, pero aún no lo beso. El suave roce hace que sus ojos se oscurezcan, llevándolo al límite. Da el paso y presiona sus labios contra los míos. De alguna manera, me hace sentir como si fuera nuestro primer beso. Hace un par de horas que no lo veo, pero parecen días, incluso semanas.

Cuando por fin se separa, me doy cuenta de que no me toca porque tiene algo en la espalda. Inclino la cabeza para intentar ver qué es, pero se gira y me tapa la vista.

—¿Cómo se están adaptando los gatitos? —pregunta.

—Ya se comportan como si fueran los dueños. Ahora todo lo que necesito es una bolera en miniatura para que se sientan como en casa.

—Tengo que decirte algo, Naomi.

—¿Qué es?

Respira hondo como si se preparara para lo que va a decir. Exhala lentamente antes de hablar.

—Los gatitos no saben jugar a los bolos.

—¿Qué? —Doy un pisotón—. Esto es una estafa. Quiero que me devuelvan el dinero.

Sonríe y saca un pequeño monopatín de su espalda. Es la mitad de grande que uno normal, como hecho para un niño.

—¿Tú patinas? —pregunto.

—No. Era de mi hermano. Le quedó pequeño y, cuando empecé a acoger a los gatitos, me lo dio. Les estábamos enseñando a patinar.

Vuelvo a mirar el monopatín.

—¿Los gatitos patinan?

—Más o menos. Les gusta sentarse en el monopatín mientras yo lo empujo por el suelo.

Para demostrarlo, pone el monopatín en el suelo. Los dos gatitos vienen corriendo. Toma a cada gatito y los coloca uno al lado del otro en el monopatín, luego le da un suave empujón. Los gatitos se quedan sobre el monopatín mientras éste rueda por el suelo, con sus cabecitas moviéndose mientras miran todas las cosas interesantes y nuevas que hay en mi piso.

—¿Hablas en serio? Así que cuando te pregunté si estabas jugando a los bolos arriba, ¿esto es lo que estabas haciendo? ¿Y no se te ocurrió decirme que tenías dos versiones diminutas de gatitos de Tony Hawk patinando por ahí arriba todo el día?

—Pensé que pensarías que estaba loco. O que me lo estaba inventando. De todos modos, ya no necesito el monopatín. Pensé que debían quedárselo los gatitos.



Miro a los gatitos, que se turnan para abalanzarse sobre el monopatín y hacerlo rodar por la habitación. Le devuelvo la mirada.

—Puedo decirte ahora mismo que mi vecino de abajo me va a odiar por esto.

—No pasa nada. Quizá puedan ahogar el ruido con música a todo volumen.

—Es un método bastante eficaz —le doy la razón.

Me toma de la mano y tira de mí hacia mi dormitorio.

—Ahora terminemos lo que empezamos hace unos minutos.

197

Querido Luca,

Sé que Joel es tu padre. No sé cómo sentirme al respecto. Odio que me mientan y descubrir que Joel me lo ha estado ocultando durante semanas es bastante doloroso. No sé si te dio la carta que te dejé el viernes por la noche. Siento que ahora no puedo confiar en él, pero espero que te haga llegar ésta. Quiero conocerte. ¿Vas a dar la cara o tienes miedo de que descubra que has sido feo todo este tiempo?

Con amor, Naomi

Estoy en el trabajo, concentrada en mi ordenador, cuando tengo la inquietante sensación de que alguien me observa. Se me eriza la piel de la nuca. Me doy la vuelta. Anne está detrás de mí. De alguna manera, consigo no jadear ni mostrar ningún signo de que me he asustado.

—Aterrador —le digo—. ¿Por qué estás ahí de pie?

Frunce los labios.

—¿Qué tal el resto del fin de semana?

Me encojo de hombros y vuelvo a mirar el ordenador.

—Bien. Ayer me eché una larga siesta en el sofá con los dos gatitos.

—¿Hablaste con Luca?

—¿Hablar con él? No. No supe nada de él en todo el fin de semana, así que escribí otra carta.

—Oh. ¿No se presentó en tu puerta ni nada?

Frunzo el ceño.



—¿No crees que eso sería lo primero que te diría?

Se sienta con un ruido sordo en la silla contigua a la mía y deja el café que ha traído a mi lado.

—Contigo nunca se sabe, Gnomo. Puedes ser tan reservada cuando quieres.

—No te oculto ningún secreto.

Mientras lo digo, pienso en lo que he averiguado sobre Joel. Me tomo un momento para pensar si decírselo.

—En realidad.

Levanta una ceja.

—Este fin de semana he descubierto algo nuevo —continúo.

—Continúa —insiste, inclinándose hacia delante.

—Luca no ha estado en mi edificio.

Frunce el ceño.

—Pero, ¿y las cartas que dejaste encima de los buzones?

—Se las llevó su padre.

—¿Su padre? Creía que su padre lo abandonó cuando era niño.

—Eso es lo que dijo su antigua vecina Carol Bell. En realidad no sabemos si no mantuvieron el contacto. Además, aunque eso fuera cierto, podrían haberse reconectado en algún momento.

—¿Cómo sabes que es su padre, sin embargo?

—¿Recuerdas cuando me dijiste que estaba exagerando con el apodo que Caitlin le puso a Joel?

—Sí —dice lentamente.

—Resulta que había una muy buena razón por la que ella lo llamaba señor Pickles.

—Espera. ¿El padre de Luca es el guardia de seguridad de tu edificio?

Asiento.

—Imagina mi sorpresa cuando bajé y le atrapé tomando la carta que dejé para Luca.

—Eso es una locura. ¿Crees que sigue dándole las cartas a Luca? Quizá por eso no te ha contestado.

Me tomo un momento para pensarlo.

—No lo sé. Lo primero que pensé fue que tal vez sólo estuvo en la ciudad un par de semanas y se acabaron las cartas, pero eso no tiene ningún sentido. Tiene mi dirección. Todavía podría escribirme. Y dio a entender que vive en Miami.



—Tal vez puedas seguir a Joel la próxima vez que tome una de tus cartas. Al final te llevará hasta Luca.

—¿No te parece un poco espeluznante?

Pone los ojos en blanco.

—Volaste hasta San Diego para intentar localizarlo. Intentaste entrar en una base militar, volaste a Texas y mentiste a su ex prometida sobre quién eras. Explicame cómo espiar a su padre de repente es llevarlo demasiado lejos.

—Bien, tienes razón. —Suspiro—. Simplemente estoy cansada de jugar a todos estos juegos para encontrarlo. Y me temo que eso es todo lo que esto es para él. Un juego.

—¿Qué te hace pensar eso?

Pienso en la última carta que le envié antes de que desapareciera y no supiera nada de él durante dos años. Lo había invitado a esconderse conmigo después de que se quejara de su prometida. Durante meses, después de enviarle aquella carta sin tener noticias suyas, estuve dándole vueltas a mi decisión de invitarlo, aunque lo hubiera hecho de una forma indirecta que podía tomarse a broma. Supongo que sabía que, en el fondo, no era una broma. No lo habría admitido entonces, pero esperaba que aceptara mi invitación. Su falta de respuesta me pareció un rechazo.

Y ahora vuelve a ocurrir. Le dije que quería quedar con él y ahora no me contesta. No sé cómo explicárselo a Anne. Decido no complicarme.

—No creo que realmente quiera conocerme.

Ella frunce el ceño, dudosa.

—Yo creo que sí.

Pongo los ojos en blanco.

—Tú no eres la que le ha estado escribiendo todos estos años. Pero tú lees las cartas. Esto nunca ha sido más que una broma entre nosotros. Nos hemos estado superando mutuamente desde quinto grado. Nunca quiso conocerme. Sólo quería que admitiera que quiero conocerlo.

No voy a admitir ante Anne que me siento tan desgarrada por él y Jake. Puede que sea bueno que no vuelva a saber nada de él. ¿Cómo puedo construir algo real con Jake cuando mi mente sigue desviándose hacia Luca? He pasado mucho tiempo intentando localizarlo, tiempo que podría dedicar a Jake, que no juega a estos juegos infantiles.

Quizá sea mejor que deje todo esto atrás cuando compre mi casa y me mude dentro de un par de semanas. Hacer el esfuerzo de seguir a Joel a todas partes quizá no hubiera sido ir demasiado lejos hace unas semanas. Pero ahora que las cosas se están poniendo serias con Jake, me parece mal, sobre todo cuando el resultado de dedicar todo este tiempo y energía a seguirle la pista a Luca es que me viene a la cabeza en los momentos más inoportunos.

—No creo que sea verdad —dice Anne sobre que Luca no quiera conocerme—. Y creo que tú tampoco crees que sea verdad.

—¿Por qué no?

Vacila mientras intenta pensar en una razón.

—Te envió flores —dice.

—Recuerdas la nota que incluyó.

—Creo que estás siendo un poco ridícula. Quizá sólo se sorprendió de que quisieras conocerlo. Probablemente está tratando de averiguar cómo hacer que suceda.

—No voy a mantener mis esperanzas mientras él se toma su dulce tiempo.

—¿Vas a escribirle de nuevo?

—Le dejé otra carta a Joel esta mañana. Si no hay una nueva para cuando llegue a casa, entonces lo dejaré así. Además, probablemente no debería concentrar tanta energía en Luca cuando tengo un novio que me gusta mucho.

Un novio que no se merece que lo insulte, aunque no me haya oído. Había pensado que poder escribirle a Luca me quitaría la emoción de la persecución y podría sacármelo de la cabeza. En lugar de eso, ocupa más espacio que nunca. Escribirle es una cosa, pero no tiene sitio en el dormitorio conmigo y con Jake.

—¿Estás segura de que le gustas? Me parece bastante reservado. No estoy segura de confiar en él.

—¿Reservado? —Repito, frunciendo el ceño—. ¿Cómo has llegado a esa conclusión?

—Creo que deberías contarle lo de Luca —dice Anne, ignorando mi pregunta. Casi escupo mi bebida.

—¿Qué? ¿Por qué?

—No querrás empezar esta relación con una mentira, ¿verdad?

—No es mentira. Es sólo...

—¿Una omisión de la verdad? —suple ella.

—Exactamente.

—Sigue siendo una mentira. Has estado escribiendo a Luca durante años. ¿De verdad quieres que eso cuelgue sobre tu cabeza si las cosas se ponen serias? ¿Y si Luca es con quien estás destinada a estar? No quieres engañar a Ojos de Husky con él. Tienes que ser sincera.

—Se llama Jake —digo poniendo los ojos en blanco—. No creo que se lo tomara muy bien. Los dos ya hemos dicho que no salimos con nadie más. Básicamente acordamos que somos exclusivos.

—No llevan tanto tiempo saliendo.



—Sólo quieres que rompa conmigo para tener una oportunidad con él.

—Qué asco. Ese barco ya zarpó. Tan pronto como empezaron a salir, se convirtió en algo prohibido. Código de chicas, ¿sabes?

—De cualquier manera, no creo que vaya a ir tan bien como crees.

—Tal vez sea un romántico. —Ella junta sus manos y las presiona contra su mejilla—. Tal vez te diga que persigas a tu penemy perdido.

—No estoy segura de que eso sea lo que quiero.

—Quizá le guste. Quizá puedas hacer un trío con ellos.

Veo movimiento por el rabillo del ojo y veo a Patrick observando desde la puerta. Tiene el rostro rojo hasta el nacimiento del cabello.

—Te has vuelto a equivocar de conversación, ¿eh, Patrick?

Los ojos de Anne se agrandan tanto que parecen pelotas de golf. Gira la cabeza para mirarlo y asegurarse de que no me estoy metiendo con ella.

—Jesús, señor Facey, ¿me ha robado los zapatos o algo? —pregunta—. Normalmente soy yo la que se acerca sigilosamente a la gente.

—Seguro que tienes trabajo que hacer, Anette —dice él.

Se levanta de la silla, pero le pongo la mano en el brazo y la detengo. Estoy harta de que siempre pronuncie mal nuestros nombres.

—Anne —digo, mirando a Patrick.

Anne lo mira, y luego ambos me miran expectantes.

—¿Cómo dices? —dice Patrick.

—Se llama Anne.

Frunce el ceño.

—Eso es lo que he dicho, ¿no?

—Debo haberte oído mal. ¿Puedes repetirlo? —Creo que nunca le he oído decir su nombre correctamente. No sé si es un extraño movimiento de poder o si simplemente es muy malo con los nombres, pero quiero obligarlo a que lo diga.

—Annie... Anna. Anette —balbucea.

—Ninguno de ellos es correcto. De hecho, todos tienen más sílabas que su nombre real.

—No pasa nada —dice Anne con una sonrisa forzada en mi dirección—. El señor Facey puede llamarme como quiera.

—Anita —dice.

—Anne —repito en voz alta al mismo tiempo que Anne dice—: Sí, claro, está bien.



Frunce el ceño.

—¿Arnie?

—Bien, ahora estás echando una carta totalmente distinta. ¿Qué te pasa?

—¿Qué quieres decir? ¿Qué te pasa?

—Llevas dos años pronunciando mal nuestros dos nombres. ¿No oyes la diferencia entre cómo nos llamas tú y cómo nos llama todo el mundo?

Tiene la audacia de parecer sorprendido.

—Espera, ¿hablas en serio? Creía que era una broma interna que teníamos.

Cuando ninguna de las dos responde, se encoge de hombros y dice:

—¿No es por eso por lo que siempre me llaman señor Facey?

Anne y yo intercambiamos una mirada. Cuando volvemos a mirar a Patrick, veo que se da cuenta.

—Es Pacey —dice, pronunciando la primera letra con un movimiento de los labios—. Patrick Pacey.

Se nos queda mirando un momento. Ninguna de los dos dice nada. Es el silencio más incómodo del que he formado parte. Es Patrick quien finalmente lo rompe.

—¿De verdad creían que me llamaba Facey? ¿Facey? ¿Qué clase de nombre es ese?

—Estoy segura de que es un nombre de verdad —le digo.

Anne no nos mira a ninguno de los dos. Tiene los ojos muy abiertos clavados en la pared del fondo, entre Patrick y yo.

—Jesucristo —murmura Patrick—. Anne, ponte a trabajar. Naomi, seguro que tienes que terminar tu informe antes de salir en emisión.

Creo que es la primera vez que lo escucho pronunciar mi nombre correctamente. Se da la vuelta y sale de la habitación. Sólo entonces Anne vuelve a mirarme. Su rostro está casi tan rojo como el de Patrick cuando la oyó sugerir que hiciera un trío.

—¿De verdad creías que se llamaba Facey?

Estoy confusa.

—¿Qué quieres decir? Tú pensabas lo mismo.

Ella sacude la cabeza y su boca se ensancha en una sonrisa.

—Realmente eres terrible con los nombres, ¿verdad?

—¡Tú también pensabas que se llamaba Facey!

—No, no lo creía. Es Patrick Pacey. Siempre ha sido Patrick Pacey. Eso es lo que dice su placa de identificación en la puerta de su oficina.



—¿Entonces por qué siempre lo llamas señor Facey?

—Porque así lo llamaste tu primer día aquí y me pareció divertidísimo. Desde entonces lo llamo así. Creo que a él también le pareció gracioso. Fue entonces cuando empezó a llamarme Anette.

—¿Quieres decir que realmente era una broma interna, y yo no me di cuenta de que era parte de ella? ¿Me tomas el pelo?

Se encoge de hombros y se vuelve hacia la puerta.

—Será mejor que me ponga a trabajar antes de que venga y me grite otra vez.

—Espera. ¿Por qué no hablaste hace un momento? ¿Por qué lo dejaste creer que realmente pensabas que ése era su nombre?

—Porque ya te habías avergonzado lo suficiente. No podía dejar que te hundieras sola.

Me siento extrañamente conmovida por el sentimiento. Anne está a punto de salir de la habitación cuando me doy cuenta de que no he respondido.

—Eres una buena amiga, Anne —le digo.

Me mira por encima del hombro y me sonríe.

—Deja de perder el tiempo y termina tu informe —dice, burlándose del tono de Patrick.



CAPÍTULO VEINTISIETE

DOBLE VIDA

Naomi

204

Han pasado algunos días y todavía no he sabido nada de Luca. Le pregunto a Joel todos los días si hay alguna carta nueva, pero él niega y finge estar ocupado con otra cosa. Me pregunto si incluso le dio mi última carta.

Tampoco he visto mucho a Jake. Lo vi a través de la ventana el otro día cuando regresaba a casa, pero cuando entré, ya estaba en el ascensor, subiendo al cuarto piso.

El viernes vuelvo a casa después de almorzar con Anne. No estoy realmente segura de qué hacer. No tengo ninguna carta que leer. Anne y yo cancelamos nuestro plan de regresar a San Diego. Ahora que sé quién es el padre de Luca, no tiene sentido localizar a Ben Toole. Me siento en el suelo con un láser y llamo a los gatitos a perseguir la pequeña luz roja por la habitación.

Estoy empezando a sentir como si hubiera perdido a Jake. Creo que tal vez solo buscaba una cosa, pero eso no parece probable. El tiempo que pasamos juntos no es algo que se pueda encontrar en una aventura de una noche. Tal vez sólo me mantuvo cerca para poder engañarme y adoptar a los gatitos. Es un pensamiento ridículo y lo descarto casi tan pronto como se me ocurre. Lo único que se me ocurre es que Joel le habló de Luca y las cartas. Me imagino que estaría molesto porque le oculté eso, pero desearía que al menos hablara conmigo.

Empiezo a escribirle un mensaje de texto, aunque los dos últimos que le envié quedaron sin respuesta. Me interrumpe un llanto y un grito que viene del piso de arriba. Miro hacia el techo. Roland y Phoebe hacen lo mismo. El sonido espantoso tiene que venir del departamento de Jake. Intento ignorarlo. Vuelvo a jugar con la luz láser, pero los gatitos ya no están interesados. Su atención se centra en el ruido de arriba.

Puedo ignorar el llanto por un minuto más, pero se vuelve insoportable. Me pongo los zapatos y salgo al pasillo. Nadie más parece preocupado. Debo ser la única que puede oírlo. Subo las escaleras y sigo el chirrido hasta el apartamento de Jake. No había estado aquí antes, pero por la ubicación de la puerta puedo decir que es el apartamento justo encima del mío. Toco la puerta. El chirrido no cesa. Toco de nuevo. Nadie responde.



Hate

HELL OF
BOOKS

El terrible ruido continúa. Intento accionar el pomo de la puerta, pero está cerrado.

Marco el número de Jake, pero va directamente al buzón de voz automático. Sé que no podré concentrarme en nada hasta que este ruido desaparezca. Bajo al vestíbulo. Joel está comiendo de un frasco de pepinillos. Miro por la ventana delantera y veo a Caitlin haciendo una voltereta.

—Joel —digo. Mira hacia arriba, pareciendo sorprendido de que me esté dirigiendo a él. Tiene las mejillas hinchadas por el pepinillo que acaba de meterse en la boca—. Hay un animal que hace mucho ruido en el apartamento de arriba del mío.

Termina de masticar el pepinillo y luego se limpia la boca con una servilleta.

—Es un cachorro. ¿Estás aquí para presentar una queja por ruido?
Sacudo la cabeza.

—¿Puedo conseguir una llave de repuesto?

—No estoy tan seguro de que sea una buena idea. Escuché que ustedes dos se estaban tomando un tiempo libre porque salían con otra persona.

Pensé que Jake podría estar evitándome, pero escuchar a alguien más decirlo me hace sentirlo real. Es como un puñetazo en el estómago. En cierto nivel, esperaba estar pensando demasiado en las cosas. Supongo que pensé que sería lo suficientemente maduro para decirme que todo había terminado en persona.

—¿Dijo eso?

Joel da un gruñido evasivo.

—Le hablaste de Luca, ¿no? Sabes, ahora tiene sentido por qué siempre nos mirabas con el ceño fruncido cuando estábamos juntos. Sé que sientes que le estás haciendo un favor a tu hijo, pero no puedes meterte así en mi vida personal.

Pone los ojos en blanco, lo que me molesta aún más.

—Es exactamente por eso que no debería darte la llave.

—Vamos, Joel. No voy a destrozar su apartamento. Simplemente voy a sacar al cachorro a pasear antes de que me vuelva loca a mí y a todos mis vecinos.

Me mira con los ojos entrecerrados como si fuera escéptico sobre mis intenciones, y luego mira una caja de seguridad que tiene sobre su escritorio.



—No hagas que me arrepienta de esto —dice. Abre la caja, examina un montón de llaves y luego saca una que tiene una etiqueta con el número del apartamento de Jake.

Tomo la llave y vuelvo arriba. Cuando llego al cuarto piso, puedo escuchar el gemido agudo del cachorro desde la escalera. Me sorprende que nadie más se haya quejado todavía o incluso haya asomado la cabeza fuera de sus apartamentos, pero supongo que la mayoría de la gente está en el trabajo a esta hora del día.

Abro el apartamento y entro. La distribución de su apartamento es la misma que la mía, pero el suyo está decorado de forma más escasa. Veo la fuente del ruido sentada dentro de una jaula para perros en la esquina de la sala de estar. El cachorro deja de llorar cuando me ve. Comienza a saltar contra el costado de la caja, gimiendo y moviendo la cola como si supiera que estoy allí para rescatarlo.

Creo que lo reconozco por el evento de adopción del fin de semana pasado. Su cuerpo es mayormente blanco. Tiene una mancha marrón sobre un ojo y otra mancha marrón que cubre la mitad de su espalda. Parece uno de los cachorros del corral que más atención recibió el sábado. Me pregunto por qué este no fue adoptado.

—Pobrecito —le digo mientras me arrodillo para abrir la caja. El cachorro sale tropezando y se lanza contra mis piernas, retorciéndose y pidiendo atención—. ¿No eres lindo? Y suave. —Paso mi mano por su cuerpo—. Tan suave.

Lo levanto antes de que tenga la oportunidad de orinar en el suelo, luego me doy la vuelta en busca de una correa. Encuentro un arnés y una correa en la encimera de la cocina. Lucho un poco para ponerle el arnés al cachorro. Nunca he tenido un perro, así que ninguna de las correas tiene sentido para mí, pero lo descubrí. Engancho su correa al arnés y luego bajo las escaleras, todavía cargándolo porque no quiero limpiar un desastre en el pasillo. Puede que nunca haya tenido un perro, pero sé que los cachorros tan pequeños como este son propensos a sufrir accidentes.

Lo dejé en la acera cuando salimos. Caitlin chilla de emoción y viene corriendo justo cuando el cachorro baja las caderas y orina en la acera. Caitlin no parece darse cuenta, o tal vez simplemente no le importa. Al cachorro tampoco parece molestarle sus chillidos.

—¡Tienes un cachorro! —exclama—. ¿Cómo se llama?

—No es mío —le digo—. Sólo lo estoy llevando a caminar.

—¿Puedo ir?

—Probablemente deberías quedarte junto a la ventana donde Joel pueda verte.

—Iré a preguntarle si puedo ir contigo —dice.



—No.

Antes de que pueda terminar de protestar, ella ya ha cruzado la puerta y está hablando con Joel. Cuando vuelve a salir, salta hacia mí.

—El señor Pickles dice que puedo ir contigo siempre y cuando no vayamos demasiado lejos. ¿Hasta dónde vamos?

Suspiro.

—No lejos. Sólo hasta el final de la cuadra y de regreso.

—¿Puedo sostener la correa?

—Probablemente debería sostenerlo sólo para estar segura. Hay mucho tráfico en esta carretera y no quiero poner al cachorro en peligro.

—Bueno. Escuché al señor Pickles y Fishman hablar de ti. —Arrugo la frente.

—¿Fishman?

Se encoge de hombros.

—Tu novio.

Me toma un segundo darme cuenta de que ella lo llama Fishman porque trabaja en el acuario. Me sorprende que sepa que estoy saliendo con Jake, o más bien, estaba saliendo con Jake. No estoy segura de dónde nos encontramos ahora. Su declaración inesperada parece confirmar que Joel le habló de las cartas. Estoy tan frustrada que podría llorar, pero no voy a dejarme derrumbar delante de una niña.

—¿Cuántos años tienes, Caitlin?

—Acabo de cumplir ocho años.

—Feliz cumpleaños tardío. ¿Por qué los llamas Fishman y señor Pickles?

Se encoge de hombros.

—Soy mala recordando nombres. Es más fácil cuando los invento.

Siento que estoy hablando con una versión joven de mí misma.

—Nadie sabrá de quién estás hablando si llamas a todos con apodosos que tú inventaste. ¿También haces eso en la escuela?

—Oh. A veces. Simplemente no sé cómo se supone que debo recordar los nombres de todos.

—No es necesario recordar el nombre de todos de inmediato. No es ninguna vergüenza decir: “Lo siento, no recuerdo tu nombre, ¿puedes decirme cuál es?” Es mejor que simplemente inventar uno y luego no saberlo. —Sé que esto es hipócrita considerando que la llamé niña oruga durante mucho tiempo y no tenía idea de que el apellido de mi jefe era Pacey



y no Facey. Creo que ahora puedo ayudarla a aprender de mi experiencia para que no tenga que cometer los mismos errores que yo.

—Sabes cuál es mi verdadero nombre, ¿verdad?

—Uh. ¿Naomi? —Tropieza con las sílabas.

—Así es. ¿Y el señor Pickles es...?

—Joel —dice—. Pero su apellido suena bastante parecido a Pickles. ¿No puedo seguir llamándolo así?

Lo pienso por un momento. A Joel no parece molestarle que ella lo llame señor Pickles.

—Sí, supongo que está bien. ¿Qué pasa con el tipo al que llamas Fishman?

Me da una sonrisa arrepentida.

—No puedo recordar.

—Es Jake —le digo.

—Oh. ¿Cómo se llama el cachorro? —pregunta.

—No sé. ¿Cuál crees que debería ser su nombre?

—¿Puedo elegirlo?

—Seguro.

—Bruno —dice.

Miro al cachorro. Él camina delante de nosotras, deteniéndose cada pocos pasos para perseguir una hoja y oler un viejo chicle endurecido en la acera.

—Parece un Bruno. —Estoy de acuerdo.

—¿No quieres saber lo que decían? —pregunta Caitlin.

—¿Quién?

—El señor Pickles y, uh... —Duda, mirándome en busca de ayuda.

—Jake —le digo.

—Correcto. El señor Pickles y Jake. ¿No quieres saberlo?

Por mucho que no quiera hablar de esto con una niña de ocho años, mi curiosidad se apodera de mí.

—¿Qué estaban diciendo?

—Estaban hablando de ti y de tu carta. Creo que Fish... lo siento, Jake, estaba enojado porque no nos saludó a mí ni a mi mamá. Estaban discutiendo sobre eso. Dijeron muchas otras cosas, pero eso es todo lo que recuerdo. ¿Qué dijiste en tu carta que lo enojó tanto?



No estoy segura qué carta le mostró Joel, pero no puede ser buena. No es de extrañar que me esté evitando. Creo que podría vomitar. Estoy sudando, pero al mismo tiempo siento frío, a pesar del sol de Miami que me golpea. Anne tenía razón. Debería haberle hablado de Luca. Ahora es demasiado tarde y probablemente los he perdido a ambos.

Llegamos al final de la manzana. Me quedo en la esquina por un momento, observando el tráfico que pasa y pensando en lo que dijo Caitlin. Puedo enfadarme con Joel todo lo que quiera, pero es culpa mía que esto esté pasando.

209

—¿Esto significa que vas a romper con él? —pregunta.

—Es complicado —le digo—. Eres demasiado joven para entender.

—Eso dijo mi mamá cuando se divorció de mi papá, y también cuando rompió con su último novio. Simplemente no entiendo qué tiene de complicado y por qué siempre soy demasiado joven para entenderlo. Estoy empezando a pensar que la gente dice eso porque tampoco lo entienden.

—Puede que tengas razón —digo—. O tal vez a veces no queremos que pienses mal de la otra persona.

En este caso, la persona de la que ella pensaría mal soy yo. Esta comprensión duele. Me frunce el ceño mientras nos damos la vuelta.

—¿Crees que mi papá le hizo cosas malas a mi mamá?

—Tal vez no. No los conozco, así que no podría decírtelo. Pero estoy segura de que cuando seas un poco mayor podrás preguntarle a tu mamá y ella te dirá por qué no funcionó.

Cuando llegamos al edificio, dejo a Caitlin afuera para continuar con sus acrobacias en la acera. Llevo al cachorro adentro y me detengo en el escritorio de Joel de camino a las escaleras. Pienso en confrontarlo por la carta que le mostró a Jake, pero tengo miedo de hacer una escena. Me mira con cansancio.

Sin decir una palabra, me giro y llevo al cachorro a las escaleras. Le cuesta subir cada escalón, por lo que nos lleva un tiempo llegar al cuarto piso. Podría haberlo cargado fácilmente, pero quiero cansarlo para que se duerma una vez que lo vuelva a poner en su jaula.

Regresamos al departamento de Jake. Esta vez tengo más tiempo para mirar a mí alrededor porque no tengo prisa por sacar de aquí al cachorro que llora. Su apartamento no está tan desordenado como imaginaba. Sus muebles no son los mejores, pero tampoco son de mala calidad ni vulgares. No hay evidencia del toque de una mujer, ninguna señal de que esté viviendo una doble vida. Es curioso cómo Anne había sugerido que él era el reservado y, sin embargo, resulta que soy la única que vive una doble vida.

Devuelvo al cachorro a su jaula y luego, sin perturbar nada más en el apartamento, salgo al pasillo. Tan pronto como la puerta se cierra detrás de



mí, comienzan los chillidos, los lamentos y los llantos. Espero un minuto, esperando que se detenga, pero no lo hace. Considero volver a entrar y llevar al cachorro a mi apartamento. Si lo hago, Jake tendrá que venir a verme y luego podré intentar explicarle.

Dudo, mi mano está en la puerta. Por otro lado, quiero que venga por mí, no porque lo obligué llevándome a su perro. Sin embargo, no estoy por encima de esta idea si eso es todo lo que tengo. Sé que estoy equivocada, pero él es quien me ha estado evitando sin decir una palabra. No debería tener que escuchar la razón por la que un niño me está engañando.

El cachorro se calma un poco y quito la mano del pomo de la puerta. Decido alejarme por ahora. Necesito descubrir lo que quiero.



CAPÍTULO VEINTIOCHO

LA NOTA DE RESCATE

Naomi

211

—Te lo dije.

Anne no es muy buena para perdonar mis sentimientos. Ella me había advertido que debería contarle a Jake sobre la carta y ahora necesita asegurarse de que yo sepa que tenía razón.

—También me dijiste que me estaba ocultando algo. Te equivocaste en eso. He estado en su apartamento.

Pienso en el cachorro y me pregunto si volverá a llorar. Lo escuché varias veces durante el fin de semana, pero el llanto nunca duró mucho porque Jake estaba en casa para cuidarlo. Hubo algunas ocasiones en las que deseé que el llanto hubiera durado un poco más. Me habría dado una excusa para subir y verlo de nuevo. Sin embargo, no me atrevo a subir allí y fingir que no pasa nada. No estoy segura de poder pararme frente a él, mentirle y decirle que Luca y las cartas no significan nada para mí. Estoy desgarrada, porque todavía tengo sentimientos por ambos. Por mucho que odie la forma en que cortó el contacto conmigo, todavía siento que merece una explicación. Simplemente no tengo una buena. De todos modos, no es una que le vaya a gustar.

—Hablando de eso, probablemente debería ir a casa y ver cómo está el cachorro.

Pone los ojos en blanco.

—¿De verdad crees que podrás recuperarlo paseando a su perro? Quiero decir, lo llamaste por el nombre de otro hombre mientras tenías sexo con él. Quizás esto sea lo mejor, para ser honesta. Con él fuera de escena, puedes ver a dónde van las cosas con Luca.

—Las cosas no van a ninguna parte con Luca, porque ni siquiera me responde.

—¿Has intentado escribirle de nuevo?

Suspiro.

—¿Cuántas veces necesito escribirle antes de rendirme? Esto se siente como hace dos años otra vez. Lo invito a conocerme y desaparece. No me



sorprendería que pasen algunos años más hasta que tenga noticias tuyas en este momento.

—Lo dudo, tal vez sólo necesita saber que realmente quieres conocerlo.

—Ya ni siquiera estoy segura de lo que quiero. Pensé que quería conocerlo, pero ahora tengo miedo de perder lo que tenía con Jake.

—Noticia de última hora. Ya perdiste lo que tenías con él. Escríbele a Luca de nuevo.

Termino mi café.

—Lo pensaré. Necesito ir a casa.

Escucho llorar a Bruno cuando llego a la escalera. Nunca le devolví la llave a Joel, así que me dirijo al cuarto piso. Toco la puerta para asegurarme de que Jake no esté adentro. Espero un momento, luego abro la puerta y entro.

Arranco una hoja de papel de un cuaderno y garabateo una nota: *Tengo a tu perro.*

Pego la nota al refrigerador con un imán y luego la releo. Tras una segunda inspección, me doy cuenta de que suena un poco críptico. Lo único que falta es una solicitud de rescate. Agarro el bolígrafo con el que escribí la nota y agrego: *Ven a buscarlo.*

La leo de nuevo, pero todavía no me parece bien. Las frases breves y recortadas podrían hacerle pensar que cuidar de Bruno es una carga. Probablemente lo estoy pensando demasiado, pero de todos modos agrego a la nota: *Por cierto, ¿cómo se llama? Lo he estado llamando Bruno.*

Dejo el bolígrafo y me dirijo a la caja de Bruno para dejarlo salir. Lo llevo escaleras abajo y afuera para usar el baño, pero parece que no tiene ganas de hacer. Ya debe haber salido a caminar. Lo llevo nuevamente adentro. Joel me mira una vez, pero no dice que tengo el cachorro otra vez.

Bruno está emocionado de conocer a los gatitos cuando llegamos a mi apartamento. A Roland y Phoebe no parece importarles su energía interminable. Juegan un rato y luego Bruno se detiene sin previo aviso, baja las caderas y orina en mi suelo.

—¡Bruno! —exclamo—. ¡No!

No parece pensar que haya hecho nada malo. Tan pronto como termina de orinar, se aleja trotando y se reúne con los gatitos. Limpio el desorden, luego me siento en el sofá y los miro jugar a los tres. Menos de cinco minutos después, Bruno se pone en cuclillas y hace caca sobre mi alfombra. Tuve suerte de haber comprado un spray especial para quitar las manchas de las mascotas cuando adopté a los gatitos. No he necesitado usarlo hasta ahora. Con el segundo desastre limpio, regreso al sofá, aliviada



de poder relajarme ahora porque seguramente este cachorro lo ha sacado todo de su sistema y no tendrá más accidentes.

No podría haber estado más equivocada. Bruno vuelve a orinar en mi piso de madera y, mientras lo limpio, orina por tercera vez. Gimo, luego le tiro el arnés y la correa y lo llevo afuera. Caminamos arriba y abajo de la cuadra varias veces antes de que finalmente quede claro que lo sacó de su sistema en mi apartamento.

—Me vas a volver loca —le digo mientras volvemos a entrar.

Lo hago subir las escaleras conmigo otra vez. La última vez, el ejercicio adicional no lo agotó mucho, pero esta vez, quedó inconsciente casi tan pronto como entramos. Está en mi regazo en el sofá, así que al menos estoy cómoda.

No me doy cuenta de que me he quedado dormida hasta que alguien golpea la puerta y me despierto sobresaltada. Roland y Phoebe están acurrucados y abrazándose en el otro extremo del sofá. Me tomo un momento para apreciar lo lindos que son y luego deslizo al cachorro dormido de mi regazo para abrir la puerta. Ya sé que es Jake. Me pregunto si hablará conmigo o si solo dirá lo mínimo para recuperar a su perro.

Está apoyado en el marco de la puerta cuando la abro. Recuerdo el día que llamó a mi puerta antes de invitarme a cenar. Recuerdo la forma en que entró por mi puerta, me empujó contra la pared y me besó. El recuerdo hace que mi cuerpo se sienta en llamas. Ojalá pudiéramos volver a ese momento.

—¿Bruno? —Parece escéptico sobre el nombre. Al menos sé que leyó mi nota. Eso, y que está hablando conmigo otra vez.

Me encojo de hombros.

—Caitlin lo nombró.

—Por supuesto que sí. ¿Dónde está?

—En el sofá. ¿Cuál es su verdadero nombre?

Me alejo de la puerta, esperando que él entre. Duda, mirando hacia el umbral como si hubiera una barrera física que le impidiera entrar a mi departamento.

—No tiene uno —dice. Luego, como si tuviera que obligarse a hacerlo, cruza mi puerta, pero se detiene frente a mi en el pasillo. Por un momento, está tan cerca de mi que pienso que tal vez no pase nada y me imagino los últimos días. Mi corazón comienza a latir un poco más rápido. Puedo ver su pecho elevarse mientras respira profundamente. No lo suelta antes de darse la vuelta y entrar a la sala de estar.

—¿Cómo es que no tiene nombre? —pregunto.



—Solo lo estoy criando y es sordo, así que no importa si sabe su nombre o no.

—¿Es sordo?

—Estás sorprendida.

—¿Estás seguro?

—Por eso la familia que lo adoptó lo devolvió al refugio. No podían soportar su llanto constante y nada de lo que hacían funcionaba. No respondía a ninguna de sus órdenes.

—No lo tuvieron por mucho tiempo. Quizás simplemente sea terco. ¿Se hizo una prueba de audición?

—No, pero mira esto. —Aplaude. Roland y Phoebe levantan la cabeza, pero Bruno no responde. Está recostado en el sofá, durmiendo profundamente.

—Eso no significa que sea sordo —argumento—. Tal vez simplemente esté muy cansado. Debería hacerse una prueba de audición.

—El refugio no puede pagarlo, así que lo tratamos como si fuera sordo. Voy a acogerlo hasta que esté domesticado y sepa suficientes señales con las manos para ser adoptado por alguien con experiencia con perros sordos.

La forma en que lo explica es tan casual que parece que ya no está enojado conmigo, como si me estuviera dejando entrar en el muro que construyó cuando descubrió que mentí. Empiezo a sentir que mi propia guardia baja.

—Hablando de domesticación —digo—, hoy tuvo cuatro accidentes en mi apartamento.

Empiezo a reírme, pero su rostro se pone serio. Así, el muro vuelve a levantarse.

—Eso es lo que pasa cuando no lo miras. Lo estoy entrenando por una razón. Si lo hubieras dejado ahí arriba...

—Lo estaba mirando —lo interrumpo—. Y si lo hubiera dejado allí arriba, alguien habría llamado para denunciar el ruido.

—Presta más atención la próxima vez. Cuando lo veas empezar a caminar en círculos o husmear, es hora de llevarlo afuera.

Camina hacia el sofá y le da un codazo a Bruno. El cachorro se despierta sobresaltado y luego se anima cuando reconoce a su padre adoptivo. Observo cómo levanta al cachorro y luego examina la habitación en busca de la correa y el arnés. Señalo el sillón donde los dejé. Deja al cachorro en el suelo el tiempo suficiente para ponerle el arnés, luego lo levanta y sale por la puerta.



Dejo escapar un suspiro una vez que estoy sola. Tal vez no esté listo para darme otra oportunidad, pero al menos no espera que deje de cuidar a Bruno mientras él está en el trabajo.

O tal vez estoy interpretando demasiado la forma en que dijo “la próxima vez”. Miro la puerta por un minuto, deseando que pueda darme respuestas.

Mientras escucho las puertas del ascensor abrirse y cerrarse detrás de él en el pasillo, mi mente vaga hacia Luca. Pienso en todas las veces que rechacé sus invitaciones para conocerlo, todas las veces que podría haberle dado una oportunidad si no hubiera estado saliendo con otra persona en ese momento. Quizás Anne tenga razón. Quizás esto sea una señal de que se supone que debo encontrarme con Luca.

Si alguna vez hubo un momento para hacer que esto funcione y no sentirme culpable por ello, es ahora. Miro mi cuaderno, que está abierto sobre mi mesa de café. Me siento y tomo mi bolígrafo.



CAPÍTULO VEINTINUEVE

BUENAS IMPRESIONES

Naomi

216

*Querido Luca,
Ven y escóndete conmigo.
Con amor, Naomi*

No iba a escribir otra carta, pero el hecho de que no he sabido nada de él me está volviendo loca. Decido usar las mismas palabras que usé cuando lo invité a dejar a su prometida por mí hace dos años. Sé que es una posibilidad remota, pero espero que haya estado esperando que use estas palabras nuevamente.

No me molestó en dejar la carta encima de los buzones. La dejo sobre el escritorio de Joel. Mira el sobre y luego a mí.

—Por favor, asegúrate de que le llegue hoy.

Joel asiente. Regreso a mi apartamento. Doy de comer a los gatitos y luego juegan a mis pies mientras preparo la cena. He escondido la patineta que me regaló Jake dentro de un armario. Me resisto a sacarla y someter a mi vecino de abajo al nivel de ruido que esos gatitos pueden hacer con una patineta.

Acabo de cenar cuando escucho un golpe en la puerta. Sé que es poco probable que Joel ya le haya entregado mi carta a Luca. Aun así, mi ritmo cardíaco se acelera. Me paso los dedos por el cabello, de repente consciente del hecho de que no me he mirado en el espejo en la última hora. Deslizo mi lengua sobre mis dientes frontales para asegurarme de que no tengo comida atrapada en ellos. No sé por qué estoy haciendo estas cosas. ¿Desde cuándo quiero darle una buena impresión a Luca?

Cuando abro la puerta, está Jake al otro lado. Me sorprende que haya regresado.

—Hola —digo.

Sin responder, abre más la puerta, entra y me besa.

—Lamento haber estado tan distante —dice cuando se separa de mí.



—No eres tú quien debería lamentarse —argumento—. Debería haberte hablado de las cartas. Siento que necesito...

Me detengo cuando pasa a mi lado y entra a la sala de estar.

—Quiero explicarme —digo, siguiéndolo.

Se deja caer en el sofá. No me atrevo. Tengo la impresión de que no quiere mi explicación, pero siento que se la debo de todos modos. Me siento a su lado.

—Sé que dijiste que querías ser exclusivo, pero siento que debería decirte que he estado...

—¿Quién es Jake? —interrumpe.

Frunzo el ceño, sintiéndome perpleja por la extraña pregunta.

—¿Qué quieres decir?

—Joel me dijo que mencionaste que estabas saliendo con alguien llamado Jake.

Sacudo la cabeza. Estoy aún más confundida ahora.

—Estaba hablando sobre ti. ¿Pensaste que hay otro Jake? —Mis ojos se abren cuando me doy cuenta. Tengo ganas de reír, pero no estoy segura de que sea apropiado, así que lo contengo—. ¿Por eso me has estado evitando?

Me mira fijamente, su expresión permanece seria. Mi sonrisa se disuelve mientras trato de descubrir qué está pasando.

Se aclara la garganta.

—Ese no es mi nombre.

Por un momento creo que está bromeando conmigo, pero no hay ningún atisbo de diversión en su rostro.

—No entiendo. —Pienso en la placa con su nombre que llevaba cuando nos conocimos.

Sé que no lo leí mal.

—¿Cuál es tu nombre entonces?

Él mira de mí a la mesa de café, donde dejé el cuaderno que uso para escribir mis cartas a Luca. Lo alcanza y saca el bolígrafo que está metido en la encuadernación en espiral. La mitad de las páginas del cuaderno han sido arrancadas y las pocas que quedan están en blanco. Verlo sostener mi cuaderno que he usado para escribir innumerables cartas a Luca me hace sentir incómoda. Observo, esperando, mientras escribe algo en la primera página en blanco. Tengo curiosidad por saber qué tiene que escribir que no pueda decir en voz alta.



Tiene el cuaderno en ángulo para que no pueda ver lo que está escribiendo. Cuando termina, arranca la página, la dobla y luego me la entrega. Sostengo la hoja doblada por un momento. No sé por qué estoy nerviosa por abrirla y leer lo que escribió. Lo miro y veo que me está mirando, esperando. La desdoble.

Querida Naomi,

Espero que esta noche te olvides de cambiar la caja de arena y que Roland haga caca en tu cesto de la ropa sucia.

Con amor, Luca.

Miro la carta, tratando de procesar qué es esto. Por un segundo, pienso que es un truco, pero es la misma letra familiar que he estado leyendo durante años. Levanto la mirada lentamente de la carta dirigida a él. Ahora entiendo por qué me interrumpió.

Siento como si me hubieran quitado la alfombra debajo de mis pies.

—Tú eres Lucas.

—Sí. Sé que debería haberte dicho...

—Fuera —le digo antes de que pueda continuar. Mi cuerpo tiembla de ira. Me esfuerzo por levantarme del sofá. No puedo creer que haya sido tan estúpida. Me levanto y señalo la puerta. Se queda en el sofá, mirándome como si no estuviera seguro de si hablo en serio.

—Fuera —repito—. Vete. Ahora.

—¿No quieres hablar de esto?

—No. Ni siquiera sé quién eres. Sal de mi apartamento.

—Soy yo, Naomi. No he cambiado. Todo lo que hemos hablado, lo que hemos hecho juntos, ese era mi verdadero yo.

Lo miro, desde su cabello oscuro hasta sus ojos azul hielo, pasando por su cuerpo, sentado en mi sofá, y aunque he pasado tanto tiempo con él, lo he visto y tocado tantas veces, siento como si estoy mirando a un extraño. No puedo entender el hecho de que sea la misma persona a la que le he estado escribiendo durante años. Él no es Luca, él es...

Una nueva ola de ira me invade. Debe haber sabido que me equivoqué de nombre todo este tiempo. Se aprovechó de que no sabía quién era. Me mintió.

Se pone de pie, lo cual me parece injusto porque ahora me supera.

—Por favor, Naomi. Hablemos de esto.

Su tono es razonable, lo que me enoja aún más.



—¿Cómo se supone que voy a creer todo lo que dices cuando me has estado mintiendo desde el principio?

Da un paso hacia mí y extiende la mano. Sus dedos rozan mi brazo y siento que mi determinación cae un poco. Doy un paso atrás, porque no quiero dejarme atraer por él. Necesito poder pensar con claridad para no caer en más mentiras.

—No me toques —le advierto—. ¿De dónde sacaste esa placa con tu nombre falso?

Frunce el ceño.

—¿Qué placa con nombre falso?

Su acto de fingir no saber de qué estoy hablando me enoja aún más.

—Esa placa que llevabas cuando nos conocimos para hacerme creer que tu nombre era Jake Dubois.

Su ceño permanece fruncido. Es casi creíble que no sepa de qué estoy hablando. Entonces sus ojos se abren de par en par.

—Jake Dubois es el otro veterinario del acuario. Una vez tomé prestada su bata médica cuando la mía se ensució al cuidar a un herido... —Sacude la cabeza, interrumpiéndose—. No importa. No quise engañarte. No me di cuenta de que tenía su placa encima.

No creo nada de lo que dice.

—Deberías irte.

—Naomi...

—Vete. ¡Ahora!

Grito la última palabra. Puedo sentir las lágrimas quemando mis ojos. No quiero que me vea llorar ni que intente quedarse y consolarme cuando él es la razón por la que me siento traicionada.

—¿No podemos simplemente...?

Todavía está demasiado cerca de mí. Presiono ambas manos contra su abdomen, alejándolo. Podría dominarme fácilmente, pero me deja empujarlo hasta la puerta. Cuando llegamos a la puerta principal, la abro, lo empujo hacia el pasillo y luego cierro la puerta detrás de él.



CAPÍTULO TREINTA

DE TODOS LOS EDIFICIOS

Luca

220

Cuando volé a Miami, no había planeado perdonar a Joel. Me negué incluso a pensar en él como mi padre. Me había abandonado y no merecía el título. No pensaba quedarme mucho tiempo. Sólo fui porque quería hablar con él frente a frente, escucharlo intentar explicar por qué pensaba que podía regresar a mi vida después de todos estos años. No podía creer que él insinuara que mi madre era la culpable de que abandonara a nuestra familia.

Conseguí un auto de alquiler en el aeropuerto porque quería poder salir cuando quisiera. No quería estar a merced de nadie más. Joel me había enviado un mensaje de texto con la dirección de una cafetería donde podía encontrarme con él. Me alegré de que esta reunión no tuviera lugar en su casa, y especialmente de que no estuviera tratando de impresionarme o recuperarme llevándome a algún restaurante de cinco estrellas.

Ya estaba sentado en una mesa cuando llegué. Casi no lo reconocí. Había engordado algunos kilos y su cabello se había vuelto gris, pero sus ojos seguían siendo los mismos. Llevaba un uniforme de seguridad. Me di cuenta de que no me reconoció hasta que estuve parado frente a su mesa.

Se paró.

—¿Luca?

Asentí. Extendió los brazos ligeramente como si fuera a abrazarme, luego lo pensó mejor y me tendió la mano para que la estrechara. Nos sentamos.

—Te traje un café —dijo, empujando la taza hacia mí—. No sé cómo lo tomas, así que... —Hizo un gesto hacia los paquetes de crema y azúcar que había agarrado.

Tomo un sorbo de mi café sin agregar nada. Me mira con los ojos muy abiertos y expectantes. Me di cuenta de que no tenía idea de lo que se suponía que debía decirme. Después de un tenso momento de silencio, hice la única pregunta que se me ocurrió:

—¿Es aquí donde has estado todo el tiempo?

Sacudió la cabeza.



Hate

HELL OF
BOOKS

—Comencé en Montana. Me mudé aquí hace sólo unos años.

—Déjame adivinar. Empezaste una nueva familia y también los abandonaste.

—Entiendo por qué estás enojado —dijo.

No respondí. Ya terminé de hacer preguntas. Fue su turno de dar una explicación.

Continuó.

—Conocí a una mujer poco después de mudarme a Montana. Cheryl. Nos casamos y tuvimos tres hijos. Gemelas y un niño.

A lo largo de los años, hubo algunas ocasiones en las que me pregunté si mi padre se había vuelto a casar alguna vez o había tenido otro hijo. Cuando era más joven, cuando mi familia aún estaba intacta, me hubiera encantado tener un hermano o una hermana. Esto no fue como imaginé que sucedería.

—Tengo hermanos —dije. Pensé que si lo decía en voz alta lo sentiría más real, pero no fue así.

Desvió la mirada.

—Las cosas no funcionaron entre Cheryl y yo. Fue una ruptura mutua. Cheryl recibió una oferta de trabajo aquí poco antes de que finalizara nuestro divorcio. Ayudé con la mudanza y luego nunca volví a Montana.

Sonreí, pero lo encontré lejos de ser divertido.

—Así que déjame ver si lo entiendo. Rompes con mi madre y te vas corriendo a otro estado, para no volver a ser visto por nadie nunca más. Rompes con Cheryl y no sólo la ayudas a mudarse, sino que desarraigas tu vida para no tener que estar lejos de tus nuevos hijos.

—Sé que fui un padre terrible para ti...

—No —lo interrumpí—. No lo fuiste. Eso es lo que siempre me confundió. Solías llevarme a la playa todos los días. Construimos un gimnasio en casa, hicimos ejercicio juntos. Cada maldito recuerdo que tengo de ti es bueno. Pero luego te levantaste y te fuiste sin ningún maldito motivo, y te odié por eso. No sabes cuántas veces deseé que fueras un imbécil para no tener que extrañarte tanto. ¿Qué tiene de diferente tu nueva familia que podrías hacer que funcione con ellos y no conmigo?

—No tuvo nada que ver contigo.

—Seguro que me sentí así cuando no supe de ti durante quince años.

—Tu madre y yo...

—Bien. Cúlpala a ella. No puede defenderse ahora que está muerta.

—Lamenté enterarme de su fallecimiento, a pesar de lo que me hizo.



Lo miré fijamente, esperando que diera más detalles, pero no lo hizo. Estaba esperando que le preguntara. No quería oírlo echarle la culpa a mi madre, pero viajé hasta aquí y necesitaba saber cuál era su excusa.

—¿Qué te hizo? —La pregunta me supo amarga en la boca.

—No quieres oír esto sobre tu madre —dijo.

—Tú comenzaste con el tema.

Suspiró, miró por la ventana al edificio al otro lado de la calle por un momento y luego volvió a mirarme.

—Tu madre estaba teniendo una aventura. Peleamos por eso. Mucho. Probamos la terapia matrimonial. Las cosas mejoraron por un tiempo, pero un día yo... —Hizo una pausa y frunció los labios—. Me contagió una ETS. Ni siquiera pude mirarla después de eso. Solicité el divorcio y me fui. Todos los días lamento no haberte llevado conmigo. Estaba tan enojado cuando me fui que solo quería seguir adelante y nunca darme la vuelta. Hay tantas cosas que desearía haber hecho de otra manera. Habría dejado a tu madre mucho antes. Probablemente me habría quedado en San Diego si lo hubiera hecho, pero nunca habría conocido a Cheryl ni habría tenido a las gemelas ni a Caden.

—¿Cuándo finalmente te acordaste de mí? Te llevó quince años escribirme.

—En ese momento pensé que era mejor esperar hasta que fueras mayor para acercarme a ti. No quería causar ninguna tensión entre tú y tu madre. Y luego me enteré de lo que le pasó y cuando intenté ponerme en contacto contigo ya no estabas. No tenía idea de dónde habías ido. Hace unos años, Cheryl me mostró cómo podía encontrar tu dirección en línea, pero parecía que cada vez que te escribía, ya te habías mudado. Cuando tardaste siete meses en llamarme, pensé que mi carta se había perdido en el correo.

No quería creer una palabra de lo que dijo. Estaba listo para levantarme y regresar a San Diego cuando algo me llamó la atención en otro stand. Fue un destello de cabello rubio y ojos azules. Estiré el cuello para ver mejor. Dos rostros idénticos me observaban desde unos reservados más abajo. Al lado de las gemelas había un niño, un poco más joven, mirándome con igual interés.

Cuando Joel me habló de mis hermanos, decidí que nunca los conocería. No era justo esperar que lo hiciera. A mi madre le habría parecido una traición aceptar esta vida que mi padre había creado lejos de nosotros. Pero todo cambió cuando los vi en la cafetería ese día. Miré a Joel y luego a los niños. Estaban esperando a ver si su hermano mayor los aceptaría.

Ni siquiera los conocía, pero ya sabía que no podía abandonarlos.



Me mudé al edificio donde trabajaba Joel una semana después. Volé de regreso a San Diego para recoger mis cosas y luego conduje por ocho estados para regresar a Miami. Me aseguré de permanecer lejos de Dallas en mi camino.

No tenía mucho. Sólo mi ropa, mi auto y algunas cajas de efectos personales. Abrí la cajuela de mi auto y saqué mi caja con las cartas de Naomi. Me dirigí a la puerta principal del edificio. Me preguntaba si alguna vez podría volver a escribirle. Tendría que preguntarle a Joel cómo encontró mi dirección. Quizás yo pueda encontrar la suya de la misma manera.

223

Mientras el pensamiento cruzaba por mi mente, una mujer cruzó la puerta y se detuvo para abrirla para mí. Su cabello rojo me llamó la atención. Casi tropecé y dejé caer mi caja. Sentí como si el tiempo se ralentizara a medida que me acercaba. Todo lo que podía hacer era mirar a esta mujer y tratar de recordarme cómo era Naomi. Sabía que esta no era ella. Naomi nunca se había mudado fuera de Oklahoma. Miami era una ciudad grande y probablemente había miles de pelirrojas aquí. Fue sólo una coincidencia que estuviera pensando en Naomi en el momento exacto en que esta hermosa mujer abrió la puerta.

—Gracias —dije mientras caminaba. Soltó la puerta y siguió su camino. Me quedé allí en medio del vestíbulo, observándola a través de la ventana hasta que desapareció.

—Ella es atractiva, ¿eh? —dijo Joel desde el mostrador de seguridad. Giré para mirarlo.

—¿Vive en este edificio?

—Sí. Ella es una especie de celebridad local. A veces cubre al meteorólogo, así que la vemos en la televisión de vez en cuando.

Sabía que no podía ser ella, pero tenía que preguntar de todos modos.

—¿Cómo se llama?

—Naomi Light —dijo.

Debí haberlo escuchado mal. No podría haber dicho su nombre. Estaba convencido de que fue mi propia mente la que plantó su nombre en su boca cuando habló.

—¿Qué?

—Naomi Light —repitió.

Miré la caja de cartas que sostenía y luego salí por la ventana. Hacía mucho que se había ido, pero era ella. De todos los edificios de apartamentos del mundo, yo acababa de mudarme al de ella.

—De ninguna maldita manera.



El sonido de la puerta cerrándose detrás de mí solidifica todas las dudas que tenía sobre si era una buena idea. Puedo oír el clic de la cerradura, como si tuviera miedo de que intentara volver a entrar. No estoy realmente seguro de lo que esperaba, pero supongo que esperaba que fuera mejor que eso. En sus cartas, hace tiempo que pide verme. Cada vez que aparezco, ella no parece recordar que me invitó. Supongo que no es justo decir que no lo recuerda. La verdad es que ella no sabía que era yo quien la invitaba. Hubo muchas ocasiones en las que estuve a punto de decírselo, pero me acobardé cada vez hasta ahora.

Me mata que ella pensara que era quien me engañaba. Nunca había tenido la intención de prolongar esto tanto tiempo. Intenté poner cierta distancia entre nosotros los últimos días, pero el daño ya estaba hecho. Le había mentido.

Le había dolido tanto que Joel le hubiera mentido. Lo que hice fue mucho peor. Sabía que ninguna distancia haría que la mentira fuera menos hiriente. Sólo podía esperar que no fuera demasiado tarde para decir la verdad. Pensé que escribir una carta podría hacerlo más fácil. Pensé que a ella le gustaba lo suficiente mi verdadero yo como para alegrarse de que fuéramos la misma persona. Ahora me doy cuenta de que estaba siendo ingenuo. Escribir esa carta fue una idea estúpida.

Me doy la vuelta y camino hacia la puerta para que pueda oírme a través de ella.

—¿Naomi? ¿Podemos hablar por favor?

—¿Acerca de? —espeta. Puedo decir por la cercanía de su voz que está justo al otro lado de la puerta—. ¿Sobre cómo me has estado mintiendo? ¿O sobre cómo me has estado acosando durante los últimos seis meses?

—No te acosé —le digo—. Y si esa es la razón por la que estás enojada, entonces siento que debo recordarte que fuiste al menos a tres estados diferentes para tratar de encontrarme.

—Mierda. ¿Esperas que crea que tú tampoco sabías quién era yo y que te mudaste al mismo edificio que yo? ¿Joel es siquiera tu verdadero padre? ¿Tienes siquiera hermanos? Pensé que eras hijo único. ¿Es mentira todo lo que me dijiste?

—Él es mi padre.

—Carol Bell dijo que tu papá te dejó cuando eras niño.

—Lo hizo. Nos reconectamos hace seis meses y por eso terminé en Miami. No mentí sobre eso. Y tengo tres medios hermanos. ¿Quién diablos es Carol Bell?



—Ella era la anciana que vivía en la esquina de tu calle en San Diego.

Quiero señalar lo hipócrita que es esa afirmación, pero decido no hacerlo. No quiero alimentar la pelea. Sólo quiero que me hable.

—Nada de eso fue mentira —digo—. Bueno, excepto que no te dije mi nombre.

—Sabías muy bien que no sabía tu nombre todo ese tiempo. Si tu objetivo era hacerme sentir como una idiota, lo lograste.

Pienso en cuando dijo mi nombre mientras la tocaba en su habitación en medio de la noche. En ese momento pensé que ella sabía quién era yo, pero por la mañana quedó claro que no. Todavía pienso en ello a menudo. Me pregunto si la escuché mal. No parece el momento adecuado para sacar el tema a colación ahora.

—Lo sé —le digo—. Lo lamento. Esa no era mi intención.

No responde. No puedo decir si todavía está parada al otro lado de la puerta. Si es así, respira tranquilamente. Decido continuar, esperando que todavía pueda oírme.

—Lamento no haberte dicho mi nombre antes. Para ser honesto, tenía miedo de que no quisieras tener nada que ver conmigo. Nunca quisiste conocerme y luego vine a Miami y descubrí que vivías en el mismo edificio que yo. Se suponía que no sabía cómo eras, pero lo sabía. Cuando era adolescente, pasaba horas haciendo clic en todas tus fotos en Facebook. ¿Cuáles eran las probabilidades de que terminara en el mismo edificio de apartamentos que tú?

—Lo siento. No te creo.

Me sorprende escuchar su voz, pero me alegra saber que todavía me escucha.

—Debería haberme presentado en ese momento —continúo—. Me acobardé.

—Tuviste mucho tiempo para presentarte y elegiste no hacerlo. ¿Por qué te tomó seis meses?

—Estaba asustado.

—¿De qué? No sabía quién eras.

—Tenía miedo exactamente de esto. Que te dijera quién soy y no querías tener nada que ver conmigo. Tenía miedo de que todavía sintieras lo mismo cuando me dijiste que no querías ser mi amigo en Facebook, o cuando me dijiste que nunca vendrías a mi graduación del campo de entrenamiento. Supongo que pensé que sería más fácil si no supieras quién era al principio.

—Porque mentirme es mucho mejor.



—No era mi plan engañarte por tanto tiempo. Iba a enviarte esa primera carta a la estación de noticias y luego te iba a decir quién era. Te vi casi todos los días durante mi hora de almuerzo. Pero el día que planeé hacerlo, estabas sentada en esa mesa con Anne y buscabas mi nombre en Facebook. Entonces, hubo cambio de planes. Te invité a cenar y te lo iba a decir entonces, pero luego pospusiste la cena...

—Oh, entonces es mi culpa que no me lo hayas dicho.

Su tono está lleno de sarcasmo. Sigo de todos modos.

—No. No es tu culpa. Me dijiste que ibas a San Diego y se me ocurrió que tal vez estuvieras intentando encontrarme.

—Entonces, en lugar de decirme: “Oye, soy Luca y estoy aquí en Miami”, ¿decidiste seguir alargándote y dejarme viajar por todo el país buscándote?

—No es por eso que no te lo dije. Tenía miedo de haber esperado demasiado y de que te enojases conmigo.

—No habría estado tan enojada como lo estoy ahora.

—Lo siento, Naomi. —Presiono mi frente contra la puerta—. Desearía que me dejaras volver a entrar y pudiéramos hablar de esto sin que todo el tercer piso nos escuchara.

—Eso has dicho.

—¿Puedes perdonarme por favor?

—No. Vete a casa.

—No puedo perderte, Naomi.

—Ya lo hiciste.

—Por favor. Prometo que no habrá más secretos.

—¿Secretos? ¿Crees que de eso se trata? ¿Secretos? Me dejaste sentir como una idiota y te aprovechaste de mí. ¿Cómo se supone que debo saber que no te reías a mis espaldas cada vez que tenía sexo contigo, sin saber quién diablos eras realmente? Ojalá nunca te hubiera respondido. Ojalá hubiera elegido un nombre diferente para ese maldito sombrero en quinto grado.

Duele oírla decir eso.

—¿De verdad quieres decir eso?

—Sí. —Su voz suena más baja ahora, como si estuviera sentada en el suelo. Me bajo al suelo para que estemos al mismo nivel.

—Tus cartas fueron lo único constante en mi vida durante mucho tiempo —digo—. Mis padres siempre se peleaban cuando estaban juntos. Después de que mi papá se fue, mi perro salió de la casa y nunca más lo



volvimos a ver. Luego mi mamá se enfermó y falleció el mismo día que me gradué de la secundaria. Lo único que tuve después de eso fueron los militares y tus cartas. Me mudé mucho durante cuatro años, pero tus cartas siempre me encontraban. Eran lo único bueno en mi vida, y luego... y luego un día simplemente dejaron de hacerlo. No sé qué habría hecho si no me hubieras respondido después de que te escribí esa primera carta de odio, o si hubiera sido otra persona quien me escribió en primer lugar. No creo que ninguno de los otros niños de nuestras clases continuara escribiéndose después de esos primeros meses. Supongo que en el gran esquema de las cosas, es posible que no haya cambiado mucho. Mi mamá todavía habría engañado a mi papá. Mi papá aún se habría ido y mi mamá aún habría muerto. No sé si me habría alistado en el ejército o habría salido con Penny. Habría tenido estándares mucho más bajos si no hubiera sabido que existías y tal vez me habría casado con otra persona. Pero tal vez no. Mi papá aún se habría acercado a mí y yo habría venido a Miami y habría conocido a los tres hermanos que no sabía que tenía. Me habría mudado a este edificio de todos modos y no tenía idea de quién eras el día que me abriste esa puerta. —Espero un momento para ver si tiene algo que decir, pero está callada—. Probablemente te habría invitado a salir mucho antes.

Me apoyo contra la puerta y espero a que responda, pero no lo hace. Probablemente perdí el aliento. Ella debe haberse ido hace un tiempo. No escuchó una palabra de lo que acabo de decir. Me quedo junto a su puerta un rato más. Lamento la forma en que manejé todo este asunto. Desearía por un momento poder retroceder en el tiempo y presentarme ese día que ella me abrió la puerta. Si lo hubiera hecho, tal vez no habría tenido el tiempo que tuve con ella estas últimas semanas. Al final, mentirle no valía la pena, pero no cambiaría el tiempo que pasé con ella por nada. Desearía poder decirle eso sin que parezca que estoy minimizando lo que le he hecho. Después de un tiempo, decido que es mejor dejarla en paz. Me levanto y me dirijo hacia las escaleras.



CAPÍTULO TREINTA Y UNO

DI MI NOMBRE

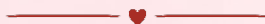
Naomi

228

Me toma un tiempo responder porque no confío en mi voz. Estoy muy enojada con él, pero aún más conmigo misma por caer en todo lo que acaba de decir. Me limpio los ojos y luego respiro temblorosamente.

—No me habrías visto en Miami —digo—. Nunca pensé en ser meteoróloga hasta que me lo sugeriste. Habría estado en otro lugar con otro trabajo.

Algún otro trabajo que probablemente no me encantaría tanto, pero no lo digo en voz alta. Me doy cuenta que ha pasado un momento y no ha respondido. Espero un rato más. Aún nada. Me levanto y abro la puerta. Él ya no está allí.



No dormí mucho. Estoy segura de que se refleja en mi rostro. Me pongo maquillaje por la mañana, pero tengo miedo de que los círculos oscuros bajo mis ojos sigan ahuyentando a los nuevos espectadores que traje cuando usé ese vestido verde. En días como este desearía que nuestra estación tuviera un maquillador.

Estoy más agradecida que nunca por el café que me trae Anne. Sé que dije que ella sería la primera persona a la que se lo contaría si Luca aparecía en mi puerta, pero ahora me siento demasiado avergonzada para decírselo. Todavía no puedo creer que fui tan estúpida como para no darme cuenta de que era él todo el tiempo.

—Pareces cansada —comenta mientras me entrega mi café—. ¿Alguien te mantuvo despierta toda la noche?

Dice esto con un guiño y su tono es sugerente. No estoy segura de cómo responder sin delatarme, así que elijo ignorarla. Sin embargo, nada se le escapa. Se sienta y hace rodar la silla hacia adelante para quedar justo a mi lado.

—Estás molesta —dice—. Dímelo.



—Realmente no quiero. —Fijo mi mirada en la pantalla de mi laptop, pero no puedo concentrarme en ella. Mi visión se vuelve borrosa cuando mi atención aterriza en algún lugar en el aire entre mi cabeza y el monitor.

—Oye. —Su mano toca mi brazo—. Sabes que estoy aquí para ti.

—Tengo trabajo que hacer.

—Es Luca, ¿no? ¿Él... apareció? —Ralentiza su discurso a mitad de la frase.

Me giro para mirarla. No debería sorprenderme que ella suponga que se trata de Luca, considerando que él es de lo único de lo que hemos estado hablando las últimas semanas. Desearía que me dejara procesar esto por mi cuenta, pero supongo que podría ser útil hablar con ella al respecto.

—Jake no era su verdadero nombre —digo. Hago una pausa por un momento. No me insiste, sólo me mira pacientemente—. Él es Luca.

Le toma un momento abrir los ojos y luego, en voz baja, dice:

—Dios mío, ¿en serio?

Es la mirada de sorpresa más falsa que he visto jamás. Me siento aún más tonta ahora. Pongo los ojos en blanco.

—Ya te habías dado cuenta de eso, ¿no?

Se encoge de hombros.

—Tal vez.

—¿Hace cuánto tiempo lo descubriste?

—He tenido mis sospechas desde el día en que adoptaste a los gatitos. Simplemente había algo en él. Soy buena leyendo a la gente.

Odio que siempre tenga razón.

—¿Por qué no me dijiste que pensabas que podría ser él?

—No quería volverte paranoica si resultaba estar equivocada —dice.

—Me siento como una idiota.

—No lo eres. Simplemente... bueno, me sorprende que no lo sospecharas, pero...

—Jake tenía tres hermanos y un padre al que veía todos los días. Luca era hijo único y su padre lo abandonó. ¿Cómo podría saber que eran la misma persona?

—¿Cómo fue cuando te lo dijo? ¿Estabas enojada?

—Por supuesto que estaba jodidamente enojada —le digo—. Me ha estado mintiendo todo el tiempo. Se acostó conmigo, permitiéndome creer que era otra persona. Ni siquiera sé quién es ahora. ¿Cómo se supone que voy a confiar en él después de eso?



Veo a Patrick asomar la cabeza por la puerta detrás de Anne. Parece que está a punto de hablar, pero lo interrumpo.

—Ahora no, Facey. Estoy hablando con Anne.

Murmura algo sobre su nombre, luego se da vuelta y se va. Anne lo ve pasar por encima de su hombro y luego me mira con una ceja levantada.

—Facey —repite con una risita. Luego vuelve a ponerse seria—. Quizás deberías darle a Luca otra oportunidad. Después de todos los años de las cartas de odio que se escribieron, probablemente él simplemente tenía miedo de que no quisieras conocerlo.

—¿En serio? ¿Estás de su lado?

—No completamente. Es un imbécil por mantener la mentira durante tanto tiempo, y definitivamente creo que no debería haberse acostado contigo hasta que aclarara quién era.

—No salgo con mentirosos —digo—. Y esto es mucho más grande que cualquier estúpida mentira piadosa que cualquiera de mis ex me haya dicho.

Anne tuerce los labios de una manera que indica que está a punto de no estar de acuerdo con lo que acabo de decir. Me preparo para ello.

—En cierto modo, creo que las pequeñas mentiras piadosas son peores —dice.

—En cierto modo. Mintió sobre toda su identidad. No creo que eso sea más perdonable que una mentira piadosa.

—Déjame explicarte —dice—. No me refiero a cuando un chico te dice que tu vestido feo se ve bien, aunque, que se joda cualquiera que me deje salir de casa con un aspecto terrible. Me refiero a pequeñas mentiras piadosas como decirle a tu jefe que estás enfermo porque no tienes ganas de venir a trabajar, o decirle a alguien que tu auto se averió porque no quieres pasar el rato. Una pequeña mentira aquí y allá no es gran cosa, pero alguien que dice muchas mentiras como esa generalmente lo convierte en un hábito. Salí con un mentiroso patológico antes. Todo comenzó cuando él puso excusas para cancelar nuestras citas en lugar de simplemente decirme que no tenía suficiente dinero. Siempre fueron pequeñas cosas, donde si lo confrontaba, sonará paranoico, pero llegó al punto en que mentía tanto que sentí que nunca estaba diciendo la verdad. Y tampoco había ningún motivo para ello. Me decía que estaba ayudando a su madre en algo cuando en realidad estaba bebiendo con un amigo. No me habría enojado si me hubiera dicho lo que estaba haciendo.

—Salí con un chico así —digo—. No podía confiar en nada de lo que decía.

—No creo que Luca sea como nuestros exs. No es un mentiroso patológico. ¿Has sentido que te estaba mintiendo sobre algo más que su nombre?



—¿Cómo puedo estar segura? Siento que ni siquiera lo conozco.

—Trabajaste muy duro para encontrarlo. Y tienes tan buena conexión con él. Tú misma me lo dijiste. Realmente dudo que estuviera fingiendo todo eso. Te estaba mostrando su verdadero yo. ¿Y qué si no te dijo su verdadero nombre? Tenía miedo de que te asustaras. ¿Y adivina qué? No se equivocó.

—No me habría asustado si hubiera salido directamente y me hubiera dicho quién era.

—¿Estás segura? Imagínate cómo te habrías sentido si él se te acercara de la nada antes de que lo conocieras y te dijera que él era Luca y que era la persona a la que le habías estado escribiendo todos esos años.

—Nunca sabremos cómo habría reaccionado porque no sucedió así. En cambio, me mintió y ahora no puedo confiar en él.

—Tú también le mentiste.

—No, no lo hice.

—¿Cómo explicaste nuestros viajes a San Diego, Georgia y Texas?

—Está bien, eso es diferente.

—¿Cómo? Estoy segura de que no le dijiste que estabas intentando localizar a tu antiguo amigo por correspondencia.

—Aunque realmente no mentí. Mantuve los detalles al mínimo. Le dije que quería ver cómo eran las playas de San Diego, y era cierto.

—Entonces, mentiste por omisión. Muy parecido...

—No lo digas.

—Muy parecido a lo que hizo él —continúa en voz más alta—, cuando evitó decirte su nombre.

—No es lo mismo.

—Tampoco le hablaste de las cartas. Estabas coqueteando con alguien que pensabas que era otro chico mientras te lo tomabas en serio con él.

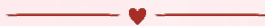
—Eso no cuenta. Le estaba escribiendo y es su culpa que no lo supiera. Además, anoche estaba tratando de contarle sobre las cartas cuando me interrumpió y me dijo quién era.

—Quizás si le hubieras contado antes sobre las cartas, habría confesado antes.

Abro la boca para discutir, pero me doy cuenta de que tiene razón. Le había escrito esa última carta a Luca con la esperanza de que apareciera en mi puerta. No estoy realmente segura de cómo esperaba que fuera a partir de ahí. Si hubiera resultado ser alguien completamente diferente, entonces yo sería la que estaba equivocada en este momento.



—Tal vez tengas razón —digo con un suspiro—. Probablemente deberías volver a trabajar. Necesito terminar aquí antes de salir al aire.



Lo último que quiero es encontrarme con Luca mientras sigo procesando todo lo que pasó anoche y durante las últimas semanas. Pero, por supuesto, nada puede salir como quiero. Está de pie junto al escritorio de Joel cuando entro al edificio después del trabajo. Ambos hombres están en medio de una conversación que se detiene cuando entro por la puerta. Mantengo mi mirada breve en su dirección y luego me dirijo hacia el otro lado, hacia los buzones. Estoy considerando tomar el ascensor para no tener que volver a pasar junto a ellos. Compraré mi casa y me mudaré en sólo un par de semanas y entonces ya no tendré que lidiar con él.

Antes de que pueda terminar de desbloquear mi buzón, Luca aparece a mi lado.

—¿Podemos hablar? —me pide.

Sin mirarlo, abro mi buzón y saco la pila de correo que me entregaron esta mañana. Reviso los sobres. Cuando encuentro una carta suya al final de la pila, la saco y la empujo contra su pecho. Está sorprendido por mi acción. Toma el sobre y lo mira antes de volverse hacia mí.

—¿Ni siquiera vas a abrirla?

Ignorándolo, me alejo de los buzones, pero él se pone delante de mí, bloqueándome el camino. Odio que mi ritmo cardíaco se acelere incluso ahora, como si no hubiera recibido la nota de que estoy enojada con él.

—Háblame —dice—. Sé que eché todo a perder, pero esto no puede ser el final de lo que tuvimos. Tenemos algo especial, Naomi. Sé que tú también lo sientes.

Haciendo caso omiso de los latidos de mi corazón, lo miro, esperando a que se aparte de mi camino.

—Creo que en algún lugar muy profundo sabías que era yo —continúa. Levanto una ceja, con curiosidad por saber adónde va con esto. Él baja la voz—. Dijiste mi nombre.

—¿Disculpa?

—Dijiste mi nombre mientras teníamos sexo. Creo que sabías que era yo.

Había tratado de enterrar ese recuerdo, pero ahora él lo saca a relucir y puedo sentir como mi rostro se sonroja.



DONNA
MARCHETTI

Mail

—Dije tu nombre porque estaba fantaseando con una persona que pensé que era otra —digo, tratando de mantener mi voz tranquila porque parece que Joel está tratando de escuchar a escondidas desde el otro lado del vestíbulo—. Tal vez si fueras mejor en la cama, no habría tenido que hacer eso.

233



Hate

HELL OF
BOOKS

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

MALO EN LA CAMA

Naomi

234

—Ouch.

Esta es la reacción de Anne cuando le conté lo que le dije a Luca ayer. Me siento muy orgullosa de mí misma por haber ideado eso, pero Anne parece pensar que lo he llevado demasiado lejos.

No era realmente malo en la cama. Sólo quería callarlo. Realmente no me importa si herí su ego. Siempre ha sido arrogante y sé que lo superará. Aún así, sé que las palabras pueden ser bastante hirientes. Espero no haber hecho ningún daño permanente.

—Él no es la víctima aquí —digo, más como un recordatorio para mí que para Anne—. Y me lastimó primero. Lo que dije palidece en comparación con lo que me hizo.

Ambas volvemos la cabeza cuando Patrick entra a la habitación. Puedo decir que está un poco reacio a darle órdenes a Anne después de que le grité ayer.

—Tal vez podamos pedirle la opinión a un chico —dice Anne.

—Hola Patty.

—No me llames así —interrumpe.

Ella continúa de todos modos.

—¿Alguien te ha dicho alguna vez que eras malo en la cama?

No creo que realmente haya pensado bien en esa pregunta. Patrick comienza a tartamudear y su rostro se pone rojo brillante.

—¿Qué... por qué preguntas eso?

—Naomi le dijo a su novio que es malo en la cama —explica—. Le dije que era bastante cruel decirlo. ¿Qué opinas? ¿Alguien te ha dicho eso alguna vez?

—No es apropiado hablar de esto en el trabajo —afirma—. Y menos con tu jefe —agrega.

Los ojos de Anne se abren de par en par.



Hate

HELL OF
BOOKS

—Ay dios mío. Lo lamento. No quise avergonzarte. No tienes que decirme si alguien te dijo eso.

—Nadie me dijo eso —afirma—. Yo simplemente... es simplemente... no es apropiado.

Murmura algo sobre volver al trabajo mientras se aleja. Anne lo ve salir de la habitación. Una vez que él se va, ella me mira y sonríe.

—Es tan lindo cuando está nervioso —dice.

Casi me ahogo con mi café.

—¿Acabas de llamar lindo a Patrick?

Se encoge de hombros.

—En una especie de osito de peluche mandón y calvo.

—Nada de eso suena lindo, excepto la parte del osito de peluche, y creo que nunca he comparado a Patrick con un osito de peluche.

—Estás analizando demasiado lo que dije. El caso es que se molestó ante la idea de que alguien pudiera pensar que es malo en la cama. Directamente le dijiste a Luca que apesta.

—No creo que eso fuera lo que preocupaba a Patrick. Estaba molesto porque su empleada le preguntaba sobre su vida sexual.

—Estás cambiando de tema porque sabes que tengo razón.

—No voy a cambiar de tema en absoluto. ¿Te das cuenta de lo extraño que fue eso?

—No fue tan extraño. Ha participado en muchas conversaciones incómodas antes.

—Es cierto, pero nunca lo hemos arrastrado a ninguno de ellas.

Anne se lleva la mano a su rostro y gime.

—Ugh. Eso fue raro, ¿no? No creerás que me va a despedir, ¿verdad?

—Probablemente no por eso, pero tal vez si sigues pasando toda la mañana hablando conmigo, él tendrá una razón válida.

Anne capta la indirecta y se levanta.

—Ahora tendré que evitarlo el resto del día. O el resto de la semana.

Me detengo en el tercer piso de la escalera y miro los escalones que conducen al cuarto. Normalmente iría allí para ver cómo está el cachorro. Ahora que sé quién es Luca, dudo. Estoy enojada con él, pero eso no significa



que haya dejado de preocuparme por Bruno. Después de una breve deliberación, subo las escaleras.

Su apartamento está más desordenado ahora que las otras veces que estuve aquí. Hay una pila de papeles sobre la pequeña mesa de su cocina. Me acerco para ver qué es. Reconozco mi propia letra. Estas son las últimas cartas que le escribí. Levanto las hojas y me doy cuenta de que estas son todas las cartas que le escribí. Las guardó todas. Al final de la pila está la primera carta que escribí en quinto grado. La leo y me siento un poco triste. Fui tan amable. Tan inocente. No tenía idea de que iba a recibir una carta tan cruel a cambio, y que se convertiría en años de la amistad por correspondencia más extraña que jamás haya existido. No podría haber predicho que todo terminaría como terminó.

Dejo las cartas tal como las encontré y luego veo una carta sin abrir dirigida a mí. Se parece a la que dejó ayer en mi buzón. Decido llevarla conmigo. Después de todo, está dirigida a mí.

Llevo a Bruno a caminar y luego me siento en mi sofá con la carta. Devolvérsela a Luca ayer fue una reacción que lamento. La idea de no saber lo que hay dentro de esta carta me ha molestado todo el día. La abro. Me sorprende encontrar dos cartas más selladas. La primera está dirigida a mi última dirección en Oklahoma. Reconozco la segunda dirección como la casa que tenían mis padres antes de que yo me fuera a la universidad. Hay una etiqueta amarilla pegada a cada sobre, lo que indica que no se pudieron entregar.

Querida Naomi,

Sé que ha pasado un tiempo desde que supiste de mí. Últimamente la vida se siente como una montaña rusa. Todo empezó cuando no respondiste. O al menos pensé que no lo hacías. Mi ex prometida interceptó tu carta y me la ocultó durante varios meses. Ella también estaba loca y por un tiempo pensé que era lo mejor que podía hacer en la vida. Y luego me arrojó tu carta y me di cuenta de que me respondiste. ¿Ir a esconderme contigo? ¿Sigue abierta esa invitación? Porque si es así, estaré en el próximo vuelo.

Sé que decimos cosas malas y bromeamos todo el tiempo (al menos espero que estés bromeando), pero quiero que sepas que lo digo en serio.

Con amor, Luca

Querida Naomi,

Supongo que en el tiempo que me tomó mudarme a Dallas y regresar a San Diego, tú también te mudaste. Es un poco extraño darme cuenta de que



no tengo idea de dónde vives ahora. Envío esta carta a la dirección de tus padres por si acaso todavía viven allí. Espero que te la puedan hacer llegar.

En pocas palabras: no me casé y nunca vi tu última carta hasta meses después de que la enviaste.

Actualización sobre mi vida: Actualmente vivo con el chico que me dijo que no debería ignorar la primera carta que me enviaste en quinto grado. También vivo con tres niños que gritan y su mamá que duerme muchas siestas. Necesito escapar. ¿Alguna sugerencia sobre a dónde debería ir?

Con amor, Luca

237

Antes pensaba que estaba triste. Pensé que estaba enojada. Lo que siento ahora es algo nuevo y no puedo explicarlo. Ojalá hubiera visto estas cartas antes. Desearía no haberlas entregado a Luca cuando intentó dárme las ayer, y desearía no haberlo insultado.

Si hubiera sabido configurar una dirección de reenvío, estas cartas me habrían llegado. Los matasellos de los sobres indican que fueron escritos aproximadamente en la época en que comencé a dejar de tener noticias tuyas nuevamente. Eso fue cuando esperaba que apareciera algún día de la nada. Supongo que nunca dejé de esperar que lo hiciera.

Cuando Luca llama a mi puerta, le doy la vuelta a las cartas como si fuera a meterme en problemas por leerlas. Me dirijo a la puerta para dejarlo entrar. El azul de sus ojos parece helado y no hay atisbo de sonrisa en su rostro. No creo haberlo visto nunca tan enojado.

—Podría hacer que te arrestaran por secuestro de perros —dice. Pasa a mi lado y agarra el arnés y la correa de Bruno. Me giro para mirarlo, frunciendo el ceño.

—Todavía no puedo creer que sea sordo —digo. No responde mientras le pone el arnés al cachorro—. Me parece un perro normal.

Sujeta la correa al arnés.

—¿Me estás ignorando ahora? ¿Es así?

—No —dice—. No quería someterte a más mediocridad.

Pongo los ojos en blanco.

—Oh. ¿Estás enojado conmigo ahora? ¿Es así como funciona? Me mentiste, Luca. Me engañaste. No puedes enojarte conmigo.

Se aleja de la puerta y da un paso hacia mí. Mi ritmo cardíaco se acelera. Me mantengo firme, negándome a que me arrinconen. Tengo que estirar el cuello para mirarlo. Todavía sostiene al cachorro, que le lame la barbilla con entusiasmo. Me está mirando fijamente, pero es un poco difícil



tomarlo en serio cuando sostiene a un cachorro tan lindo. Aprieto mis labios para evitar sonreír.

—Tengo todo el derecho a estar molesto —dice—. ¿De verdad crees que eres la única que está dolida por esto? Me enamoré de ti y te perdí.

Ahí están esas palabras de nuevo, tomándome por sorpresa. Mi corazón late tan fuerte que creo que podría salir del pecho. Mi mano se levanta contra mi voluntad, alcanzándolo. Lo fuerzo a bajar a mi costado antes de que pueda tocarlo. Su mirada cae hasta mi mano antes de volver a mirarme a los ojos. Hay algo en su mirada que hace preguntarme si se habría alejado de mi toque.

Quiero creer que sólo está diciendo esto para intentar recuperarme, pero ya no parece que esté intentando recuperarme.

—¿Cómo puedes decir que te enamoraste de mí? Apenas me conoces. Suspira, alejando a Bruno de su rostro.

—Estás equivocada en eso. Te conozco desde hace casi toda mi vida. Tal vez fue solo tu idea al principio. Pensé que tenías que ser tan divertida en la vida real como en tus cartas.

—Eso no es amor, eso es...

Me interrumpe y continúa.

—Me enamoré tanto de ti que ni siquiera podía disfrutar de la compañía de nadie más, porque ya había decidido que tú eras la indicada. Intenté decirme a mí mismo que te estaba sosteniendo en un pedestal, que no podías ser tan divertida, hermosa o sorprendente como me imaginaba. Antes de venir a Miami, me había convencido de que estaba equivocado al pensar que podía estar enamorado de alguien a quien nunca había conocido. Y luego te conocí en persona y resulta que tenía razón. Todo lo que pensé que sentía era real. Me enamoré de ti de nuevo.

No tengo oportunidad de responder antes de que se dé vuelta hacia la puerta principal.

—Luca...

Abre la puerta y luego me mira.

—Es una lástima que también seas igual de mala en la vida real —dice—. Supongo que he esquivado una bala.



CAPÍTULO TREINTA Y TRES

LA AMISTAD MÁS EXTRAÑA DEL MUNDO

239

Luca

Me paro junto al único trozo de césped de la cuadra, esperando que el cachorro haga sus necesidades para poder volver a entrar y sentirme miserable sin ningún testigo. Le dije a Naomi que esquivé una bala, pero tal vez me equivoqué.

Quizás yo sea la bala.

Recuerdo cada relación que he tenido, sin dejar nada más que dolor y amargura. He sido así desde que tengo uso de razón. Siempre pensé que si conocía a Naomi, las cosas serían diferentes. Nunca me importó hacer que ninguna de mis relaciones pasadas funcionara. No es que yo fuera el tipo de persona que no quería sentar cabeza. Fue porque estaba esperando a la única chica que estaba a la altura de lo que imaginaba que sería Naomi.

No mentiría, no pretendería, no fingiría lo que sentía solo para no parecer un imbécil sin corazón. Pensé que cuando conociera a Naomi, todo sería real. Y así fue, hasta el momento en que le dije mi nombre.

Supongo que fue mejor que terminara tan pronto. Prefiero saberlo ahora que más tarde. Puedo fingir que no duele tanto.

Llevo al cachorro adentro. Joel está fuera de servicio, pero de todos modos está sentado en el mostrador de seguridad. No creo que tenga nada mejor que hacer. Es un poco patético. Supongo que algún día terminaré como él.

—Ella no destrozó tu casa, ¿verdad? —Hace la pregunta sin quitar la vista del libro que está leyendo.

—No. Acabo de recuperar a mi perro otra vez.

Han pasado seis meses desde que hablé con Ben, así que me sorprende cuando recibo una llamada suya de la nada. Por un momento,



Hate

HELL OF
BOOKS

me pregunto si Naomi lo encontró durante su búsqueda, pero probablemente eso habría surgido antes. Respondo la llamada.

—Esto puede parecer totalmente aleatorio, pero ¿a qué distancia está Boca Raton de Miami?

—No muy lejos. ¿Estás en Boca Raton? —pregunto.

—Me están llevando en avión para arreglar un proyecto que mi equipo sigue arruinando. ¿Qué haces el lunes? Pensé que tal vez podría escabullirme el tiempo suficiente para almorzar.

—Puedo almorzar —le digo—. Mientras esté cerca. Tengo un cachorro adoptivo y normalmente vengo a casa a pasearlo durante la hora del almuerzo.

Acepta encontrarse conmigo en el café. Dice que es porque buscó el menú mientras hablábamos por teléfono y la comida se ve buena, pero tengo la sensación de que quiere ver mi casa y asegurarse de que no esté viviendo en un basurero como cuando estaba en la Universidad.

El lunes llego a casa a tiempo para pasear al cachorro antes de que Ben aparezca en mi puerta. Le muestro que mi casa está al menos en buenas condiciones. Es un edificio bonito, pero mis muebles proceden de tiendas de segunda mano. Después de un recorrido rápido, bajamos a la cafetería.

Cuando entramos, veo a Naomi en el reservado donde normalmente almuerza con Anne. Pensé que tal vez evitaría este lugar después de todo lo que pasó entre nosotros. Me alegro que no sea así. No quiero que se pierda las cosas que disfruta sólo por mi culpa. Y tal vez soy un poco masoquista, porque por mucho que me duela, me gusta verla aunque sea de lejos.

—Tengo algo que necesito decirte —le digo a Ben.

—¿Se trata de esa pelirroja que has estado mirando desde que entramos? —Puedo decir que está bromeando.

—¿Recuerdas a mi amiga por correspondencia?

—¿Cómo no iba a hacerlo? Eras la última persona que esperaba que siguiera escribiéndole a tu amiga por correspondencia mucho después de que el resto de nosotros dejara de hacerlo. —Damos un paso adelante en la fila—. ¿Por qué? ¿Finalmente volviste a saber de ella?

Hago un gesto hacia Naomi.

—Es ella. Naomi Light.

Gira la cabeza para mirar.

—¿La pelirroja? ¿En serio? —Luego me mira con los ojos muy abiertos. Él baja la voz—. Espera. ¿La rastreaste hasta aquí?

—No exactamente.



—¿Qué quieres decir con “no exactamente”? O la localizaste o no lo hiciste.

—No lo hice. Me estaba mudando al edificio y ella simplemente estaba... aquí.

—¿Sabe quién eres? —pregunta Ben—. Por favor, dime que lo sabe.

—Sí, bueno, arruiné un poco las cosas.

—¿Tú? ¿Arruinando las cosas? No puedo imaginarlo.

Ignoro su sarcasmo.

—Al principio no le dije quién era. Ahora ella no confía en mí.

Está claro que no entiende hasta qué punto me equivoqué.

—Tengo que conocerla —y luego se sale de la fila y se dirige a su mesa. Maldigo en voz baja y luego lo sigo.

—Naomi Light —dice, deslizándose en el asiento junto a Anne para quedar frente a Naomi—. Eres una absoluta leyenda.

Parece confundida y un poco asustada. Anne se aleja de él, claramente desanimada por el extraño que se entromete en su cita para almorzar.

—Debes haber visto su informe meteorológico —dice Anne.

—¿Reportas el clima? —Vuelve a mirar a Naomi—. ¿Qué, estás en la televisión?

Naomi mira de Ben a mí. Puedo decir por su expresión que está pensando que debemos conocernos.

—Ella informa el clima aquí —le digo a Ben.

Anne me mira por encima del hombro. Ben continúa, dirigiéndose esta vez a Anne.

—Esta chica le ha estado escribiendo a mi amigo Luca desde quinto grado. ¿Puedes creerlo? —Se vuelve hacia Naomi, apretando su propia mano dramáticamente—. Todavía estoy traumatizado por eso del uñero.

—¿Leíste las cartas? —pregunta Naomi.

—Solo un par de ellas. —Extiende su mano sobre la mesa—. Soy Ben —le estrecha la mano.

—¿Ben Toole? —pregunta.

Me sorprende que sepa su nombre. Él también parece sorprendido.

—No sabía que Luca te habló de mí.

—Penny lo hizo.

Las cejas de Ben se alzan. Él me mira y luego vuelve a mirarla.



—¿Conociste a Penny?

Me doy cuenta de que esto no va a ser un encuentro rápido, así que me deslizo en el asiento al lado de Naomi. Se desliza, haciéndome espacio, pero no se mueve lo suficientemente rápido y mi pierna choca con la suya mientras me acomodo en el asiento. Se aleja unos centímetros de mí, pero todavía puedo sentir el punto en mi pierna que tocó la suya brevemente. Es casi suficiente para distraerme del calor de su mirada en un lado de mi cabeza.

—Ella localizó a Penny mientras me acosaba —le digo a Ben.

—No te estaba acosando.

—Básicamente lo hacías —responde Anne.

—Me estaba escribiendo cartas en la estación de noticias sin remitente —le explica Naomi a Ben—. Solo estaba tratando de encontrar una manera de responderle.

—¿Cómo esta Penny? —pregunta Ben—. ¿Sigue loca?

—Muy loca —dice Anne.

—No hablamos con ella por mucho tiempo —dice Naomi—. Sólo el tiempo suficiente para descubrir que Luca ya no vivía allí.

No la miro, pero soy consciente de cada pequeño movimiento que hace. Se pasa los dedos por el cabello y puedo oler el familiar aroma de su shampoo con tanta fuerza como si tuviera mi rostro enterrado en su cuello. Se necesita todo lo que esté en mi poder para no chocar su pierna con la mía sólo para ver si se aleja otra vez.

—Y esa Naomi es la razón por la que la boda nunca se celebró —interviene Anne.

—Fuiste bastante lejos para encontrar una dirección —dice Ben.

—Ella fue a San Diego y también a una base en la que yo estaba destinado en Georgia —agrego.

—Al menos no mentí sobre quién era —dice. Luego, volviéndose hacia Ben, dice—. Me envió una amenaza de muerte a la estación de noticias.

Ben gira su cabeza en mi dirección. Parece horrorizado.

Dirijo mi respuesta a Ben, porque no puedo girar la cabeza y mirarla cuando está tan cerca de mí. Tengo miedo de hacer algo estúpido.

—En realidad no fue una amenaza de muerte —sostengo—. Solo dije que esperaba que le cayera un rayo.

—Para ser justa, Naomi lo leyó y se rió —dice Anne—. Estaba lista para entregar la carta al gerente de la estación.



—Ustedes son tan raros —dice Ben, sacudiendo la cabeza. Dirigiéndose nuevamente a Naomi, le dice—: ¿Sabías que si no fuera por mí, Luca no te habría escrito la primera vez? Supongo que tienes que agradecerme a mí por la amistad más extraña del mundo.

—Ya casi no son amigos —dice Anne—. ¿No puedes sentir la tensión entre ellos?

Ben mira a Naomi y luego a mí, con el ceño fruncido, como si no se hubiera dado cuenta de lo incómodo que era esto para los dos. Me giro para mirarla a tiempo para verla mirándome, pero rápidamente gira la cabeza en la otra dirección.

—Vaya, realmente cometiste un error, ¿no? —dice Ben—. Solo discúlpate con ella. —Nos mira a cada uno de nuevo y la curiosidad se apodera de él—. ¿Qué hiciste? ¿Arrancarle un cuero de la uña? ¿Amenazarla con matarla?

—Él vivió aquí durante seis meses, le escribió cartas y la invitó a salir mientras le hacía pensar que era otra persona —dice Anne.

—¿Seis meses? Maldición. —Ben mira a Naomi. Ella está mirando por la ventana a su lado.

Antes de que pueda detenerme, meto la mano debajo de la mesa y apoyo mi mano en su pierna. No la aparta de golpe, pero tampoco me mira.

—Supongo que debería haber sabido que sería tan imbécil en la vida real como lo era en sus cartas —dice.

Sus palabras son más dolorosas que una bofetada, pero tienen el mismo efecto. Quito mi mano de su muslo. Me mira por un momento antes de volver a mirar a Ben y Anne al otro lado de la mesa.

—No le mentí durante seis meses enteros —le digo a Ben—. Sólo tuve el coraje de hablar con ella por primera vez hace unas semanas.

—No me sorprende. Eres un gran cobarde cuando se trata de hablar con mujeres —dice. Luego, dirigiéndose a Anne y Naomi, añade—: Lo cual es extraño teniendo en cuenta que fue jugador hasta el tercer año de secundaria. Nunca lo vi con nadie más hasta que llegó Penny.

Por el rabillo del ojo, puedo ver a Naomi girando la cabeza en mi dirección. Me atrevo a girar la cabeza y mirarla a los ojos. Su frente está ligeramente arrugada, sus labios entreabiertos sólo un poco, como si estuviera pensando en decir algo, pero luego lo piensa mejor y su boca se cierra. Me pregunto si recuerda ese tercer año cuando le pregunté si podíamos ser amigos en Facebook. Me pregunto si entenderá que perdí interés en mis compañeras de clase por su culpa.

Ella sostiene mi mirada por un momento antes de volver su atención a Ben.



—¿Realmente conoces a Luca desde quinto grado?

Asiente.

—Desde cuarto, en realidad.

—¿Pero estabas en la misma clase de quinto grado? ¿También tenías un amigo por correspondencia?

—Por supuesto. Su nombre era... —Se rasca la barbilla como si estuviera pensando mucho—. Andy, creo. Algo así.

Está claro que reconoce el nombre por la forma en que se le iluminan los ojos.

—¿Andy Nicoletti?

Ben sonríe.

—¿Recuerdas el nombre y apellido de todos los de tu clase de quinto grado?

Su boca se ensancha en una sonrisa.

—No, pero crecí con Andy. Salimos por un tiempo en la secundaria.

Sé que la secundaria fue hace mucho tiempo, pero no puedo evitar preguntarme por qué se ve tan feliz cuando piensa en Andy Nicoletti. Luego sus ojos se fijan en mí por un breve segundo y creo que sé por qué. Debe estar intentando ponerme celoso.

—De ninguna manera —dice Ben—. No puedo creer que le estuviera escribiendo al futuro exnovio de la legendaria Naomi Light.

Pone los ojos en blanco, todavía sonriendo.

—No soy tan legendaria.

—Le escribiste a este tipo durante casi veinte años y no te volviste loca. Eso es bastante legendario si me preguntas.

Se inclina hacia adelante sobre la mesa y apoya la barbilla en las manos.

—¿Cuánto tiempo le escribiste a Andy? —pregunta—. La mayoría de los niños que conocía sólo lo siguieron durante un par de meses.

—Estoy bastante seguro de que las últimas cartas que nos escribimos fueron sobre lo que esperábamos conseguir para Navidad ese año. —Me mira y añade—: Fuiste el último de la clase en recibir una carta, lo cual fue gracioso porque al principio no querías escribirla. —Dirigiéndose nuevamente a Naomi, dice—: Este tipo mantuvo las cartas en secreto hasta octavo grado, cuando me mostró la del uñero.

—No es de extrañar que estés tan obsesionado con eso. Ni siquiera es la peor —dice Anne.



—No puedo conseguir un uñero sin pensar en esa carta —dice Ben—. ¿Eso significa que estoy traumatizado? Siento que podría estar traumatizado.

—Tengo curiosidad acerca de Andy Nicoletti —dice Anne. Ella me mira furtivamente antes de volverse hacia Naomi—. ¿Cuánto tiempo estuvieron saliendo ustedes?

—Un par de años. Rompimos justo antes de la universidad.

—¿Era lindo?

Naomi se recuesta en su asiento nuevamente y suelta un suspiro como si esto le trajera buenos recuerdos. Sé que sólo están hablando de Andy para ponerme celoso, pero no puedo evitar sentirme molesto ante la idea de que Naomi se desmaye por otro chico.

—Era muy lindo —dice.

—Ugh. Probablemente fue él quien se escapó —dice Anne—. Deberíamos localizarlo próximamente.

—Avisame si es así —dice Ben—. Tal vez pueda enviarle una amenaza de muerte. —Las dos chicas se ríen.

—Me gustaría enviarle una —digo antes de que pueda detenerme.

—Vaya, chicos —dice Anne—. Eso dio un giro.

—No habrá amenazas de muerte —dice Naomi—. No lo estamos localizando.

—No eres divertida. —Se queja Anne—. ¿Es porque se portaba mal en la cama?

Tan pronto como Anne lo dice, me sonrojé. Pensé que Naomi sólo había dicho eso por enojo, pero si le contó a Anne... necesito salir de aquí. Me levanto antes de que alguien pueda responder.

—Hay un restaurante español al final de la calle —le digo a Ben—. La comida es mejor allí. Vamos.



CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

LA EXHUMACIÓN DE NAOMI LIGHT

Naomi

246

—¿Realmente tenías que decir eso? —le pregunto a Anne.

—¿Qué? ¿El comentario malo en la cama?

—Sí. Eso.

—No te entiendo. Pensé que estabas enojada con él.

—Lo estoy, pero ahora probablemente piense que te conté sobre nuestra vida sexual.

Frunce el ceño.

—Entonces, ¿está bien que estés enojada con él, pero no quieres que él se enoje contigo?

—Él ya está enojado conmigo. ¿No te diste cuenta? Cada vez que tenía algo que decirme, se lo decía a Ben como si yo no estuviera sentada a su lado.

—Fue un poco difícil entenderlo —admite Anne—. En un momento, te estaba mirando con esos lindos ojos de cachorrito, y al siguiente te estaba mirando como si quisiera cumplir su amenaza de muerte.

—Creo que es porque le dije que es malo en la cama. Y acabas de recordarle eso. ¿Soy yo la idiota en esta situación?

—Ustedes dos son unos idiotas.

—¿Por qué dices eso?

—Él mantuvo su identidad en secreto. Ese fue un movimiento idiota. No le hablaste de las cartas. También es un movimiento idiota.

—Siento que fingir su identidad fue un poco peor que algunas cartas inocentes.

—¿Inocente? Luego explica todas esas cartas sexys y la reunión secreta que intentabas planear.

—No fue una reunión sexy ni secreta. Sólo quería conocer a la persona a la que le había estado escribiendo todo este tiempo. Y siento que debería



recibir otro punto por ignorar totalmente esas cartas. Me hizo creer que quería conocerme y luego dejó de responderme.

—Tal vez no las estaba ignorando —dice—. Tal vez estaba respondiendo a tu invitación apareciendo en tu puerta.

—Lo que nos lleva de nuevo a que él es un imbécil por no decirme quién era.

—¿Podemos darle un tercer punto por eso?

—Sólo si obtienes otro punto por mentirle sobre todos esos viajes que hiciste. Y otro por el comentario de “malo en la cama”.

Suspiro.

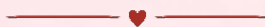
—Eso nos pone en igualdad de condiciones.

—No todo tiene que ser competición. Guarda la superioridad para las letras malas y sé sincera con él.

Miro por la ventana a mi edificio. Luca y Ben pasaron hace un rato hacia el otro restaurante. Quizás Anne tenga razón. Esto no debería ser una competencia. No quiero que así sea. Sólo quiero...

Hago una pausa, pensando en qué es lo que quiero. Extraño escribirle cartas a Luca, pero aún más extraño lo que tenía con él cuando pensaba que se llamaba Jake. Odio que la razón por la que no tengo ninguno ahora es porque son la misma persona.

Supongo que sólo lo quiero de vuelta. Todo ello.



Todavía estoy pensando en Luca cuando llego a casa. Saco mi caja de cartas del armario y las miro. Durante mucho tiempo me pregunté si Luca conservaba alguna de las cartas que le envié. No las vi las primeras veces que estuve en su apartamento, antes de saber quién era. Me pregunto si las guarda en una caja en el armario como lo hago yo. Quizás planeo quemarlas.

No importa lo enojada que esté con él, sé que nunca podría decidirme a destruir las cartas. Me imagino que las mantendré conmigo a dónde vaya. Probablemente todavía las tendré guardadas en mi ático cuando sea viuda. Para entonces tendré noventa y siete años y mi difunto marido nunca habrá sabido lo que había en la caja. Cuando muera, dejaré mi mansión a mis nietos; sí, planeo ser rica y vivir en una mansión cuando sea más mayor. Mis nietos recorrerán mi casa, eligiendo qué cosas vender y cuáles conservar cuando se encuentren con mi caja.

Pensarán por un momento que se han topado con un puñado secreto de cartas de amor de la abuela Naomi hasta que lean algunas de ellas y se



den cuenta de que no, no son cartas de amor, sino algo mucho más jugoso. Este es un correo de odio. La abuela Naomi tenía un enemigo que le escribió cartas horribles durante décadas. Pero ¿por qué guardó todas estas cartas? Quizás tenía miedo de que algún día esta persona la localizara y la envenenara. Luego, los nietos llevarían las cartas a la comisaría y abrirían una investigación sobre lo que alguna vez se creyó que era una muerte por causas naturales. Mi cuerpo sería exhumado y se realizaría una nueva autopsia.

Este es el tipo de cosas que podría haberle escrito en una carta. De repente me doy cuenta de que es posible que nunca volvamos a escribirnos. No me gusta pensar en eso. Dejo la caja de cartas en mi sala y bajo. No estoy segura de lo que espero encontrar. No es que vaya a dejar otra carta en mi buzón a estas alturas.

Cuando llego al vestíbulo, veo a Luca de pie junto al ascensor. Ben ya no está con él. Me mira por un momento después de que se abren las puertas, luego aparta la mirada y entra. Me obligo a entrar al ascensor con él. Estamos uno al lado del otro, frente a la puerta.

—Luca, lo siento —le digo cuando las puertas se cierran.

Se vuelve hacia mí y hago lo mismo. Frunce el ceño.

—¿Por qué?

Me molesta tener que explicarme. No estoy molesta con él, sino conmigo misma por mencionarlo.

Suspiro.

—Por lo que dije el otro día.

Levanta una ceja.

—¿Podrías ser un poco más específica?

El ascensor se siente caliente. Me pregunto si será demasiado tarde para retirar mis disculpas. Decido aguantar.

—Es posible que haya insinuado que eras malo en la cama. No le dije a Anne que lo eras, si eso es lo que estabas pensando cuando hizo ese comentario antes. Sólo le había dicho lo que te dije a ti.

Me mira fijamente, su expresión no cambia excepto por un pequeño atisbo de sonrisa en la comisura de sus labios. Odio que piense que esto es gracioso mientras yo he estado pensando en ello.

—No tienes que disculparte por eso —dice. Por un momento, creo que eso es todo lo que va a decir. Pero no lo es—. Simplemente estabas enojada. —Su mirada recorre mi cuerpo antes de regresar a mi rostro—. Sé que te gustó.



Estoy tan enojada y avergonzada que dejo escapar un gruñido real. Esto solo sirve para divertirlo más, y la insinuación de un labio curvado se convierte en una sonrisa en toda regla. Su sonrisa hace que lo odie aún más, porque maldita sea, le queda tan bien.

—Te odio —le digo.

Intenta fruncir el ceño, pero parece que no puede deshacer la sonrisa.

—¿Por qué dirías eso?

—Siempre has sido tan engreído, desde que empezamos a escribirnos. Tenía la esperanza de que te convirtieras en un troll feo, pero... uf. Debiste sentirte tan engreído cuando me conociste y todo lo que quería hacer era saltar sobre tus huesos.

Su sonrisa se desvanece.

—Si fui arrogante, fue sólo porque quería impresionarte.

—Tenías razón, ¿sabes?

—¿Acerca de?

—Quinto grado —dice—. No estaba buena. Simplemente era flaca.

La puerta del ascensor se abre en mi piso. Empiezo a salir, pero extiende la mano y sus dedos rozan mi antebrazo. Me detengo y me giro hacia él, su toque persiste en mi piel. Tiene el ceño fruncido y los labios entreabiertos, como si estuviera debatiendo si decir lo que piensa.

—¿Luca?

—No sufriste un ataque de pánico —dice.

Me toma un segundo recordar mi miedo a este ascensor. Miro las paredes y luego hacia el pasillo antes de volver a mirarlo.

—Tienes razón —digo asintiendo—. Supongo que me sentí segura.

Su mano se desliza más abajo por mi brazo, hasta llegar a mi mano, y entrelaza sus dedos con los míos. Le doy un pequeño apretón en la mano antes de soltarla.

La puerta del ascensor comienza a cerrarse y salgo para que no me golpee. Hacemos contacto visual cuando la puerta se cierra, ambos congelados en el lugar. Me pregunto si está tan desgarrado como yo por dejar que la puerta se cierre entre nosotros. Pienso en extender la mano para detenerlo, pero no estoy segura de qué diría si lo hiciera. Dejé que la puerta se cerrara y él también. Me quedo en el pasillo por un minuto, todavía mirando la puerta, todavía sintiendo sus dedos sobre los míos y escuchando el eco de lo que dijo antes de que se abriera la puerta. Puedo oír el ruido de la polea cuando el ascensor lleva a Luca a su propio piso.



DONNA
MARCHETTI

Mail

Me alejo del ascensor y, mientras camino de regreso a mi apartamento, pienso en ese primer año de cartas. Me pregunto si las releí recientemente como lo hice yo, o si las palabras que una vez olvidé que había dicho eran lo suficientemente poderosas como para quedarse con él todo este tiempo, esperando una oportunidad para volver a pronunciarlas.

250



Hate

HELL OF
BOOKS

CAPÍTULO TREINTA Y CINCO

ZONA DE LOS AMIGOS POR CORRESPONDENCIA

Naomi

251

Tal vez estoy loca, pero quiero que me vuelva a escribir. No estoy muy segura de cómo mencionarlo. Puede ser un poco extraño pasar de acostarme con alguien a no hablar en absoluto y decirle que quiero volver a ser amigos por correspondencia. Se siente un poco como una zona de amigos, pero peor. Me pregunto si la zonificación de amigos por correspondencia existe.

Por otra parte, no creo que se llamaría zona de amigos si ya salgo con él. Quizás la zona ex sería más precisa. Algunas personas siguen siendo amigas después de romper. Algunos nunca se vuelven a hablar. Normalmente caigo en el último grupo, pero no es así como quiero que terminen las cosas con Luca.

Me acerco y acaricio a los gatitos, que están sentados a mi lado y se acicalan unos a otros. Tal vez en lugar de preguntarle si podemos volver a escribir cartas, yo pueda dar el primer paso y escribirle. Después de todo, rechacé la última carta que me dio. Probablemente tenga miedo de dar el siguiente paso. Él no sabe que lo he perdonado.

Este último pensamiento me hace reflexionar. ¿Lo he perdonado? Realmente no lo he pensado mucho. Ya no estoy enojada. Me encuentro extrañándolo más cada día que pasa. Solo necesito encontrar una manera de decírselo.

Espero hasta que Bruno empiece a llorar antes de subir a buscarlo. No estoy evitando a Luca, pero no quiero toparme con él todavía. Tengo miedo de que me convenza de dejar a Bruno en paz o, peor aún, de recuperar su llave para no tener otra opción.

La nota que dejé antes en su refrigerador ya no está. Me pregunto si la tiró o si la añadió a su caja. Pienso en husmear en su apartamento para ver si puedo encontrar dónde lo guarda, pero decido no hacerlo. Traje una nueva nota conmigo. La dejo en su refrigerador con el mismo imán.



Querido Luca,

Tomé algo de tu apartamento. ¿Puedes adivinar qué es?

-N.

Llevo a Bruno a pasear y luego paso la tarde investigando la sordera en perros. Intento demostrarle que puede oír, pero no reacciona a ninguno de los ruidos que hago. Creo que es hora de aceptar que este cachorro realmente no puede oír nada. Me siento y miro varios videos sobre cómo entrenar a un perro sordo usando señales con las manos, y luego intento algunos de ellos con Bruno. Va a requerir mucho trabajo, pero creo que puedo hacerlo. Estoy totalmente comprometida con esto cuando Luca llama a mi puerta.

—¿Qué te llevaste de mi apartamento?

No pierde el tiempo en bromas; se mantuvo en el punto. Aun así, pienso en la última vez que estuvimos tan juntos, cómo su mano rozó la mía, provocando que se me pusiera la piel de gallina que puedo sentir incluso ahora.

—Se supone que no deberías responderme así —lo regaño.

—¿Debería haber escrito esa pregunta y entregártela sin hablar?

Me encojo de hombros.

—Probablemente. —Me hago a un lado y lo dejo entrar al apartamento.

—En serio —dice, esta vez sonriendo un poco—. ¿Que tomaste? —Mira hacia la sala donde Bruno está jugando con los gatitos—. ¿Bruno?

—No. Bueno, sí, pero no estaba hablando de eso. Por cierto, lo entrené para sentarse. —Parece escéptico.

—¿Cómo? Es muy terco.

—Él haría cualquier cosa por un trozo de queso.

Voy a la cocina y tomo un paquete de queso. Bruno lo huele y viene corriendo. Hago la señal con la mano del video. El cachorro baja su trasero al suelo y me mira expectante. Le doy el trozo de queso. Se lo come y luego corre al otro lado de la habitación para unirse a los gatitos.

Puedo decir por la expresión del rostro de Luca que está impresionado y tal vez un poco celoso.

—No sabía que creciste con perros —dice.

—Nunca tuve un perro.

—¿En serio? Entonces, ¿eres sólo adiestradora de perros por accidente?



—Vi muchos videos esta tarde —digo—. Además, tuve un hurón cuando era niña, me encantaba enseñarle nuevos trucos.

Luca sonríe. Se apoya en mi sofá.

—Entonces supongo que tu sueño de quinto grado se hizo realidad. ¿No mencionaste que querías un hurón en la primera carta que me escribiste?

—También quería un gato. Ahora tengo dos.

Suelta una carcajada.

—¿Qué dije sobre los gatos en aquel entonces?

—Dijiste que los gatos eran aburridos y que por eso serían perfectos para mí. Algo así.

Ambos miramos a Roland y Phoebe, que están en la sala atacando a Bruno.

—Podría haberme equivocado en eso. —Se aleja del sofá y se acerca a mí, pero luego me pasa, lo que me obliga a darme la vuelta mientras se dirige a la isla de la cocina.

—Te equivocaste en muchas cosas —le recuerdo—. Por un lado, mis padres no son hermano y hermana.

Lo sigo hasta la isla y saco un taburete para sentarme. Cuando cruzo las piernas, uno de mis pies choca con su rodilla. Él mira mi pie, pero no se aparta del camino. Tampoco me muevo. Mi pie se siente caliente donde toca su pierna. Es todo en lo que puedo concentrarme. El calor se extiende a través de mi pierna hacia el resto de mi cuerpo.

Observo cómo su nuez se mueve hacia arriba y hacia abajo antes de que vuelva a mirarme a los ojos.

—Era un poco imbécil en ese entonces, ¿no?

—¿En aquel momento? ¿Quieres decir que ya no lo eres?

Su sonrisa se desvanece un poco. Por un momento me pregunto si fui demasiado lejos. Alejo mi pie de su rodilla y devuelvo su atención a mis piernas.

—Has estado leyendo las cartas otra vez —dice sin levantar la vista—, ¿no es así?

—Sí. Y tú también.

—Pensé que podrías haber visto mi caja.

—Me sorprendió que conservaras todas esas cartas. Siempre me he preguntado si fui la única que las conservó.

—Tiré la primera —dice—. Entonces me arrepentí y la saqué de la basura. No me atrevía a deshacerme de ellas.



—Realmente pensé que me odiabas ese primer año —digo—. No fue hasta que me di cuenta de que nadie más seguía escribiéndoles a sus amigos por correspondencia que pensé que tal vez no me odiabas tanto como querías que pensara.

Vuelve a mirarme y siento como si fuera la primera vez que veo esos ojos azul hielo en mucho tiempo.

—¿Por qué guardaste las cartas si pensabas que te odiaba?

Me encojo de hombros.

—Difícil de decir. Me gustaría pensar que fui demasiado sentimental, pero probablemente solo era una acaparadora. Solía guardar todas mis tarjetas de cumpleaños durante años hasta que mi mamá me obligó a tirarlas.

—Tengo dos cartas más arriba si las quieres —dice—. Fueron las cartas que intenté enviarte después de que ya te habías mudado. Intenté dártelas el otro día, pero creo que todavía estabas bastante enojada conmigo —dice esto tentativamente, como si se preguntara si todavía lo estoy.

—Oh, uh. Esto es incómodo.

—¿Qué?

—Eso es lo que tomé de tu apartamento.

Frunce el ceño.

—¿Tomaste las cartas?

—Estaban dirigidas a mí. —Me encojo de hombros.

Inclina la cabeza y la comisura de su labio se curva hacia arriba.

—Me sorprende no haber notado que faltaban. ¿Cuándo las tomaste?

—El día después de que intentaste dárme las. Estaban justo al lado de todas las demás cartas.

Levanta una ceja.

—¿Por qué no dijiste algo antes?

—No estabas de muy buen humor ese día, ¿recuerdas?

Suspira.

—Podría haber reaccionado exageradamente a tu comentario sobre mis habilidades en la cama.

—¡Ja! Sabía que estabas molesto por eso. —No sé por qué me siento tan satisfecha con eso. Mientras Luca se arrodilla para volver a ponerle la correa y el arnés a Bruno, se me ocurre una idea—. ¿Quieres leer nuestras cartas?

Me mira.



—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que podríamos leerlas todas, juntos. He releído algunas recientemente, pero sólo tengo las tuyas. ¿Qué pasa si las leemos en orden?

—Tengo que llevar a Bruno a pasear.

—Oh. Olvidalo. Simplemente pensé que...

—Vamos a leerlas después del paseo —interrumpe.

Sonrío.

—¿Tomaré mi caja y nos vemos arriba?

—Suenas como un plan.



CAPÍTULO TREINTA Y SEIS

DULCE E INOCENTE

Luca

256

Cuando vuelvo arriba, Naomi ya está esperando en mi puerta con una caja en sus brazos. No sé por qué no entró. Tiene la llave de mi apartamento. Abro y entramos los dos. Le doy de comer al perro mientras ella se acomoda en el sofá. Mis muebles no son tan bonitos como los de ella. Lo compré todo en una tienda de segunda mano cuando me mudé aquí. No está desgastado, pero nada coincide.

Entro al dormitorio y tomo mi caja de cartas. Regreso a la sala y me siento junto a Naomi en el sofá. Dejo mucho espacio entre nosotros para que ella no sienta que la estoy apretujando.

Se inclina hacia adelante para abrir su caja, que dejó en el suelo. Saca un montón de cartas viejas. Reconozco mi antigua letra infantil. Se siente raro verla. Sentándose de nuevo, se acerca un poco más a mí. Me digo a mí mismo que no debo leer demasiado, pero puedo oler su cabello desde aquí y me dan ganas de acercarme un poco más y simplemente respirarla. Sé cómo se ve la piel de su cuello cuando está cubierta de piel de gallina, después de haberla besado allí. Quiero verla de nuevo. Probablemente no estaría sentada tan cerca de mí si supiera que esto es todo en lo que puedo pensar.

Pone los pies debajo de ella y luego me entrega la pila de cartas.

—Puedes leerlas —dice—. Leeré las mías.

Le entrego el montón de cartas. Están en orden cronológico inverso. Después de que Penny sacó todas mis cartas de la caja, pasé horas ordenándolas y distrayéndome leyéndolas. Hojeo el montón que me dio. Las de ella están en el mismo orden.

Saca la primera carta del fondo de la pila que le di y comienza a leer.

—Querido Luca. Estoy muy emocionada de ser tu nueva amiga por correspondencia. Mi profesora dice que tú...

—Para —interrumpo.

Me mira con los ojos muy abiertos.

—¿Por qué?

—No lo leas en ese tono.



Hate

HELL OF
BOOKS

Frunce el ceño.

—¿Qué tono?

—Tú sabes de qué estoy hablando. Estás haciendo que parezcas dulce e inocente. Voy a sonar como un gran imbécil cuando lea la mía.

—Noticia de última hora. Eras un gran imbécil. Este es el tono que imaginé cuando lo escribí, así que es el tono que voy a usar.

Termina de leer la carta y luego es mi turno.

—Maldita sea —digo—. Mi letra era horrible.

—Lo era —coincide—. Imagínate cómo me sentí al tener que descifrar esa locura solo para descubrir lo malas que fueron tus palabras.

—Debes haber estado muy devastada.

—Lo estuve. —Hace pucheros, exagerando una expresión triste.

Se necesita todo lo que está en mi poder para no inclinarme y besarla. Sonríe y, por un segundo, se siente como si volviéramos a donde estábamos antes de que la engañara. Aunque no soy tan estúpido como para pensar que ella me ha perdonado tan fácilmente. Sus ojos bajan a mi boca por una fracción de segundo, tan rápido que creo que podría haberlo imaginado. Mueve un mechón de cabello y se lo coloca detrás de la oreja, luego vuelve a sonreír y vuelve a centrar su atención en las letras.

—Tu turno —dice ella.

Nos turnamos para leernos las cartas, reírnos de cosas que escribimos y que olvidamos y nos avergonzaron. El tiempo pasa rápidamente mientras leemos y, antes de darme cuenta, afuera está oscuro. Sólo nos tomamos un descanso lo suficiente para que pueda volver a pasear a Bruno. Mientras estoy afuera, Naomi se sirve de la cocina y yo vuelvo a comer un sándwich de queso fresco asado. Comemos en la cocina y luego volvemos a la sala.

Me siento en el sofá y ella se deja caer a mi lado, tan cerca que su brazo está contra el mío. Coloca sus pies debajo de ella, doblando su pierna para que descansa sobre la mía. Inclino mi barbilla hacia abajo para mirarla, pero no me presta atención. Tiene un montón de cartas en la mano, lista para seguir leyendo.

Querido Luca,

¿Quieres saber algo raro? Alguien dejó hoy una caja llena de plátanos en mi porche. Estoy realmente confundida. Me dejaron galletas navideñas en mi porche. No estamos ni cerca de la temporada navideña, así que no estoy segura de qué está pasando. Estoy tratando de averiguar si hay algún día festivo relacionado con el plátano que deba conocer.

Con amor, Naomi



Querida Naomi,

Alguien te confundió con un mono, lo cual no me sorprende. Por eso te dejaron los plátanos. Hablando de frutas, hoy fui a un huerto por primera vez. ¿Sabías que la gente paga una cantidad ridícula de dinero por recoger sus propias manzanas cuando podrían comprarlas mucho más baratas en la tienda y que otra persona hiciera todo el trabajo? De todos modos, me hizo pensar en ti. Apuesto a que te comes las manzanas sin quitarles la pegatina que les pone el supermercado. Probablemente te lo comas todo, hasta el centro. El tallo también, si todavía está adherido.

Con amor, Luca.

Querido Luca,

Así es exactamente como me gustan mis manzanas. Tengo un sistema digestivo muy fuerte.

Así es como puedo soportar escribirte todo el tiempo.

Con amor, Naomi

Querida Naomi,

Tengo una idea. Si todavía estamos solteros cuando ambos tengamos veinticinco años, casémonos. ¿Qué opinas? Por cierto, ¿qué clase de nombre es Naomi Light? Suena como un superhéroe extraño inventado por un tipo que no se ha cortado el cabello en tres años y usa corta uñas para cortar sus puntas abiertas.

Con amor, Luca.

Querido Luca,

Estás haciendo que parezca que falta mucho tiempo para cumplir veinticinco años. Que no lo es. El mes que viene cumpliré veinticinco años y, por cierto, no estoy soltera. Además, ¿cómo vas a hacerme una propuesta a medias en una frase e insultar mi nombre en la siguiente, y esperar que diga que sí? Debes estar bebiendo agua salada otra vez.

Con amor, Naomi



Deja la carta en su regazo y me mira. Nuestros rostros están tan cerca que si me inclinara un poco, podría alcanzar sus labios.

—Esto fue hace sólo unos años —dice—. ¿No estabas ya comprometido con Penelope cuando intentaste hacer ese pacto de casarte a los veinticinco?

—No. Estaba tratando de alejarme de ella cuando escribí esa carta.

Se queda callada por un momento. Puedo decir que está pensando. Contengo la respiración, esperando sus siguientes palabras.

—Estuviste con ella durante mucho tiempo. Ustedes dos se conocieron mientras estaban en el ejército. Eso es lo que dijo Maxwell.

Mi cuerpo se tensa. No me gusta hablar de Penny. Naomi comienza a alejarse, pero le paso el brazo por encima del hombro y ella deja de moverse.

—Salimos casualmente por un tiempo. Éramos una de esas parejas intermitentes —digo—. Nunca quise comprometerme con ella.

—Entonces, ¿por qué le propusiste matrimonio? —No me quita los ojos de encima.

Sostengo su mirada.

—No lo hice.

Frunce el ceño. Puedo decir que ella piensa que estoy mintiendo. Ojalá no hubiera roto su confianza al ocultar quién soy.

—Ella usó mi tarjeta de crédito para comprarse un anillo y luego comenzó a planificar nuestra boda —continúo.

Naomi pone los ojos en blanco y luego se aleja de mí para sacar una de las cartas más recientes del montón que tengo frente a mí. Es la última que le escribí antes de que Penny y yo nos mudáramos a Texas.

—Eso es lo que dijiste en esta carta —dice—. ¿De verdad esperas que crea que eso es lo que pasó?

Suspiro. Nunca antes había tenido que contarle a nadie la historia completa. La mayoría de la gente está dispuesta a aceptar que casi me caso con alguien que estaba lo suficientemente loco como para fingir un compromiso. Sin embargo, Naomi merece escuchar la verdad.

—Eso fue un malentendido.

—¿Cómo?

—Estoy llegando a eso. —Tomo un sorbo de agua para aclararme la garganta antes de continuar—. Penny y yo salimos del ejército casi al mismo tiempo. Sabía que nunca me comprometería a regresar a Dallas con ella, así que me siguió de regreso a San Diego. No lo supe hasta que me encontré



con ella en la universidad. Supongo que pensó que podría conquistarme. La evité durante algunas semanas, pero ella era insistente. Logró encontrarse conmigo a diario. Me agotó. Vivía en un dormitorio y yo tenía mi propio apartamento. Empezó a pasar cada vez más tiempo en mi apartamento hasta que un día me di cuenta de que se había mudado allí. Cuando la enfrenté, se ofreció a pagar la mitad del alquiler. Vivía de la factura del ejército y mi apartamento era caro, así que cedí. Después de un tiempo, empezó a presentarse ante todos mis amigos como mi novia. Era difícil discutir eso. Vivíamos juntos, íbamos juntos a la tienda, conducíamos juntos a la universidad. Su familia incluso vino a visitarnos algunas veces. Ella habló de mudarnos a Dallas cuando termináramos la universidad, así que pensé que para entonces ya habría terminado. Resulta que quería que me mudara con ella. Estaba en la facultad de veterinaria, lo que me llevó más tiempo que su título, así que pude posponer esa conversación por un tiempo. Supongo que debería haber sido honesto con ella. Solía decirle todo el tiempo que no estaba listo para comprometerme, pero supongo que después de un tiempo asumí que ella sabía que todavía me sentía así. Me equivoqué. Un día me escuchó hablando con Ben y pensó que estábamos hablando de ella. Pensó que íbamos a casarnos.

—¿Cómo sacó eso de tu conversación con Ben? —pregunta Naomi, frunciendo el ceño. —¿De qué estabas hablando para hacerle pensar eso?

—Eso es... —Dudo—. Eso no es importante. Después de aproximadamente un año, supongo que se impacientó al esperar que yo le propusiera matrimonio, así que comenzó a planificar nuestra boda y usó mi tarjeta de crédito para comprarse un anillo.

Gira todo su cuerpo en el sofá para mirarme, con los ojos entrecerrados.

—Eso no tiene ningún sentido. Siento que te estás perdiendo un detalle importante.

Me encojo de hombros, esperando dejar el tema.

—Ella estaba loca.

—Es de lo que estabas hablando con Ben, ¿no? ¿La estabas engañando?

—No. No, no.

Su rostro se pone serio.

—No me mientas otra vez, Luca. ¿De qué estabas hablando con Ben que le hizo pensar que estaban comprometidos?

Me doy cuenta de que si se lo digo, pensará que estoy loco. Si no lo hago, nunca volverá a confiar en mí. Tengo que decírselo. Aprieto mis labios, preparándome.

—Estaba hablando sobre ti.



—¿De mí?

—Ben siempre supo de las cartas. Es lo más parecido que tuve a un mejor amigo. Solía darme mierda por escribirte cosas tan malas en quinto grado. En la secundaria, pensaba que era una mierda. Tenía una nueva novia cada dos días. Lo mismo en la secundaria, al menos los primeros dos años. —Hago una pausa y dejó escapar un suspiro—. Vas a pensar que esto es patético.

Levanta una ceja.

—¿Más patético que comprometerse accidentalmente con alguien?

—Touché.

—Continúa —insiste.

Miro fijamente la mesa de café porque es difícil mirarla mientras admito esto.

—Ben empezó a burlarse de mí porque dejé de tener citas en tercer año. Dijo que debía tener algo que ver con todas esas cartas que te escribí. No creo que se diera cuenta de cuánta razón tenía. Él y yo no éramos tan cercanos en la secundaria, pero todavía teníamos algunas clases juntos y él notó que yo era diferente. No hablamos en absoluto después de que me fui al campo de entrenamiento. Me encontré con él unos tres años después de regresar a San Diego. Penny estaba sobre mí. Más tarde me dijo que era bueno ver que finalmente había seguido adelante y que ya no estaba obsesionado con “esa chica de quinto grado”.

Señalo la última carta que leí en la mesa de café, la que tiene el pacto de casarse a los veinticinco.

—Acababa de escribir esa carta dos días antes. Le dije a Ben que íbamos a casarnos, que ya te había propuesto matrimonio y que te dejaría elegir el anillo perfecto. Supongo que Penny pasaba por la habitación en el momento justo. Ella nunca me escuchó decir tu nombre. Pensó que estaba hablando de ella.

—Pero no le habías propuesto matrimonio. ¿Por qué pensaría que sí, basándose en haber escuchado una conversación con Ben?

Me encojo de hombros.

—No lo sé. Creo que tenía tantas ganas de que fuera verdad que se inventó toda una propuesta en su cabeza.

—Sin embargo, seguramente escuchó el sarcasmo en tu tono cuando hablabas con Ben.

—No estaba siendo sarcástico. —Cuando entrecierra los ojos, agrego— : Está bien, tal vez simplemente me gustó la idea de estar casado contigo. Tenía toda la intención de convencerte de que me conocieras. Casarse parecía el siguiente paso lógico.



—Vamos —dice riendo—. ¿De verdad pensaste que iba a aceptar casarme contigo? Ni siquiera te conocía.

Su risa me hace algo. Mi corazón late un poco más rápido y puedo sentir las comisuras de mi boca estirarse hasta que sonrío.

—Han sucedido cosas más extrañas. Nunca le dije a Penny que la amaba, pero ella pensó que nos íbamos a casar.

Naomi bosteza.

—¿En realidad? ¿Nunca dijiste esas tres pequeñas palabras? ¿Incluso por obligación?

—¿Estás cansada? Se está haciendo tarde.

Niega.

—Ya hemos leído mucho. Sólo nos quedan un par de años. No debería tomar tanto tiempo. Y quiero saber más sobre... —Se lleva la mano a la boca y lucha contra otro bostezo. Cuando termina su frase, sale en un murmullo ininteligible.

Me río. Es linda cuando está así de cansada. Quiero acercarme y abrazarla, pero me obligo a quedarme donde estoy.

—¿Qué fue eso?

—Quiero saber por qué estabas tan obsesionado conmigo.

—Podemos hablar de eso más tarde. Necesitamos terminar estas cartas antes de que te duermas.



CAPÍTULO TREINTA Y SIETE

CORTE DE PAPEL

Naomi

263

Despierto atrapada entre Luca y el respaldo del sofá. Mi cabeza descansa sobre su pecho y algo duro me golpea en el estómago. Miro hacia abajo y en la oscuridad de la habitación veo que Bruno está durmiendo entre nosotros. Sus piernas están estiradas tanto como pueden. Son las patas traseras del cachorro las que me golpean.

Me agacho para reajustar a Bruno para que ya no me patee. El cachorro bosteza y se da vuelta, esta vez estirando los pies para patear a Luca. Gruñe. Me siento, con cuidado de no chocar con nadie. Las pilas de cartas están tal como las dejamos en la mesa de café. Miro alrededor del cuarto oscuro, buscando un reloj.

Supongo que mi movimiento despierta a Luca, porque cuando lo miro, tiene los ojos abiertos.

—Hola —dice.

—¿Qué hora es? No era mi intención quedarme dormida. —Toca su teléfono y lo enciende.

—Casi las dos.

—Debo ir a casa. Necesito prepararme para trabajar.

Se sienta para que pueda levantarme del sofá más fácilmente, pero todavía no me muevo. Ambos miramos cómo Bruno rueda desde el centro hasta el fondo del sofá mientras duerme. Me río y me tapo la boca con la mano para intentar mantenerme en silencio. Entonces recuerdo que el cachorro no puede oírme. Luca me mira a los ojos e intercambiamos una sonrisa.

En la penumbra, sus párpados parecen pesados y sus pupilas oscuras. Tiene el cabello revuelto y su rostro salpicado por una sombra de las cinco en punto. Es realmente difícil no acercarme un poco más a él, para recordarme cómo se siente su barba contra mi piel.

—Es fantástico que hayas progresado tanto en su adiestramiento —dice, hablando del perro—. Hará que sea más fácil encontrarle un nuevo hogar.



Hate

HELL OF
BOOKS

Mi sonrisa se disuelve. Es fácil olvidar que Bruno pertenece al refugio y Luca solo lo acoge.

—¿Cuánto falta para que eso suceda? —pregunto.

Se encoge de hombros.

—Podrían ser meses. Semanas. Días. Hay un evento de adopción este fin de semana. No pensé que estaría listo todavía, pero llamaré al refugio por la mañana y averiguaré si lo quieren allí.

—Oh. —Vuelvo a mirar al cachorro dormido. No sé por qué me siento tan triste—. Pensé que tenía más tiempo con él.

Me deslizo fuera del sofá. Luca se levanta detrás de mí. Recojo mi caja de cartas y luego me giro para mirarlo.

—Me gustó leerlas contigo —dice.

Asiento, demasiado cansada y en conflicto para responder.

—¿Quizá podamos terminar de leerlas más tarde? —pide.

—Sí. Seguro.

Camina conmigo hasta la puerta de su casa.

—Puedo acompañarte a casa —ofrece mientras me abre la puerta.

—Gracias, pero creo que estaré bien. No es que tenga que salir del edificio. Además —agrego, señalando la caja que sostengo contra mi estómago—, si alguien intenta algo, puedo usar esta caja de cartas para defenderme.

—Eso le da un significado completamente nuevo al uso de las palabras como arma.

Salgo al pasillo y luego me giro para mirarlo. Algo ha cambiado entre nosotros. Ya no estoy enojado con él. Quiero volver a cómo eran las cosas antes de que me dijera quién es. Quiero volver a confiar en él.

Está parado en la puerta, mirándome mientras reacomodo la caja en mis brazos. Estoy estancada. Podría haberme dado la vuelta y dirigirme hacia las escaleras, pero algo me mantiene aquí en este pasillo.

—Buenas noches —digo, aunque este es el comienzo de mi mañana. Sé que volverá a la cama.

Me doy la vuelta y me dirijo hacia las escaleras. Ya casi he llegado cuando escucho el sonido de pasos corriendo detrás de mí. Miro por encima del hombro y veo que Luca me sigue.

—Te dije que no necesito que me acompañes...

Antes de que pueda terminar mi frase, toma mi rostro entre sus manos y me besa. Todavía estoy sosteniendo la caja contra mi estómago, por lo que está colocada de manera incómoda entre nosotros, y él tiene que



inclinarse sobre ella para alcanzarme. Sus labios son cálidos contra los míos y su barba incipiente rasca mi rostro como me imaginaba. Mi corazón late tan rápido que tengo miedo de que se me caiga la caja.

Cuando me suelta, da un paso atrás y abre la puerta de la escalera.

—Lo siento —dice—. Sólo venía a abrirte la puerta, pero...

—¿Pero? —Lo empujo cuando se calla.

—No quería que te fueras a casa pensando que no quería besarte.

Sonrío, pero no encuentro las palabras para responder. Bajo a mi piso, pensando en él, en ese beso, en todo lo que pasó esta noche.

Regreso a mi apartamento y dejo la caja para poder abrir la puerta. Dudo antes de girar la llave. Quizás estoy pensando demasiado en las cosas. Se me conoce por hacer eso. Teníamos una gran conexión antes y después de pasar la noche leyendo cartas antiguas con él, no parece que nada haya cambiado. Tengo tantas ganas de confiar en él, que tal vez debería dejar de buscar razones para no hacerlo.

—Felicidades por ser propietaria de una casa —dice Anne, chocando su vaso contra el mío.

—Avisame si necesitas ayuda con la hipoteca. Me han dicho que soy una excelente compañera de cuarto.

Es viernes por la noche. Pasé la tarde haciendo un último recorrido por mi nueva casa y luego firmando un montón de documentos hasta que me dolió la muñeca y estuve bastante segura de que estaba desarrollando un caso de síndrome del túnel carpiano. Cuando terminé, me entregaron la llave de mi nueva casa y me dejaron seguir mi camino. Nunca pensé que comprar una casa nueva sería tan decepcionante. Ahora estoy en un restaurante de cinco estrellas con Anne, celebrándolo con una cena cara y una botella de champán.

—Ya tengo dos compañeros de cuarto —le digo—. Sus nombres son Roland y Phoebe.

Pone los ojos en blanco.

—Los gatos no cuentan como compañeros de cuarto.

—¿Por qué no?

—No pagan el alquiler.



—Estoy pensando en inscribirlos en una agencia de modelos de animales. Estoy segura de que podrán conseguir un buen trabajo con todos los trucos que les he estado enseñando.

—Eres tan rara —dice. Toma un sorbo de champán y, mientras lo hace, su teléfono suena sobre la mesa. Rápidamente le da la vuelta para que no pueda ver lo que hay en la pantalla, pero ya es demasiado tarde.

—¿Patrick te está enviando mensajes de texto? No sabía que tenías su número.

—Le envié esa selfie de nosotras frente a tu nueva casa —dice. Puedo decir que está tratando de mantener una sensación de indiferencia, pero se está sonrojando.

—Ay dios mío. Te gusta.

—¿Qué? No, claro que no. Es mi jefe y está prácticamente calvo. —Casi esnifé mi champán.

—Dijiste que Maxwell era lindo.

—¿Quién?

—El viejo amigo de Luca que conocimos en Georgia. Era calvo. Se encoge de hombros.

—¿Así que...? Eso no tiene nada que ver con Patrick.

Sonríó y decido dejarlo pasar. Deja su teléfono boca abajo mientras terminamos de cenar.

—¿Cuándo te mudarás a la nueva casa? —pregunta.

—La semana que viene vendrán agentes de mudanzas. Voy a empezar a hacer las maletas este fin de semana.

—Lindo. ¿Y Luca?

—¿Qué hay de él?

—No te hagas la tonta. ¿Qué vas a hacer con él? —Sonríó.

—Tengo un plan.



CAPÍTULO TREINTA Y OCHO

EL FINAL DEL CAMINO

Luca

267

Estoy en la cama, medio dormido, cuando escucho que llaman a mi puerta. Salgo de la cama, sin molestarme en ponerme una camisa mientras me dirijo a la puerta principal. No me visita mucha gente aquí, y los pocos que lo hacen nunca llegarían tan tarde. Solo hay una persona que creo que podría ser, pero aun así me sorprendo cuando abro la puerta y es ella.

—Naomi.

No espera a que la invite a pasar. Cruza mi puerta, se pone de puntillas y me besa. Sus labios saben a vino. No le pregunto dónde ha estado en todo el día. Está aquí ahora, me está besando y siento que esto es todo lo que importa.

Sin soltarla, me acerco a ella para cerrar la puerta. No deja de besarme mientras avanzamos por mi apartamento, chocando contra los muebles y tropezándonos con juguetes para perro en el camino a mi habitación. Cuando llegamos allí, terminamos en mi cama. Su ropa se va quitando gradualmente, entre besos y ligeros toques de las yemas de los dedos sobre la piel, el tipo de toque que pone la piel de gallina sobre la carne desnuda incluso en una habitación cálida.

Cuando termina, nos quedamos allí, con su cabeza contra mi pecho. Ella está respirando profundamente. No puedo ver sus ojos, pero creo que podría estar dormida. Podría quedarme así para siempre, pero no sé si ella podrá. La lastimé y todavía estoy tratando de compensarlo.

Por la mañana, ella todavía está en mi cama. La miro dormir un rato. Es raro que duerma hasta tarde, así que no la despierto. Me visto tranquilamente, luego arreglo a Bruno y guardo todas sus pertenencias y lo llevo a la tienda de mascotas. Siempre es difícil renunciar a un animal de acogida. Antes de Roland y Phoebe, había criado a un gato adulto, y antes del gato, había un perro mayor. Intento no apegarme demasiado a los animales, pero sucede cada vez, y luego vuelvo a casa sintiendo que me falta una parte de mí hasta que traigo el siguiente animal a casa.



Hate

HELL OF
BOOKS

Creo que va a ser aún más difícil con Bruno. No porque sea más especial que cualquiera de los otros animales que he criado, sino porque Naomi también se ha encariñado con él. Estar aquí, en la tienda de artículos para mascotas con Bruno en un corral, esperando que aparezca su primer solicitante de adopción, se siente un poco como regalar la mascota de otra persona.

Ahora se va a su nuevo hogar, donde Naomi no lo escuchará llorar a través del techo, y no habrá ningún motivo para que ella se cuele en mi apartamento y deje pequeñas notas en mi refrigerador.

Está lloviendo esta mañana, así que en lugar de tener el corral de Bruno afuera como la última vez, estamos hacinados dentro de la tienda, con su corral alineado con todos los demás en el pasillo central. Espero que las fuertes lluvias no sean suficientes para disuadir a la gente de venir y adoptar una mascota.

Miro el frente de la tienda mientras las puertas se abren y entra una mujer con un impermeable grueso. Se quita la capucha y por un momento creo que me estoy imaginando ese cabello rojo intenso. Se siente como la primera vez que la vi salir del edificio de apartamentos, cuando me abrió la puerta. Excepto que esta vez, he memorizado la forma en que camina y la forma en que aparecen los pequeños hoyuelos en sus mejillas cuando sonríe. No hay duda de que la mujer que entró en la tienda es de quien me enamoré antes de conocerla.

Cuando nos ve a Bruno y a mí, sonríe más ampliamente y sus hoyuelos se ven aún más profundos.

—¿Qué estás haciendo aquí? —pregunto. No puedo evitar sonreír cuando la veo.

Mira a Bruno, quien está saltando emocionado hacia la puerta, tratando de llegar hasta ella. Luego vuelve a mirarme.

—Estoy aquí para adoptar a Bruno.

Desearía poder decirle que sí y dejarla saltar de la larga lista de personas que ya completaron solicitudes, pero esto no es así como funciona. Su sonrisa se desvanece un poco cuando ve la expresión de mi rostro.

—Bruno ya tiene muchos candidatos. Hay una lista de espera para él.

Para mi sorpresa, su sonrisa se hace más grande.

—Oh, lo sé. Ya llené una solicitud. Recibí la llamada esta mañana. Mi solicitud fue aprobada y soy la primera en la lista.

Frunzo el ceño. No había mirado la lista de solicitantes, así que no puedo estar seguro.

—¿Lo eres?



—Solicité su adopción tan pronto como me dijiste que podrían adoptarlo este fin de semana. —Mete la mano en el corral para acariciarlo—. No podía dejar que se fuera con cualquiera.

Miro la pila de papeles sobre la mesa y los reviso hasta que veo su solicitud.

—Pero no cumples con todos los requisitos —le digo—. Bruno necesita una casa con jardín. Un apartamento está bien mientras sea pequeño, pero será un perro grande. Necesita mucho espacio.

Se inclina y levanta al cachorro, sosteniéndolo contra su pecho.

—Estoy mudándome.

Arrugo la frente. Nunca mencionó esto antes.

—¿Lo estás?

Asiente, esa bonita sonrisa todavía aparece en las comisuras de sus labios.

—Sí. Compré una casa.

No puedo decir si ella está jugando conmigo o no.

—¿Cuándo?

—Firmé ayer.

No sé qué decir. Por un lado, estoy feliz de que sea ella quien adopte a Bruno. Pero escuchar que se está mudando y que no me lo dijo hasta ahora me hace dudar. Una ola de emoción que no puedo describir me invade cuando pienso en anoche. No puedo evitar preguntarme si esa fue su manera de decir adiós, una última noche juntos antes de irse a otro lado. Ni siquiera sé si todavía querrá escribirme después de que lo arruiné todo.

—¿Dónde? —pregunto. Parece que no puedo formar oraciones de más de una palabra.

Sonríe, pero esta vez no llega a sus ojos. Saca un sobre de su bolso y me lo entrega.

—Léelo después de que me vaya.

Miro fijamente el sobre que tengo en la mano mientras ella finaliza la adopción con uno de los empleados del refugio. Todo lo que veo es mi nombre, escrito a mano con esa familiar letra curvilínea. Sin dirección. Ni siquiera una dirección de remitente.

Después de que ella se va, salgo a mi auto y me siento dentro mientras la lluvia cae sobre el techo. Deslizo mi dedo debajo de la solapa de la carta y la abro con cuidado.

Querido Luca,



¿Recuerdas cuando me enviaste todas esas cartas a la estación de noticias sin remitente? Considera esta una venganza. Me pregunto si podrás descubrir mi nueva dirección más rápido de lo que yo descubrí la tuya.

Con amor, Naomi.

270

Doy vuelta a la página y luego reviso el sobre nuevamente. Luego miro por encima del hombro y reviso el estacionamiento en busca de su auto. Por supuesto que ella me diría que leyera esto cuando ya se haya ido. Leo la carta nuevamente, con la esperanza de encontrar una pista que podría haber pasado por alto la primera vez, pero no hay nada más que esa nota burlona.

Saco mi teléfono y marco su número, pero va directo al correo de voz. Le envío un mensaje de texto, aunque ya sé que no me responderá. Se supone que debo buscarla de la misma manera que ella me buscó a mí.

Miro a través de mi parabrisas empapado de lluvia los edificios deformados del otro lado y empiezo a reír. Me pregunto si así fue como se sintió cuando le envié esa primera carta a la estación de noticias.

Giro la llave en el contacto y me dirijo a casa. Cuando llego, reviso mi buzón, pero para mi decepción no me ha dejado nada allí. Subo las escaleras al tercer piso. Llamo a su puerta, pero no responde. Escucho por un minuto, pero está en silencio. Debió haberse ido a su nuevo hogar. Miro arriba y abajo del pasillo, como si eso fuera a darme pistas, pero nada.

Entonces recuerdo algo. Naomi no se quedó parada esperando que una pista cayera sobre su regazo. Ella iba y venía por las calles en las que yo vivía, hablando con viejos vecinos que ni siquiera recuerdo, como Carol Bell. Quizás eso es lo que se supone que debo hacer.

Corro al apartamento de al lado y llamo a la puerta. Nadie responde. Intento en el siguiente apartamento, y en el siguiente, hasta que alguien finalmente responde, pero resulta que Naomi no habló mucho con ninguno de sus vecinos y ninguno sabe a dónde fue. Después de tocar todas las puertas de su piso y hablar con media docena de personas, me siento derrotado, pero no estoy listo para rendirme todavía.

Estoy a punto de entrar en el ascensor cuando tengo una idea. Necesito pensar como Naomi. En lugar de eso, subo las escaleras, esperando que el hueco de la escalera me ofrezca una pista, pero es otro callejón sin salida. Llego al vestíbulo. Joel está sentado en su escritorio, ignorándome y prefiriendo leer el periódico. Ya sé la respuesta, pero tengo que preguntar.

—Naomi no te dijo adónde se muda, ¿verdad?

Frunce el ceño sobre la parte superior de su periódico.

—Pensé que ustedes dos se habían reconciliado o algo así.



—Supongo que es un no.

Asiente en dirección a la puerta principal.

—La vi hablando con la niña antes.

Miro hacia afuera y veo a Caitlin agachada en la acera mojada, buscando orugas en un arbusto. La lluvia ha parado y ya sale el sol.

—Gracias —le digo a Joel.

Salgo.

—Hola, niña.

Se da vuelta para mirarme, con una brillante sonrisa en su rostro.

—¡Hay un capullo en este arbusto!

—Genial. Oye, ¿Naomi te dijo algo sobre adónde se mudaba?

—No —dice sin dudarlo. Comienza a girarse para mirar el capullo, pero se detiene para mirarme nuevamente—. Oh. Quería que te dijera que iba a cenar.

—¿Cenar?

—Ups. Quiero decir, ella no quería que te dijera eso. Simplemente... —La niña gime—. Estoy arruinando todo. —Respira profundamente y se recompone. Cuando vuelve a hablar, su tono cambia por completo, como si hubiera estado practicando esto—: Podría haber mencionado que iba a cenar.

—¿Al restaurante español?

Caitlin asiente.

—El que tiene unos *huevos rancheros* realmente deliciosos

Sonrío, divertido por su acento exagerado. Le agradezco la información y salgo calle abajo. Cuando llego al restaurante, miro alrededor del comedor en busca de Naomi. No la veo. Estoy a punto de irme, pero algo me detiene. Me dirijo al reservado donde desayunamos hace unas semanas.

Sobre la mesa hay un surtido de paquetes de gelatina y cremas para café dispuestas en forma de dos grandes caritas sonrientes. Por un segundo, creo que un niño debe haber dejado esto aquí, pero luego miro más de cerca. Es una réplica de los rostros que dibujé en la arena el día que Naomi y yo fuimos a la playa. Incluso usó paquetes de gelatina de fresa para representar su propio cabello rojo.

—¿Puedo limpiar esto ahora?

La camarera me sorprende. No me di cuenta de que había alguien allí mirándome.

Tiene las manos en las caderas y las cejas arqueadas.



—Sí. Creo que tengo lo que necesito.

Con esta nueva pista, cruzo la calle hacia el estacionamiento para recoger mi auto.

Creo que sé a dónde fue Naomi.

Cuando llego a la playa, no me molesto en quitarme los zapatos antes de correr hacia la arena. Pienso en Naomi y en cómo chilló mientras corría descalza sobre la arena caliente, y sonrío. Cuando llego a la cima de la duna, mis zapatos están llenos de arena. Hay mucha más gente aquí hoy que cuando estábamos solo Naomi y yo. Observo la multitud por un minuto, buscando su cabello rojo, pero no está aquí.

Me acerco al agua y me abro paso entre familias y niños jugando. No estoy seguro de lo que estoy buscando, pero sé que se supone que debo estar aquí. Me detengo cuando llego a un montón de algas que parece estar separado del montículo de algas por el agua. Doy un paso atrás para poder verlo todo. Está dispuesto en forma de número: 1372.

No hay otro contexto. Sólo el número. Frunzo el ceño, luego miro alrededor de la playa, buscando algo para dar este contexto, pero no encuentro nada.

Cerca hay una mujer tumbada sobre una toalla, tomando el sol.

—Disculpa. ¿Viste quién hizo esto? —le pregunto.

Mira en mi dirección, pareciendo molesta porque me dirijo a ella.

—No lo sé —dice encogiéndose de hombros.

Vuelvo a mirar el número. No es parte de su número de teléfono. Ya tengo eso.

¿Quizás una dirección? Pero no hay nombre de calle, ni ciudad, ni código postal. Saco mi teléfono y escribo “1372 Miami” en la barra de direcciones. Aparecen varias direcciones posibles con varios nombres de calles diferentes.

Suspiro y me doy cuenta de que tendré que visitar cada una de estas propiedades para averiguar dónde está. Regreso a mi auto y pongo la primera dirección en mi GPS.

Me lleva catorce minutos desde la playa hasta una tienda que parece que lleva un tiempo cerrada. Salgo de mi auto de todos modos y camino hacia la puerta principal tapiada, con la esperanza de encontrar una pista aquí, pero no hay nada. Vuelvo a mi auto. Esta vez, en lugar de simplemente conducir hasta la siguiente dirección de la lista, pongo cada dirección en Google y compruebo si se trata de empresas o propiedades residenciales.

Si Naomi me dio parte de la dirección de su nueva casa, no quiero perder el tiempo conduciendo a tiendas antiguas.



Pongo cada una de las direcciones residenciales en un sitio web de bienes raíces y busco nuevamente. Mi nueva búsqueda reduce mis opciones. Hay una casa en un barrio a unos diez minutos de aquí que coincide con la dirección, y en la web inmobiliaria la tienen marcada como vendida recientemente. Creo que esto es todo. Introduzco la dirección en mi GPS y conduzco hasta allí.

La casa tiene césped verde y palmeras en el patio delantero. El patio trasero está cercado, el techo tiene tejas rojas y hay un garaje cerrado, así que si Naomi está aquí, no podré ver su auto. El cartel del agente inmobiliario todavía se encuentra frente a la casa, marcado con la palabra, “VENDIDO”, en grandes letras rojas.

Detengo mi auto frente a la casa al otro lado de la calle y salgo. Estoy pensando en acercarme a la puerta principal y tocar cuando noto algo pegado con cinta adhesiva al buzón. Cruzo la calle y me acerco al buzón. Es un sobre blanco con mi nombre. Lo saco del buzón, luego lo abro y desdoble la pequeña hoja de papel que hay dentro.

Querido Luca,

Una de mis cosas favoritas de –nosotros– siempre ha sido salir a revisar el correo y preguntarme si recibí una nueva carta tuya. Vivía cada semana anticipando qué cosa ridícula dirías a continuación. Siempre estuviste en mi mente de una forma u otra. Normalmente estaba pensando en lo que te escribiría. Durante los últimos dos años, lo que más me preguntaba era a dónde fuiste y por qué no respondías. No quiero perder el contacto otra vez. Esta es mi nueva dirección. Espero que tengas una buena vida. Quizás todavía puedas escribirme de vez en cuando.

Con amor, Naomi.

Me quedo mirando la carta en mi mano, completamente estupefacto acerca de por qué ella me haría jugar este juego y pasar por todos estos problemas sólo para decirme que tenga una buena vida y que ojalá podamos escribirnos. Pensé que las cosas estaban mejorando y que me había perdonado, pero esta carta me hace darme cuenta de que estaba equivocado. Supongo que escribirle cartas es mejor que nada, pero esperaba que esto no fuera todo. No sé si podré animarme a escribirle sabiendo lo que es tener mucho más que esto y también lo que se siente perderlo.



CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE

ESCRÍBEME

Naomi

274

Está parado junto a mi nuevo buzón, leyendo la carta que le escribí mientras me acerco desde la esquina de mi casa. Espero hasta estar segura de que ha terminado de leerla antes de hablar.

—O podríamos dejar de perder el tiempo y mudarte conmigo a la casa. —Se da la vuelta para mirarme, con los ojos muy abiertos, estoy segura de que no sabía que estaba detrás de él—. No tenemos que actuar rápido. Puedes venir a visitarme y tal vez eventualmente puedas mudarte de tu departamento y podamos dejar notas en el refrigerador y escribarnos cartas desde extremos opuestos del sofá.

Me mira fijamente por un momento, agarrando la carta en su mano. Cuando no se mueve, empiezo a preguntarme si me equivoqué. Quizás esto no sea lo que quería después de todo. Quizás lo de anoche significó más para mí que para él. Nunca antes me había expuesto así, y ahora que lo he hecho, me aterroriza que él no responda.

—Te amo —le digo.

Esas dos palabras parecen sacarlo de su aturdimiento, y da un paso hacia mí y me levanta mientras sus labios se encuentran con los míos.

Cuando nos separamos, me deja en la acera y me mira con el ceño fruncido.

—Esta carta —dice, sosteniéndola en alto—. Pensé...

No termina la frase, solo niega. Sé que fue cruel escribir una carta así, pero claro, nuestras cartas nunca han sido agradables. Creo que eso significa que gané esta ronda.

Luego se ríe y me pregunto si él también se da cuenta. Me besa de nuevo y, cuando se aleja, dice:

—No puedes seguir adoptando todos los animales que acojo.

Creo que eso significa que vendrá conmigo.



EPÍLOGO

DOS AÑOS DESPUÉS

Luca

275

Querida Naomi,

Siento que debería avisarte que no hay una pulsera cara dentro de esta pequeña caja. Simplemente no quiero que te decepciones, especialmente porque lo que hay dentro es mucho más importante que cualquier pieza de joyería. Antes de abrirla, debes saber que, al contrario de lo que afirmas, ajustar las almohadas no ha tenido ningún efecto en el volumen y la intensidad de tus ronquidos. Te daré una pista: es una caja de tiras nasales.

Oh, mierda. Te lo acabo de decir, ¿no? Soy terrible para las sorpresas. Espero que todavía te guste mi regalo. Incluso te ayudaré a ponértelo porque soy un caballero.

¿Puedes recoger comida para gatos mañana de camino a casa desde el trabajo? Ya casi hemos terminado y ya sabes cómo se pone Roland cuando su recipiente está medio vacío. Muchas gracias. BESOS

Con amor, Tu esposo.

Levanto la vista de la carta hacia Luca, quien me está mirando con una gran sonrisa en su rostro. Le encanta ver mi reacción cuando leo sus cartas, especialmente cuando ha hecho algo para molestarme.

—¿Esperas que compre comida para gatos después de que te burlaste de mis ronquidos? ¿En serio?

Se encoge de hombros.

—Son tus gatos.

—Que me engañaste para que adoptara —le recuerdo.

—No te engañé. Además, no me estaba burlando de tus ronquidos. Nos estaba haciendo un favor a ambos.

Me acerca la caja. La tomo y quito con cuidado la cinta, luego arranco el papel de regalo. Dentro hay una caja de tiras nasales con una nota adjunta: *Es broma. Compraré la comida para gatos.*



—Mira, contaba contigo para leer la carta primero. De lo contrario, la nota no habría tenido sentido.

Pongo los ojos en blanco, pero no puedo luchar contra la sonrisa que tira de las comisuras de mis labios. Me pongo de puntillas y lo beso.

—Además, los ronquidos son culpa mía. Tenías el sueño muy tranquilo antes de todo esto. Mueve su mano sobre mi vientre, distendido por los siete meses de embarazo.

—Todo esto fue idea tuya. —Estoy de acuerdo

Camino con él hasta la puerta principal para despedirme mientras regresa al trabajo para terminar su día. Le doy otro beso y luego lo veo irse. Todavía estoy sonriendo mientras se aleja. Ya estoy pensando en lo que le escribiré en mi próxima carta. Me siento en el sofá, aunque no hay mucho espacio para mí, ya que Bruno ocupa la mitad del espacio. Tomo mi cuaderno y mi bolígrafo y empiezo a escribir.



DONNA
MARCHETTI

Hate Mail

DONNA MARCHETTI



277

Donna Marchetti es una autora romántica de Nueva York. Su primera novela, Hate Mail, salió a la venta en marzo de 2024.

La mayoría de la gente puede decir fácilmente dónde creció, pero para Donna, la respuesta se encuentra en algún lugar entre Florida, Chile y Arizona. Como niña estadounidense que vivió en un país hispanohablante durante buena parte de su infancia, uno de los primeros intentos de Donna por escribir fue cuando tenía siete años. Era un libro sobre un perro escrito íntegramente en español. Tras mudarse a Arizona, Donna tocó en la banda de música del instituto y crió y exhibió conejos en el programa 4-H, pero nunca dejó de disfrutar escribiendo.

Cuando Donna no está sumergida en un buen libro o tecleando el suyo propio, suele pasar tiempo con su familia y compitiendo en Agility con su dalmata.

Actualmente vive en Nueva York con su esposo, su hija y tres perros.



Hate

HELL OF
BOOKS

DONNA
MARCHETTI

Mail

ÚNETE A NUESTRA COMUNIDAD

278



Hate

HELL OF
BOOKS